Viaje a Oriente

Gérard de Nerval

I. "LAS MUJERES DEL CAIRO"

I.01. Las bodas coptas
I.02. Las esclavas
I.03. El harén
I.04. Las pirámides
I.05. La embarcación
I.06. La Santa Bárbara
I.07. La montaña

Edición y traducción
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: E-Libros
Fecha de Publicación: 23/05/2015
Número de páginas: 4
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa.**

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.01. LAS BODAS COPTAS

I.01.01. La máscara y el velo.

El Cairo es la ciudad de Levante con las mujeres más herméticamente veladas. En Constantinopla, en Esmirna, una muselina blanca o negra permite en ocasiones adivinar los trazos de las hermosas musulmanas y es raro que los edictos más rigurosos consigan espesar ese velo sutil.

Son doncellas graciosas y coquetas que, aunque consagradas a un solo esposo, no les molesta, en cuanto surge la oportunidad, coquetear con otros. Pero Egipto, severo y piadoso, fue siempre el país de los enigmas y misterios. La belleza se rodea, igual que antaño, de velos y tapadas. Y ese talante gris desalienta muy pronto al frívolo europeo que a los ocho días abandona El Cairo y apresura su marcha hacia las cataratas del Nilo en busca de otras decepciones que le reserva la ciencia pero que jamás reconocerá como tales.

La paciencia era la mayor virtud de los antiguos iniciados ¿Por qué, pues, apresurarse? Vamos a detenernos e intentemos levantar un borde del austero velo de la diosa de Saïs.

Por lo demás ¿acaso no es estimulante comprobar –en un país en el que las mujeres pasan por estar prisioneras— que los bazares, calles y jardines las muestran a miles: solas y a la ventura, o en pareja, o acompañadas de un niño? Desde luego, las europeas no disfrutan de tanta libertad: aquí, las mujeres distinguidas salen, es cierto, encaramadas en pollinos y en una posición inaccesible; pero, en Europa, las mujeres del mismo rango apenas si salen y cuando lo hacen se ocultan en un coche. Por supuesto está el velo que...tal vez, no establezca una barrera tan hostil como aparenta.

Entre los ricos trajes árabes y turcos que la reforma ha desechado, el mismo vestido de las mujeres da a la muchedumbre que se agolpa en las calles el alegre aspecto de un baile de máscaras; el tinte de las túnicas varía tan sólo del azul al negro. Las grandes damas se tapan cuerpo y rostro con la *habbarah* de ligero tafetán, mientras que las mujeres del pueblo se envuelven con gracia en un simple ropón azul de lana o algodón (*khamiss*) como en la antigua estatuaria egipcia.

La imaginación se aviva ante esta incógnita de los rostros femeninos. Incógnita que no se extiende a todos sus encantos. Hermosas manos adornadas con anillos-talismanes y brazaletes de plata. A veces, brazos de pálido mármol se escapan por completo de sus amplias mangas remangadas por encima del hombro; pies cargados de ajorcas que la babucha abandona a cada paso y sus tobillos, que van cantando con un rumor argentino. Esto es lo que está permitido admirar, adivinar, sorprender, sin que la gente se inquiete o sin que la mujer aparente notarlo.

En ocasiones, los pliegues flotantes del velo estampado en blanco y azul que cubre cabeza y hombros se deslizan ligeramente y la abertura que se manifiesta entre ese velo y la larga máscara llamada *borghot,* permite vislumbrar una graciosa sien en la que los cabellos castaños se rizan en bucles apretados, como en los bustos de Cleopatra; o una pequeña y firme oreja, sacudiendo sobre el cuello y la mejilla racimos de cequíes de oro, o alguna placa taraceada de turquesas y filigrana de plata.

En ese instante se siente la necesidad de dialogar con los ojos de la egipcia velada y esto es precisamente lo más peligroso. La máscara es una pieza de crin negra estrecha y larga que desciende de la cabeza a los pies, y tiene dos agujeros a la altura de los ojos, como los del capirote de un penitente. Algunos anillos brillantes son enfilados entre el intervalo que une la

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

frente con la barbilla de la máscara y justo tras esa muralla os aguardan unos ojos ardientes, armados de todas las seducciones que puedan prestarse a tal arte. La ceja, la órbita del ojo, la pupila misma y entre las pestañas reciben un afeite, el *kohl*, que las resalta y es imposible destacar mejor lo poco de su persona que una mujer aquí tiene derecho a mostrar.

Yo tampoco había comprendido al principio el poder de atracción que ejercía este misterio en el que se oculta la mitad más interesante del pueblo de Oriente; pero han bastado tan sólo algunos días para enseñarme que si una mujer se siente observada, generalmente encuentra el medio de dejarse ver, si es bella. Las que no lo son, saben que es mejor mantenerse veladas y no se les ha de tomar en cuenta. La fealdad se oculta como un crimen, pero siempre se puede adivinar alguna cosa con tal de que sea bien formada, graciosa, joven y bella.

La misma ciudad, al igual que sus habitantes, va desvelando muy lentamente sus rincones más ocultos, sus interiores más turbadores. La noche en que llegué a El Cairo estaba mortalmente triste y desanimado. Un paseo de algunas horas a lomos de un asno y en compañía de un dragomán, habían conseguido demostrarme que iba a pasar allí los seis meses más aburridos de mi vida, y encima todo había sido arreglado por adelantado a fin de que no pudiera quedarme ni un día menos. Pero, ¡cómo! ¿esto es – me decía yo — la ciudad de "Las mil y una noches"? ¿la capital de los califas fatimíes y sudaneses?...Y me perdía en el enmarañado laberinto de callejuelas estrechas y polvorientas, en medio de la muchedumbre harapienta, del estorbo de los perros, camellos y burros, cercana ya la noche cuya sombra desciende rápida, por la polvareda que empaña el cielo y la altura de las casas.

¿Qué esperar de esa confusa maraña, tal vez tan vasta como Roma o París? ¿de esos palacios y mezquitas que se cuentan por miles? Todo fue espléndido y maravilloso, no cabe duda, pero han pasado ya treinta generaciones; la piedra se desmorona por todas partes y la madera se pudre. Da la impresión de viajar en un sueño por una ciudad del pasado, únicamente habitada por fantasmas, que la pueblan sin animarla.

Cada barrio se encuentra rodeado de murallas almenadas, cerrado con pesados portones como en la Edad Media, y aún conserva el aspecto de la época de Saladino. Largos pasadizos abovedados que conducen acá y allá de una calle a otra, encontrándose uno con frecuencia en un callejón sin salida que obliga a desandar lo andado.

Poco a poco todo se cierra; tan solo queda luz en los cafés, y los fumadores, sentados sobre cestos tejidos con hojas de palmera, al vago resplandor de los candiles, escuchan alguna larga historia narrada en una monótona cantinela. En tanto, las *mashrabeyas* -celosías de madera, talladas y entrelazadas con esmero- se iluminan y cuelgan sobre la calle a guisa de miradores.

La luz que se filtra a través de estos balcones es insuficiente para guiar la marcha del caminante que, consciente de la proximidad del toque de queda, se habrá de proveer de un farolillo, pues afuera sólo se encuentran, y muy raramente, europeos o soldados haciendo la ronda.

Desde luego, no acababa de ver qué iba a hacer yo por esas calles pasada esa hora, las diez de la noche, así que me fui a la cama bastante taciturno, diciéndome que seguro que esto se repetiría así todos los días y desesperando ya de los placeres de esta capital desoladora...

Mi primer sueño se cruzaba de forma inexplicable con los vagos sonidos de una cornamusa y de una ronca viola que me estaban crispando los nervios. Esa música obstinada repetía siempre en tonos diferentes el mismo melisma y despertaba en mí los ecos de una antigua fiesta de Navidad borgoñona o provenzal.

¿Pertenecía todo esto al ensueño o a la vida? Mi espíritu aún se debatió algún tiempo antes de despertarse totalmente. Me daba la impresión de descender a la tierra de una forma grave y burlona al mismo tiempo, entre cánticos de parroquia y borrachines coronados de pámpanos, una especie de alegría patriarcal y de tristeza mitológica que mezclaba sus

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

impresiones en ese extraño concierto, donde quejumbrosas cantinelas de iglesia formaban la base de un aire bufón apropiado para marcar los pasos de una danza de Coribantes.

El ruido se acercaba y se hacía cada vez más penetrante. Me levanté, aún soñoliento, cuando una gran luz, que penetraba por el enrejado de la ventana, me avisó por fin de que se trataba de un espectáculo real.

Lo que había creído soñar se materializaba en parte: hombres casi desnudos, coronados como luchadores antiguos, combatían en medio del tumulto con espadas y escudos; pero se limitaban a golpear el escudo con el acero siguiendo el ritmo de la música y, retomando la marcha, volvían a empezar un poco más lejos la misma lucha simulada.

Numerosas antorchas y pirámides de velas llevadas por niños brillaban en la calle y guiaban un largo cortejo de hombres y mujeres, del que no pude distinguir todos los detalles.

Algo como un fantasma rojo tocado de una corona de pedrería avanzaba lentamente entre dos matronas de gran porte, y un grupo confuso de mujeres vestidas de azul cerraba la marcha lanzando en cada parada un gorjeo de albórbolas de singular efecto.

Se trataba de una boda, no cabía la menor duda. En París ya había visto, en los grabados del ciudadano Cassas, un mosaico completo de estas ceremonias; pero lo que acababa de percibir a través de las artesas no bastaba para apagar mi curiosidad y quería a toda costa seguir al cortejo y observarlo más a mi gusto.

Mi dragomán, Abdallah, al que comuniqué esta idea, simuló estremecerse de mi osadía, inquietándose un poco por el hecho de recorrer las calles en medio de la noche y hablándome del peligro de ser asesinado o asaltado.

Por suerte yo había comprado uno de esos mantos de piel de camello llamados *machlah* que cubren a un hombre de arriba abajo, y con mi barba ya crecida y un pañolón retorcido en torno a la cabeza, el disfraz estaba a punto.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.01. LAS BODAS COPTAS

I.01.02. Una boda a la luz de las antorchas

La dificultad consistió en alcanzar al cortejo, que se había perdido en el laberinto de calles y vericuetos sin salida. El dragomán había encendido una especie de linterna de papel y estuvimos corriendo a la buena ventura, guiados o extraviados de vez en cuando por los sonidos de una cornamusa que se oía a lo lejos, o por los destellos de luz reflejados en las esquinas de las encrucijadas.

Al fin alcanzamos la puerta de un barrio muy diferente al nuestro. En los hogares comenzaban a verse las primeras luces, los perros ladraban, y de pronto dimos con una larga calle, resplandeciente y bulliciosa, rebosante de gente que incluso se aglomeraba en las terrazas de las casas.

El cortejo avanzaba lentamente, al son melancólico de los instrumentos, imitando el obstinado ruido de una puerta que chirría o de un carruaje probando ruedas nuevas. Los responsables de esta algarabía eran una veintena de hombres que desfilaban rodeados de gente con lanzas de fuego.

Detrás de este cortejo, venían los niños cargados de enormes candelabros cuyas velas lanzaban una viva claridad por doquier. Los luchadores seguían con sus juegos de esgrima durante los numerosos altos de la comitiva, y algunos, subidos en zancos y con un tocado de plumas en la cabeza, simulaban atacarse con largos bastones.

Más allá, unos jovencitos portaban banderolas y estandartes con emblemas y atributos de oropeles, al igual que en los tiempos de la vieja Roma; otros, mostraban unos arbolillos adornados con guirnaldas y coronas, engalanados con velas encendidas que resplandecían con sus destellos, y semejaban árboles de Navidad.

Grandes placas de cobre dorado, izadas sobre perchas y engalanadas con ornamentos recubiertos de inscripciones, reflejaban aquí y allá el resplandor de las luminarias.

Inmediatamente después, venían las cantantes (*oualems*) y las bailarinas (*ghavasies*), vestidas con trajes de seda a rayas, gorrito turco bordado con hilillos de oro (*tarbouche*) y largas trenzas, rutilantes de zequíes. Algunas tenían la nariz perforada con largos anillos, y mostraban sus rostros maquillados de colorete y añil, mientras que otras, aunque cantando y bailando, seguían cuidadosamente tapadas.

Se acompañaban, por lo general, de címbalos, sistros y tamboriles. Dos largas filas de esclavas marchaban detrás, llevando cofres y cestos en los que brillaban los presentes hechos a la novia por su esposo y su familia; luego, el cortejo de los invitados: las mujeres en medio, cuidadosamente engalanadas con sus largos mantos negros y veladas con máscaras blancas, como corresponde a las personas de calidad; los hombres, ricamente vestidos, ya que ese día, me contaba el dragomán, hasta el más humilde de los campesinos (*fellahs*) sabía procurarse el vestuario adecuado.

Por fin, en medio de una cegadora claridad de antorchas, candelabros y pebeteros, avanzaba lentamente el rojo fantasma que yo había vislumbrado desde la ventana, es decir, la recién casada (*el arouss*), enteramente cubierta con un velo de cachemira que le llegaba hasta los pies, y cuya ligera seda permitía, sin duda, que la novia pudiera ver sin ser vista.

Nada más exótico que esta alargada figura, avanzando bajo ese tocado de rectos pliegues, coronado por una especie de diadema piramidal resplandeciente de pedrería y que agrandaba aún más su figura. Dos matronas, vestidas de negro, la sostenían por los codos, de tal

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

manera, que la novia parecía deslizarse lentamente sobre el suelo. Cuatro esclavas mantenían sobre su cabeza un dosel de púrpura, y otras acompañaban al cortejo con el clamor de címbalos y tamboriles.

Por entonces, se había producido una nueva parada mientras yo admiraba la cabalgata, y los niños distribuyeron asientos para que la esposa y sus parientes pudieran reposar.

Las *oualems*, volviendo sobre sus pasos, nos amenizaron con improvisaciones y coros acompañados de música y danzas, y todos los asistentes repetían algunas estrofas de sus cánticos.

Yo, que en ese momento me encontraba expuesto a la vista de todos, abría la boca como los demás, imitando lo mejor que podía los *eleysson* y los *amén* que servían de réplica a las coplillas más profanas; pero un peligro mayor amenazaba mi incógnito.

No me había percatado de que unos esclavos recorrían la multitud desde hacía un buen rato, escanciando un líquido claro en pequeñas tazas que iban distribuyendo entre la gente.

Un egipcio enorme, vestido de rojo, y que probablemente era de la familia, presidía el reparto y recibía las congratulaciones de los bebedores.

Se encontraba a tan sólo dos pasos de mí, y yo no tenía ni la menor idea de cómo dirigirme a él.

Afortunadamente, había tenido tiempo de observar todos los movimientos de mis vecinos, y cuando me llegó el turno, agarré la taza con la mano izquierda y me incliné llevando la mano derecha a la altura del corazón, luego sobre la boca, y después sobre la frente. Estos movimientos son fáciles, no obstante hay que tener cuidado de no invertir el orden y reproducirlos con toda naturalidad.

Desde ese instante adquirí el derecho de tomarme el contenido de la taza; pero aquí mi sorpresa fue aún mayor, ya que se trataba de un aguardiente, o más bien de una especie de anisete.

¿Cómo interpretar que musulmanes distribuyeran tales licores en sus nupcias?. De hecho, yo no me esperaba nada más allá de una limonada o de un sorbete. Aunque en realidad, era bastante evidente que tanto las *almeas* como los músicos y saltimbanquis del cortejo se habían beneficiado en numerosas ocasiones de esta espirituosa distribución.

Por fin, la novia se levantó, y prosiguió la marcha; las campesinas (*felahs*) vestidas de azul, se agruparon e iniciaron de nuevo sus gritos salvajes, y todo el cortejo continuó su paseo nocturno hasta la casa de los recién casados.

Satisfecho de haber pasado por un auténtico cairota, y de haberme desenvuelto bastante bien en esta ceremonia, hice una señal para llamar a mi dragomán, que se había ido algo más lejos para colocarse al paso de los repartidores de aguardiente; pero él ya no tenía prisa por retirarse y le había cogido gusto a la fiesta.

- Vamos a seguirles hasta la casa –me susurró en voz baja.
- Pero, ¿cómo voy a responder si me hablan?
- Usted diga tan sólo ¡*Táyeb*! Es un término que vale para todo... y de todos modos, aquí estoy yo para cambiar de conversación.

Ya sabía yo que en Egipto la palabra *Táyeb* era un comodín. Es un término que, según la entonación que se le dé, significa cualquier cosa, y ni siquiera se puede comparar al *goddam* de los ingleses, a menos que no sea para marcar la diferencia que hay entre un pueblo ciertamente muy educado, y una sociedad totalmente formalista y cortés. La palabra *Táyeb*, quiere decir al mismo tiempo: *muy bien*, o *esto va muy bien*, o *eso es perfecto*, o *a su disposición*. El tono y sobre todo el gesto añaden matices infinitos.

Esta vía me parecía mucho más segura que la utilizada por un célebre viajero, Belzoni,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

creo; que se había introducido en una mezquita, disfrazado admirablemente, y repitiendo todos los gestos que veía hacer a sus vecinos, pero no pudiendo responder a una pregunta que le hicieron, su dragomán tuvo que contentar a los curiosos diciendo "¡No comprende, es un turco inglés!"

Habíamos entrado por una puerta adornada con flores y guirnaldas en un hermoso patio bien iluminado con farolillos de colores. Las *mashrabeyas* proyectaban la marquetería de filigrana sobre el fondo de luz anaranjado de las habitaciones repletas de gente.

Había que detenerse e intentar buscar un sitio en las galerías interiores. Sólo las mujeres subían a la casa, en donde se despojaban de sus velos, aunque desde abajo sólo se percibían de forma vaga, los colores, las listas de los vestidos y sus joyas, a través de los enrejados de las celosías.

Mientras, las damas eran acogidas y agasajadas en el interior de las habitaciones por la recién casada y las mujeres de ambas familias. El marido, que había descendido de su asno, vestido con una túnica rojo y oro, recibía los cumplidos de los hombres, y les invitaba a colocarse frente a las numerosas y guarnecidas bandejas colocadas en los salones de la entrada, y repletas de platos dispuestos en pirámide.

Bastaba con cruzar las piernas en el suelo, coger un plato o una taza, y comer limpiamente con los dedos. Yo no me atrevía a arriesgarme a tomar parte en el festín, por miedo a contravenir las normas. Además, la parte más interesante de la fiesta se desarrollaba en el patio, en donde las danzas continuaban con gran estruendo. Un grupo de bailarines nubios ejecutaba extraños pasos en medio de un vasto círculo formado por los invitados; iban y venían guiados por una mujer velada, tocada con un amplio manto estampado de anchas bandas y con un sable curvo en la mano con el que parecía amenazar de pronto a los danzantes, poniéndoles en fuga.

A su vez, las *oualem* (almeas) acompañaban estas danzas con sus cánticos, y golpeaban con los dedos tamboriles de tierra cocida (*tarabouki*) que con un brazo mantenían suspendidos a la altura de la oreja.

La orquesta, compuesta de un gran número de extraños instrumentos, hacía lo propio amenizando este conjunto, al que los asistentes se unían marcando el ritmo con palmadas.

En los intervalos, entre danza y danza, circulaban los refrescos, entre los que había uno que yo no había previsto. Esclavos negros, con pequeños ibriques de plata, rociaban acá y allá sobre la gente. Se trataba de agua perfumada, cuyo suave olor de rosas no reconocí hasta sentir las gotas lanzadas al azar deslizarse sobre las mejillas y la barba.

A todo esto, uno de los personajes más aparentes de la boda había avanzado hacia mí y me dijo unas palabras de un aire bastante cortés, a lo que yo le respondí con un *tayeb*, que pareció satisfacerle plenamente.

Se dirigió a mis vecinos y pude preguntar al dragomán lo que aquello quería decir:

- Les invita –me repuso este último— a subir a su casa para ver a la desposada.

Sin duda alguna, mi respuesta había sido un asentimiento, pero como después de todo, no se trataba más que de un paseo de mujeres herméticamente tapadas, alrededor de las salas de invitados, no juzgué oportuno llevar la aventura más lejos.

Bien es cierto que la novia y sus amigas se muestran entonces con los brillantes vestidos, cubiertos por el velo negro que habían lucido durante su cortejo callejero, pero yo aún no me encontraba muy seguro de mi pronunciación del *táyeb* como para arriesgarme hasta el seno de las familias.

Llegamos, el dragomán y yo, a alcanzar la puerta exterior, que daba sobre la plaza de El-Esbekieh.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Es una pena –me dijo el dragomán—, podría haber asistido después al espectáculo.
- ¿Cómo?
- Sí, a la comedia.

Enseguida pensé en el ilustre *Caragueuz*, pero no se trataba de eso. *Caragueuz* no se interpreta más que en las fiestas religiosas; es un mito, un símbolo de la más alta dignidad. Este otro espectáculo en cuestión debía componerse tan solo de breves escenas cómicas, representadas por hombres, y que podrían compararse a nuestros proverbios de sociedad. Esto se hace para entretener agradablemente durante el resto de la noche a los invitados, mientras los esposos se retiran con sus padres a la zona de la casa reservada para las mujeres.

Al parecer, las fiestas de esta boda se prolongaban desde hacía ya ocho días. El dragomán me contó que el día de la firma del contrato nupcial se había realizado un sacrificio de corderos en el zaguán de la puerta, antes de que pasara por allí la novia. También me habló sobre esa ceremonia en la que se rompe un cono de azúcar donde están encerrados dos pichones, cuyo vuelo es interpretado por los augures. Todas estas costumbres seguramente se remontan a la antigüedad.

Volví a casa totalmente emocionado con esta escena nocturna. He aquí un pueblo para el que el matrimonio es algo grande y, aunque los detalles de esta boda indicaran una buena posición de los recién casados, también era cierto que la gente humilde se casaba casi con la misma brillantez y bullicio.

Estos últimos no tienen que pagar a los músicos, bufones y bailarines, ya que la mayoría son amigos, o bien recaudan fondos entre la gente.

Los trajes se los prestan; cada invitado lleva en la mano su farolillo, y la diadema de la novia no está menos cargada de diamantes y de rubíes que la de la hija de un pachá.

¿Dónde buscar en otra parte una igualdad más real? Esta joven egipcia, puede que ni tan bella bajo su velo, ni tan rica con todos sus diamantes, dispone de un día de gloria en el que avanza radiante a través de la ciudad, que la admira y corteja, investida de púrpura y con las joyas de una reina, pero desconocida para todos y misteriosa bajo su velo, como una antigua diosa del Nilo.

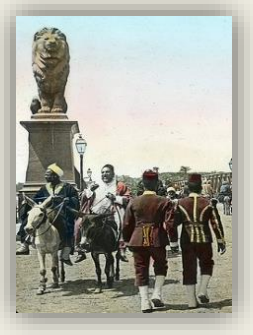
Un solo hombre poseerá el secreto de su belleza o de esa gracia ignorada. Tan sólo uno podrá perseguir en paz durante todo el día su ideal, y creerse el favorito de una sultana, o de un hada; incluso la decepción misma no dañaría su amor propio, ya que de todos modos, los hombres de este país tienen derecho a renovar más de una vez esta jornada de ilusión y triunfo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.01. LAS BODAS COPTAS

I.01.3. ‘‘Abdallah, el "trujimán".



Mi trujimán es un hombre valioso, pero me temo que sea un servidor demasiado noble para un señor de tan escasos medios como yo. Fue en Alejandría, sobre el puente del vapor Leónidas, donde se me presentó en todo su esplendor. Había atracado junto al navío en una barca que capitaneaba él mismo. Un mozalbete negro que acarreaba el narguile y otro trujimán más joven que él formaban su séquito. Una larga túnica blanca cubría sus ropas y resaltaba sus facciones, en donde la sangre nubia daba color a una máscara tomada directamente de las cabezas de las esfinges del antiguo Egipto. Era, sin duda, el producto de la mezcla de dos razas. Anchos aretes de oro colgaban de sus orejas, y su paso indolente, envuelto en los amplios ropajes era la viva imagen de un liberto del Bajo Imperio.

No había ingleses entre los pasajeros, y nuestro hombre, un poco contrariado, no se movía de mi lado, a falta de otro cliente mejor. Desembarcamos; alquiló cuatro asnos para él, para sus sirvientes y para mí, y me condujo directamente al hotel Inglaterra, en donde aceptaron alojarme por sesenta piastras diarias. En cuanto a él, limitó sus pretensiones a la mitad de esta cantidad, con la que se encargaba de mantener al segundo trujimán y al muchacho negro.

Tras haber paseado todo el día con esta importante escolta, me planteé la inutilidad del segundo trujimán, e incluso del joven negro. ‘Abdallah (así se llamaba el personaje) no vio dificultad alguna en despedirse del colega; pero el chico negro se lo quedó a sus expensas, reduciendo el total de sus propios honorarios a veinte piastras diarias –unos cinco francos-.

Llegados a El Cairo, los asnos nos llevaron derechamente al hotel Inglés de la plaza de *El-Esbekieh*, y allí se me vino el mundo abajo cuando me informaron que el hospedaje costaba lo mismo que en Alejandría[1].

- ¿Prefiere ir entonces al hotel Waghorn, en el barrio francés? –me dijo el honesto ‘Abdallah.
- Preferiría un hotel que no fuera inglés.
- ¡Bien! tenemos el hotel francés de Domergue.
- Pues vamos allá.
- Disculpe, yo le acompañaré, pero no me voy a quedar en ese hotel.
- ¿Por qué?
- Porque es un hotel que sólo cuesta cuarenta piastras al día, y yo no puedo alojarme allí.
- Pero si yo lo voy a hacer.

---

[1] La correspondencia muestra que Nerval tuvo, durante su viaje, graves problemas económicos, debiendo limitar al máximo sus gastos.

2.- Se refiere a la diosa Isis, diosa de Saïs, a la que increpa más adelante con estas palabras: "¡Levanta tu velo sagrado, diosa de Saïs!¿es que el más devoto de tus adeptos se ha encontrado cara a cara con la muerte?".

Louis François Cassas (1576-1827), Voyage pittoresque de la Syrie, de la Phoenicie, de la Palestine et de la Basse-Égypte (1799). (GR) Nerval toma de hecho numerosos detalles en los ,CUADERNS EGYPTIENS de W. Lane. I, 6 (v. n.94).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Usted es un desconocido, yo soy de la ciudad; de ordinario sirvo a señores ingleses, y debo conservar mi prestigio.

No obstante, yo seguía encontrando bastante elevado el precio de este hotel para un país en donde todo es seis veces más barato que en Francia, y en el que un hombre puede vivir con una piastra al día, o lo que es lo mismo, cinco céntimos de nuestra moneda. "Hay un medio de arreglar las cosas -prosiguió 'Abdallah- usted se alojará dos o tres días en el hotel Domergue, adonde yo iré a visitarle como a un amigo y, mientras tanto, yo le alquilaré una casa en la ciudad y podré quedarme enseguida a su servicio sin dificultad"

En efecto, al parecer, muchos europeos alquilan casas en El Cairo, a poco que se queden en la ciudad, e informado de esta circunstancia, le di plenos poderes a 'Abdallah.

El hotel Domergue está situado al fondo de un callejón sin salida, que da a la calle principal del barrio franco. Es, después de todo, un hotel bastante curioso, limpio y bien cuidado. Los dormitorios rodean en el interior un patio cuadrado y enjalbegado, cubierto por una ligera pérgola por la que trepa y se entrelaza una parra.

Un pintor francés, muy amable, aunque un poco sordo pero con bastante talento para el daguerrotipo, había montado su taller en una de las galerías altas. De vez en cuando llevaba allí a vendedoras de naranjas y caña de azúcar de la ciudad, que querían servirle de modelos y le permitían estudiar sin dificultad sus cuerpos desnudos, aunque la mayoría insistía en conservar el rostro velado, como último refugio del pudor oriental.

El hotel francés posee, entre otras cosas, un jardín bastante agradable. Su restauración lucha con fortuna contra la dificultad de variar las comidas europeas en una ciudad en la que escasean el buey y la vaca. Ésa es la circunstancia que explica sobre todo el elevado precio de los hoteles ingleses, en los que la cocina se elabora con carnes en conserva y legumbres, como en los barcos. El inglés, esté donde esté, jamás cambia su menú cotidiano: rostbeaf con patatas y cerveza rubia o negra.

Me encontré a la hora de comer, en la mesa, con un coronel, un obispo *in partibus*[2], unos pintores, una profesora de idiomas, y a dos hindúes de Bombay: el ayo y su pupilo.
Por lo visto, toda la cocina meridional les parecía muy sosa, así que se sacaron de los bolsillos unos saleros de plata llenos de pimienta y mostaza, con las que salpimentaron todos los platos. Me ofrecieron probarlas, y la sensación que se debe experimentar mascando brasas al rojo vivo daría una idea exacta del fuerte sabor de estos condimentos.

La decoración del hotel francés se completaba con un piano en la primera planta y un billar en el vestíbulo, y pensé que para este decorado no habría hecho falta salir de Marsella. Francamente, yo prefería probar totalmente la vida oriental. Siempre se suele encontrar una sólida y hermosa casa de varias plantas, con patios y jardines, por unas trescientas piastras al año (unos setentaicinco francos).

'Abdallah me mostró varias en el barrio copto y en el barrio griego. Poseían salones magníficamente decorados, con suelos de mármol y fuentes; galerías y escalinatas como en los palacios de Génova o Venecia; patios rodeados de columnatas y jardines umbrosos de árboles magníficos. Tenían todo lo necesario para llevar allí una vida principesca, a condición de poblar de criados y esclavos aquellos soberbios interiores. Y en todos ellos, ni una sola habitación en condiciones, a menos que se invirtiera una cantidad exorbitante en los arreglos indispensables. Ni un solo vidrio en las ventanas tan curiosamente recortadas, abiertas a los vientos de la tarde y a la humedad de las noches.

Hombres y mujeres viven así en El Cairo, pero la oftalmia les castiga con frecuencia por esta imprudencia, que se explica por la necesidad de aire fresco. Además, yo era poco

[2] Se dice de un obispo cuyo título es puramente honorífico y no da derecho a ninguna jurisdicción.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

partidario de vivir prácticamente al aire libre en un rincón de un palacio inmenso que, como muchas de estas mansiones, antiguas residencias de una aristocracia extinguida, se remontan al reinado de los sultanes mamelucos y amenazan seria ruina.

‘Abdallah acabó por encontrarme una casa mucho menos espaciosa, pero más segura y mejor aislada. Un inglés que la había habitado recientemente, había reparado y acristalado las ventanas, lo que pasaba por ser una rareza. Hubo que ir a buscar al *seij* del barrio para tratar con la propietaria, una viuda copta. Esta mujer poseía más de veinte casas, pero por procuración y para extranjeros, ya que estos no podían ser legalmente propietarios en Egipto. En realidad, la casa pertenecía al canciller del Consulado Inglés.

Se redactó el contrato en árabe y hubo que pagar y hacer regalos al *seij*, al notario, al jefe de policía más cercano, además de dar *bakchis* (propinas) a los escribas y a los sirvientes; tras lo cual, el *seij* me entregó la llave. Llave que no se parece en nada a las nuestras y que está formada por un simple trozo de madera, similar a las palas de los panaderos, en cuyo extremo hay seis clavos dispuestos como al azar, aunque en realidad no hay tal azar en su colocación.

Se introduce este singular instrumento en una escotadura de la puerta, y resulta que los clavos corresponden a pequeños orificios invisibles y ocultos en el interior, tras los que se encaja un pestillo de madera, que se desplaza y abre la cancela.

Pero no basta con tener la llave de madera de la casa…que sería imposible guardar en el bolsillo, aunque se puede colgar de la cintura. También es necesario un mobiliario, acorde al lujo del interior, pero este detalle es, en todas las casas de El Cairo, de la mayor simplicidad.

‘Abdallah me llevó hasta un bazar en donde hicimos pesar unas cuantas *ocques* de algodón. Con esto y con tela de Persia, unos cardadores instalados en casa, ejecutaron en unas horas unos cojines para el diván, que durante la noche se transformaban en colchones.

El cuerpo del mueble se compone de un cajón alargado que un cestero construye allí mismo con hojas de palma. Es ligero, elástico y más sólido de lo que uno se podría imaginar.

Una pequeña mesa redonda, algunas tazas, unos narguiles -a menos que se prefiera pedirlos prestados al cafetín vecino- y ya se puede recibir a la mejor sociedad de la ciudad. Sólo el Pachá posee un mobiliario completo: lámparas, relojes de pared, que tan sólo usa para mostrar que es amigo del comercio y del progreso europeo.

Además, a las casas, también hay que dotarlas de unas esteras, tapices y cortinas para quien desee pasar por persona opulenta.

En los bazares me encontré a un judío que cortésmente hizo de intermediario entre ‘Abdallah y los vendedores para demostrarme que estaba siendo expoliado por ambas partes.

El judío se aprovechó de la instalación de los muebles para acomodarse como un amigo sobre uno de los divanes; y hubo que ofrecerle una pipa y hacerle servir un café. Se llamaba Yúsef, y se dedicaba a la cría del gusano de seda durante tres meses al año. El resto del tiempo, me dijo, no tenía otra ocupación que la de ir a ver las hojas de las moreras para comprobar si la recolección sería buena. Por lo demás, da la impresión de actuar de forma totalmente desinteresada, y que no busca la compañía de extranjeros sino para formarse más y perfeccionar la lengua francesa.

Mi casa está situada en una calle del barrio copto, que conduce a la puerta de la ciudad correspondiente a las alamedas de *Choubrah*. Hay un cafetín enfrente, algo más lejos una posta de arrieros, que alquila las bestias a razón de una piastra la hora, y más allá, hay una pequeña mezquita rematada por un minarete. La primera vez que escuché la voz lenta y serena del almuédano, a la puesta del sol, me sentí invadido por una indecible melancolía.

- ¿Qué dice? –le pregunté al trujimán.
- *La Allah illa Allah...No hay más dios que dios.*
- Conozco esa fórmula, ¿y después?

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- *Vosotros, los que váis a dormir, encomendad vuestras almas al que nunca duerme*.

Es cierto que el sueño es otra vida que hay que tener en cuenta. Desde que llegué a El Cairo, todas las historias de "Las mil y una noches" me dan vueltas en la cabeza, y veo en sueños a los genios[3] y gigantes encadenados por Salomón.

En Francia se toman muy jocosamente el tema de los demonios que alimentan el sueño, y sólo se les reconoce como el producto de la imaginación exaltada, pero ¿acaso no existen en nosotros, y no experimentamos en ese estado todas las sensaciones de la vida real[4]? El sueño es a menudo pesado y triste en una atmósfera tan calurosa como la de Egipto, y el Pachá, se dice, tiene siempre a un sirviente de pie, junto a su lecho para despertarle cada vez que sus movimientos o su rostro traicionen un sueño agitado.

Pero no es suficiente encomendarse simplemente, con fervor y confianza... ¡al que nunca duerme!

[3] Según otra fuente utilizada con frecuencia por Nerval, un –dive- es una "criatura que no es ni hombre, ni ángel, ni diablo; es un genio, un demonio, como lo entendían los griegos, y un gigante que no es de la especie de los hombres". (D'Herbelot, BIBLIOTHÈQUE ORIENTALE, 1697). Ver también n. 26*. (G.R.)

[4] Intuición fundamental que profundizará en AURELIA: "El sueño es una segunda vida" (I,1).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.01. LAS BODAS COPTAS

I.01.04. ‘‘Inconvenientes del celibato"

He comenzado contando la historia de mi primera noche, y se comprende que debí despertarme un poco más tarde a la mañana siguiente. ‘Abdallah me anunció la visita del seij de mi barrio, que ya había venido otra vez esta mañana. Este bondadoso anciano de barba blanca esperó a que yo me despertara en el café de enfrente, con su secretario y un negro portador de su narguile.

Yo no me extrañé de su paciencia. Cualquier europeo que no sea ni un industrial ni un negociante es todo un personaje en Egipto. El seij se sentó en uno de los divanes; se le cebó la pipa y se le sirvió café. A partir de ese momento comenzó su discurso, que ‘Abdallah me iba traduciendo al mismo tiempo:

- Viene a devolverle el dinero que usted le dio como alquiler de la casa.
- ¿Y por qué?, ¿qué razón da?
- Dice que no saben la forma de vivir que usted tiene, que sus costumbres no son conocidas.
- ¿Ha observado que mis hábitos fueran malos?
- No es eso lo que dice; es que no se sabe nada de ellos.
- Pero entonces, ¿es que no tiene una buena opinión?
- Dice que había pensado que usted viviría en la casa con una mujer.
- Pero yo no estoy casado.
- Eso no es de su incumbencia, el que usted esté casado o no; pero dice que sus vecinos tienen mujeres, y que van a estar inquietos si usted no tiene una.
- Además esa es la costumbre por aquí.
- ¿Qué quiere entonces que haga?
- Que deje usted la casa o que tome una mujer para vivir aquí con ella.
- Dile que en mi país no es de buen tono vivir con una mujer sin estar casado.

La respuesta del anciano ante esta observación moral, fue acompañada de una expresión totalmente paternal que las palabras traducidas no pueden reflejar más que imperfectamente.

- Le va a dar un consejo –me dijo ‘Abdallah—. Dice que un señor (*effendi*) como usted, no debe vivir sólo, y que siempre es más honorable alimentar a una mujer y hacerle algún bien, y que aún es mejor, añadió, alimentar a muchas, cuando la religión de uno se lo permita.

El razonamiento de este turco me conmovió, aunque mi conciencia europea luchaba contra ese punto de vista, que no comprendí en toda su justeza, hasta estudiar la situación de las mujeres en este país. Pedí que le respondieran al seij que esperara hasta que me informara por mis amigos de lo que convendría hacer.

Había alquilado la casa por seis meses, la había amueblado, me encontraba allí bastante a gusto, y quería tan solo informarme de los medios

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

para resistir a las pretensiones del seij de romper nuestro trato y echarme de la casa por culpa de mi celibato.

Tras mucho dudarlo, me decidí a tomar consejo del pintor del hotel Damergue, que me había querido introducir en su taller e iniciar en las maravillas del daguerrotipo. Este pintor era duro de oído, a tal extremo, que una conversación por medio de un intérprete hubiera sido aún más divertida.

A pesar de todo, me fui a su casa, atravesando la plaza de El-Esbekieh hasta la esquina de una calle que tuerce hacia el barrio franco, cuando de pronto oí unas exclamaciones de alegría, que provenían de un amplio patio en donde se paseaban en ese instante unos hermosos caballos. Uno de los mozos se me enganchó al cuello en un caluroso abrazo. Era un muchacho fuertote, vestido con una saya azul, tocado con un turbante de lana amarillenta y que recordé haberme fijado antes en él, mientras viajaba en el vapor, a causa de su rostro, que me recordaba mucho a las grandes cabezas que se ven en los sarcófagos de las momias.

¡*Tayeb*!, ¡*tayeb*! (bien, bien) le dije a aquel expansivo mortal, desembarazándome de sus abrazos y buscando tras de mí al dragomán ‘Abdallah, que se había perdido entre la multitud, no gustándole sin duda el hecho de ser visto cortejando al amigo de un simple palafrenero. Este musulmán mimado por los turistas de Inglaterra al parecer no recordaba que Mahoma había sido camellero.

Mientras tanto, el egipcio me tiró de la manga y me arrastró hacia el patio, que era la caballeriza del pachá de Egipto, y allí, al fondo de una galería, medio recostado en un diván de madera, reconocí a otro de mis compañeros de viaje, un poco más aceptable en sociedad, Solimán-Aga, del que ya había hablado cuando coincidí con él en el barco austríaco, el Francisco Primo.

Solimán-Aga también me reconoció, y aunque más sobrio en demostraciones que su subordinado, me hizo sentar cerca de él, me ofreció una pipa y pidió café... Añadamos, como muestra de sus costumbres, que el simple palafrenero, considerándose digno de momento de nuestra compañía, se sentó en el suelo, cruzando las piernas, y recibió, al igual que yo una larga pipa, y una de esas pequeñas tazas repletas de un moka ardiente, de esos que ponen en una especie de huevera dorada para no quemarse los dedos.

No tardó en formarse un corrillo a nuestro alrededor.

‘Abdallah, viendo que la cosa tomaba un cariz más conveniente, se mostró al fin, dignándose favorecer nuestra conversación. Yo ya sabía que Solimán-Aga era un tipo bastante amable, y aunque en nuestra travesía común no tuvimos más que relaciones de pantomima, habíamos llegado a un grado de confraternización bastante avanzado como para que pudiera sin indiscreción informarle de mis asuntos y pedirle consejo.

- ¡*Machallah*! –gritó de entrada—, ¡el seij tiene toda la razón, un hombre joven de su edad debería haberse casado ya varias veces!
- Como usted sabe –repuse tímidamente—, en mi religión sólo se puede tomar una esposa, que hay que conservar para siempre, de modo que normalmente uno se toma tiempo para reflexionar y elegir lo mejor posible.
- ¡Ah!, yo no hablo de vuestras mujeres *rumis* (europeas), esas son de todo el mundo y no os pertenecen sólo a vosotros. Esas pobres criaturas locas muestran su rostro enteramente desnudo, no sólo a quienes quieran verlo, sino incluso a quien no lo deseara. Imagínense –añadió estallando en carcajadas— en las calles, mirándome con ojos de pasión, y algunas incluso llevando su impudor hasta querer abrazarme.

Viendo a los oyentes escandalizados al llegar a ese punto, me creí en el deber de decirles, por el honor de los europeos, que Solimán-Aga confundía sin duda la solicitud

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

interesada de algunas mujeres, con la curiosidad honesta de la mayoría.

- ¡Y ya quisieran –continuó Solimán-Aga, sin responder a mi observación, que parecía dictada únicamente por el amor propio nacional— esas bellezas merecer que un creyente les permitiera besarle la mano! pues son plantas de invierno, sin color y sin gusto, rostros mal encarados atormentados por el hambre, pues apenas comen, y sus cuerpos desfallecerían entre mis manos. Y desposarlas, aún peor, han sido tan mal educadas, que serían la guerra y la desgracia de la casa. Aquí, las mujeres viven juntas, pero separadas de los hombres, que es la mejor manera de que reine la tranquilidad.
- ¿Pero no viven ustedes –le repuse— en medio de sus mujeres en los harenes?
- ¡Dios todopoderoso! exclamó, acabaríamos todos con dolor de cabeza aguantando su constante parloteo. ¿No ve usted que aquí los hombres que no tienen nada que hacer pasan el tiempo de paseo, en el hamam, en la mezquita, en las audiencias, o en las visitas que se hacen unos a otros? ¿No es más agradable charlar con los amigos, escuchar historias y poemas, o fumar soñando, que hablar con las mujeres preocupadas por intereses vulgares, de tocador o de botica?
- Pero ustedes soportarán eso mismo a la hora en que comen con ellas.
- De ningún modo. Ellas comen juntas o por separado, a su gusto, y nosotros solos, o con nuestros padres y amigos. Sólo unos cuantos creyentes actúan de distinto modo, pero están mal vistos en nuestra sociedad, porque llevan una vida vacía e inútil. La compañía de las mujeres vuelve al hombre ávido, egoísta y cruel; ellas destruyen la fraternidad, y la caridad entre nosotros. Son causa de querellas, injusticias y tiranía. ¡Que cada cual viva con sus iguales! Ya es bastante con que el señor de la casa, a la hora de la siesta, o cuando vuelve de noche a su cuarto, encuentre para recibirle rostros sonrientes, de amables modales, ricamente engalanadas...y, si además hay danzarinas para bailar y cantar ante él, pues entonces se puede soñar con el paraíso anticipado y creerse uno en el tercer cielo, en donde están las verdaderas bellezas, puras y sin mácula, las únicas que serán dignas de ser las eternas esposas de los verdaderos creyentes.

¿Será ésta la opinión de todos los musulmanes, o de un cierto número de ellos? Tal vez se deba ver en esto, no tanto un desprecio hacia la mujer, como un cierto platonismo antiguo, que eleva el amor por encima de los objetos perecederos. La mujer adorada, ¿no es el fantasma abstracto, la imagen incompleta de una mujer divina, prometida al creyente para toda la eternidad? Esas son las ideas que han hecho pensar que los orientales niegan el alma de las mujeres; pero hoy en día se sabe que las musulmanas verdaderamente piadosas tienen la esperanza de ver su ideal realizarse en el cielo. La historia religiosa de los árabes tiene sus santos y sus profetisas, y la hija de Mahoma, la ilustre Fátima, es la reina de este paraíso femenino.

Solimán-Aga terminó por aconsejarme que abrazara el mahometismo; se lo agradecí sonriendo y le prometí que reflexionaría sobre ello. De nuevo estaba más confuso que nunca. Aún me quedaba por consultar al pintor sordo del hotel Domergue, conforme a mi primera idea.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.01. LAS BODAS COPTAS

I.01.05. ‘‘El Mousky"

Pasada la calle y dejando a la izquierda el edificio de las caballerizas, comienza a notarse la animación de la gran ciudad. La acera que rodea la plaza de El-Ezbekieh, solo tiene una escuálida hilera de árboles para protegerse del sol; pero altas y hermosas casas de piedra recortan en zig-zag los polvorientos rayos de sol que se proyectan sobre un lado de la calle.

El lugar es, de ordinario, muy abierto y ruidoso, con una multitud de vendedores de naranjas, bananas, caña de azúcar aún verde, cuya pulpa la gente mastica con fruición. También hay cantantes, laudistas, y encantadores de serpientes enroscadas en torno a su cuello. Allí se desarrolla un espectáculo que convierte en reales ciertas imágenes de los extravagantes ensueños de Rabelais.

Un vejestorio jovial hace danzar con la rodilla pequeñas figuras cuyo cuerpo está atravesado por unos hilos como muestran nuestros Saboyanos; pero las pantomimas que aquí se escenifican son mucho menos decentes. Y no me refiero al ilustre *Caragueuz*, que generalmente sólo se representa mediante sombras chinescas. Un círculo maravillado, de mujeres, niños y militares aplaude inocente a estas desvergonzadas marionetas. Más allá, es un domador de monos que ha enseñado a un enorme cinocéfalo a responder con un bastón a los ataques de los perros vagabundos de la ciudad, a los que los niños achuchan contra él.

Más lejos, la calle se estrecha y se oscurece por lo elevado de los edificios. Aquí, a la izquierda, se encuentra la cofradía de los derviches gírovagos, que ofrecen al público una sesión todos los martes. Después, tras un amplio portón de carruajes, sobre el que se puede admirar un gran cocodrilo relleno de paja, está la posta desde donde parten las diligencias que atraviesan el desierto, desde el Cairo hasta Suez. Se trata de coches muy ligeros, cuya forma recuerda la del prosaico cuco[5]; las ventanillas, ampliamente recortadas, exponen a todo el pasaje al viento y al polvo; lo que sin duda es una necesidad. Las ruedas de hierro llevan un doble sistema de radios, partiendo de cada extremidad del cubo para ir a juntarse en el estrecho círculo que reemplaza a las llantas. Estas singulares ruedas, más que posarse sobre el suelo, lo cortan.

Pero sigamos. Aquí, a la derecha, un cabaret cristiano, es decir, una vasta bodega en donde se da de beber sobre toneles. Ante la puerta está plantado habitualmente un tipo de cara arrebolada y largos mostachos, que representa majestuosamente al franco autóctono, la raza, para decirlo mejor, que pertenece a Oriente.

¿Quién puede saber si se trata de un maltés, italiano, español o marsellés de origen? Lo único certero es su desprecio por las costumbres del país y su conciencia de la superioridad de las noches europeas, que le han inducido a refinamientos con un toque de cierta originalidad en su ajado vestuario.

Sobre una levita azul, de la que los desflecados ingleses se han divorciado hace tiempo, incluidos los botones, se le ha ocurrido la idea de atar cordones que se cruzan como alamares.

[5] Antiguo coche de punto.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Su pantalón rojo se sumerge en un resto de botas fuertes, armadas de espuelas. Un vasto cuello de camisa y un sombrero blanco chepudo con revueltas verdes, alivian lo que este personaje tendría de demasiado marcial, y le restituye a su carácter civil. El nervio de buey (látigo) que lleva en la mano, aún privilegio exclusivo de los francos y de los turcos, se ejercita con frecuencia a expensas de las espaldas del pobre y paciente *fellah*.

Casi frente al cabaret, la mirada recae sobre un estrecho callejón sin salida, por el que se arrastra un mendigo con los pies y las manos cortadas. Ese pobre diablo implora la caridad de los ingleses que pasan a cada instante, ya que el hotel Waghorn está situado en esa callejuela oscura que conduce al teatro de El Cairo y al gabinete de lectura de Madame Bonhomme, anunciado con un gran letrero escrito en caracteres franceses.

Todos los placeres de la civilización se reúnen allí, y desde luego no se puede decir que haya mucho que puedan envidiar los árabes. Seguimos nuestro camino y encontramos una casa con una fachada festoneada de arabescos, único placer hasta el momento del artista y del poeta.

Enseguida, la calle forma un ángulo y hay que luchar a brazo partido contra una multitud de asnos, perros, camellos, vendedores de pepinos y mujeres ofreciendo pan. Los asnos trotan, los camellos berrean, los perros se mantienen obstinadamente alineados de espaldas a lo largo de las puertas de los tres carniceros. Este pequeño rincón no estaría exento de peculiarismo árabe, a no ser porque se avista de frente el letrero de una Trattoria llena de italianos y malteses.

Y al fin, frente a nosotros, en todo su esplendor, la gran calle comercial del barrio franco, vulgarmente conocida por El Mousky. El primer tramo, cubierto a medias por lonas y tejadillos, presenta dos filas de tiendas bien guarnecidas, en donde todas las naciones europeas exponen sus productos más habituales. Inglaterra domina por los tejidos y vajillas; Alemania, por la ropa de cama; Francia, por la moda; Marsella, por las especias, carnes ahumadas y pequeños y variados objetos. No cito a Marsella con Francia, ya que en Levante no se tarda en comprender que los marselleses forman una nación aparte; dicho esto en el sentido más positivo.

Entre los comercios de la industria europea que más atraen la atención de los habitantes más pudientes del Cairo: los turcos reformistas, así como los coptos y los griegos, hay una cervecería, en donde se puede contrarrestar, con ayuda de un vino de madeira, un oporto y cerveza negra, la acción a veces emoliente de las aguas del Nilo.

Otro lugar de refugio contra la vida oriental es la botica Castagnol, en la que con frecuencia los *Beys*, los *Muchias* y los *Nazirs* de origen parisino, se dan cita con los viajeros para encontrar los recuerdos de la madre patria. No es de extrañar ver los sillones de las oficinas e incluso de los bancos del exterior, ocupados por orientales de dudoso origen, de pechera cargada de estrellas de brillantes, que hablan en francés y leen los periódicos, mientras que los *Saïs* se mantienen cerca y a su disposición con fogosos caballos, enjaezados con monturas bordadas en oro. Esta afluencia se explica también por la vecindad de la posta franca, situada en el callejón que lleva al hotel Domergue. Se viene a esperar todos los días la correspondencia y las novedades que llegan de lejos, según el estado de los caminos, o la diligencia de los mensajeros. El barco de vapor inglés, sólo remonta el Nilo una vez al mes.

Estoy llegando al final de mi itinerario, ya que en la botica Castagnol, me encontré con mi pintor del hotel francés, que se estaba haciendo preparar cloruro de oro para un daguerrotipo. Me propuso ir con él para echar una ojeada por la ciudad; así que le di vacaciones al dragomán, que se apresuró a instalarse en la cervecería inglesa, al haberle tomado, gracias a sus anteriores clientes, una afición inmoderada por la cerveza y el güiski.

Al aceptar su proposición de dar un paseo, estaba maquinando una idea aún mejor: hacerme conducir hasta el lugar más embrollado de la ciudad, abandonar al pintor con su trabajo, y después errar a la ventura, sin intérprete ni compañero. Esto era algo que hasta ahora

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

no había podido conseguir porque el dragomán se pretendía indispensable y todos los europeos con los que me había encontrado, se empeñaban en mostrarme “las bellezas de la ciudad”.

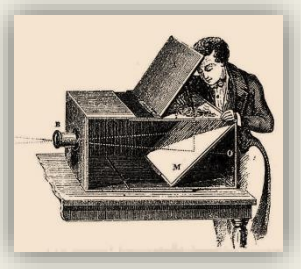
Hay que haber recorrido un poco el “midi” para comprender todo el alcance de este hipócrita ofrecimiento. Si te crees que el amable residente se convierte en guía gracias a su alma bondadosa, no hay que equivocarse, la realidad es que no tiene nada que hacer, que se aburre horriblemente, tiene necesidad de alguien para que le distraiga, para “darle conversación”, pero este sujeto no mostrará nada que uno no hubiese descubierto ya, ni siquiera conoce su ciudad, no tiene ni idea de lo que pasa en ella, lo que busca es un pretexto para el paseo y un medio de aburrirnos con sus comentarios y de distraerse con los nuestros. Por lo demás ¿qué es una hermosa perspectiva, un momento, un curioso detalle, sin el azar de lo imprevisto?

Uno de los prejuicios de los europeos en El Cairo es el de no poder dar dos pasos sin ir montado en un jumento y escoltado por un criado. Los asnos son bastante buenos, estoy de acuerdo, trotan y galopan de maravilla; el mulero sirve de parapeto y hace apartarse a la muchedumbre gritando: *¡Ha!, ¡Ha! ,¡Iniglas, Smalac!,* o lo que es lo mismo, *¡a derecha!, ¡a izquierda!*.

A las mujeres que al parecer tienen el oído o la cabeza más dura que los demás transeúntes, el asnero les anda gritando constantemente: ¡*Ia, bent*! ¡eh, muchacha! en un tono imperioso que resalta debidamente la superioridad del sexo masculino.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO



I.01. LAS BODAS COPTAS

I.01.6. ‘‘Un lance en el Besestaín"

El pintor y yo comenzamos a cabalgar, seguidos de un asno que llevaba el daguerrotipo, máquina complicada y frágil, que había que colocarla en un sitio bien visible, con objeto de que nos diera el debido postín[6] . Tras la calle que he descrito, se encuentra un pasaje cubierto con toldos, en donde el comercio europeo muestra sus mejores productos. Es una especie de bazar en el que termina el barrio franco.

Torciendo a la derecha, y luego a la izquierda, en medio de un gentío siempre creciente; seguimos una larga calle muy regular, que ofrece a la curiosidad, en algunos tramos, mezquitas, fuentes, una hermandad de derviches, y todo un bazar de quincallería y porcelana inglesa.
Luego, después de una y mil vueltas, la vida vuelve a ser más silenciosa, más polvorienta, más solitaria. Las mezquitas se convierten en ruinas; las casas se derrumban acá y allá; el ruido y el tumulto no se reproducen más que bajo la forma de una jauría de perros ladradores, que se ensañan con nuestros asnos, y nos persiguen creo que sobre todo a causa de nuestros horrorosos trajes negros europeos. Afortunadamente, pasamos bajo una puerta, cambiamos de barrio, y aquellos animales se detuvieron gruñendo en los límites extremos de sus posesiones.

Toda la ciudad está compartimentada en cincuenta y tres barrios rodeados de murallas, de los cuales, varios pertenecen a coptos, griegos, turcos, judíos y franceses. Incluso los perros, que pululan en paz por la ciudad sin pertenecer a nadie, reconocen estas divisiones y no se arriesgan más allá sin peligro. Una nueva escolta canina reemplazó pronto a la que acababa de dejarnos, y nos condujo hasta los casinos situados al borde de un canal, el *Calish*, que atraviesa El Cairo.

Nos encontramos en una especie de arrabal, separado por ese canal de los principales barrios de la ciudad. Cafés y numerosos casinos festonean la orilla interior, mientras que la otra, presenta un amplio paseo aliviado por unas cuantas palmeras polvorientas. El agua del canal es verdosa y algo estancada, pero una larga continuidad de glorietas y emparrados, rodeados de viñas y trepadoras, sirven de trastienda a los cafetines, que ofrecen una vista de lo más alegre, mientras el agua tranquila que los ciñe, refleja con amor los abigarrados ropajes de los fumadores.

Las lamparillas de los candiles de aceite se alumbran al apagarse las últimas luces del día, los narguiles de cristal lanzan destellos, y el licor ambarino nada en las ligeras tazas que distribuyen negros en una especie de hueveras de filigrana dorada.

Tras una corta parada en uno de estos cafetines, nos desplazamos a la otra orilla del *Calish*, e instalamos sobre unos piquetes el aparato en el que el dios del día se ejercita tan agradablemente en el oficio de paisajista. Una mezquita en ruinas con un minarete curiosamente trabajado, una esbelta palmera lanzando al aire una mata de lentiscos forma, con todo el resto del paisaje, un conjunto con el que componer un cuadro digno de Marilhat[7].

Mi compañero estaba encantado, y, mientras el sol trabajaba sobre sus placas bien pulimentadas, creí poder trabar una conversación instructiva escribiéndole a lápiz preguntas a las que su enfermedad no le impedía responder a voces:

---

[6] El daguerrotipo es un ancestro de la fotografía que, conforme a la definición de “Las noches de octubre” (capítulo VIII) se trata de “un instrumento para manejar con mucha paciencia, indicado para los espíritus fatigados y que, destruyendo las ilusiones, opone a cada figura el espejo de la verdad”.
[7] Prosper Marilhat (1811-1847) trajo muchos dibujos de su estancia en Egipto entre 1831 y 1833 (GR).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- No se case usted –gritó— y sobre todo no se le ocurra ponerse el turbante ¿Qué le exigen a usted? ¿tener una mujer en casa? ¡Vaya cosa! Yo me traigo todas las que quiero. Esas vendedoras de naranjas vestidas de azul, con sus brazaletes y collares de plata, son bastante hermosas. Tienen exactamente la misma forma que las estatuas egipcias, el pecho desarrollado, brazos y hombros soberbios, el trasero algo respingón, la pierna fina y delgada. Eso es arqueología, y sólo les falta llevar una peluca coronada por una cabeza de halcón, vendas envolviendo su cuerpo y una cruz anseada en la mano para ser como Isis o Hathor.

- Pero usted olvida –repuse— que yo no soy un artista, y, por otra parte, esas mujeres tienen marido o familia. Van veladas, y así ¿cómo adivinar si son hermosas? Además, todavía no sé más que una palabra en árabe, vocabulario que me parece escaso para persuadirlas.

- La galantería está severamente prohibida en El Cairo, pero el amor no lo está en ninguna parte. Usted encontrará una mujer cuyo paso al andar, el talle, la gracia del revuelo de sus vestidos al caminar, en la que cualquier cosa que se insinúe bajo el velo o en el peinado, le indicará su juventud o sus deseos de ser amable. Tan sólo sígala, y si le mira a la cara de frente, en el momento en que no se crea observada por la gente, tome usted el camino de vuelta a su casa; ella le seguirá. En cuestiones de mujeres, no hay que fiarse más que de uno mismo. Los dragomanes le aconsejarán mal. Es mejor fiarse de sí mismo, es más seguro.

En efecto –me dije a mí mismo mientras dejaba al pintor ensimismado en su trabajo, rodeado de una muchedumbre respetuosa, que le creía ocupado en operaciones mágicas— ¿por qué habría yo de renunciar al placer? Las mujeres van tapadas, pero yo no, y mi aspecto de europeo puede que tenga algún encanto en este país. En Francia pasaría por un caballero normal y corriente, pero en El Cairo me convierto en un elegante hijo del norte. Este traje franco, que alborota a los perros, al menos me sirve para que se fijen en mí, que ya es bastante.

Así que me introduje por las calles más populares, y atravesé la muchedumbre, asombrada de ver a un franco a pie y sin guía en la parte árabe de la ciudad. Me fui parando en las puertas de las tiendas y talleres, examinándolo todo con un aire bobalicón e inofensivo, que únicamente suscitaba sonrisas. Se dirían: Ha perdido a su dragomán, puede que le falte dinero para alquilar un burro...; se compadecían del extranjero extraviado en el inmenso caos de los bazares, en el laberinto de las calles.

Me detuve para observar el trabajo de tres herreros que parecían hombres de cobre. Entonaban un estribillo árabe, cuyo ritmo guiaba los sucesivos golpes sobre las piezas de metal que un niño iba moviendo sobre el yunque. Me estremecí pensando que si uno de los dos se equivocaba en la medida de medio compás el niño terminaría con la mano aplastada.

Dos mujeres se habían parado detrás de mí y se reían de mi curiosidad. Me volví, y me percaté por su mantilla de tafetán negro y por el vestido verde de levantina, de que no pertenecían al gremio de vendedoras de naranjas de El Mousky. Me puse rápidamente delante de ellas, pero entonces, se bajaron el velo y escaparon. Las seguí, y pronto llegué a una calle larga, atravesada por ricos bazares, que cruza toda la ciudad. Nos internamos bajo una bóveda de aspecto grandioso, formada por mocárabes esculpidos a la antigua usanza, cuyo barniz y dorados realzaban mil detalles de espléndidos arabescos. Puede que esto sea el Besestaín de los circasianos, en donde sucedió la historia narrada por el mercader copto al sultán de Casgar.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

¡Heme aquí de lleno en "Las mil y una noches"[106], y yo seré uno de los jóvenes mercaderes a los que las dos damas hacen desplegar sus tejidos, tal y como hacía la hija del emir ante la tienda de Bereddín! Les diré, al igual que el joven mancebo de Bagdad:

- ¡Dejadme ver vuestro rostro a cambio de esta seda con flores de oro, y habré sido pagado con creces!

Pero estas damiselas desdeñaron las sedas de Beirut, los brocados de Damasco, las mantillas de Brossa, que cada comerciante colocaba a su gusto... No se trata de tiendas propiamente dichas, sino de simples estanterías, cuyas baldas ascienden hasta la bóveda, y que van rematadas por una enseña cubierta de letras y atributos dorados. El vendedor, con las piernas cruzadas, fuma su larga pipa o el narguile sobre un pequeño estrado, y las mujeres van de vendedor en vendedor, haciendo que les muestren y desplieguen el género y lo pongan todo patas arriba, para pasar al siguiente, tras lanzar una mirada de desdén a la mercancía.

Mis hermosas y risueñas damas querían a cualquier precio telas de Constantinopla. Constantinopla marca la moda en El Cairo. Les mostraron unas muselinas estampadas horrorosas, gritando: *Istanboldan* (¡esto es de Estambul!), ante las que se pusieron a lanzar grititos de admiración. Las mujeres son igual en todas partes.

Me aproximé con aire de entendido; levanté el extremo de una tela amarilla estampada con rameados de tonos burdeos, y exclamé ¡*tayeb*! (ésta es bonita). Mi observación pareció tener éxito, y se decidieron por mi elección. El vendedor midió la pieza con una vara de medio metro, llamada *Pico*, y encargó a un muchachito que llevara el paquete con el retal.

De pronto, me pareció que una de las mujeres me había mirado de frente; además, su paseo sin rumbo, las risas que ahogaban volviéndose para ver si las seguía, el manto negro (*habbarah*) levantándose de vez en cuando para mostrar una máscara blanca, signo de clase elevada, todas esas idas y venidas indecisas que posee una enmascarada tratando de seducirnos en un baile de la ópera, parecieron indicarme que no albergaban sentimientos adversos hacia mi persona. Así que creí llegado el momento de pasar por delante y tomar el camino de mi casa. Pero ¿cómo iba a encontrarlo? En El Cairo las calles no tienen nombre, ni las casas números, y cada barrio, ceñido entre sus muros, es en sí mismo un complejo laberinto. Existen diez callejones ciegos por cada uno que lleve a alguna parte.

En la duda, opté por seguirlas. Dejamos los bazares llenos de tumulto y de luz, en donde todo deslumbra y destella, y en donde el lujo de los estantes contrasta con el gran carácter y esplendor arquitectónico de las principales mezquitas, decoradas con franjas horizontales amarillas y rojas.

Pasajes abovedados, callejuelas estrechas y sombrías sobre las que penden los armazones de madera de los balcones, igual que en nuestras calles de la Edad Media. El frescor de estos caminos, casi subterráneos, es un refugio para los ardores del sol de Egipto, y proporciona a la población muchas de las ventajas de una latitud templada. Esto explica la blancura mate que gran número de mujeres conservan bajo su velo, ya que muchas de ellas jamás han dejado la ciudad, excepto para ir a entretenerse bajo la umbría del Choubrah.

¿Pero qué pensar de tantas vueltas y revueltas que me estaban obligando a dar? ¿Estaban huyendo de mí, o me estaban guiando mientras me precedían en ese caminar a la buena de Dios? Por fin entramos en una calle por la que yo había pasado el día anterior, y que reconocí, sobre todo por el delicado olor que esparcían las flores amarillas de un madroño. Este árbol, amado por el sol, proyectaba al otro lado del muro sus ramas cubiertas de capullos perfumados. Una fuente baja formaba una rinconada. Era una fundación piadosa destinada a

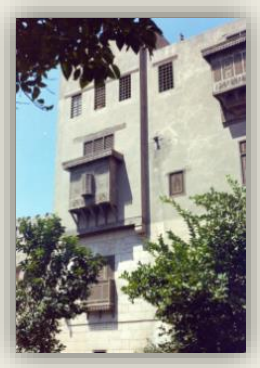
[106] CXXXII noche (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

calmar la sed de los animales vagabundos.

Allí me encontré con una mansión de hermosa apariencia y decorada con yeserías. Una de las damas introdujo por la puerta una llave rústica, de esas que yo ya había experimentado. Me lancé tras ella sin titubear ni reflexionar, a través de un corredor sombrío y me encontré de pronto en un gran patio silencioso, rodeado de galerías, y dominado por los mil encajes de las *mashrabeias*.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6



I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.01. LAS BODAS COPTAS

I.01.07. ‘‘Una mansión peligrosa"

Las damas han desaparecido por alguna escalera sombría de la entrada. Me vuelvo con la firme intención de ganar la puerta, pero un esclavo abisinio, enorme y fornido está bloqueándola. Busco una palabra para convencerle de que me he equivocado de casa, y que creía haber llegado a la mía; pero la palabra *tayeb*, por muy universal que sea, no me parecía suficiente para expresar todo ese discurso. Mientras tanto, un estruendo se oyó en el interior de la casa, caballerizos extrañados salen del interior de los establos, bonetes rojos se dejan ver en las ventanas del primer piso, y un turco de lo más majestuoso avanza desde el fondo de la galería principal.

En momentos así, lo peor es quedarse callado, pues considero que muchos musulmanes comprenden la lengua franca, que en el fondo no es sino una mezcla de todo tipo de palabras meridionales, empleadas al azar hasta hacerse entender. Es la lengua de los turcos de Molière. De modo que reuní todo lo que podía saber de italiano, español, provenzal y griego, y compuse con todo ello un discurso bastante capcioso. A fin de cuentas, me dije a mi mismo, mis intenciones son puras, y al menos, una de las mujeres podría ser su hija, o su hermana; así que en el peor de los casos, la tomo en matrimonio y me pongo el turbante. En esta vida, ya se sabe, hay cosas que no se pueden evitar, y yo creo en el destino.

Además, ese turco tenía pinta de ser un buen tipo, y su aspecto, bien alimentado no parecía sintomático de crueldad. Me guiñó el ojo con cierta malicia al verme acumular los sustantivos más barrocos que se hubieran jamás oído en los puertos del Levante, y me dijo, tendiendo hacia mí una mano regordeta y cargada de anillos:

- Mi querido señor, haga el favor de entrar por aquí; hablaremos más cómodamente.

¡Vaya sorpresa!, este bravo turco era un francés como yo!

Entramos en una hermosa sala cuyas ventanas se recortaban sobre los jardines, y nos acomodamos en un rico diván. Trajeron café y unas pipas. Charlamos. Expliqué lo mejor que pude cómo había entrado hasta su casa, creyendo haber tomado uno de los numerosos pasajes que atraviesan El Cairo por medio de los principales bloques de casas; pero comprendí por su sonrisa que mis bellas desconocidas habían tenido tiempo de traicionarme; lo cual no impidió que nuestra conversación tomara al poco tiempo un cariz más íntimo. En un país turco rápidamente se traba conocimiento entre compatriotas. Mi huésped quiso invitarme a su mesa, y, cuando llegó la hora, vi entrar a dos hermosas señoras, una era su mujer, y la otra, la hermana de su esposa. Se trataba de mis dos queridas desconocidas del bazar de los circasianos, y las dos, ¡francesas!... ¡para colmo de mi humillación!

La ciudad se había rebelado ante mi pretensión de recorrerla sin la obligada compañía de un trujimán y un asno.

Se divirtieron narrando mi asidua persecución de los dos enigmáticos dominós, que evidentemente dejaban entrever lo que había dentro, y que igual podía haberse tratado de unas viejas o unas negras. Estas damas no tenían ni la más mínima idea de que la elección había sido totalmente al azar, y ninguno de sus encantos había estado en juego, pues hay que reconocer

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

que la *habbarah* negra, menos atractiva que el velo de las sencillas muchachas campesinas, convierte a cualquier mujer en un paquete sin formas, y, cuando el viento lo hincha, les da el aspecto de un globo a medio inflar.

Tras la cena, servida enteramente a la francesa, me hicieron entrar en un salón aún más rico, de paredes revestidas de porcelana pintada y un elaborado artesonado de cedro esculpido. Una fuente de mármol arrojaba en el centro sus menudos chorrillos de agua; tapices y cristal de Venecia completaban el ideal del lujo árabe. Pero la sorpresa que me esperaba allí concentró muy pronto toda mi atención. En torno a una mesa oval había ocho jovencitas que realizaban diversas labores. Se levantaron, me saludaron, y las dos más jóvenes vinieron a besarme la mano, ceremonia a la que yo sabía que no se podía renunciar en El Cairo. Lo que más me admiraba de esta seductora aparición es que el color de estas muchachas, vestidas a la oriental, variaba del muy moreno al oliváceo, y llegaba, en la última, al chocolate más oscuro. Habría sido una inconveniencia haber citado ante la más blanca el verso de Goethe: "¿Conoces tú la tierra en donde maduran los limones...?"[107]

Todas ellas podían pasar por bellezas de razas mestizas. La señora de la casa y su hermana se habían sentado en el diván ante mi escandalosa admiración, y las dos niñas nos trajeron licores y café.

Me daba cuenta del gran honor que me hacía mi huésped al introducirme en su harem, pero yo me decía para mi coleto que un francés nunca sería un buen turco, y que el orgullo de mostrar a sus amantes o a sus esposas debía dominar siempre por encima del miedo a exponerlas a las seducciones. Una vez más me equivoqué sobre este extremo. Aquellas encantadoras flores de diversos colores no eran sus mujeres, sino sus hijas. Mi huésped pertenecía a esa generación de militares que dedicó su existencia al servicio de Napoleón, y antes que reconocerse hijos de la Restauración, muchos de estos valientes se marcharon a ofrecer sus servicios a los soberanos de Oriente. La India y Egipto acogieron a buena parte de ellos, y aún se podían encontrar en ambos países hermosos vestigios de la gloria francesa. Unos cuantos adoptaron la religión y costumbres de los pueblos que les acogieron. ¿Censurarles? La mayoría, nacidos durante la Revolución, no habían conocido otro culto que el de los Theofilantropos o el de las logias masónicas. El mahometismo, visto desde el país donde impera, posee grandezas que impresionan al espíritu más escéptico. Mi huésped se había dejado, aún joven, arrastrar por las seducciones de una nueva patria. Había obtenido el grado de Bey por su talento y por sus servicios; y su serrallo había sido reclutado, en parte, entre las bellezas del Sennaar de Abisinia, de la misma Arabia, pues él había contribuido a librar los Santos Lugares del yugo de los musulmanes sectarios[108]. Más tarde, ya entrado en años, las ideas de Europa volvieron a su mente: se casó con una educada hija de cónsul, y, tal y como hizo el gran Solimán al casarse con Roxelanne[109], dio vacaciones a todo su serrallo, aunque las hijas se quedaron con él. Y esas eran las muchachas que yo estaba viendo allí; pues los chicos estaban estudiando en escuelas militares.

En medio de tantas jovencitas casaderas, sentía que la hospitalidad que se me ofrecía en esta casa presentaba ciertas características peligrosas, y no me atreví a exponer demasiado mi situación real, antes de obtener una información más amplia.

---

[107] – "Kennst du das Land, wo die Zitronem blühn…?" Canción de Mignon en LES ANNÉES D'APPRENTISSAGE DE WILHELM MEISTER.

[108] – Sin duda, los WAHABÍES, sometidos por Ibrahim en 1818. Ver n.72*.

[109] – La Sultana Roxelanne, de origen italiano o ruso, fue la favorita del Sultán Solimán el Magnífico.

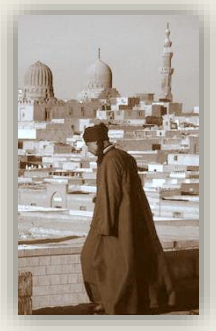
© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Me devolvieron a mi casa por la tarde, y he conservado de toda esta aventura un recuerdo divertido[110]...ya que en realidad no habría merecido la pena venir al Cairo para emparentarme con una familia francesa.

Al día siguiente, Abdallah vino a pedirme permiso para acompañar a unos ingleses hasta Suez. Sería una semana, y no quise privarle de este lucrativo viaje. Supuse que no debía de estar muy satisfecho con mi conducta del día anterior. Un viajero que pasa de trujimán durante toda una jornada, que vaga a pie por las calles de El Cairo, y que después cena ni se sabe dónde, corre el riesgo de pasar por un tipo bastante falaz. De todos modos, Abdallah me presentó a Ibrahim para sustituirle, un *barbarín* de entre sus amigos. El *barbarín* (aquí es el nombre que se le da a los criados ordinarios) no sabe más que un poco de *patois* maltés.

[110] – En una carta a su padre, fechada el 18 de marzo de 1843, Nerval menciona a este personaje, como el ingeniero Linant de Bellefonds, contratista de numerosas obras para Méhémet-Ali (G.R.)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6



I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.01. LAS BODAS COPTAS

I.01.08. "El *Wékyl*"

El judío Yusef, mi conocido del bazar del algodón, venía todos los días a sentarse a mi diván y a perfeccionar su conversación.

- Me he enterado, me dijo, que necesita una mujer, y le he encontrado un *wékyl*.
- ¿Un *wékyl*?
- Sí, un mensajero, un embajador. En este caso, un hombre de bien, encargado de entenderse con los parientes de las jóvenes casaderas. Él le conducirá y le guiará hasta ellas.
- ¡Eh!, ¡eh! ¿pero quiénes son esas jóvenes?
- Son personas muy honestas, ya que en El Cairo sólo las hay así desde que Su Alteza relegó a las otras a Esné, un poco más abajo de la primera catarata.
- Quisiera creerlo ¡Bien!, ya veremos, tráigame a ese *wékyl*.
- Ya lo traje, está esperando ahí abajo.

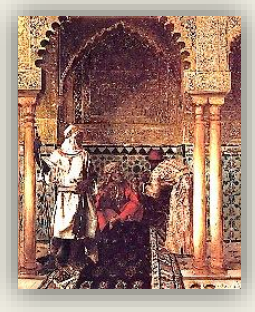
El *wékyl* era un ciego, al que su hijo, un hombretón robusto, guiaba con cuidado. Montamos los cuatro en los burros, y me reí en mi fuero interno, al comparar al ciego con Amor, y a su hijo con el dios del himeneo. El judío, no muy interesado por estas reseñas mitológicas, me instruía durante el camino.

- Usted puede –me decía— casarse aquí de cuatro formas: la primera, desposando a una joven copta ante el Turco.
- ¿Qué es eso del Turco?
- Es un buen santón al que usted entrega unas monedas, y él, a cambio, le dice una plegaria, le asiste ante el Qadi, y cumple las funciones de un sacerdote:
  A este tipo de hombres se les considera santos en este país, y todo cuanto ellos hacen, está bien hecho. No se preocupan por la religión que usted practique, siempre que usted no sienta reparos por la suya. Pero estas bodas no son las de las muchachas más honestas.
- Bien, pasemos revista a otro tipo de boda.
- Este otro es un matrimonio serio. Usted es cristiano y los coptos también lo son. Hay sacerdotes coptos que pueden casarles, aunque en el cisma, a condición de consignar una dote para la esposa, por si acaso en el futuro se divorciara de ella.
- Es muy razonable, pero ¿cuál es la dote?...
- ¡Ah!, eso depende del trato. Como mínimo hay que dejar doscientas piastras.
- ¡Cincuenta francos!, pardiez, así me caso yo y por bien poco.
- Existe aún otro tipo de matrimonio para las personas muy escrupulosas. Se trata del de las buenas familias. Usted se compromete ante el sacerdote copto, y luego le casan según su propio rito, pero después usted no puede divorciarse.
- ¡Uy!, pero eso es muy grave ¡Espere!
- Perdón; también es necesario de entrada, constituir un ajuar para el caso en que usted se marche del país.
- Entonces ¿la mujer quedaría libre?
- Desde luego, y usted también, pero mientras usted siga en el país, estarán unidos.
- En el fondo, es bastante justo. Pero, ¿cuál es el cuarto tipo de boda?

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- No le aconsejo a usted que piense en ese. Se trataría de casarse dos veces: en la iglesia copta y en el convento de los franciscanos.
- ¿Es un matrimonio mixto?
- Un matrimonio muy sólido. Si usted se marcha, tiene que llevarse a la mujer. Ella puede seguirle a todas partes y llenarle de críos que quedarían a su cargo.
- Entonces, ¿quiere decir que se acabó, que de ese modo se está casado sin remisión?
- Aún quedan artimañas para deslizar una nulidad en las actas... pero sobre todo, guárdese de una cosa: dejarse conducir ante el cónsul.
- Pero eso es el matrimonio europeo.
- Desde luego. Y en ese caso, a usted sólo le quedaría un recurso, si conoce a alguien del Consulado, obtener que las publicaciones no se hagan en su país.

Los conocimientos de este cultivador de gusanos de seda acerca de los matrimonios me tenían perplejo; pero me informó que ya le habían utilizado en otras ocasiones para esta clase de asuntos. Servía de traductor al *wékyl*, que sólo hablaba árabe. Me interesaba conocer hasta el último de los detalles sobre las posibles formas de contraer matrimonio.



Llegamos así al otro extremo de la ciudad, en la parte del barrio copto que da la vuelta a la plaza de El-Esbekieh, del lado del Bulác. Una casa de apariencia bastante pobre al final de una calle repleta de vendedores de hierbas y frituras. Ése era el lugar en donde se iba a celebrar la presentación. Se me advirtió que aquella no era la casa de los padres, sino un terreno neutral.

- Va a ver usted a dos –me dijo el judío— y si no queda satisfecho, haremos venir a otras.
- Está bien, pero si están veladas, le prevengo que yo no me caso.
- ¡Oh!, esté usted tranquilo, aquí no estamos entre turcos.
- Aunque los turcos tienen la ventaja de poder desquitarse gracias al número.
- Esto es totalmente diferente.

La sala del piso bajo de la casa, la ocupaban tres o cuatro hombres, vestidos con galabeias azules, que parecían dormitar. No obstante, gracias a la vecindad de una de las puertas de la ciudad y de su cuerpo de guardia, situado en las proximidades, este escenario no me parecía inquietante.

Subimos por una escalera de piedra a una terraza interior. La habitación a la que se accedía de inmediato daba a la calle, y la amplia ventana, con toda su cancela de carpintería, sobresalía, conforme al uso, medio metro por fuera de la casa.

Una vez sentado en esta especie de vestíbulo, la mirada se sumergía en los extremos de la calle en donde se veía a los caminantes a través de los enrejados laterales. En general, éste es el lugar de las mujeres, desde el que, al igual que tras su velo, observan todo sin ser vistas.

Se me invitó a sentarme, mientras el *wékyl*, su hijo y el judío se acomodaban en los divanes. Al poco llegó una mujer copta velada, levantó su borghot negro por encima de la cabeza, lo que, con el velo hacia atrás, componía una especie de tocado israelí. Ésta era la *khatbé*[*], o *wékyl* de las mujeres. Me comentó que las jóvenes estaban acabando de arreglarse. Mientras tanto, trajeron pipas y café para todo el mundo.

[*] - Casamentera (EDL)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Un hombre de barba blanca, con turbante negro, se había agregado también a la reunión. Se trataba del sacerdote copto. Dos mujeres veladas, las madres, sin duda, se quedaron de pie junto a la puerta.

Aquello iba muy en serio, y esa espera –debo reconocer— me estaba provocando algo de ansiedad.

Por fin entraron dos jovencitas que vinieron a besarme la mano. Las invité por señas a sentarse a mi lado.

- Déjelas de pie –me dijo el judío—son sus sirvientes.

Pero yo era aún demasiado francés como para no insistir. El judío habló y sin duda les dio a entender que entre los europeos había la extraña costumbre de que se sentaran las mujeres delante de ellos. Al fin se sentaron junto a mí.

Llevaban unas túnicas de tafetán estampado y muselinas bordadas. El conjunto resultaba bastante primaveral. El tocado, compuesto por un *tarbús* rojo adornado de pasamanería, dejaba escapar un mechón de cintas y trenzas de seda, mientras que racimos de piezas de oro –lo más probable es que fueran falsas— ocultaban sus cabellos por completo. Aun así, era fácil ver que una era rubia y la otra morena. Además, habían previsto cualquier objeción sobre la talla o el color: La primera, era esbelta como una palmera y tenía los ojos negros de las gacelas, y era morena, ligeramente oscura. La otra, más delicada, más rica de contornos, y de una blancura que me resultaba extraña en esas latitudes, tenía el rostro y el porte de una joven reina floreciendo en el país de la mañana.

Ésta última me seducía en particular, y pedí que le tradujeran de mi parte toda suerte de halagos, sin por ello descuidar a su compañera. Y como el tiempo pasaba sin que yo abordara el asunto principal que nos había llevado hasta allí, la *khatbé* las hizo levantarse y les descubrió los hombros, que golpeó con la mano para demostrar su firmeza. Hubo un momento en que temí que la exhibición fuera demasiado lejos, y yo mismo me encontraba un poco cohibido ante estas pobres muchachas, que volvían a cubrirse con las gasas sus traicionados encantos. Entonces me dijo el judío:

- ¿Qué piensa usted?
- Hay una que me gusta mucho, pero preferiría pensármelo un poco. Yo no me puedo apasionar así, de golpe, volveremos a verlas...

Desde luego que los allí presentes habrían preferido una respuesta más precisa. La *khatbé* y el sacerdote copto me incitaban a que tomara una decisión de inmediato, pero yo me levanté prometiéndoles que volvería, aunque me daba cuenta que no confiaban mucho en mis palabras.

Las dos jovencitas habían salido durante la negociación, y cuando atravesaba la terraza para salir a la escalera, la que más me había interesado en particular, parecía ocupada en arreglar las plantas. Se levantó sonriente, y dejando caer su *tarbús*, sacudió sobre sus hombros unas magníficas trenzas doradas, a las que el sol daba un vivo reflejo rojizo. Este último esfuerzo de una coquetería, por supuesto bien legítima, casi triunfa sobre mi prudencia, e hice decir a su familia que les aseguraba el envío de los presentes.

“A fe mía, dije al salir al complaciente israelita, que me casaría con ésta ante el turco.

- La madre no querría, se empeña en que sea con el sacerdote copto. Es una familia de escritores: el padre ha muerto y la jovencita que usted prefiere sólo se ha casado una vez, a pesar de tener ya dieciséis años.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Cómo! ¿es viuda?
- No, divorciada.
- ¡Ah!, pero esto cambia las cosas”

De todos modos, les envié una pequeña pieza de tela como presente.

El ciego y su hijo se pusieron a buscar de nuevo y me encontraron otras candidatas. Casi siempre se trataba de la misma ceremonia, pero yo le tomé gusto a este pasar revista al bello sexo copto, y por medio de algunos retales y pequeñas bagatelas no se acababa de formalizar nada debido a mis incertidumbres. Hubo una madre que llevó a su hija hasta mi cuarto, y creo que, sin temor a equivocarme, habría celebrado el himeneo ante el turco; pero bien pensado, aquella muchacha estaba en la edad de haber pasado ya por más maridos de lo deseable.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.01. LAS BODAS COPTAS

I.01.09. ‘‘El jardín de Rosette”

El barbarín que ‘Abdallah había puesto a mi disposición, tal vez un poco celoso de la asiduidad del judío y de su wékyl, me trajo un día a un joven bien vestido, hablando italiano y llamado Mahoma, que me propuso una boda de auténtica relevancia.

“Para esta boda, me dijo, hay que ir ante el Cónsul. Es gente rica, y la niña tiene sólo doce años.

- Es algo joven para mí; pero me parece que aquí esa es la única edad en donde no hay riesgo de encontrarlas viudas o divorciadas.
- *Signor, è vero!*, están deseosos de verle, ya que usted ocupa una casa en la que estuvieron ingleses, por lo que se tiene muy buena opinión de su posición. Les he dicho que usted era un general.
- Pero yo no soy general.
- Veamos: no es un trabajador, ni un negociante... ¿es que usted no hace nada?
- No gran cosa.
- ¡Pues claro! Eso aquí representa el grado de un *Myrliva*[8]

Ya sabía yo que tanto en El Cairo como en Rusia, se clasificaban todas las posiciones sociales en base a los grados militares. En París hay algunos escritores para los que hubiera sido casi un insulto el haberles asimilado a un general egipcio. Yo, en todo esto, sólo podía ver la exageración oriental.

Subimos a los asnos y nos dirigimos hacia el Musky. Mahoma llamó a una casa de apariencia bastante buena. Nos abrió la puerta una negra que se puso a gritar de alegría; otra esclava negra se asomó con curiosidad a la balaustrada de la escalera y comenzó a aplaudir y a reírse a carcajadas. Mientras tanto, yo oía el rumor de las conversaciones de las que sólo adiviné que se trataba del *Myrliva* anunciado.

En la primera planta me encontré a un personaje vestido con propiedad, tocado con un turbante de cachemira, que me invitó a sentarme y me presentó a su hijo, un joven mocetón. Éste era el padre, y al instante apareció una mujer de unos treinta años, todavía bonita. Sirvieron café y unos narguiles, y me enteré, gracias al intérprete, de que eran oriundos del Alto Egipto, lo que le otorgaba al padre el derecho de adornarse con un turbante blanco. Poco después, llegó la joven seguida de unas sirvientas negras, que se quedaron a la puerta, y a las que cogió la bandeja para ofrecernos unas confituras en recipiente de cristal, de las que se toman con unas cucharillas bermejas.

La jovencita era tan pequeña y tan bonita, que yo no podía concebir que pudiera desposarla. Sus rasgos aun no estaban bien formados, pero se parecía tanto a su madre, que te podías dar cuenta por la cara de esta última, del futuro carácter de su belleza. La enviaban a las escuelas del barrio franco, y ya sabía algunas palabras de italiano. Toda esta familia me parecía tan respetable, que me arrepentí de haberme presentado allí sin llevar intenciones realmente serias.

Me cumplimentaron de mil maneras, y yo les dejé prometiéndoles una respuesta muy en breve. Había mucho en qué pensar con la debida madurez.

[8] General.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

En dos días se celebraría la pascua judía, el equivalente a nuestro domingo de ramos, y en lugar del boj, como en Europa, todos los cristianos llevaban la palma bíblica, y las calles rebosaban de críos que se repartían los restos de las palmas.

Atravesé el jardín de Rosette para llegar al barrio franco, por ser el paseo con más encanto de El Cairo. Un verde oasis en medio de casas polvorientas en el límite del barrio copto con *El Musky*. Dos mansiones de cónsules y la del doctor Clot-Bey[9] ciñen uno de los extremos de ese retiro; del otro, se extienden las casas francas que rodean el impasse *Waghorn*. La distancia es lo bastante considerable como para ofrecer a la vista un hermoso horizonte de datileras, naranjos y sicomoros.

No es fácil encontrar el camino de ese misterioso edén que carece de puerta pública. Hay que atravesar por la casa del cónsul de Cerdeña, dando unos cuantos *paras* a los sirvientes, y de pronto uno se encuentra en medio de vergeles y parterres pertenecientes a las casas vecinas. Un sendero que los divide concluye en una especie de pequeña granja rodeada de una verja, por donde se pasean un gran número de jirafas, que el doctor Clot-Bey hace criar por los nubios. Un espeso bosque de naranjos se extiende más allá, a la izquierda del camino. A la derecha, han plantado unos madroños entre los que se cultiva el maíz. Después, el sendero serpentea y el vasto espacio que se percibe de este lado se cierra con un telón de palmeras entremezcladas de bananos, con sus largas hojas de un verde resplandeciente. Allí mismo se encuentra un pabellón sostenido por altos pilares, que recubre un aljibe cuadrado, a cuyo alrededor grupos de mujeres vienen con frecuencia a reposar y a buscar su frescor. El viernes, son las musulmanas, siempre veladas lo más posible; el sábado, las judías; el domingo, las cristianas. Los dos últimos días, los velos son algo menos discretos, muchas mujeres hacen a sus esclavos extender tapices cerca del aljibe, y se hacen servir fruta y dulces. El paseante puede sentarse en el mismo pabellón sin que una retirada violenta le advierta de su indiscreción, cosa que sí sucede algunas veces los viernes, día de los turcos.

Pasaba cerca de allí, cuando un muchacho de buen aspecto se me acercó alegremente, y reconocí en él al hermano de mi última pretendida. Iba solo y me hizo unas señas que yo no comprendí, y terminó por indicarme con una pantomima más clara que le esperara en el pabellón. Diez minutos más tarde, la puerta de uno de los pequeños jardines que bordean las casas, se abrió dando paso a dos mujeres que el joven acompañaba, y que vinieron a colocarse cerca del estanque levantándose los velos. Se trataba de su madre y de su hermana. Su casa daba sobre el paseo del lado opuesto al que yo había tomado el día anterior. Tras los primeros afectuosos saludos, nos encontramos mirándonos y pronunciando palabras al azar, sonriendo ante nuestra ignorancia. La joven no decía nada, sin duda, por reserva pero, acordándome de que estaba aprendiendo italiano, intenté algunas palabras de esta lengua, a las que respondió con el acento gutural de los árabes, lo que convertía la charla en algo confuso.

Intenté explicar la singularidad del parecido entre las dos mujeres. Una, era la miniatura de la otra. Los trazos aún indefinidos de la infancia se dibujaban mejor en la madre. Se podía prever entre ambas edades una estación llena de encantos que sería dulce ver florecer. Había allí cerca un tronco de palmera en el suelo desde hacía algunos días a causa del viento, y cuyas ramas caían sobre un extremo del aljibe. Se lo mostré, señalando con el dedo, y diciendo: *Oggi è il giorno delle palme*[10]. Pero las fiestas coptas se guían por el primitivo calendario de la Iglesia y no caen en las mismas fechas que las nuestras. De todos modos, la niña fue a recoger un ramo de palmera y dijo *io cosi sono roumi* ("Yo también soy cristiana").

---

[9] Médico marsellés (1796-1868) que pasó al servicio de Méhémet-Ali como cirujano en jefe de la armada. Fundó la escuela de medicina de El Cairo y publicó en 1840 un *Aperçu général sur l'Egypte* del que Nerval ha tomado algunos préstamos. Ver más adelante el capítulo II, 5 y la carta a su padre del 2 de mayo de 1843 (GR)

[10] "Hoy es el Domingo de Ramos"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Desde el punto de vista de los egipcios, todos los francos son romanos (católicos) Yo podía tomar esto como un cumplido y por una alusión al futuro matrimonio... ¡Ay himen, Himeneo! ¡qué cerca te vi ese día! Sin duda tú eres, conforme a nuestras ideas europeas, tan sólo un hermano menor del Amor. Y sin embargo, ¡qué delicia ver crecer y desarrollarse junto a uno a la esposa elegida, reemplazar durante un tiempo al padre antes de convertirte en amante!... ¡pero qué peligro para el esposo!

Al salir del jardín sentí la necesidad de consultar a mis amigos de El Cairo. Me fui a ver a Solimán Aga. "¡Entonces cásese, hombre de Dios!", me dijo como Pantagruel a Panurge[11]. Desde allí me marché a casa del pintor del hotel *Domergue*, que me espetó a pleno pulmón, como buen sordo: "Si es ante el Cónsul, ¡no se le ocurra casarse!".

De todos modos, existe un cierto prejuicio religioso que domina al europeo en Oriente, o al menos, lo hace en circunstancias comprometidas. Casarse "a la copta", como se dice en El Cairo, es algo bastante sencillo; pero hacerlo con una criatura que se os entrega, por así decirlo, y que contrae un lazo ilusorio, para uno mismo es, desde luego, una grave responsabilidad moral.

Mientras me abandonaba a estas delicadas reflexiones, vi llegar a 'Abdallah, de vuelta de Suez, y le expuse mi situación.

"Ya sabía yo, profería a gritos, que se aprovecharían de mi ausencia para inducirle a hacer tonterías. Conozco a esa familia. ¿Se ha preguntado usted cuánto le va a costar la dote?

- ¡Bah!, poco importa eso. Seguro que aquí es casi nada.
- Se habla de veinte mil piastras (cinco mil francos)
- Pues sí, me parece bien
- ¡Pero cómo!, ¡si es usted quien tiene que pagarlas!
- ¡Ah, eso es muy distinto...! o sea, que ¿soy yo el que tiene que aportar una dote en lugar de recibirla?
- Naturalmente. ¿Ignoraba que esa es la costumbre de aquí?
- Como me hablaron de un matrimonio a la europea...
- El matrimonio, sí; pero esa suma se paga siempre. Es una pequeña compensación para la familia.

Entonces comprendí las prisas de los padres en este país por casar a sus hijas. Por otra parte, nada más justo, en mi opinión, que reconocer mediante ese pago, el esfuerzo que realiza esta gente trayendo al mundo y criando para otros a una criatura tan graciosa y bien proporcionada. Al parecer, la dote, o mejor dicho, el ajuar, cuyo mínimo ya indiqué, crece proporcionalmente a la belleza de la esposa y a la posición de los padres. Súmese a todo esto los gastos de la boda, y comprobarán que un matrimonio a la copta se convierte en una formalidad bastante costosa.

Lamenté que la última proposición que me hicieran estuviera en aquellos momentos muy por encima de mis posibilidades. Por lo demás la opinión de 'Abdallah era que por el mismo precio se podía adquirir todo un serrallo en el bazar de las esclavas.

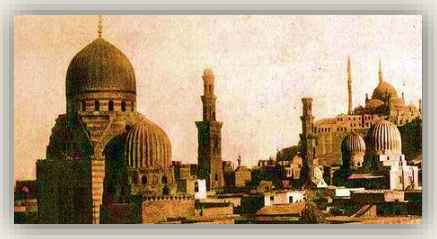
[11] Rabelais, Tiers Livre, chap. IX.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.02. LAS ESCLAVAS

I.02.01. ‘‘Un amanecer”



¡Qué extraña cosa es nuestra vida! Cada mañana, en ese duerme vela en donde poco a poco triunfa la razón sobre las enloquecidas imágenes del sueño, tengo la sensación de que lo más lógico y natural, conforme a mi origen parisino, sería despertarme a la claridad de un cielo gris, con el ruido de las ruedas de los carruajes golpeando el pavimento, en alguna habitación de aspecto triste, sembrada de muebles angulosos en donde la imaginación se aplastara contra los cristales como un insecto aprisionado. Y de pronto, con una viva extrañeza, me encuentro a mil leguas de mi patria y abriendo mis sentidos poco a poco a las vagas impresiones de un mundo que es la perfecta antítesis del nuestro.

La voz del turco que canta en el vecino minarete, la esquila y el pesado trote del camello que pasa, y a veces, un raro quejido, los rumores e indistintos sonidos que dan vida al aire, a la madera y a la muralla; el alba temprana que dibuja en el techo las mil filigranas recortadas de las ventanas; una brisa matutina cargada de intensos perfumes que levanta la cortina de la puerta y me permite percibir, por encima de los muros del patio, las testas flotantes de las palmeras.

Todo esto me sorprende, me complace o... me entristece, según los días, pues tampoco voy a defender que un eterno verano sea siempre fuente de una vida feliz. El negro sol de la melancolía que derrama oscuros rayos sobre la frente del ángel soñador de Alberto Durero[12], también se levanta a veces, tanto en las luminosas tierras del Nilo, como a orillas del Rin, en un frío paisaje de Alemania. Incluso diría que, a falta de niebla, el polvo es un triste velo en la claridad de un día en Oriente.

A veces, en la casa en donde vivo, en el barrio copto, subo hasta la terraza para ver cómo los primeros rayos del sol abrazan a lo lejos la llanura de Heliópolis y las laderas del Mokatam, por donde se extiende la ciudad de los muertos, entre El Cairo y el Matarée. Es un hermoso espectáculo cuando la aurora va coloreando poco a poco las cúpulas y los menudos arcos de las tumbas consagradas a las tres dinastías de califas sudaneses y sultanes, que desde al año 1000 han gobernado Egipto. Sólo uno de los obeliscos del antiguo templo del sol ha permanecido en pie en esta llanura, como un centinela olvidado, erecto, se yergue en medio de un tupido bosquecillo de palmeras y sicomoros, y siempre recibe la primera mirada del dios que antaño fuera adorado a sus pies.

La aurora en Egipto no tiene esos bellos tintes bermejos que se pueden admirar en las Cícladas o en las costas de Candía. El sol estalla de pronto al borde del cielo, precedido tan solo de un vago resplandor blancuzco. A veces, parece esforzarse en levantar los largos pliegues de un sudario grisáceo, y se nos presenta pálido y despojado de sus rayos, como el Osiris subterráneo. Su huella descolorida entristece aún más el árido cielo, que se asemeja entonces,

[12] El símbolo del sol negro viene a la vez del grabado MELANCOLÍA de Durero, del SONGE (o Discours du Christ Mort) de Jean Paul y, más directamente sin duda, de la iconografía alquímica. Se le vuelve a encontrar en AURELIA (II.4), EL DESDICHADO (v. 4) y, bajo una forma diferente, en LE CHRIST AUX OLIVIERS (II, 9-10 y III, 6) Acerca de la fortuna literaria de este símbolo, ver el artículo de H. Tuzet, en REVUE DES SCIENCES HUMAINES, oct.-dic. 1957 – En cuanto al grabado de Durero, emblema del temperamento melancólico y saturniano, fascinaba a Nerval, que lo evoca igualmente en AURELAI I,2.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

hasta el punto de confundirse, al cielo encapotado de nuestra Europa, pero que lejos de atraer la lluvia, absorbe toda la humedad. Esta espesa polvareda que carga el horizonte jamás se despeja con frescas nubes como nuestras brumas: apenas sale el sol, en el cenit de su fuerza, consigue perforar la atmósfera cenicienta bajo la forma de un disco rojo, cuando se podría pensar que había salido de las forjas líbicas del dios Ptah. En ese punto se comprende la profunda melancolía del viejo Egipto, esa preocupación frecuente por el sufrimiento y los sepulcros, que nos transmiten los monumentos. Es Tifón triunfando por un tiempo sobre las divinidades bienhechoras; irritando los ojos, resecando los pulmones, y lanzando nubarrones de insectos sobre campos y huertos.[13]

Las he visto pasar como mensajeras del hambre y de la muerte; la atmósfera preñada de ellas y mirando por encima de la cabeza, a falta de referencias conocidas, las tomé en un principio por bandadas de pájaros. Abdallah, que había subido a la terraza al mismo tiempo, hizo un círculo en el aire con la larga vara de su chibukí[14], y derribó dos o tres al suelo. Sacudió la cabeza mirando aquellas enormes langostas verdes y rosadas, y me dijo:

- ¿No las ha comido nunca?

No pude evitar hacer un gesto de rechazo hacia semejante alimento, a pesar de que, despojadas de las alas y las patas, deben parecerse sobremanera a las gambas del océano.

- "Es una buena provisión en el desierto, me dijo Abdallah; se las ahúma, se las sala, y más o menos, el gusto se aproxima al del arenque ahumado, que con pasta de sorgo, forman un excelente alimento.
- A propósito, repuse, ¿no sería posible que me cocinaran aquí algo egipcio? Me resulta aburrido acercarme a comer dos veces al día al hotel.
- Tiene usted razón, dijo Abdallah, habrá que contratar los servicios de un cocinero.
- ¡Pero bueno!, ¿es que el *barbarín* no sabe hacer nada?
- ¡Uy, nada! Él está aquí para abrir la puerta y mantener la casa limpia, y eso es todo.
- Y usted mismo, ¿no sería capaz de poner al fogón un pedazo de carne?, en fin, ¿de preparar alguna cosa?
- ¿Está usted hablando de mí? Exclamó Abdallah con un tono profundamente herido. No señor, yo no sé nada parecido.
- ¡Qué lástima!, repuse, para seguir con la broma, esta mañana habríamos podido, entre otras cosas, haber desayunado unas langostas; pero, hablando seriamente, me gustaría comer aquí. En la ciudad hay carniceros, fruteros y pescaderos...No creo que pretenda nada extraordinario.
- Nada más simple, en efecto: coja un cocinero. Únicamente que, un cocinero europeo le costará un tálero diario. Con la dificultad que incluso tienen los mismísimos beys, pachás y hoteleros, de procurarse uno.
- A mí me gustaría uno del país, y que me preparase lo que come todo el mundo.
- Está bien, podremos encontrar uno donde el señor Jean. Es un compatriota suyo, propietario de un cabaret en el barrio copto, y en cuya casa se da cita la gente desempleada.

[13] Egipto como país de la melancolía y de la muerte: Nerval insiste en ello y evoca al "Osiris subterráneo", en la parte oculta de la germinación, y a Tifón, dios cruel y estéril, polo negativo de la religión egipcia, opuesto a los poderes salvadores de Isis. Ver también pg. 95 t-II.

[14] Pipa de tabaco larga y fina.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.02. LAS ESCLAVAS

I.02.02. ‘‘Monsieur Jean”

Monsieur Jean es un resto glorioso de nuestra armada en Egipto. Fue uno de los treintaitrés franceses que se pasaron al servicio de los mamelucos tras la retirada de la expedición. Durante muchos años tuvo, al igual que los otros, un palacio, mujeres, caballos, esclavos: en la época de la disgregación de esta poderosa milicia, él fue jubilado como francés; pero al pasar a la vida civil, sus riquezas se fundieron poco a poco. Pensó en vender al público vino, algo entonces nuevo en Egipto, en donde cristianos y judíos sólo se embriagaban con aguardiente de *arak*, y con una especie de cerveza llamada *búsa*. Desde entonces, los vinos de Malta, Siria y el archipiélago, hicieron la competencia a los espirituosos, y los musulmanes de El Cairo no parecieron ofenderse por esta innovación.

El señor Jean admiró la resolución que yo había tomado de escapar de la vida de los hoteles; pero me dijo: usted va a tener dificultades para montar una casa. En El Cairo hay que tomar tantos criados como necesidades diferentes se precisen. Cada cual tiene como prurito no hacer más que una sola cosa, y además, son tan perezosos, que ni siquiera se sabe a ciencia cierta si esa dedicación exclusiva no sea calculada. Cualquier detalle complicado les fatiga o se les escapa, e incluso la mayoría le abandonarán en cuanto hayan ganado suficiente para pasar unos cuantos días sin hacer nada.

- Entonces, ¿cómo hacen los del país?
- ¡Ah!, les dejan actuar a su aire, y cogen a dos o tres personas para cada menester. De cualquier modo, un efendi, siempre lleva con él a su secretario (KHATIBECSIR), a un tesorero (KHAZINDAR) a su portador de pipa (TCHIBOUKJI) al SELIKDAR que le lleva las armas, al SERADJBACHI para cuidar de su caballo, al KAHWEDJI-BACHI para hacerle un café allá donde se detenga, sin contar a los YAMAKS para ayudar a todo el mundo. En casa, se necesita aún más servicio, ya que el portero no consentirá en ocuparse de las estancias, ni el cocinero de hacer el café, incluso necesitará un aguador a sus expensas. Bien es cierto que distribuyéndoles una piastra y media, unos veinticinco a treinta céntimos al día, usted será contemplado por esos inútiles como un patrón opulento.
- ¡Estupendo!, dije, ese precio queda aún lejos de las sesenta piastras que hay que pagar todos los días en los hoteles.
- Pero es una complicación que no puede aguantar ningún europeo.
- Voy a intentarlo, así aprenderé.
- Le van a cocinar una comida abominable.
- Así conoceré los platos del país.
- Tendrá que abrir un libro de cuentas y discutir el precio de todo.
- Eso me ayudará a aprender la lengua.
- Inténtelo usted, yo por mi parte, le enviaré a los más honestos, y usted escoja.
- ¿Es que son muy ladrones?
- Raterillos todo lo más, me dijo el viejo soldado, recordando la jerga militar: ¡ladrones!, los egipcios... no tienen el valor suficiente.”

En general, me da la impresión de que este pobre pueblo de Egipto es excesivamente despreciado por los europeos. El franco de El Cairo, que hoy en día comparte los privilegios de

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

la raza turca, hereda también sus prejuicios. Esta gente es pobre, sin duda, ignorante, y la vieja costumbre de la esclavitud les mantiene en una especie de abyección. Son más soñadores que activos, y más inteligentes que industriosos; pero yo los considero buenos y de un carácter análogo al de los hindúes, que quizá se deba a su alimentación, casi exclusivamente vegetariana. Nosotros los que nos alimentamos de carne, respetamos más al tártaro y al beduino, nuestros iguales, y estamos dispuestos a abusar de nuestra energía a expensas de las poblaciones mansas.

Después de dejar al señor Jean, atravesé la plaza de El-Esbekieh, para llegar hasta el hotel Domergue, un vasto campo situado entre la muralla de la ciudad y la primera línea de casas del barrio copto y del barrio franco. Hay muchos palacios y hoteles espléndidos. Sobre todo destaca la casa en que fue asesinado Cléber, y la mansión en donde se celebraban las reuniones del Instituto Egipcio. Un pequeño bloque de sicomoros y de higueras del faraón, son vestigios de la época de Bonaparte, que los hizo plantar. Durante el periodo de inundación, toda esta plaza se cubre de agua y la surcan canoas y barquichuelas pintadas y doradas, pertenecientes a los propietarios de las casas vecinas. Esta transformación anual de una plaza pública en lago de placer, no evita el que se tracen jardines, y se excaven canales en los períodos de sequía. Allí he contemplado a un buen número de fellahs abriendo una zanja. Los hombres cavaban la tierra, y las mujeres desescombraban transportando la pesada carga en cestones hechos de paja de arroz. Entre estas mujeres había muchas jovencitas, unas con camisolas azules, y otras, las de menos de ocho años, enteramente desnudas, tal y como se las puede ver, por lo demás, en las aldeas de las márgenes del Nilo. Inspectores provistos de un bastón supervisan el trabajo, y golpean de vez en cuando a los menos activos. Toda la cuadrilla estaba bajo la dirección de una especie de militar, tocado con un tarbús, calzado con unas fuertes botas con espuelas, ceñido de un sable de caballería, y con una fusta de piel de hipopótamo trenzada en la mano. Esta última se dirigía hacia las nobles espaldas de los inspectores, al igual que el bastón de estos se encaminaba hacia las espaldas de los fellahs.

El vigilante, al verme allí parado mirando a las pobres muchachas encorvadas bajo los canastos de tierra, se dirigió a mí en francés. Se trataba de nuevo, de un compatriota. Ni se le había pasado por la cabeza enternecerse por los bastonazos distribuidos a los hombres, bastante flojos, dicho sea de paso. África piensa de forma diferente a nosotros en este punto.

- Pero ¿por qué –dije- hacer trabajar a esas mujeres y a esos niños?
- No se les fuerza a hacerlo, me dijo el inspector francés; son sus padres o sus maridos quienes prefieren hacerles trabajar sin perderles de vista, que dejarles solos en la ciudad. Luego se les paga de 20 paras a 1 piastra, según su fuerza. Una piastra (25 céntimos) es en general, el precio de la jornada de un hombre.
- Entonces, ¿por qué hay algunos que están encadenados?, ¿son forzados?
- Son maleantes que prefieren pasar el tiempo durmiendo o escuchando historias en los cafetines que siendo útiles.
- Y en ese caso, ¿de qué viven?
- ¡Aquí se vive con tan poca cosa! En caso de necesidad, ¿no encontrarán siempre fruta o verdura que robar en los campos? El Gobierno encuentra enormes dificultades para hacer ejecutar los trabajos más necesarios, pero cuando es absolutamente indispensable, las tropas asedian un barrio o cortan una calle, se detiene a la gente que pasa y nos los traen. Y así son las cosas.
- ¡Cómo! ¿todo el mundo sin excepción?

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Claro! Todo el mundo, sin embargo, una vez detenidos, cada uno se explica. Los Turcos y los Francos se identifican. Entre los otros, los que tienen dinero, se liberan de las labores, muchos de ellos son rescatados por sus señores o patrones. El resto, forma brigadas y trabaja durante unas semanas o algunos meses, según la importancia del trabajo que se vaya a ejecutar.

¿Qué decir de todo esto? Egipto está aún en la Edad Media. Estas prestaciones se hacen mientras tanto en beneficio de los beys mamelucos. El Pachá es hoy en día el único soberano; la caída de los mamelucos ha suprimido tan solo la servidumbre individual, pero eso es todo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.02. LAS ESCLAVAS

I.02.03. "*Jowals*"

Tras haber desayunado en el hotel, fui a sentarme al café más bonito de El Musky. Allí donde vi por vez primera bailar a las *almés* en público. Me gustaría situar un poco la escena, ya que en verdad la decoración se halla desprovista de trebolados, columnillas, artesonados de yesería o huevos de avestruz suspendidos del techo: solo en París se encuentran cafetines tan orientales. En lugar de ese panorama, hay que imaginar una miserable estancia cuadrangular, blanqueada con cal, y en la que por todo arabesco hay repetida hasta la saciedad la imagen pintada de un reloj de péndulo colocado en medio de una pradera entre dos cipreses. El resto de la decoración se compone de espejos igualmente pintados, cuya utilidad consiste en reflejar los destellos de unos ramos de palmera cargados de recipientes de vidrio en donde nadan unas lamparillas que, por la noche proporcionan un efecto agradable.

Divanes de una madera bastante resistente, están dispuestos en torno al salón y rodeados por una especie de jaulas de palma trenzada, que sirven de taburetes y reposapiés de los fumadores, entre los que, de vez en cuando, se distribuyen las pequeñas y elegantes tazas que ya he mencionado con anterioridad. Aquí es donde el *fellah* de blusa azulada, el turbante negro del copto o el beduino de albornoz rayado, toman asiento a lo largo del muro, y ven sin sorprenderse ni desconfiar, cómo el franco se sienta a su lado. Para este último, el *qahwédyi* sabe bien que hay que azucarar la taza, y el paisanaje sonríe ante esta extraña preparación.

El horno ocupa uno de los rincones del cafetín y en general, es el adorno más preciado. La rinconera que lo remata, taraceada de loza esmaltada, se recorta en festones y rocallas, y tiene cierto aire de fogón alemán. El hogar está siempre repleto de una multitud de pequeñas cafeteras de cobre rojizo, pues para cada una de estas tazas, grandes como hueveras, hay que hacer hervir una cafetera.

Y entre una nube de polvo y el humo del tabaco aparecieron las *almés*. Al principio me impresionaron por el destello de los casquetes de oro que adornaban sus cabellos trenzados. Los tacones golpeando el suelo, a la par que los brazos en alto, seguían el ritmo del taconeo, haciendo resonar ajorcas y campanillas. Las caderas se movían en un voluptuoso vaivén; el talle aparecía desnudo o cubierto por una muselina transparente, entre la chaquetilla y el rico cinturón suelto y muy bajo, como el *cestos* de Venus. Apenas, en medio de los veloces giros, podían distinguirse los rasgos de estos personajes seductores, cuyos dedos agitaban pequeños címbalos, del tamaño de las castañuelas, y que se empleaban a fondo con los primitivos sones de la flauta y el tamboril.

Había dos especialmente hermosas, de rostro orgulloso, ojos árabes realzados por el *kohle*, de mejillas plenas y delicadas, ligeramente regordetas; pero la tercera, todo hay que decirlo, traicionaba un sexo menos tierno, con una barba de ocho días; de suerte que un examen más profundo de la situación al terminar la danza, hizo posible que distinguiera mejor los rasgos de las otras dos, y que no tardara en darme cuenta de que nos las teníamos que ver con ALMÉES... varones.

¡Ay, vida oriental! ¡cuántas sorpresas! Y yo, que iba ya a enardecerme imprudentemente con esos seres dudosos; que me disponía a colocarles en la frente algunas piezas de oro, conforme a las más puras tradiciones de Levante... No se me crea pródigo por esto; me apresuro a aclarar que hay piezas de oro llamadas *gazis*, que van de los 50 céntimos a los 5

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

francos. Naturalmente es con las más pequeñas con las que se fabrican máscaras de oro a las bailarinas que, tras un gracioso paso, vienen a inclinar su frente húmeda ante cada uno de los espectadores. Mas, para simples bailarines vestidos de mujer, uno puede muy bien privarse de esta ceremonia arrojándoles algunos *paras*.

Francamente, la moral egipcia es algo muy peculiar. Hasta hace pocos años, las bailarinas recorrían libremente la ciudad, animaban las fiestas públicas y hacían las delicias de los casinos y de los cafés. Hoy en día sólo se pueden mostrar en las casas y en las fiestas particulares, y las gentes escrupulosas encuentran mucho más convenientes estas danzas de hombres de rasgos afeminados, largo cabello, cuyos brazos, talle y desnudo cuello parodian tan deplorablemente los atractivos semivelados de las bailarinas.

Ya he hablado de éstas, bajo el nombre de *almés* cediendo, para ser más claro, al prejuicio europeo. Las bailarinas se llaman *gawasíes*; las *almés* son las cantantes; el plural de esta palabra se pronuncia *ualéms*. Y en cuanto a los bailarines, autorizados por la moral musulmana, estos se llaman *jowals*.

Al salir del café, atravesé de nuevo la estrecha calle que conduce al bazar franco, para entrar en el pasaje Waghorn y llegar al jardín de Rossette. Vendedores de ropa me rodearon, extendiendo ante mis ojos las más ricas vestiduras bordadas, cinturones drapeados en oro, armas con incrustaciones de plata, *tarbuses* guarnecidos de sedosos flecos a la moda de Constantinopla, artículos sumamente atractivos, que excitan en el hombre un femenino sentimiento de coquetería. Si me hubiera podido mirar en los espejos del café, que no existían ¡vaya por Dios!, más que en pintura, me hubiera permitido el placer de probarme algunos de estos ropajes; pero estoy seguro de que no voy a tardar mucho en vestirme a la oriental. Aunque antes, tengo que intentar sanarme interiormente.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.02. LAS ESCLAVAS

I.02.04. ‘‘La *Janún*”

Me volví a casa reflexionando sobre todo aquello, y tras haber despedido al trujimán desde hacía un buen rato para que me esperara en mi domicilio, pues ya comienzo a orientarme en la calles. Y al llegar a la casa, la encontré llena de gente. De entrada, había unos cocineros enviados por el señor Jean, que fumaban tranquilamente abajo en el vestíbulo, en donde se habían hecho servir un café; luego, el judío Yusef, en la primera planta, se estaba librando a las delicias del narguilé, y más gente aún que armaba un gran alboroto en la terraza. Desperté al trujimán que sesteaba en la habitación del fondo. Exclamó como un hombre al borde de la desesperación:

- “¡Ya se lo había advertido esta mañana!
- ¿Pero qué?
- Que hacía usted mal en permanecer en la terraza.
- Pero si usted me dijo que estaba bien subir por la noche para no inquietar a los vecinos.
- Sí, pero usted se quedó hasta el amanecer.
- ¿Y qué?
- Pues que ahí arriba hay unos obreros trabajando a su costa, que el sheij del barrio ha enviado hace una hora.”

En efecto, me encontré a unos carpinteros que se empeñaban en ocultar la vista de todo un extremo de la terraza.

“A este lado, me dijo ‘Abdallah, está el jardín de una Janún (dama principal de una casa) que se ha quejado de que usted ha estado mirando hacia su casa.

- Pero si yo no la he visto... (por desgracia)
- Ella le ha visto a usted, y eso basta.
- ¿Y qué edad tiene esa dama?
- ¡Ah!, es una viuda que pasará sobradamente de los cincuenta años.”

Todo esto me pareció tan ridículo, que arrojé a la calle los cañizos que comenzaban a amurallar la terraza. Los trabajadores sorprendidos, se retiraron sin decir nada, ya que en El Cairo nadie, a menos que sea de raza turca, osaría resistirse a un franco. El trujimán y el judío menearon la cabeza sin pronunciarse demasiado. Hice subir a los cocineros y retuve de entre ellos al que me pareció más inteligente. Era un árabe de ojos negros, que se llamaba Mustafá, y que parecía satisfecho con la piastra y media diaria que le prometí. Otro se ofreció a ayudarle por una piastra solamente; pero no juzgué oportuno aumentar hasta ese extremo mi tren de vida.

Había empezado a charlar con el judío, que me explicaba sus ideas sobre el cultivo de las moreras y la cría de los gusanos de seda, cuando llamaron a la puerta. Era el viejo sheij que volvía con sus obreros. Me hizo comprender que yo le estaba comprometiendo, que no estaba respondiendo bien a su amabilidad al haberme alquilado su casa. Añadió que la Janún estaba

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

furiosa sobre todo porque había arrojado a su jardín los cañizos que habían intentado colocar en mi terraza, y que muy bien podría querellarse ante el qadi.

Pude entrever toda una serie de molestias, y traté de excusarme alegando mi ignorancia de los usos, asegurándole que no había visto ni podido ver nada de la casa de esa dama.

"Comprenda usted, insistió, cuánto se temerá aquí que una mirada indiscreta penetre en el interior de los jardines y los patios, cuando se elige siempre a viejos ciegos para llamar a la oración desde los alto de los minaretes.

- Eso ya lo sabía, le dije.
- Convendría, añadió, que su mujer hiciera una visita a la Janún, y le llevara algún presente, un pañuelo, una bagatela.
- Pero usted sabe, repuse incómodo, que hasta ahora...
- *¡Machallah!* Exclamó dándose una palmadita en la frente, ¡no había vuelto a pensar en eso!. ¡Ay!, ¡qué fatalidad tener *frenguis* en este barrio!. Le había dado a usted ocho días para seguir la ley. Aunque usted fuera musulmán, un hombre sin mujer sólo puede habitar en el *Okel* (*Jan* o caravanserrallo). Usted no puede quedarse aquí."

Le calmé lo mejor que pude, le recordé que aún me quedaban dos días del plazo acordado. En el fondo quería ganar tiempo y asegurarme que no hubiera en todo aquello alguna superchería para obtener una suma mayor sobre el alquiler pagado por adelantado. Así que, tras la marcha del sheij, tomé la resolución de ir a ver al cónsul francés.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.02. LAS ESCLAVAS

I.02.05. ‘‘Visita al cónsul de Francia”

Cuando viajo procuro evitar lo más que puedo las cartas de recomendación. En cuanto eres conocido en una ciudad es imposible ver nada. Nuestra gente de mundo, incluso en Oriente, no consentiría ser vista fuera de determinados lugares reconocidos como apropiados, ni charlar públicamente con gentes de clase inferior, ni pasearse vestidos de manera informal a ciertas horas del día.

Me dan pena esos caballeros siempre tan repeinados, empolvados, enguantados, que no se atreven a mezclarse con la gente ni para ver un detalle curioso, una danza, una ceremonia; que temblarían si fueran vistos en un café o en una taberna, o siguiendo a una mujer, incluso confraternizando con un árabe expansivo que os ofrece cordialmente la boquilla de su larga pipa, os hace servir un café a sus expensas, a poco que os descubra parado, ya sea por curiosidad o por fatiga.

Los ingleses, sobre todo, son el prototipo, y cada vez que les veo pasar aprovecho para divertirme de lo lindo. Imagínese a un señor subido en un pollino, con sus largas y escuálidas piernas colgando hasta casi tocar el suelo. Su sombrero redondo forrado de un espeso revestimiento de algodón blanco perforado. Lo que pretende ser un invento contra el ardor de los rayos del sol, que se absorben dicen, con este tocado, mitad colchón, mitad fieltro.

El caballero se parapeta los ojos con algo así como dos cáscaras de nuez montadas en acero azul, para evitar la luminosa reverberación del sol y de los muros, y sobre toda esa parafernalia se pone un velo verde de mujer para protegerse del polvo. Su gabán, de caucho, está además recubierto por un sobretodo de tela encerada para garantizarle protección contra la peste y el contacto fortuito de los viandantes. Sus manos enguantadas sostienen un bastón largo que utiliza para apartar de él a todo árabe sospechoso, y generalmente no sale a la calle si no es flanqueado a derecha e izquierda por su groom y su trujimán.

Raramente está uno expuesto a trabar conocimiento con esos fantoches, ya que el inglés jamás se dirige a nadie que no le haya sido presentado; pero nosotros tenemos bastantes compatriotas que viven hasta cierto punto a la manera inglesa y, desde el momento en que se ha sido presentado a esos amables viajeros, uno ya está perdido, pues toda la sociedad le invadirá.

De todos modos, acabé por decidirme a buscar en el fondo de la maleta una carta de recomendación para nuestro cónsul general, que de momento vivía en El Cairo. Por supuesto, que esa misma noche me encontré cenando ya en su casa, sin ingleses y sin nadie de su especie. Tan solo estaba el doctor Clot-Bey, cuya casa colindaba con el consulado, y el Sr. Lubbert, antiguo director de La Ópera, convertido en historiógrafo del pachá de Egipto.[15]

El cabello rasurado, la barba y la piel ligeramente bronceada que se adquiere en los países cálidos, pronto convierten a un europeo en un turco más que aceptable.

[15] Acerca de Clot-Bey, ver n.11. Émile Lubbert (1794-1859) salió de Francia por problemas administrativos y financieros, a la cabeza de La Ópera Cómica. Méhémet-Ali le nombró director de Bellas Artes y de la Instrucción Pública (GR). Respecto al cónsul, Nerval le menciona en la carta a su padre, de 18 de marzo de 1843. Se trata de Gauttier d’Arc, “un hombre conocido por toda la Europa intelectual, un diplomático y erudito, cosa que raramente va emparejada” (p. 151, t.II)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Ojeé rápidamente los diarios franceses apilados sobre el sofá del cónsul. ¡Debilidad humana!, ¡leer los periódicos en el país del papiro y de los jeroglíficos!; no poder olvidar, como Mme. Staël al borde del Leman, el arroyo de la calle del Bac[16].

Durante la cena charlamos sobre un asunto que se había juzgado como muy grave y había hecho mucho ruido en la sociedad franca. Un pobre diablo francés, un criado, había resuelto hacerse musulmán, y lo que aún resultaba más extraordinario era que su mujer quería también abrazar el islamismo.

Se andaban ocupando del modo de evitar este escándalo: el clérigo francés se había tomado la cosa a pecho, pero el clérigo musulmán ponía todo su amor propio, por su parte, para triunfar. Los unos ofrecían a la pareja de infieles dinero, un buen trabajo y diferentes ventajas; los otros, decían al marido: "Es un buen asunto hacerte musulmán, si te quedas cristiano, siempre estarás igual; tu vida seguirá como hasta ahora. Jamás se ha visto en Europa a un criado convertirse en señor. Aquí, en cambio, el último de los sirvientes, un esclavo, un simple pinche, puede llegar a emir, pachá o ministro; se puede casar con la hija del sultán; la edad no cuenta; la esperanza de llegar a lo más alto sólo nos abandona cuando morimos".

El pobre diablo, que es posible que tuviera sus ambiciones, se dejaba llevar por estas esperanzas. También para su mujer la perspectiva no era menos halagüeña: se convertía rápidamente en una señora igual a las grandes damas, con derecho a despreciar a toda mujer cristiana o judía; a llevar la habbarah negra y las babuchas amarillas; se podía divorciar, y aún algo más seductor, podría casarse con un gran personaje, heredar, poseer tierras, cosa que estaba prohibida e los *gaúrs* (infieles) sin contar las posibilidades de convertirse en favorita de una princesa o de una sultana madre gobernando el imperio del fondo de un serrallo.

Esa era la doble perspectiva que se abría a esas pobres gentes, y hay que reconocer que esa posibilidad de los de clase baja de llegar, gracias al azar o a su inteligencia natural, a las más elevadas posiciones, sin que su pasado, su educación o condición primera puedan ser un obstáculo, acuña bastante bien ese principio de igualdad que, para nosotros, no está escrito más que en las leyes. En Oriente, el criminal incluso, si ha pagado su deuda con la ley, no encuentra ninguna carrera cerrada; el prejuicio moral desaparece delante de él.

¡Pues bien! Hay que reconocerlo, a pesar de todas estas seductoras promesas de la ley turca, las apostasías son muy raras. La importancia que se estaba dando a este asunto del que hablo es una buena prueba.

El cónsul había concebido la idea de hacer secuestrar al hombre y a la mujer durante la noche y hacerles embarcar en un navío francés. ¿Pero cómo transportarles desde El Cairo hasta Alejandría. Se necesitan cinco días para descender por el Nilo. Metiéndoles en una barca cerrada se corría el riesgo de que sus gritos se escucharan durante la travesía. En país turco, el cambio de religión es la única circunstancia en la que cesa el poder de los cónsules sobre los nacionales.

"Pero ¿por qué hacer secuestrar a esa pobre gente?, le dije al cónsul; ¿tendría usted derecho a ello al amparo de la legislación francesa?

- Desde luego; en un puerto de mar, yo no vería ninguna dificultad.
- Pero ¿y si se les supone una convicción religiosa? ¿Aún concediéndoles el beneficio de la duda de una conversión sincera?
- ¡No me diga!, ¿hacerse turco?
- Usted conoce a algunos europeos que han adoptado el turbante.

[16] En el exilio, en su castillo de Coppet, Mme. De Staël decía: "Para mí no hay fuente que valga tanto como la de la calle del Bac" (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Sin duda, pero se trata de altos funcionarios del pachá, que de otro modo no hubieran podido llegar a hacerse obedecer por los musulmanes.
- Me gustaría pensar que la mayor parte de esta gente fue sincera al convertirse al Islam; de otro modo, yo no vería en todo esto más que un puro motivo de interés.
- Pienso como usted, de ahí que, en casos ordinarios, nos opongamos con todo nuestro poder a que un individuo francés abandone su religión. Para nosotros, la religión y la ley civil son asuntos completamente aparte y bien diferenciados, mientras que para los musulmanes, estos dos principios se confunden. El que abraza el mahometismo se convierte en un ciudadano turco desde todos los aspectos posibles, perdiendo incluso su nacionalidad. No podemos ejercer de ningún modo acción alguna contra él, ya que desde ese momento, el individuo converso pasa a pertenecer "al sable y al bastón", y si quisiera volver al cristianismo, la ley turca le condenaría a muerte. Al hacerse musulmán, no se pierde únicamente la fe católica, sino que también abandona su nombre, el de su familia, su patria, jamás volverá a ser el mismo hombre, se habrá convertido en un turco. Como usted podrá apreciar se trata de un asunto bastante grave.

Mientras tanto, el cónsul nos andaba invitando a paladear una buena colección de vinos griegos y chipriotas de los que yo no acertaba a apreciar los diversos matices a causa de su pronunciado sabor a alquitrán lo que, según el cónsul, probaba su autenticidad. Se necesita algún tiempo para acostumbrarse a este refinamiento helénico, necesario sin duda para la conservación de la auténtica malvasía, del vino de Encomienda[17] o del de Tenedós.

A lo largo de la visita por fin encontré un momento para exponer mi situación doméstica. Le conté la historia de mis fallidos matrimonios y de mis modestas aventuras. "Ni se me habría ocurrido, añadí, hacerme pasar aquí por un seductor. He venido a El Cairo para trabajar, para estudiar la ciudad, interrogar a los recuerdos, y mira por dónde resulta imposible vivir aquí por menos de sesenta piastras diarias, lo cual, debo reconocer, no se adecua a mis previsiones.

- Comprenda, me dijo el cónsul, que en una ciudad por la que los extranjeros sólo pasan durante determinados meses del año, camino de Las Indias; en donde se dan cita lores y nababs; los tres o cuatro hoteles que existen se ponen de acuerdo fácilmente para elevar el precio y evitar así cualquier tipo de competencia.
- Sin duda; precisamente por eso alquilé una casa por algunos meses.
- Es lo más acertado.
- ¡Pues bien! Ahora me quieren echar a la calle so pretexto de no tener esposa.
- Tienen derecho a ello; el señor Clot-Bey ha señalado ese detalle en su libro. Mister William Lane, el cónsul inglés, cuenta en el suyo que él mismo ha sido sometido a esta exigencia. Aún más, lea usted la obra de Maillet, el cónsul general de Luis XIV, y verá que lo mismo sucedía en su época. Tiene usted que casarse.
- He renunciado. La última mujer que me propusieron me ha hecho olvidar a las otras y por desgracia, no dispongo de una dote suficiente para conseguirla.
- Comprendo.
- Dicen que las esclavas son mucho menos costosas, y mi dragomán me ha aconsejado comprar una e instalarla en mi casa.
- Es una buena idea.
- ¿Cumpliría así con la ley?
- Perfectamente.

[17] Vino de Chipre.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

La conversación se prolongó en torno a este tema. Me extrañaba un poco ese tipo de facilidades que se otorgaba a los cristianos, de adquirir esclavas en país turco, y me explicaron que esto sólo se permitía con las mujeres de color; pero que dentro de esta categoría, se podían encontrar abisinias casi blancas. La mayoría de los hombres de negocios establecidos en El Cairo poseían alguna. El señor Clot-Bey se encargaba de educar a varias para el oficio de comadronas. Una prueba más que me aportaron de que esta costumbre era totalmente aceptada, fue lo acontecido a una esclava negra que se había escapado hacía poco de la casa del señor Lubert, y que le había sido devuelta por la propia policía turca.

Todavía andaba yo sumido en los prejuicios inherentes a un europeo mientras me iba enterando bastante sorprendido de todos esos detalles. Hay que vivir durante un tiempo en Oriente para comprender que en estas tierras el concepto de esclavo no es, en principio, sino una especie de adopción. Aquí, la condición de esclavo es, desde luego, mejor que la del *fellah* o la del *rayah* aunque estos dos sean hombres libres. Y tras lo aprendido acerca de los matrimonios, me iba percatando de que no existía una gran diferencia entre la egipcia vendida por sus padres y la abisinia expuesta para la venta en el bazar.

Los cónsules de Levante difieren de opinión en lo tocante al derecho de los europeos sobre los esclavos. El código diplomático no contiene ninguna formalidad ni procedimiento a ese respecto. Nuestro cónsul me afirmó además que esperaba que la actual situación no cambiara al respecto, alegando que los europeos no pueden ser propietarios de derecho en Egipto; pero, mediante la ayuda de ficciones legales, explotan propiedades y fábricas a pesar de la dificultad que supone el hacer trabajar a la gente de este país que, en cuanto ganan lo mínimo, dejan el trabajo para darse a la buena vida, tumbándose al sol hasta que se les acaba el último céntimo. Otra dificultad que tienen con frecuencia aquí los europeos es el enfrentamiento ante la mala voluntad de los *sheyjs* o de altos cargos de la administración turca, sus rivales en la industria, que de un golpe les pueden arrebatar a todos los trabajadores so pretexto de utilidad pública. Con los esclavos, al menos, pueden conseguir un trabajo regular y continuado, siempre que estos últimos consientan en ello, pues el esclavo descontento de su dueño siempre le puede forzar a revenderlo en el bazar; detalle éste que ilustra mejor la suavidad de la esclavitud en Oriente.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.02. LAS ESCLAVAS

I.02.06. ‘‘Los derviches”

Cuando dejé la casa del cónsul, la noche estaba ya avanzada. El *barbarín* me esperaba a la puerta, enviado por ‘Abdallah, que había juzgado oportuno retirarse a dormir. Nada que objetar. Cuando se tienen muchos criados, se reparten las obligaciones, es natural... Por lo demás, ‘Abdallah nunca se dejaría catalogar en esta última categoría. Un trujimán es a sus propios ojos un hombre instruido, un filólogo, que consiente en poner su ciencia al servicio del viajero. No le importaría hacer el oficio de cicerone, e incluso no rechazaría y se tomaría con agrado las amables atribuciones del señor Pandarus de Troya, pero hasta ahí llega su especialidad. ¡Y ya tiene usted servicios de sobra para las veinte piastras diarias que le paga!

Vendría bien, por lo menos, que estuviese allí para explicar todas las cosas que se me escapan. Por ejemplo, me hubiera gustado saber el motivo de cierto movimiento en las calles, que a esa hora de la noche me resultaba extraño. Los cafetines permanecían abiertos y abarrotados de gente; las mezquitas iluminadas, resonaban con cantos solemnes, y sus esbeltos minaretes se adornaban con anillos de luz. Se habían montado tenderetes en la plaza de Ezbekieh, y por todas partes se escuchaba el sonido del tambor y de la flauta de caña. Nada más dejar la plaza y adentrarnos en las calles, a duras penas pudimos dar un paso entre la multitud que se apiñaba a lo largo de los puestos, abiertos como en pleno día, alumbrados todos ellos, por centenares de velas y adornados con cadenetas y guirnaldas de papel dorado y de colores.

Ante una pequeña mezquita situada en medio de la calle, había un inmenso candelabro formado por multitud de pequeñas lámparas de vidrio en forma de pirámide del que pendían, suspendidos a su alrededor, racimos de farolillos. Unos treinta cantores, sentados en óvalo en torno al candelabro, parecían formar un coro en el que otros cuatro, de pie y en medio de ellos, entonaban sucesivamente las distintas estrofas. Había dulzura y un punto de expresión amorosa en este himno nocturno que se elevaba al cielo con un sentimiento de melancolía, típico de la gente de Oriente, que con tanta facilidad se da a la alegría o a la tristeza.

Me detuve a escucharlo, a pesar de la insistencia del barbarín, que pretendía arrancarme fuera de la muchedumbre, y entonces me percaté de que la mayoría de los oyentes eran coptos, reconocibles por su turbante negro. Quedaba claro, pues, que los turcos admitían de buen grado la presencia de cristianos en esta solemnidad.

Esperaba tener suerte y que la tiendecilla de Ms. Jean no estuviera lejos de esta calle, y conseguí hacer que el barbarín comprendiera mi petición de que me condujera hasta allí. Encontramos al otrora mameluco bien despierto y en pleno ejercicio de su comercio de espirituosos. Un tonel, al fondo de la trastienda, reunía a coptos y a griegos, que venían a refrescarse y a reposar de vez en cuando, de los trajines de la fiesta.

Ms. Jean me informó de que acababa de asistir a una ceremonia de cánticos religiosos, o *zikr*, en honor de un santo derviche enterrado en la vecina mezquita, que por estar situada en el corazón del barrio copto, disfrutaba del privilegio de que los gastos anuales de esta fiesta corrieran a cargo de las familias coptas más adineradas. Esto explicaba la profusión y mezcla de turbantes negros con los de otros colores. Además, a las clases populares cristianas también les gustaba celebrar las fiestas en conmemoración de ciertos derviches o santones religiosos, cuyas extrañas prácticas, con frecuencia no pertenecían a ningún culto determinado, sino que se remontaban a supersticiones de la antigüedad.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

En efecto, cuando volví al lugar de la ceremonia, adonde Ms. Jean se empeñó en acompañarme, me encontré con que la escena había tomado un carácter aún más extraordinario. Los treinta derviches, cogidos de la mano, se balanceaban con una especie de movimiento cadencioso, mientras los cuatro corifeos, o *zikkers*, entraban poco a poco en un frenesí poético, entre tierno y salvaje; su cabello de largos bucles, conservado sin cortar, en contra de la costumbre de los musulmanes, flotaba con el balanceo de sus cabezas, tocadas, no con el *tarbús* turco, sino con una especie de bonete de formas primitivas, parecido al *pétase* romano. Su salmodia zumbante iba tomando por momentos acentos dramáticos. Por supuesto, los versos eran respondidos y se dirigían entre ternuras y lamentos a un incierto objeto de amor desconocido. Es posible que los antiguos sacerdotes de Egipto celebraran de este modo los misterios de Osiris perdido o hallado. Así debieron ser sin duda, los lamentos de los coribantes o cabirios, y este extraño coro de derviches aullando y golpeando la tierra con una monótona cadencia puede que aún obedezcan a esa vieja tradición de arrebatos y trances que antaño resonaran en esta parte del Oriente, desde los Oasis de Ammón, hasta la fría Samotracia. Solo con escucharles se me llenaban los ojos de lágrimas, mientras el entusiasmo iba ganando poco a poco a todos los asistentes.

Ms. Jean, viejo escéptico de la armada republicana, no compartía esta emoción. Encontraba todo aquello bastante ridículo, y me aseguró que incluso los musulmanes consideraban a esos derviches como mendigos dignos de lástima. “Es el populacho quien les anima, me decía, además, es lo menos ortodoxo y parecido al auténtico mahometanismo, incluso, aún dándoles algún beneficio de ortodoxia, lo que cantan no tiene sentido. No es nada, me dijo, son canciones amorosas que dedican a no se sabe qué propósito. Yo conozco muchas de ellas, por ejemplo, ésta es una de las que acaban de cantar:

Mi corazón está turbado de amor,
mis párpados ya no se cierran
¿volverán a ver mis ojos a la amada?
En la consunción de las noches tristes,
la ausencia hace morir la esperanza.
Mis lágrimas ruedan como perlas
y mi corazón yace abrasado.
¡Oh, paloma!, dime,
¿por qué te lamentas así?
¿también la ausencia te hace a ti gemir?
¿o es que tus alas ya no encuentran el cielo?
La paloma responde:
Nuestras penas son parejas,
yo me consumo de amor,
¡así es! sufro del mismo infortunio,
y la ausencia de mi amado
es la que me hace llorar.

Y el estribillo con el que los treinta derviches acompañan a estas coplas siempre es el mismo: “¡No hay más Dios que Dios!”.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Me parece, dije, que esta canción bien puede dirigirse en efecto, a la divinidad; y no cabe duda de que se trata del amor divino.
- De ninguna manera; en otras coplillas se les oye comparar a su amada con la gacela del Yemen, decirle que tiene la piel suave y que apenas ha dejado el tiempo de lactancia…Esto es, añadió, lo que nosotros llamaríamos cantares picarescos".

Yo no estaba convencido, y más bien encontraba en los otros versos que me citó, un cierto parecido con el Cantar de los Cantares. "Además, prosiguió Ms. Jean, aún les verá realizar considerables locuras pasado mañana, durante la fiesta de Mahoma; tan solo le aconsejo que se vista de árabe, ya que esta fiesta coincide este año con el regreso de los peregrinos de La Meca, y entre estos últimos hay muchos magrebíes (musulmanes del oeste) que no gustan de los atuendos de los francos, en especial tras la conquista de Argel".

Me prometí seguir su consejo y regresé a mi casa en compañía del barbarín. La fiesta debía continuar aún toda la noche.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.02. LAS ESCLAVAS

I.02.07. ‘‘Contrariedades domésticas”

Al día siguiente, por la mañana, llamé a ‘Abdallah para que encargara mi almuerzo al cocinero Mustafá, quien de inmediato contestó que, de entrada, habría que adquirir los utensilios necesarios. Nada más cierto, y es más, debo añadir que el menaje no era muy complicado. En cuanto a las provisiones, las *fellahas* (campesinas) andan por todas partes, en las calles, con banastas llenas de gallinas, palomas y patos. Incluso se venden al celemín, los pollitos recién salidos de los tan célebres hornos de huevos del país. Los beduinos, por la mañana, vienen cargados de urogallos y codornices, sujetas las patas entre los dedos, y formando un ramillete en torno a la mano. Todo esto, sin contar con los peces del Nilo, las verduras, y las enormes frutas de esta vieja tierra de Egipto, que se venden a precios fabulosamente moderados.

Echando cuentas, por ejemplo, las gallinas a 20 céntimos y las palomas, a la mitad, podía vanagloriarme de escapar durante mucho tiempo del régimen de los hoteles. Por desgracia era imposible encontrar aves gordas; no había más que pequeños esqueletos con plumas. Los campesinos encuentran más ventajas vendiéndolos así que nutriéndolos durante más tiempo con maíz. ‘Abdallah me aconsejó comprar un cierto número de jaulas, a fin de poder engordarlas. Una vez hecho todo esto, se dejaron las gallinas en libertad por el patio, y a las palomas las soltaron dentro de una habitación; y Mustafá, que le había echado el ojo a un pequeño gallo menos huesudo que los otros, se dispuso, bajo mis órdenes, a preparar un *couscoussou*.

Jamás olvidaré el espectáculo que ofrecía este bravo árabe, desenvainando su cimitarra destinada a matar a un desventurado pollastre. El pobre bicho tenía buen aspecto, y su plumaje ostentaba algo del esplendor del faisán dorado. Al sentir la cuchilla, lanzó unos roncos cacareos que me partieron el alma. Mustafá le cortó enteramente la cabeza, y le dejó aún arrastrarse revoloteando por la terraza, hasta que se detuvo con las patas tiesas, y cayó en un rincón. Estos sangrientos detalles bastaron para quitarme el apetito. Me gustan mucho los guisos que no veo preparar...y me sentía como infinitamente más culpable de la muerte del pollo que si hubiera perecido a manos de un cocinero. Puede que encuentren este razonamiento cobarde, pero ¿qué quieren? Yo no podía sustraerme a los recuerdos del antiguo Egipto, y en ciertos momentos sentía escrúpulos de hundir yo mismo el cuchillo en el cuerpo de un repollo, por temor a ofender a algún antiguo dios.

Tampoco quería abusar de la piedad que puede sentirse por la muerte de un pollo flaco, en el interés que inspira legítimamente al hombre forzado a alimentarse; hay otras muchas provisiones en la gran ciudad de El Cairo, y los dátiles frescos, las bananas, serían suficientes siempre para un almuerzo conveniente; pero no pasó mucho tiempo sin que reconociera la pertinencia de las observaciones de Ms. Jean. Los carniceros de la ciudad no venden más que cordero, y los de los alrededores, añaden a esto, como variedad, carne de camello, cuyos inmensos cuartos aparecen suspendidos al fondo de las carnicerías. En el camello no hay dudas acerca de su identidad; pero con el cordero, la broma menos pesada de mi dragomán era la de pretender que se trataba de perro; aunque tengo que confesar que en ese punto no me había dejado engañar. Lo único que no pude comprender nunca fue el sistema de pesas y la preparación de la comida, que hacía que cada plato me costara alrededor de diez piastras; hay que añadir, bien es cierto, la guarnición obligada de *mulujiya* o de *bamia*, verduras sabrosas de

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

las que una de ellas reemplaza un poco a la espinaca, y la otra, no tiene analogía con ninguna de nuestras verduras de Europa.

Volvamos a las generalidades. Me parece que en Oriente los hosteleros, guías, mayordomos y cocineros se confabulan todos ellos contra el viajero. Me doy perfecta cuenta de que si no se muestra una fuerte resolución e incluso imaginación, se necesita una enorme fortuna para poder vivir allí una temporada. El Sr. De Chateaubriand confiesa que él se arruinó; el Dr. Lamartine hizo unos gastos desorbitados; del resto de los viajeros, la mayor parte no se alejó de los puertos, o no hicieron más que atravesar rápidamente el país. Yo voy a intentar un proyecto que considero mejor. Me compraré una esclava, y puesto que me hace falta una mujer, llegaré poco a poco a que reemplace al guía, al criado posiblemente y a llevarme correctamente las cuentas con el cocinero. Calculando los gastos de una larga estancia en El Cairo y de lo que pueda estar aún en otras ciudades, está claro que obtendré algunos ahorros. Casándome, habría conseguido justo todo lo contrario. Decidido tras estas reflexiones, le dije a ‘Abdallah que me condujese al bazar de las esclavas.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.02. LAS ESCLAVAS

I.02.08. ‘‘El mercado de esclavas”

Cruzamos toda la ciudad hasta el barrio de los grandes bazares, y allí, tras continuar por una calle oscura que atravesaba la principal, entramos en un patio irregular, sin que nos obligaran a bajar de los burros. En el centro, un pozo bajo la sombra de un sicómoro; a la derecha, a lo largo del muro, una docena de negros se alineaban de pie, con aire más bien inquieto que triste; la mayor parte vestidos con un ropaje azul típico de los campesinos, y con el aspecto más variopinto que uno se pueda imaginar. Nos dirigimos hacia la izquierda, en donde había una serie de pequeñas habitaciones, cuyo suelo avanzaba sobre el patio como un estrado, a unos dos pies del suelo. Numerosos mercaderes de piel oscura nos rodeaban ya preguntándonos:

¿*Essouad*?, ¿*abesch*? - ¿negras?, ¿abisinias?

Avanzamos hacia la primera habitación. Allí, cinco o seis negras, sentadas en círculo sobre unas esteras, fumaban en su mayoría, y nos acogieron riendo a carcajadas. Sólo iban medio vestidas con unos andrajos azules, y desde luego, si algo no se podía reprochar a sus vendedores es que ocultasen su mercancía. Sus cabellos, peinados en diminutas y apretadas trenzas, estaban en general, recogidos por un turbante rojo que asemejaba a dos voluminosas moñas. La raíz del pelo estaba teñida de cinabrio; llevaban ajorcas de estaño en los brazos y en las piernas, collares de vidrio, y algunas de ellas, anillos de cobre en la nariz y en las orejas, lo que completaba su tocado bárbaro con ciertos tatuajes y pinturas en la piel, que resaltaban aún más su naturaleza. Eran unas negras del Sennaar, la especie más alejada, desde luego, del tipo de belleza convencional entre nosotros. La prominencia de la mandíbula, la frente deprimida, el labio grueso, ponen a estas pobres criaturas en una categoría casi bestial, y en cambio aparte de esa cara extraña que les ha dado la naturaleza, el cuerpo es de una rara perfección, formas virginales y puras se dibujan bajo sus túnicas, y su voz sale dulce y vibrante de una boca pletórica de frescura.

¡Pues no!, no me voy a enardecer por esos bonitos monstruos; pero seguro que a las hermosas damas cairotas les debe gustar rodearse de tales doncellas. De esta forma pueden darse bellos contrastes de color y formas; esas nubias no son feas en el estricto sentido de la palabra, sino que forman un perfecto contrapunto a la belleza, tal y como nosotros la apreciamos. Una mujer blanca debe resaltar admirablemente en medio de estas hijas de la noche, cuyas siluetas esbeltas parecen destinadas a trenzar cabellos, mullir almohadas, llevar los perfumes y ungüentos, como en los frescos antiguos.

Si estuviera en disposición de llevar una vida a la oriental durante mucho tiempo, no me privaría de estas pintorescas criaturas, pero, como no deseo adquirir más que una sola esclava, le he pedido ver otras con un ángulo facial más abierto y de un color negro menos pronunciado. “Eso depende del precio que usted quiera pagar, me dijo Abdallah. Esas que usted ve ahí no cuestan más allá de dos bolsas (doscientos cincuenta francos); se garantizan por ocho días, y pueden devolverse en ese tiempo si tienen algún defecto o enfermedad”.

- Pero, apunté, yo pagaría con gusto un poco más; supongo que lo mismo cuesta alimentar a una guapa que a una fea. Abdallah no parecía compartir mi opinión. Pasamos a otras habitaciones, todas con mujeres de Sennaar. Las había más jóvenes y más hermosas, pero los rasgos faciales dominaban con una singular uniformidad.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Los comerciantes ofrecieron hacerlas desnudarse, les abrían la boca para mostrar su dentadura, les hacían pasearse, y que resaltaran la elasticidad de sus pechos. Estas criaturas se dejaban manejar con notable indiferencia, y la mayoría estallaban en risotadas casi constantemente, lo que hacía el espectáculo menos penoso. Y pronto se comprendía que cualquier condición era para ellas preferible a vivir en el "okel", e incluso que volver a su anterior existencia en su país.

Al no encontrar allí más que negras de pura raza, le pregunté al dragomán si no íbamos a ver a las abisinias. "¡Ni hablar!, me dijo, a esas no se las muestra en público; hay que subir a la casa y que el tratante esté bien convencido de que usted no ha venido aquí por pura curiosidad, como la mayoría de los viajeros. Por lo demás, las abisinias son mucho más caras y quizá usted podría encontrar alguna esclava que le conviniese entre las mujeres Dongola. Aún hay otros "okel" que podemos visitar. Aparte del de *Jellab*, en el que estamos ahora, está el de *Kouchouk* y el *Jan Ghafar*".

Un tratante se nos acercó e indicó que me dijeran que acababan de llegar unas etíopes que se habían instalado fuera de la ciudad para no pagar los derechos de entrada. Estaban en el campo, más allá de la puerta *Bab-el-Madbah*. Opté por ver primero a aquellas esclavas.

Recorrimos un barrio medio desierto y, tras muchas vueltas, nos encontramos en la planicie, o sea, en medio de las tumbas que rodean toda esta parte de la ciudad. Los mausoleos de los califas los habíamos dejado a la izquierda, y atravesamos entre colinas polvorientas, cubiertas de molinos y de restos de antiguos edificios.

Descendimos de los burros a la puerta de un pequeño cerco de muros, restos probablemente de lo que fuera una mezquita. Tres o cuatro árabes, vestidos con un atuendo extraño para El Cairo, nos hicieron pasar, y me encontré en medio de una especie de tribu cuyas jaymas se extendían por aquel recinto cerrado por todas partes. Al igual que en el "okel", las risas de unas cuantas negras me acogieron. Estas naturalezas primitivas manifiestan a las claras todos sus estados de ánimo, y no comprendo por qué el traje europeo les parece tan ridículo.

Todas esas muchachas se ocupaban de diversos trabajos hogareños, y en medio de ellas, una, alta y hermosa, vigilaba atentamente el contenido de un ventrudo caldero colocado sobre el fuego. Nada podía arrancarla de esta ocupación. Hice que me mostraran las otras, que se apresuraban a abandonar su trabajo, y a exhibir ellas mismas sus bondades. Entre sus detalles de coquetería estaba el de lucir un peinado en capas de un volumen extraordinario, algo que yo ya había visto antes, pero enteramente impregnado de manteca, que chorreaba sobre sus espaldas y sus pechos. Pensé que esto lo hacían por protegerse la cabeza del ardor del sol, pero Abdallah me aseguró que se trataba de una moda para resaltar el lustre del cabello y de la piel. "Tan solo, me dijo, una vez compradas, uno se apresura a enviarlas a los baños y a que les desengrasen ese peinado de trencillas, que sólo lo usan por la Montañas de la Luna".

El examen no fue largo. Estas pobres criaturas tenían pinta de salvajes, sin duda un curioso aspecto, pero poco seductor desde el punto de vista de la cohabitación. La mayoría estaban desfiguradas por un montón de tatuajes, de incisiones grotescas, de estrellas y de soles azules que se extendían sobre el negro un poco grisáceo de su epidermis. Al ver estas lamentables hechuras, que hay que reconocer como humanas, uno se reprocha con filantropía el haber podido, en ocasiones, adolecer de falta de miramiento para con el mono, ese pariente desconocido que nuestro orgullo de raza se obstina en rechazar. Los gestos y las actitudes añadían un punto más a esa semejanza. Incluso me fijé en que sus pies, alargados y desarrollados, sin duda por la costumbre de subir a los árboles, se emparentaban sensiblemente con la familia de los cuadrumanos.

Aquellas jóvenes gritaban desde todas partes: ¡*bajchís, bajchís*! Y yo, dudoso, saqué del bolsillo algunas piastras, temiendo que fueran los mercaderes quienes finalmente se apropiasen

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de ellas. Aunque los dueños, para tranquilizarme, se ofrecieron a repartir dátiles, sandías, tabaco, e incluso aguardiente: entonces por doquier hubo una explosión de alegría, y muchas se pusieron a bailar al son de la *darbuka* y la *zommarah*, el tambor y el melancólico pínfano de los pueblos africanos.

La hermosa mozarrona encargada de la cocina apenas se volvió, y continuaba removiendo en el caldero una espesa sopa de sorgo. Me acerqué; me dedicó una mirada desdeñosa, y sólo mis guantes negros llamaron su atención. Entonces cruzó los brazos y lanzó gritos de admiración. ¿Cómo podía tener yo las manos negras y el rostro blanco? Aquello sobrepasaba su comprensión. Su sorpresa fue aún mayor cuando me quité uno de los guantes, lo que la impulsó a gritar: "*¡Bismillah! Enté effrit? Enté sheytán?* ¡Dios me proteja! ¿eres un espíritu o un diablo?"

Las otras no demostraron menos extrañeza, y ya no digamos la que causaba mi atuendo a aquellos seres tan simples. Estaba claro que en su país me podría haber ganado la vida sólo con exhibirme.

Pero la principal de esas bellezas nubias, no tardó en retomar su ocupación previa, con esa inconstancia de los monos que todo les distrae, y nada consigue hacer que se fijen en algo, más allá de un instante.

Fantaseé preguntando lo que costaba, pero el dragomán me avisó que justo esa era la favorita del tratante de esclavos, y que no quería venderla hasta que le hiciera padre...a menos que yo pagase un precio mucho más elevado.

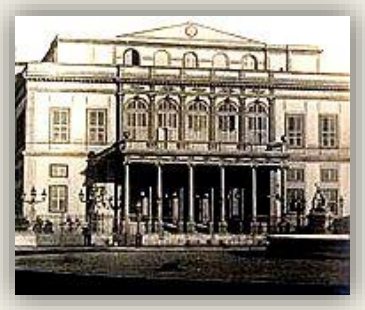
No insistí sobre ese punto.

"Francamente, le dije al dragomán, encuentro todas estas pieles demasiado oscuras; pasemos a otros tonos. ¿Así que la abisinia es una pieza rara en el mercado?.

- De momento escasea un poco, me dijo Abdallah, pero ahí llega la caravana de La Meca. Se ha detenido en Birket-el-Hadji para entrar mañana al alba, y entonces tendremos donde escoger, ya que muchos peregrinos, cuando les falta dinero para acabar el viaje, se deshacen de alguna de sus mujeres, y hay también mercaderes que vienen del Hedjaz".

Salimos de ese "okel" sin que nadie se extrañara de que yo no hubiese comprado nada. Un cairota había concluido un trato durante mi visita y retomaba el camino de Bab-el-Madbah con dos jóvenes negras bastante bien plantadas. Caminaban delante de él, soñando con lo desconocido, preguntándose sin duda si se convertirían en favoritas o en criadas, y la manteca, más que las lágrimas, se escurría por su pecho descubierto a los ardientes rayos del sol.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6



I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.02. LAS ESCLAVAS

I.02.09. ‘‘El teatro del Cairo”

Volvimos a El Cairo siguiendo la calle Hazanieh, que conduce a la que separa el barrio franco del barrio judío, y que bordea el *Calish*, atravesado de vez en cuando por puentes de un solo arco, de tipo veneciano. Allí hay un bonito café cuya trastienda da sobre el canal y en donde se pueden tomar sorbetes y limonadas. Y desde luego no se puede decir que sean los refrescos lo que escasee en El Cairo; en donde coquetas tiendecillas exponen acá y allá copas de limonadas y bebidas mezcladas con frutas azucaradas y a unos precios realmente asequibles para todos.

Al doblar la calle turca para atravesar el pasaje que conduce al Mosky, vi en las paredes carteles que anunciaban un espectáculo para esa misma noche en el teatro de El Cairo. No me disgustó encontrar ese vestigio de la civilización. Le di permiso a ‘Abdallah y me fui a cenar al Domergue, en donde me enteré de que se trataba de unos amateurs que ofrecían una representación a favor de los ciegos indigentes que, por desgracia, son bastante numerosos en El Cairo. La temporada musical italiana no tardaría en comenzar, pero de momento, iba a presenciar una *simple soirée de vaudeville*.

Hacia las siete de la tarde, la callejuela que desemboca en el cruce con el Waghorn estaba llena de gente, y los árabes se maravillaban de ver toda aquella multitud entrar en una sola casa. Era un día grande para mendigos y muleros, que se desgañitaban gritando *“bajchís!”* a los cuatro vientos. El acceso, bastante oscuro, da a un pasadizo cubierto que se abre al fondo, sobre el jardín de Rosette, y cuyo interior recuerda nuestras pequeñas salas populares. El patio de butacas estaba repleto de ruidosos italianos y griegos, tocados con el tarbús rojo; algunos oficiales del pachá se veían en la platea, y los palcos estaban ocupados por un gran número de mujeres, cuya mayoría vestía a la oriental. Se distinguía a las griegas por el “taktikos” de fieltro rojo bordado con hilillos de oro, que llevan inclinado sobre una oreja; las armenias, con sus chales y los “gazillons” que entremezclan para hacerse enormes peinados. Las judías casadas, al no poder dejar ver su cabello, según las prescripciones rabínicas, se adornan con plumas de gallo rizadas, que les cubren las sienes y asemejan rizos de su propio cabello. Tan sólo el tocado distingue a las distintas razas; el vestuario es poco más o menos el mismo para todos. Ellas llevan la chaquetilla turca ceñida al pecho, la falda con hendidura y ajustada a los riñones, el cinturón, los zaragüelles, que a cualquier mujer despojada del velo le da el caminar de un muchacho; los brazos siempre van cubiertos, pero dejan colgar a partir del codo unas mangas cuyos apretados botones, los poetas árabes comparan a flores de camomila. Añádase a esto dijes, flores y mariposas de diamantes destacando la ropa de las más ricas, y se comprenderá que el humilde teatrillo de El Cairo debe aún un cierto esplendor a estos tocados orientales.

Yo estaba encantado, después de ver tanto rostro negro a lo largo del día, de reposar la vista en bellezas, simplemente algo menos oscuras. Aunque siendo menos benigno, les reprocharía el abuso de tanto maquillaje sobre los párpados, de estar todavía ancladas en la moda de los lunares en las mejillas, tan del siglo pasado, y a sus manos, de llevar puesta tanta *henné*. En todo caso, admiraba sin reservas los encantadores contrastes de tantas bellezas variopintas, la diversidad de las sedas, el brillo de los diamantes, de los que tanto se enorgullecen las mujeres de este país, que llevan encima la fortuna de sus maridos; en fin, que me repuse un poco durante esta soirée de un prolongado ayuno de jóvenes rostros, que ya

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

comenzaba a resultarme pesado. Por lo demás, ninguna mujer llevaba velo, en consecuencia, ninguna mujer realmente musulmana asistía a la representación.

Se alzó el telón, y reconocí las primeras escenas de "La mansarde des artistes"[122]

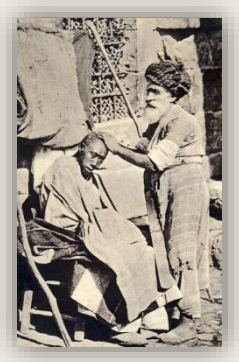
¿Gloria del vaudeville!¿dónde irás a parar?. Jóvenes marselleses interpretaban los papeles principales, y la primera actriz era la misma madame Bonhomme, la profesora del aula de lectura francesa. Posé la mirada con sorpresa y satisfacción sobre un busto perfectamente blanco y rubio. Hacía dos días que soñaba con las nubes de mi patria y las pálidas bellezas del norte. Esta preocupación se debía al primer soplo del *jamsín* y al haber estado viendo tanta negra que, en realidad se prestan más bien poco a representar el ideal de belleza femenino.

A la salida del teatro, todas estas mujeres tan ricamente ataviadas volvieron a su uniforme *habbarah* de tafetán negro, cubriendo el rostro con el *borghot* blanco, y volviendo a montar sobre los asnos, como buenas musulmanas conducidas por sus *raïs*.

[122] Vaudeville de un acto de Scribe, Dupin y Varner.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO



I.02. LAS ESCLAVAS

I.02.10. ‘‘La barbería”

Al día siguiente, pensando en las fiestas que se preparaban para la llegada de los peregrinos, me decidí, para verlos a gusto, a ponerme la ropa del país. Ya contaba con la parte más importante del atuendo árabe, el *machlah*, manto patriarcal que se puede llevar indistintamente sobre la espalda o por la cabeza, sin dejar por ello de envolver todo el cuerpo. Sólo en este último caso, las piernas quedan al descubierto, y uno se asemeja a una esfinge, lo que no deja de proporcionar un cierto carácter.

De momento, me limité a llegar hasta el barrio franco, en donde pensaba llevar a cabo mi transformación completa, siguiendo los consejos del pintor del Hotel Domergue.

El callejón que llega al hotel se prolonga, al atravesar la calle principal del barrio franco, y describe numerosos zig-zags hasta perderse bajo las bóvedas de largos pasadizos que corresponden al barrio judío. Es, precisamente en esta caprichosa calle, tan pronto estrecha y abarrotada de tiendas de armenios y griegos, como ancha y bordeada de largos muros y casas altas, donde reside la aristocracia comercial de la nación franca; allí es donde residen banqueros, agentes de cambio, almaceneros de productos de Egipto y de las Indias. A la izquierda, en la parte más ancha, un amplio edificio, que visto por fuera nadie hubiera adivinado su uso, alberga a la vez que la principal iglesia católica, el convento de los dominicos. El convento consta de una infinidad de pequeñas celdas sobre una galería alargada. La iglesia es una vasta sala en el primer piso, con columnas de mármol de sobria elegancia y de estilo italiano. Las mujeres se sitúan aparte, en tribunas con celosías, y no se desprenden de sus mantillas negras, confeccionadas al estilo turco o maltés. Pero no nos detuvimos en la iglesia, entre otras cosas, porque se trataba de perder, al menos, la apariencia cristiana para poder asistir a las fiestas musulmanas. El pintor me condujo aún más lejos, hasta un punto en donde la calle se estrechaba y hacía más oscura, hasta una barbería que posee una maravillosa ornamentación. Allí se puede admirar uno de los últimos monumentos del antiguo estilo árabe, sustituido en todas partes, tanto la decoración, como la arquitectura, por el gusto turco de Constantinopla, triste y frío pastiche a medio camino entre lo tártaro y lo europeo.

Fue en esta encantadora barbería, cuyas ventanas graciosamente recortadas dan sobre el *Calish*, donde perdí mi cabellera europea. El barbero paseó la navaja con suma destreza y, atendiendo a mis órdenes expresas, me dejó un único mechón en lo alto de la cabeza, como el que llevan los chinos y musulmanes. Hay discrepancias sobre el motivo de esta costumbre: unos, pretenden que es para ofrecer un agarradero a las manos del ángel de la muerte; los otros, creen ver en este mechón una razón más bien material: al turco, que siempre prevé que le puedan cortar la cabeza, y que una vez cortada se acostumbra a exhibir al pueblo, no le gustaría que la mostrasen agarrándola por la nariz o por la boca, cosa que sería bastante ignominiosa. Los barberos turcos les suelen tomar el pelo a los cristianos, rapándoles toda la cabeza, pero yo, aunque escéptico, nunca rechazo de plano ninguna superstición.

Terminado su trabajo, el barbero me hizo sostener una palanganilla de estaño, y sentí inmediatamente una columna de agua correr por el cuello y las orejas. Se había subido a un banco junto al mío, y vació un gran balde de agua fría en un pellejo de cuero suspendido sobre mi frente. Cuando se me pasó la sorpresa, aún tuve que someterme a un lavado a fondo con agua jabonosa, tras lo cual me rasuró la barba a la última moda de Estambul.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Después se dedicó a la labor, desde luego no muy ardua, de peinarme. La calle estaba llena de mercaderes de "*tarbús*" y de campesinas cuya industria consiste en confeccionar los pequeños bonetes blancos, llamados *Takies*, que se ponen sobre la cabeza rapada; algunos están delicadamente elaborados en hilo o en seda; otros, están rematados por un encaje blanco hecho para sobresalir por debajo del bonete rojo. Estos últimos, son generalmente de fabricación francesa. Creo que es nuestra ciudad de Tours la que tiene el privilegio de poner tocado a todo Oriente.

Con los dos bonetes superpuestos, el cuello al descubierto y la barba recortada, apenas pude reconocerme en el elegante espejo incrustado de carey que me ofreció el barbero. Completé la transformación comprando a los revendedores un ancho calzón de algodón azul y un chaleco rojo brocado con un bordado de plata bastante aparente; tras lo cual el pintor me comentó que de esta guisa podría pasar por un montañés sirio venido de Saida o de Trípoli. Los ayudantes me concedieron el título de *Chélebi*, apelativo que se les da en el país a los elegantes.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.02. LAS ESCLAVAS

I.02.11. “’’Abd-el-Karīm”

Llegamos a una hermosa mansión, sin duda antigua morada de un “kachef” o de un bey mameluco, cuyo vestíbulo se prolongaba en una galería de columnas sobre uno de los lados del patio. Al fondo, se apreciaba un diván de madera provisto de almohadones, en el que reposaba un musulmán de buen aspecto, vestido con cierto rebuscamiento, y que desgranaba descuidadamente su rosario de madera de áloe. Un negro andaba atizando el carbón del narguile, y un escribano copto, sentado a sus pies, servía sin duda, de secretario.

“Éste es, me dijo ‘Abdallah, el señor ‘Abd-el-Karīm, el más ilustre mercader de esclavos. Él os puede procurar mujeres hermosas, sólo si le apetece, ya que al ser hombre rico, con frecuencia las guarda para él”.

‘Abd-el-Karīmme hizo una graciosa señal con la cabeza, llevándose la mano al pecho, y me dijo *“saba-el-jer”*. Respondí a su saludo con una fórmula árabe análoga, pero con un acento que le descubrió mi origen. Me invitó a sentarme a su lado, e hizo que me sirviesen un narguile y un café.

“El veros conmigo, me dijo ‘Abdallah, hace que tenga una buena opinión acerca vuestra. Le voy a decir que acabáis de estableceros en el país y que os disponéis a montar ricamente vuestra mansión”.

Las palabras de ‘Abdallah parece que impresionaron favorablemente a ‘Abd-el-Kérim, que me dirigió unas cuantas palabras de cortesía en un mal italiano.

El porte fino y distinguido, la mirada penetrante y las graciosas maneras de ‘Abd-el-Karīm convertía en algo natural el que hiciera los honores de su palacio; un palacio dedicado a tan triste comercio. Poseía las peculiares formas de afabilidad de un príncipe y la despiadada resolución de un pirata. Debía domeñar a las esclavas con esa expresión inmóvil de sus ojos melancólicos, y al abandonarlas, incluso haciéndolas sufrir, se quedaban con la tristeza de no tenerlo más como amo y señor. Es evidente, me decía, que la mujer que me sea vendida aquí ya habrá sido tomada por ‘Abd-el-Kérim. Me daba lo mismo. Poseía tal fascinación su mirada, que comprendí al punto lo imposible de no hacer negocios con él.

El patio cuadrado, en el que se paseaban un buen número de nubias y abisinias, ofrecía por doquier arcadas y galerías en la parte alta de una elegante arquitectura. Amplias *mashrabeyas* (celosías) de madera torneada, se asomaban a un vestíbulo de la escalinata, decorada con arcos de herradura, por la que se ascendía a las habitaciones de las esclavas más bellas.

Ya habían entrado muchos compradores que examinaban a los negros más o menos oscuros en el patio. Se les obligaba a caminar, se les golpeaba la espalda y el pecho, y se les obligaba a mostrar la lengua. Tan solo uno de aquellos jóvenes vestidos con una túnica de franjas azules y amarillas, con el cabello trenzado y deslizándose liso, como un tocado medieval, llevaba en el brazo unas pesadas cadenas que hacía resonar caminando con un paso fiero. Era un abisinio de la nación de los *Galla*, cautivado, sin duda en alguna escaramuza.

Alrededor del patio había numerosas salas en la parte baja, habitadas por negras como las que ya había visto en otras ocasiones; despreocupadas e indolentes la mayor parte, riendo por cualquier cosa. En cambio, una mujer vestida con un manto amarillo, lloraba ocultando su rostro contra una columna del vestíbulo. La tierna serenidad del cielo y las luminosas filigranas

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

que trazaban los rayos del sol en el patio, protestaban en vano contra esta elocuente desesperación. Yo me sentía con el corazón acongojado.

Pero por detrás de la columna, y aunque su rostro estaba oculto, vi que esta mujer era casi blanca. Un niño pequeño se apretujaba contra ella, medio envuelto en su manto. Se haga lo que se haga para aceptar la vida oriental, uno termina por sentirse francés y... sensible en momentos como esos. Por un instante pensé en comprarla si podía, y darle la libertad.

"No se fije en ella, me dijo 'Abdallah, esa mujer es la esclava de un efendi que para castigarla por una falta que ha cometido, la ha enviado al mercado, en donde van a simular que la venden con su hijo. Cuando haya pasado aquí algunas horas, su amo vendrá a buscarla y sin duda la perdonará."

Así que la única esclava que allí lloraba lo hacía por el hecho de perder a su amo, y las otras, no parecían inquietarse por nada que no fuera pasar demasiado tiempo sin encontrar uno. Esto es algo que dice mucho a favor del carácter de los musulmanes. ¡Compárese esta suerte a la de los esclavos en los países americanos! Bien es cierto que en Egipto tan solo el *fellah* trabaja la tierra. Se procura cuidar la salud del esclavo, que cuesta caro, y no se le ocupa más que en servicios domésticos. Ésta es la inmensa diferencia que existe entre el esclavo de los países turcos y el de los cristianos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

I.02. LAS ESCLAVAS

I.02.12. La esclava de Java

‘Abdelkarím nos había dejado un instante para atender a los compradores turcos. Volvió de nuevo junto a mí y me dijo que estaban vistiendo a las abisinias que quería mostrarme. “Están, dijo, en mi harem, y son tratadas como de la familia. Mis mujeres las hacen comer con ellas. Mientras tanto, si lo desea, le vamos a traer a algunas muy jóvenes”.

Se abrió una puerta, y una docena de niñas de color se precipitaron en el patio como los críos en el recreo. Las dejaban jugar en el hueco de la escalera con los canarios y las pintadas, que se bañaban en el cuenco de una fuentecilla esculpida, restos del desaparecido esplendor del OKEL.

Estuve contemplando a aquellas pobres criaturas de enormes ojos negros, vestidas como pequeñas sultanas, sin duda arrancadas de sus madres para satisfacer los apetitos de los adinerados habitantes de la ciudad. ‘Abdallah me dijo que muchas de ellas no pertenecían al tratante, y las habían puesto en venta sus propios padres, que viajaban ex profeso a El Cairo, en la creencia de poder proporcionar de ese modo a sus hijas una existencia más feliz.

“Sepa usted además, añadió, que éstas son más caras que las jóvenes núbiles. QUESTE FANCIULLE SONO CUCITE*! Dijo ‘Abdelkarím en su italiano corrupto.

- ¡Oh, puede estar tranquilo y comprar con confianza, remachó ‘Abdallah en tono de buen experto, los padres lo han previsto todo!”.

¡Pues bien!, me dije a mí mismo, dejaré estas niñas para otros. El musulmán que vive según su ley, puede en conciencia responder ante Dios de la suerte de estas pobres criaturas, pero yo, si compro una esclava es con la idea de que sea libre, incluso de que me deje.

‘Abdelkarím volvió a reunirse conmigo y me invitó a subir a su casa. ‘Abdallah se quedó discretamente junto a la escalera.

En una sala espaciosa, de paredes repujadas, que aún enriquecían restos de arabescos pintados y dorados, vi alineadas contra la pared a cinco mujeres bastante hermosas, cuyo tono recordaba el reflejo del bronce de Florencia. Sus siluetas eran correctas, de nariz recta, boca pequeña; el óvalo perfecto de su cabeza, el engarce gracioso de su cuello, la serenidad de su fisonomía les daba el aire de esas madonnas pintadas de Italia cuyo color amarillea con el tiempo. Eran abisinias católicas, posibles descendientes del Preste Jean o de la reina Candace.**

La elección era difícil. Todas eran parecidas, como sucede con las razas primitivas. ‘Abdelkarím, al verme indeciso y creer que no me gustaban, hizo entrar a otra que, con paso indolente, fue a colocarse cerca de la pared.

Yo grité entusiasmado. Acababa de descubrir el ojo almendrado, el párpado oblicuo de las javanesas, que ya había visto en algunos lienzos en Holanda, y por el aspecto, esta mujer era evidente que pertenecía a la raza amarilla. No sé qué gusto por lo exótico y por lo imprevisto, del que no pude evadirme, me decidió a su favor. Era mucho más hermosa que las otras, y de una rotundidad de formas que obligaba a admirarla. Ante el resplandor metálico de sus ojos, la

---

* NOTA DEL EDITOR: Es difícil dar o traducir el sentido de esta observación. Podría significar algo así como “Estas niñas tienen cosido el virgo”.

** El Preste Jean es una figura polimorfa de la leyenda medieval: rey cristiano situado, primero en Mongolia y después en Etiopía. Candace: nombre genérico de las reinas de Etiopía, procedentes, según la tradición, de los amores de Salomón y la reina de Saba.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

blancura de sus dientes, la distinción de las manos, y su larga cabellera de tono castaño oscuro, que dejó ver al retirar el tarbouche, no se podían objetar los elogios que ‘Abdelkarím formulaba gritando: “¡*Bono, bono*!”.

Volvimos a bajar y charlamos con ayuda de ‘Abdallah. Esa mujer había llegado de madrugada en la caravana y sólo estaba donde ‘Abdelkarím desde entonces. La habían apresado siendo muy jovencita en el archipiélago indio los corsarios de Mascate.

“Pero, dije a ‘Abdallah, si ‘Abdelkarím la dejó ayer con sus mujeres...

- ¿Y...?” respondió el dragomán abriendo extrañado los ojos.

Vi que mi observación era una tontería.

“¿Cree usted, dijo ‘Abdallah, captando por fin mis dudas, que sus mujeres legítimas le permitirían cortejar a otras?... Y además, un tratante de esclavas, ¡ni soñarlo!. Si esto se supiera perdería toda su clientela”.

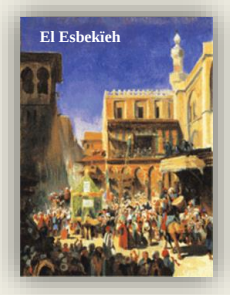
Era una buena razón. ‘Abdallah me juró además que ‘Abdelkarím, como buen musulmán, debió pasar la noche rezando en la mezquita por la solemne fiesta de Mahoma.

Sólo me quedaba tocar el tema del precio. Pidió cinco bolsas (625 francos). Yo pensé en ofrecerle sólo cuatro bolsas; pero, ante la perspectiva de que se trataba de regatear por una mujer, esa posibilidad me pareció baja. Además, ‘Abdallah me puntualizó que un tratante turco jamás tenía dos precios.

Pregunté su nombre, ya que, naturalmente, también en ese precio iba el nombre.

Z’n’b’! dijo ‘Abdelkarím. Z’n’b’! repitió ‘Abdallah con un gran esfuerzo de contracción nasal. Yo no podía entender que el estornudo de tres consonantes representara un nombre. Precisé de algún tiempo para adivinar que todo eso podía pronunciarse como Zeynab*.

Dejamos a ‘Abdelkarím, tras haberle entregado las arras, para ir a buscar el dinero que tenía depositado con un banquero del barrio franco.



Cruzando la plaza de El-Esbekïeh, presenciamos un extraordinario espectáculo. Una gran multitud se había congregado para ver la ceremonia de la *Dohza*. El cheikh o emir de la caravana debía pasar a caballo sobre el cuerpo de los derviches girávagos y de los aulladores, que se ejercitaban desde el día antes junto a las colchonetas y bajo las tiendas de campaña. Aquellos desgraciados se habían tendido boca abajo en medio del camino de la casa de cheikh El-Bekry, jefe de todos los derviches, situada en el extremo sur de la plaza, formando una calzada humana de unos sesenta cuerpos.

Esta ceremonia se considera como un milagro destinado a convencer a los infieles; por lo que se permite que los francos ocupen los primeros sitios. Un milagro público se ha convertido en una rareza, desde, como dice Heine, el momento en que el hombre ya sabe lo que va a acontecer al mirar en las mangas del buen dios. Pero esto, si el dios es uno, es incuestionable. He visto con mis propios ojos al viejo cheikh de los derviches, cubierto con un *beniche* blanco y un turbante amarillo, pasar a caballo sobre los riñones de los sesenta creyentes, hacinados sin el menor resquicio, con los brazos cruzados sobre su cabeza. El caballo estaba herrado, y todos se levantaron al unísono, entonando Allah!

Los más racionalistas del barrio franco pretenden que esto es un fenómeno análogo al que hacía que soportaran los golpes de cadenas en el estómago. La exaltación a la que llegan estas gentes desarrolla una fuerza y una resistencia extraordinarias.

Los musulmanes no admiten esta explicación, y dicen que han hecho caminar al caballo sobre cristalería y botellas sin que haya roto nada.

---

* Nerval estuvo acompañado durante todo su viaje por un amigo, Joseph de Fonfrède, del que nunca habla (salvo en su correspondencia) y del que no sabemos casi nada. En realidad, él es quien compró una esclava (ver la carta del 2 de mayo de 1843 a Gautier).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Esto último me habría gustado verlo. Solo ese espectáculo me habría podido convencer. Esa misma tarde, trasladé triunfalmente a la esclava velada a mi mansión del barrio copto. Llegaba a tiempo, ya que era el último día del plazo que me había dado el cheikh del barrio. Un doméstico del okel la seguía con un asno cargado con un gran baúl verde.

‘Abdelkarím había arreglado bien el asunto. En el baúl había dos trajes completos: “Es de ella, me dijo, todo esto se lo regaló un cheikh de La Meca al que perteneció, y ahora, es vuestro”.

Hay que reconocer que fue todo un detalle de delicadeza.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

III.01. EL HAREM

III.01.1. Pasado y futuro

No lamentaba el haber fijado mi residencia por algún tiempo en El Cairo y haberme convertido en todos los sentidos en uno más de sus habitantes; único medio sin duda alguna de comprenderlo y amarlo. Los viajeros, en general, no se toman un tiempo para disfrutar de la vida íntima y de las pintorescas bellezas, contrastes y recuerdos de esta ciudad. Siendo, como es El Cairo la única ciudad oriental en donde se pueden encontrar las capas bien diferenciadas de numerosas épocas de la historia. Ni Bagdad, ni Damasco, ni siquiera Constantinopla han conservado este patrimonio para su estudio y reflexión. En las dos primeras, el extranjero sólo encuentra frágiles construcciones de adobes y tierra seca. Únicamente los interiores ofrecen una espléndida decoración, pero jamás fue pensada como un arte serio y duradero. Constantinopla, con sus casas de madera pintada, se renueva cada veinte años, y sólo conserva la fisonomía uniforme de sus cúpulas azulonas y sus blancos minaretes. El Cairo, gracias a las inagotables canteras del Mojatam, y a la constante serenidad de su clima, posee una innumerable cantidad de monumentos: la época de los califas, la de los sudaneses y de los sultanes mamelucos, se inscriben en variados sistemas de arquitectura, de los que España y Sicilia sólo poseen en parte, los modelos. Las maravillas morescas de Granada y de Córdoba nos vienen a la mente a cada paso en las calles de El Cairo, por una puerta de una mezquita, una ventana, un minarete, un arabesco, cuyo corte o el estilo indican una fecha remota. Sólo las mezquitas, por sí mismas, contarían la historia entera del Egipto musulmán, ya que cada príncipe hizo construir al menos una, para transmitir para siempre el recuerdo de su época y de su gloria: Amru, Hakem, Tulún, Saladino, Baïbars o Barkúk, cuyos nombres se conservan así en la memoria de este pueblo; a pesar de que sus monumentos más antiguos sólo ofrecen muros derruidos y recintos devastados.

La mezquita de Amru, la primera construída tras la conquista de Egipto, ocupa un emplazamiento hoy en día desierto, entre la ciudad nueva y la vieja. Nada protege contra la profanación este lugar en otros tiempos venerado. He recorrido el bosque de columnas que aún soporta la antigua bóveda; he podido subir hasta la elaborada cátedra del imán, construida el año 94 de la Hégira, y de la que se decía que no había otra más bella, ni más noble, después de la del profeta. He pasado por las galerías y reconocí, en el centro del patio, el lugar en el que se levantaba la tienda del lugarteniente de Omar, cuando pensaba ya en fundar el viejo Cairo.

Una paloma había hecho su nido bajo el pabellón, y Amrou, vencedor del Egipto griego, y que acababa de saquear Alejandría, no quiso que se molestara al pobre pájaro. Este lugar le pareció consagrado por la voluntad del cielo, e hizo construir una mezquita alrededor de su tienda. Después, en torno a la mezquita, una ciudad que tomó el nombre del *Fostat* esto es, "la tienda". Hoy día, este lugar ni siquiera está ya en la ciudad, y se halla de nuevo, como se narraba en las antiguas crónicas, en medio de viñedos, huertos y palmerales.

También he encontrado, en igual abandono, pero al otro extremo de El Cairo y dentro del recinto amurallado, cerca de Bab-el-Nasr, la mezquita del califa Hakem, fundada tres siglos más tarde, y unida en el recuerdo a uno de los héroes más extraños de la edad media musulmana. Hakem, al que nuestros viejos orientalistas llaman "Le Chacamberille"*, no se contentó con ser el tercero de los califas africanos, heredero y conquistador de los tesoros de

* Así, en Pierre Vattier, "L'Histoire mahométane ou les Quarante-neuf chalifes du Macine" (1657)(voir n.31*) abundantemente mencionada en el "Carnet de notes du Voyage en Orient" (Pléiade)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Haroum al-Raschid; dueño absoluto de Egipto y Siria, el vértigo de la grandeza y de las riquezas hizo de él una especie de Nerón, o mejor, de Heliogábalo. De entrada, un día prendió fuego a su capital por puro capricho; después, se proclamó dios y esbozó las reglas de una religión que fue adoptada por una parte de su pueblo, y que es la de los drusos. Hakem[**] es el último revelador, o, si se prefiere, el último dios que se haya producido en el mundo y que aún conserva fieles más o menos numerosos. Los cantantes y narradores de los cafés del Cairo cuentan sobre él mil aventuras, y me han mostrado sobre una de las cimas de *Mojatam*, el observatorio al que iba a consultar los astros, ya que los que no creían en su divinidad le consideraban al menos un poderoso mago.

Su mezquita está aún más arruinada que la de Amru. Los muros exteriores y dos de los minaretes situados en los ángulos sólo ofrecen formas arquitectónicas reconocibles; son de la época correspondiente a los monumentos más antiguos de España. En la actualidad, el recinto de la mezquita, toda polvorienta y sembrada de cascotes, está ocupado por cordeleros, que se dedican a torcer sus sogas en este vasto espacio, en donde la monótona rueca ha sustituido al murmullo de las plegarias. ¿Pero es que el edificio del fiel Amru está menos abandonado que el del herético Hakem, anatematizado por los verdaderos musulmanes? El viejo Egipto, olvidadizo a la vez que crédulo, ha enterrado en el polvo a otros muchos profetas y a otros tantos dioses.

Así pues, el extranjero en este país no tiene por qué temer ni al fanatismo ni a la religión, ni a la intolerancia del racismo de otros lugares de Oriente. La conquista árabe jamás ha podido transformar hasta ese punto el carácter de sus habitantes: ¿no ha sido siempre, por otra parte, la tierra antigua y maternal donde nuestra Europa, a través del mundo griego y romano, ha sentido que remontaban a sus orígenes? Religión, moral, industria, todo ha partido de este centro, a la vez misterioso y accesible, en donde los genios de los primeros tiempos han depositado para nosotros la sabiduría. Penetraban con terror en estos santuarios extraños, en donde se elaboraba el futuro de los hombres, y salían más tarde, la frente ceñida de resplandores divinos, para revelar a sus pueblos tradiciones que se remontaban a los tiempos anteriores al diluvio y hablaban de los primeros días del mundo. De ese modo Orfeo, Moisés, al igual que ese legislador menos conocido entre nosotros, al que los hindúes llaman Rama, llevaron un mismo fondo de enseñanzas y creencias, que se modificaron según los lugares y las razas, pero que por todas partes constituyeron civilizaciones que perduraron en el tiempo. Lo que conforma el carácter de la antigüedad egipcia, es justamente ese pensamiento de universalidad e incluso de proselitismo, que Roma imitó sólo por el interés de su poderío y su gloria. Un pueblo que fundó monumentos indestructibles para grabar en ellos todos los procedimientos de las artes y la industria y que habló para la posteridad en una lengua que esa misma posteridad ha comenzado a comprender; merece, ciertamente, el reconocimiento de todos los hombres.

[**] En la leyenda de Hakem, narrada más adelante, el califa gritó: "¡Yo mismo soy dios!, sólo yo, el verdadero, el único dios, y los otros no son más que sombras" (p. 72, t.II) Ya aquí se constata que es la "Teomanía", la desmesura prometeica que hay en Hakem, lo que fascina a Nerval.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

III.01. EL HAREM

III.01.02. La vida doméstica en el *jamsín*

He aprovechado, estudiando y leyendo lo máximo posible*, durante las largas jornadas de inactividad que me impuso el tiempo de Jamsín. Desde por la mañana, el aire estaba cargado de polvo y era ardiente. Durante cincuenta días, cada vez que sopla el viento del sur, es imposible salir a la calle antes de las tres de la tarde, momento en que se levanta la brisa que viene del mar.

En general, durante estos días, la gente suele permanecer en las habitaciones inferiores revestidas de azulejos o de mármol y refrescadas con chorros de agua; también se puede pasar el día en los baños, en medio de ese tibio rumor que acompaña a los vastos recintos cuya cúpula, salpicada de claraboyas, semeja un cielo estrellado. La mayor parte de estos baños son verdaderos monumentos que podrían servir muy bien de mezquitas o de iglesias. La arquitectura es bizantina, y los baños griegos es posible que hayan proporcionado los primeros modelos. Entre las columnas, sobre las que reposa la bóveda circular, hay pequeñas cabinas de mármol, en donde elegantes fuentes son consagradas a las abluciones frías. Uno se puede aislar o mezclarse con la gente, que no tiene el aspecto enfermizo de nuestras reuniones de bañistas, pues en general está formada por hombres sanos y de bella raza, vestidos a la antigua usanza, con un largo paño de lino.

Las siluetas se dibujan vagamente a través de la lechosa bruma que perfora los blancos rayos de luz penetrando a través de la bóveda, y uno creería estar en un paraíso poblado de sombras felices. Sólo el purgatorio le espera a uno en las salas aledañas. Allí están las piletas de agua hirviente en donde el bañista sufre diversos tipos de reconocimiento. Es ahí en donde se precipitan sobre uno esos terribles hombretones, con las manos armadas de guantes de crin, que arrancan de la piel largos rollos moleculares, cuyo espesor asusta y le hace a uno temer que sea usado gradualmente como una vajilla demasiado restañada y aseada. Aunque también se puede sustraer de esas ceremonias y contentarse con el bienestar que procura la atmósfera húmeda de la gran sala de baño. Por un curioso efecto, este calor artificial, desplaza al otro. El fuego terrestre de Ptah combate los ardores demasiado vivos del celeste Horus. ¿Y acaso no habría también que mencionar las delicias del masaje y del encantador reposo que se disfruta sobre esos lechos dispuestos en torno a una galería de balaustradas altas que dominan la sala de entrada a los baños? El café, los sorbetes, el narghilé, interrumpen o preparan para esa ligera somnolencia meridional, tan querida por los pueblos de Levante.

Por lo demás, el viento del sur no sopla continuamente en la época del Jamsín, se interrumpe de pronto durante semanas enteras, y es entonces cuando por fin nos deja literalmente respirar. En ese momento la ciudad retoma su aspecto animado, la muchedumbre se esparce por plazas y jardines; el camino de Shúbrah se llena de paseantes; las musulmanas, veladas van a sentarse sobre las tumbas que se encuentran en la umbría, en donde reposan con mirada ensoñadora durante todo el día, rodeadas de niños alegres, y adonde incluso se hacen

* Las numerosas fuentes utilizadas en el "Voyage en Orient", citadas en el "Carnet" atestiguan que Nerval ha leído mucho durante su estancia en El Cairo: "No he querido, por otra parte, ver cada lugar hasta estar suficientemente documentado por los libros y las memorias" (Carta a su padre, 18 de marzo de 1843) Estuvo inscrito en el Gabinete de lectura de Mme. Bonhomme (ver p. 252) y encontraba igualmente libros en la Societé égyptienne.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

llevar la comida. Las mujeres de Oriente tienen dos grandes medios de escapar a la soledad de los harems: el cementerio, en donde siempre tienen algún ser querido al que llorar, y el baño público, al que la costumbre obliga a los maridos a dejarlas ir al menos una vez por semana.

Este detalle, que ignoraba, ha sido para mí el motivo de algunos quebraderos de cabeza domésticos contra los que debo prevenir al europeo que esté tentado de seguir mi ejemplo. El temor de dejarla un día más entre las mujeres de Abdelkarím había precipitado mi resolución y, diríamos que la primera mirada que lancé sobre ella había sido todopoderosa.

Hay algo de muy seductor en una mujer de un país lejano y singular, que habla una lengua desconocida, cuyas costumbres y hábitos chocan ya de por sí a causa de su rareza, y que nada tienen que ver con los detalles vulgares que la cotidianeidad nos enseña con las mujeres de nuestra patria. Yo he experimentado esta fascinación de tipismo local, la escuchaba balbucear, la veía colocar sus abigarradas ropas. Era como un espléndido pájaro enjaulado que yo poseía; pero ¿cuánto podría durar esta sensación?

Me habían prevenido que si el tratante me engañaba acerca de los méritos de la esclava, existía la posibilidad de devolverla en ocho días y rescindir el contrato. No se me pasó por la imaginación el que un europeo recurriera a una cláusula tan indigna, incluso aunque hubiera sido engañado. A pesar de que descubrí apenado que esta pobre muchacha tenía bajo la cinta roja con la que se ceñía la frente una quemadura grande, casi como un escudo de seis libras a partir del nacimiento del cabello. Se apreciaba en su pecho otra quemadura del mismo tipo, y sobre ambas marcas un tatuaje que representaba como un sol. El mentón también presentaba un tatuaje en forma de punta de lanza, y la nariz, en la aleta izquierda, descubría una perforación para colocarse un anillo. Los cabellos estaban recortados por delante, a partir de las sienes y alrededor de la frente y, salvo la parte quemada, caían hasta las cejas, que una línea negra prolongada servía de unión, según la costumbre. Brazos y pies estaban teñidos de un color naranja. Yo ya sabía que esto era por efecto de la *hennah* que no dejaba marca alguna al cabo de algunos días.

Y ahora... ¿qué hacer? ¿vestir a una mujer oriental a la europea? Eso habría sido lo más ridículo del mundo. Me esforcé en señalarle que había que dejar el cabello cortado en redondo por delante, lo que pareció extrañarle mucho. La quemadura de la frente y del pecho, y que posiblemente fueran costumbres de su país, ya que no se ve nada parecido en Egipto, podían ocultarse con una joya o cualquier otro adorno, así que no había mucho de lo que lamentarse una vez hecho el examen.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

III.01. EL HAREM

III.01.3. Servicio doméstico

La pobre criatura se había dormido mientras la examinaba el cabello con esa solicitud del propietario que se inquieta por lo que han podido hacer los golpes con el preciado bien que acaba de adquirir. Oí a Ibrahim gritarme desde el exterior: Ya sidi! (¡eh, señor!) y después otras palabras que me hicieron comprender que alguien venía a visitarme. Salí de la habitación, y encontré en la galería al juez Yúsef que quería hablarme. Se dio cuenta de que yo no quería que entrase en la habitación, y nos paseamos fumando.

"Me he enterado, me dijo, que le han hecho comprar una esclava; y estoy contrariado.

- ¿Y por qué?
- Porque le habrán engañado o robado mucho. Los dragomanes siempre se entienden con el tratante de esclavos.
- Es muy posible.
- 'Abdallah habrá recibido al menos una bolsa por ello.
- ¿Y qué le voy a hacer?
- Aún no ha llegado usted al final. Cuando tenga que partir va a estar más que harto de esa mujer, y entonces él le ofrecerá comprarla por poca cosa. Eso es lo que habitualmente hace, y por eso no le ha animado a arreglar un matrimonio a la copta, lo que hubiera sido mucho más simple y menos costoso.
- Pero usted sabe muy bien que después de todo, siento bastantes escrúpulos en hacer uno de esos matrimonios que requieren siempre un tipo de consagración religiosa.
- ¿Y cómo no me había comentado antes esto? ¡Le hubiera encontrado una doméstica árabe que se hubiera casado con usted tantas veces como lo hubiera deseado!".

Lo peculiar de esta proposición hizo que me riera a carcajadas; pero cuando se está en El Cairo, se aprende deprisa a no extrañarse de nada. Los detalles que me proporcionó Yúsef me enseñaron que conocía gente bastante miserable como para hacer este tipo de tratos. La facilidad que tienen los orientales de tomar mujer y de divorciarse a su gusto, hacen posible estos arreglos, y sólo la queja de las mujeres podría desvelar estos manejos; pero, es evidente, que no es más que un medio de eludir la severidad del pachá con respecto a las costumbres públicas. Toda mujer que no vive sola o con su familia, debe tener un marido legalmente reconocido, aunque se divorcie a los ocho días, a menos que, como esclava, tenga un amo.

Insistí al judío Yúsef diciéndole que algo así me habría disgustado.

"¡Pero bueno!, me dijo, ¿qué más da?... ¡si sólo son árabes!

- También puede decir esto de los cristianos.
- Es una costumbre, añadió, que han introducido los ingleses; ¡tienen tanto dinero!
- Entonces, ¿eso cuesta mucho?
- Antes era muy costoso; pero ahora es tal la competencia, que está al alcance de todos".

Así que en eso consisten las reformas morales a las se ha llegado aquí. Se deprava a toda una población para evitar un mal mucho menor. Hace diez años, en El Cairo se podían ver bayaderas públicas, al igual que en la India, y cortesanas como en la antigüedad. Los ulemas se quejaron sin éxito durante mucho tiempo, porque el gobierno recogía un impuesto considerable de los servicios que prestaban estas mujeres, que estaban organizadas en una corporación, cuya mayoría residía fuera de la ciudad, en Mataré.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Al final, la gente piadosa de El Cairo ofreció pagar el impuesto en cuestión, y fue entonces cuando se desterró a todas esas mujeres a Esna*, en el Alto Egipto. Hoy en día, esta ciudad de la antigua Tebaida es para los extranjeros que remontan el Nilo, una especie de Capua. Hay Laïas y Aspasias que llevan una gozosa existencia, y que se han enriquecido particularmente a expensas de Inglaterra. Tienen palacios, esclavos y se podrían hacer construir pirámides como la famosa Rodope**, si en estos momentos estuviera de moda el sepultar el cuerpo en una montaña de piedra para probar su gloria; aunque ahora prefieren los diamantes.

Yo me daba cuenta de que el judío Yúsef no cultivaba mi amistad sin algún motivo, y esta incertidumbre me había impedido ya el advertirle sobre mis visitas a los bazares de los esclavos. El extranjero siempre se encuentra en Oriente en la posición del enamorado naïf o en la del hijo de familia bien de las comedias de Molière. Hay que nadar entre el Mascarille y el Sbrigani.***

Para evitar cualquier malentendido, me lamenté de que el precio de la esclava casi había vaciado mis bolsillos. "¡Qué mala suerte!, repuso el judío, me habría gustado que hubieseis participado a medias en un negocio magnífico que, en unos días le habría reportado diez veces su dinero. Nosotros somos varios amigos que compramos toda la cosecha de hojas de morera de los alrededores de El Cairo, y después la vendemos al por menor a los criadores de gusanos al precio que queremos. Pero se necesita un poco de dinero en efectivo; lo que resulta más difícil de conseguir en este país: la tasa legal es del 24%. Por tanto, con razonables especulaciones, el dinero se multiplica. En fin, no se hable más. Le voy a dar únicamente un consejo: usted no sabe árabe. No utilice al dragomán para hablar con su esclava. Él le irá metiendo en la cabeza una serie de malas ideas sin que usted se percate, y cualquier día ella huirá. Eso está más que comprobado".

Estas palabras me dieron en qué pensar. Si velar por una mujer ya es difícil para el marido, ¡qué no será para el amo! Es la postura de Arnolphe* o la de George Dandin*. ¿Qué hacer? El eunuco y la dueña no son nada seguros para un extranjero. Conceder de inmediato la misma libertad que disfrutan las mujeres francesas a una esclava, sería absurdo en un país en el que las mujeres, es bien sabido, no tienen principios contra la más vulgar de las seducciones. ¿Cómo salir solo de casa? ¿y cómo salir con ella en un país en donde la mujer jamás se ha mostrado del brazo de un hombre? ¿Cómo se entiende que yo no hubiera previsto todo esto?

Le pedí al judío que dijera a Mustafá que preparara la cena, ya que yo no podía evidentemente llevar a la esclava al comedor del hotel Domergue. El dragomán se había marchado para esperar la llegada de la diligencia de Suez, ya que no le empleaba el tiempo suficiente como para que no buscara pasear de vez en cuando a algún inglés por la ciudad. Cuando regresó le dije que sólo quería emplearle algunos días, y que no iba a quedarme con todo aquel personal que me rodeaba, y que teniendo una esclava, aprendería muy pronto algunas palabras con ella, con lo que sería suficiente. Como se había considerado más indispensable que nunca, esta declaración le extrañó un poco; pero finalmente se tomó bien la cosa, y me dijo que le podría encontrar en el hotel Waghorn cada vez que le necesitara.

---

* Flaubert que, en su *Voyage en Orient* habla mucho de sus relaciones amorosas, se detuvo evidentemente en Esna, lugar importante dentro de su peregrinación a Egipto.

** Si Laïs y Rodope eran famosas cortesanas de la antigüedad, Aspasia era conocida en Atenas por su belleza, su espíritu y su cultura.

*** Personajes de la comedia de Moliere.

* ***Arnolphe***, también llamado "M. de La Souche" es un personaje de la comedia "L'École des femmes" de Moliere. Arnolphe es un hombre de edad madura que desearía gozar de la felicidad conyugal; pero que siempre anda atormentado por el miedo de ser engañado por una mujer (http://fr.wikipedia.org/wiki/L'%C3%89cole_des_femmes)

* ***George Dandin*** o ***le Mari confondu*** es una comedia-ballet en tres actos de Molière, creada en Versailles el 18 de julio de 1668, después representada ante el público en el Teatro del Palais-Royal el 9 de noviembre del mismo años. Fue vista por vez primera por el rey Luis XIV en Versalles (http://fr.wikipedia.org/wiki/George_Dandin_ou_le_Mari_confondu)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Sin duda esperaba servirme de intérprete con la esclava para que yo pudiera conocerla; pero los celos es algo que se entiende muy bien en Oriente, la reserva es tan natural en todo lo relativo a las mujeres, que ni siquiera hizo comentario alguno.

Entré en la habitación, en la que había dejado a la esclava dormida. Se había despertado y estaba sentada en el alfeizar de la ventana, mirando a derecha e izquierda de la calle a través de las celosías laterales de la *moucharabeyah*. Había dos casas un poco más allá, dos jóvenes con atuendo turco de la reforma, sin duda oficiales de algún personaje, fumaban con indolencia delante de la puerta. Comprendí que por ahí había algún peligro. Buscaba en vano alguna palabra para hacerla comprender que no estaba bien mirar a los militares de la calle, pero no veía cómo con ese universal *tayeb* (muy bien) interjección optimista bien digna de caracterizar el espíritu del pueblo más dulce de la tierra, a todas luces insuficiente en esta situación.

¡Ay, mujeres! Con vosotras todo cambia. Yo era feliz, estaba contento con todo. Decía *tayeb* para cualquier cosa, y Egipto me sonreía. Ahora tengo que buscar palabras, que puede que no existan en la lengua de estos pueblos tan acogedores. Es cierto que había sorprendido a alguna gente del país diciendo una palabra acompañada de un gesto negativo: ¡*Lah*!, levantando la mano de manera indolente a la altura de la frente. Si algo no les agrada, lo cual es raro, te dicen ¡*Lah*! Pero cómo decir con un tono rudo, y al tiempo con una mano lánguida ¡*Lah*! De todos modos, y a falta de algo mejor, es lo que hice. Después llevé a la esclava hasta el diván, y le hice un gesto indicándole que era preferible que se mantuviera allí en lugar de en la ventana. Aparte de esto, le di a entender que no tardaríamos en cenar.

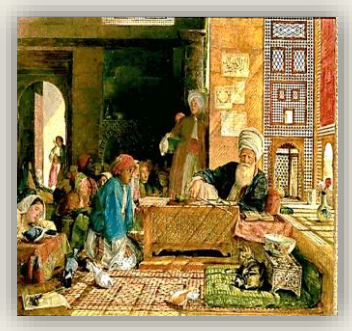
Ahora la cuestión era saber si yo la dejaría desvelarse delante del cocinero, lo que me parecía contrario a las costumbres. Nadie, por el momento, había pretendido verla. El mismo dragomán no había subido conmigo cuando Abdelkarím me mostró a sus mujeres. Quedaba claro que si actuaba de modo diferente al de las gentes del país, sería despreciado.

Cuando la cena estuvo preparada, Mustafá gritó desde abajo: ¡*Sidi*! Salí de la habitación, y me enseñó una olla de barro con arroz con pollo.

¡*Bono. Bono*! le dije, y regresé para que la esclava volviera a colocarse el velo, lo que hizo de inmediato.

Mustafá colocó la mesa, puso encima un mantel de tela verde, después, una vez dispuesta sobre un plato su pirámide de arroz, trajo varias verduras en platitos, y sobre todo, encurtidos en vinagre, así como trozos de gruesas cebollas nadando en una salsa de mostaza. La verdad es que este refrigerio no tenía mal aspecto. Mustafá se retiró enseguida discretamente.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6



I. LAS MUJERES DEL CAIRO

III.01. EL HAREM

III.01.4. Primeras lecciones de árabe

Le hice una señal a la esclava para que cogiera una silla, ya que yo había tenido la debilidad de comprar sillas, pero sacudió la cabeza, y comprendí que mi idea era ridícula por la escasa altura de la mesa. Así que puse unos cojines en el suelo, y me senté, invitándola a hacer lo propio al otro lado; pero no hubo manera. Volvía la cabeza y se llevaba la mano a la boca. "Criatura, le dije, ¿es que me quiere usted hacer morir de hambre?".

Pensé que era preferible hablar, aún en la certeza de no ser entendido, que librarse a una ridícula pantomima. Me respondió con algunas palabras que probablemente significaban que no me comprendía, y a las que yo le replicaba: *Tayeb*. Al menos era un principio de diálogo.

Lord Byron decía por experiencia que el mejor medio de aprender una lengua era vivir solo durante cierto tiempo con una mujer[*]; pero aún habría que añadir algunos libros elementales; de otro modo, sólo se aprenden sustantivos, falta el verbo. Por otra parte es bastante difícil retener las palabras sin escribirlas, y el árabe no se escribe con nuestras letras, o al menos, éstas últimas no dan más que una idea imperfecta de la pronunciación. Y aprender la escritura árabe es algo tan complicado por las elisiones, que el sabio Volney[18] había encontrado más sencillo inventar un alfabeto mixto, cuyo empleo, desgraciadamente no apoyaron otros eruditos.[**] A la ciencia le gustan las dificultades, y jamás tiende a vulgarizar mucho el estudio: si uno pudiera ser autodidacta, ¿qué sería de los profesores?

Después de todo, me dije, esta joven, nacida en Java, puede que profese una religión hindú; y no se alimente más que de frutas y hierbas. Le hice una señal de adoración, pronunciando en tono interrogativo el nombre de Brama; que pareció no comprender. De todos modos, mi pronunciación debía ser muy mala. Aun así, me puse a enumerar todos los nombres que sabía relacionados con esa cosmogonía; era igual que si hablara en francés. Entonces comencé a lamentar haber despedido al dragomán. Me irritaba especialmente con el tratante de esclavos por haberme cedido este hermoso pájaro dorado sin decirme lo que había que darle de comer.

Le ofrecí únicamente pan, y del mejor que se hace en el barrio franco; y me dijo con un tono melancólico: ¡*mafish*! Palabra desconocida cuya expresión me entristeció mucho. Recordé entonces a las pobres bayaderas llevadas a París hace unos años, a las que tuve ocasión de ver en una casa de Los Campos Elíseos. Aquellas hindúes sólo tomaban los alimentos que

---

[*] "Don Juan". II. 164 (GR)

[18] **Constantin-François Chassebœuf de La Giraudais, conde de Volney**, conocido simplemente como **Volney** (Craon, Anjou, 3 de febrero de 1757 – París, 25 de abril de 1820), fue un escritor, filósofo, orientalista y político francés. Fue amigo de Cabanis y de Destutt de Tracy y, en su obra, el heredero del racionalismo de Helvétius y de Condorcet. Después de estudiar derecho y medicina, viajó por el Líbano, Egipto y Siria, viaje que relató en *Viaje por Egipto y Siria* (1788). Poco antes de ese viaje, adoptó el seudónimo de Volney, forma contraída de Voltaire y Ferney. En los albores de la Revolución Francesa, es representante por el Tercer Estado en los Estados Generales de 1789 (rechazando sentarse en las filas de la nobleza), y fue secretario de la Asamblea Nacional Constituyente en 1790. Es autor de *Ruinas o Meditaciones sobre las revoluciones de los imperios* (1791), su obra más famosa, en la que proclama un ateísmo tolerante, la libertad y la igualdad. Napoleón le otorgó el título de conde, y durante el reinado de Luis XVIII fue senador y miembro de la Cámara de los Pares, aunque siguió defendiendo ideas liberales. Entre sus obras destacan una *Cronología de Heródoto* (1781), *Nuevas investigaciones sobre historia antigua* (1814) y diversos trabajos sobre el hebreo (http://es.wikipedia.org/wiki/Conde_de_Volney)

[**] VOLNEY, "L'Alfabet européen appliqué aux langues asiatiques (1819)". Su "Voyage en Egypte et en Syrie pendant les années 83-85" (1787) fue muy leido en el s. XIX y era conocido por Nerval.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

preparaban ellas mismas en vasijas nuevas. Ese recuerdo me tranquilizó un poco, y me resolví a salir, después de comer, con la esclava para aclarar este punto.

La desconfianza que me había inspirado el judío hacia mi dragomán había surtido como efecto secundario el que me pusiera en guardia también contra él; lo que me había conducido a esta incómoda situación. Se trataba de encontrar un intérprete de confianza, para por lo menos saber algo sobre mi adquisición. Se me ocurrió por un instante que el Sr. Jean, el mameluco, hombre de una edad respetable. Pero, ¿cómo iba a llevar a esta mujer a un cabaret? Pero tampoco podía dejarla en la casa sola con el cocinero y el doméstico para ir a buscar al Sr. Jean. E incluso si enviaba afuera a esos dos sirvientes rocambolescos ¿era prudente dejar a una esclava sola en un recinto encerrado con un cerrojo de madera?

Un ruido de esquilillas resonó en la calle. Vi a través de la celosía a un cabrero con una *disdasah* azul que llevaba algunas cabras hacia el barrio franco. Se lo mostré a la esclava, que me dijo sonriendo ¡*áiua*! Lo que interpreté como un sí.

Llamé al cabrero, un muchacho de quince años, de tez oscura, ojos enormes, nariz prominente y labios carnosos, como los de las esfinges. Un tipo egipcio de la más pura raza. Entró en el patio con sus animales, y se puso a ordeñar a una de las cabras en una jarra de cerámica nueva que le mostré a la esclava antes de dársela. A lo que me obsequió con un nuevo ¡*áiua*!, y miró desde lo alto de la galería, aunque velada, el quehacer del cabrero.

Hasta aquí, todo sencillo, como el idilio, y encontré de lo más natural que le dirigiera estas dos palabras: *¡talé búkra!*, pues comprendí que le pedía que volviera mañana. Cuando el cabrero llenó todo el jarro, me miró con un aire más bien salvaje, gritándome: *¡at fulús!* Yo ya había frecuentado bastante a los que alquilaban burros como para entender lo que aquello significaba: "Dame dinero". Cuando hube pagado, gritó de nuevo *¡bajchís!*, otra de las expresiones favoritas del egipcio, que reclama una propina por cualquier motivo. Le respondí *¡taále búkra!* Como había oído a la esclava; y con esto se alejó satisfecho. Así es como se aprenden las lenguas, poco a poco.

La esclava se contentó con beber la leche sin querer mojar pan. No obstante, el que se tomara ese ligero refrigerio me tranquilizó un poco, ya que me estaba temiendo que no fuera a pertenecer a esa raza javanesa que se alimenta de una especie de tierra grasa, alimento que, es muy posible, no habría podido procurarme en El Cairo. Después mandé a buscar los burros y le indiqué a la esclava que cogiera su manto *milayeh.* Lanzó una ojeada despectiva al tejido de algodón cuadriculado, lo que más se llevaba en El Cairo, y me dijo: *¡Ana áuss habbarah!*[*]

¡Qué rápido se aprende! Entendí al momento que ella esperaba vestirse de sedas en lugar de algodón; con la ropa de las grandes damas, en lugar de la de las simples burguesas. Le contesté con un vigoroso *¡Laa! ¡Laa!*, acompañado de una sacudida de mano y moviendo la cabeza a la manera de los egipcios.

[*] "Yo me cubro con una *habbarah*" (GR) – "Yo quiero una *habbarah*" (EDL)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

III.01. EL HAREM

III.01.05. La amable intérprete

A mí no me apetecía ir a comprar una *habbaráh*, ni tan siquiera dar un simple paseo; pero de pronto, se me ocurrió que apuntándome al gabinete de lectura francesa, la amable Mme. Bonhomme se prestaría a servirme de intérprete para una primera explicación con mi joven cautiva. Yo sólo había visto a Mme. Bonhomme en la famosa representación de amateurs que había inaugurado la temporada en el Teatro de El Cairo, pero el vaudeville que había interpretado me la mostraba como una excelente y educada persona. El teatro tiene esa peculiaridad, que nos hace creer que conocemos perfectamente a una desconocida. De ahí, las grandes pasiones que inspiran las actrices sin que nos demos cuenta de que sólo las hemos visto de lejos*.

Si la actriz tiene ese privilegio de mostrar a todos un ideal que la imaginación de cada cual interpreta y entiende a su gusto, ¿por qué no reconocer en una bonita, incluso virtuosa intermediaria esa función, en general acogedora, y por así decirlo de iniciación, que proporciona al extranjero unas relaciones útiles y llenas de encanto?.

De todos es conocido hasta qué punto el bueno de Yorick, desconocido, inquieto, perdido en el gran tumulto de la vida parisina, estuvo encantado de encontrar acogida en la casa de una amable y complaciente tafiletera**; y cuánto más un encuentro de esta guisa es aún de mayor utilidad en una ciudad de Oriente.

Mme. Bonhomme aceptó con toda la amabilidad y paciencia posibles el papel de intérprete entre la esclava y yo. Había mucha gente en la sala de lectura, así que nos hizo pasar a un almacén de artículos de perfumería y otros objetos, que estaba junto a la biblioteca. En el barrio franco todos los comerciantes venden de todo. Y mientras la esclava extrañada examinaba con embeleso las maravillas del lujo europeo, yo explicaba mi problema a Mme. Bonhomme, que también tenía una esclava negra a la que de vez en cuando yo veía que le daba órdenes en árabe.

Le interesó lo que le conté, y le rogué que preguntara a la esclava si estaba contenta de pertenecerme. "*Aioua"* respondió ella. A esta respuesta afirmativa, añadió que aún estaría más contenta si la vistiera como a una europea. Esta pretensión hizo sonreír a Mme. Bonhomme, que fue a buscar un gorrito de tul y encajes y lo ajustó sobre su cabeza. Tengo que reconocer que aquello no le sentaba muy bien. La blancura del sombrero le daba un aire enfermizo. "Pequeña, le dijo Mme. Bonhomme, estás mejor tal y como eres. El tarbúsh te sienta mucho mejor". Y como la esclava renunciaba al gorrillo muy apenada, fue a buscarla un *taktikos* de mujer griega festoneado de oro que le quedaba mucho mejor. Comprobé que en estos teje-manejes había una ligera intención de fomentar la venta, pero el precio era moderado, a pesar de la exquisita delicadeza del trabajo.

Aprovechando esa doble condescendencia, hice que me contaran con detalle las aventuras de esta pobre muchacha. Se parecía a todas las historias de esclavas, a la Andrienne de Terencio, a la Señorita Aïssé*...

---

* Lugar común nervaliano: ver "Sylvie" (cap. I) "Corilla" y la introducción de "Filles du feu"

** STERNE, "Voyage sentimental: Paris: le pouls, le mari; les gants" (GR)

* Circasiana comprada por el Conde de Ferriol, embajador de Francia en Constantinopla. Mlle. Aïssé (1693-1733) fue llevada a París y brilló en los salones de la Regencia. Sus cartas a su confidente han sido publicadas después, una veintena de veces desde 1787 (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Desde luego que no iba a presumir de obtener la verdad por completo. Nacida de padres nobles fue presa de pequeña en alta mar, algo impensable hoy en día en el Mediterráneo, pero muy probable en los mares del sur... Y por otra parte, ¿de dónde habría venido? No se podía dudar de su origen malasio: Los ciudadanos del Imperio Otomano no pueden ser vendidos bajo ningún concepto. Todo lo que no sea blanco o negro, es decir esclavos, no puede ser sino de la Abisinia o del archipiélago indio.

Había sido vendida a un séij muy viejo del territorio de La Meca. Muerto el séij, los mercaderes de la caravana la habían traído y puesto a la venta en El Cairo.

Todo era bastante normal, y me sentí feliz, en efecto, de creer que antes que yo no la había poseído más que aquel venerable séij amojamado por la edad. "Tiene dieciocho años, me dijo Mme. Bonhomme, pero es muy fuerte, y usted habría pagado más caro si no fuera de una raza que raramente se ve por aquí. Los turcos son gente de hábitos fijos, necesitan abisinias o negras. Puede estar seguro que la han paseado de ciudad en ciudad sin poder deshacerse de ella."

- ¡Excelente! dije, eso quiere decir que la suerte hizo que yo pasara por allí. Me fue reservado el influir en su buena o mala fortuna".

Esta forma de ver las cosas, en relación con el fatalismo oriental fue transmitida a la esclava y me valió su asentimiento.

Hice que le preguntaran por qué no había querido comer por la mañana y si era de religión hinduista. "No, es musulmana, me dijo Mme. Bonhomme después de hablar con ella. No ha comido hoy porque es día de ayuno hasta la puesta del sol".

Sentí que no perteneciera al culto brahmánico por el que siempre tuve una cierta debilidad, así como sobre su idioma, pues se expresaba en el árabe más puro, y de su lengua primitiva no había conservado más que el recuerdo de algunas canciones o *pantouns* que me prometí hacerle cantar.

"Ahora, me dijo Mme. Bonhomme, ¿cómo hará usted para hablar con ella?

- Señora, le dije, yo conozco una palabra para mostrar conformidad con todo. Indíqueme solamente otra que exprese lo contrario. Mi inteligencia suplirá el resto hasta que pueda instruirme mejor.
- ¿Ya está usted en la fase del rechazo? Me dijo.
- Tengo experiencia, respondí, hay que preverlo todo.
- Ahí va esa terrible palabra, me dijo en voz baja Mme. Bonhomme: "¡*ma fish*!" esto comprende todas las negaciones posibles.
- Entonces recordé que la esclava ya la había pronunciado conmigo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

III.01. EL HAREM

III.01.06. La isla de Roda[19]

No era esa una oferta como para dejarla pasar, los cónsules gozan de una serie de privilegios y de facilidades enormes para poder visitar todo cómodamente. Además, tenía la ventaja en este paseo de poder disponer de un coche europeo, cosa rara en Levante.

Un coche en El Cairo era un lujo y casi más bien un adorno, dado que es imposible servirse de él para circular por la ciudad. Solo los soberanos y sus representantes tendrían el derecho de aplastar a hombres y perros por las calles, siempre que su estrechura y tortuoso trazado se lo hubieran permitido. Pero hasta el propio Pachá está obligado a circular pegado a las puertas, y no puede utilizar el coche más que para que lo trasladen a sus diversas casas de campo. Así que nada resulta tan curioso como ver un "coupé" o el último grito de París o de Londres en calesas conducido por un chófer con turbante; un látigo en una mano y su larga pipa de cerezo en la otra.

Así que un día recibí la visita de un ujier del consulado, que golpeó a mi puerta con su gruesa caña de empuñadura de plata lo que me hizo más honorable a los ojos de los vecinos del barrio. Me comunicó que se me esperaba en el Consulado para la excursión convenida. Teníamos que salir al día siguiente al despuntar el alba, pero lo que el cónsul ignoraba era que desde su invitación mi residencia de soltero se había convertido en un hogar, y yo me comencé a preguntar qué podría hacer con mi amable compañía durante un día entero de ausencia. Llevarla conmigo habría sido cometer una indiscreción. Dejarla a solas con el cocinero y el portero era ir contra la más mínima de las prudencias. Todo esto me estaba contrariando muchísimo. En fin, comencé a pensar que o bien me resolvía a comprar eunucos, o a confiársela a alguien. La hice montar sobre un burro, y nos detuvimos enseguida ante la tienda de M. Jean. Pregunté al viejo mameluco si no conocía alguna familia honesta a la que pudiera confiar a la esclava por un día. M. Jean, hombre de recursos, me indicó la dirección de un viejo copto, llamado Mansúr, que habiendo servido durante muchos años en el ejército francés, era digno de total confianza.

Mansúr había sido mameluco al igual que M. Jean, pero de los mamelucos del ejército francés. Estos últimos, como me explicó, se componían principalmente de coptos que, tras la retirada de la expedición de Egipto, habían seguido a nuestros soldados. Pero el pobre Mansúr, como muchos de sus camaradas, fue arrojado al agua por el populacho al llegar a Marsella, a causa de haber apoyado al partido del emperador al regreso de los Borbones. Aunque, como un auténtico hijo del Nilo, consiguió salvarse a nado y ganar otro punto de la costa.

Nos fuimos a casa de aquel buen hombre, que vivía con su mujer en una casa espaciosa pero medio en ruinas. Los techos se venían abajo con grave amenaza para las cabezas de sus ocupantes. La marquetería desencajada de las ventanas se abría por todas partes como una cortina desgarrada. Restos de muebles y de harapos cubrían la antigua morada, en donde el

[19] **Isla de Roda** es una isla situada a orillas del Río Nilo en el centro de El Cairo. El Distrito de El-Manial, el Museo del Palacio Al-Manyal y sus jardines se encuentran en la isla. Está al oeste del histórico Cairo Antiguo, a lo largo de un pequeño brazo del Nilo Occidental. La isla tiene uno de los más antiguos edificios islámicos en Egipto, el Nilómetro ubicado en su extremo sur. http://es.wikipedia.org/wiki/Isla_Roda (08-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

polvo y el sol causaban una impresión tan melancólica como la que pueden producir la lluvia y el barro penetrantes en los más pobres reductos de nuestras ciudades. Se me encogió el corazón al pensar que la mayor parte de la población de El Cairo habitaba de ese modo en casas que hasta las ratas habían abandonado como poco seguras. Ni por un instante se me pasó la idea de dejar allí a la esclava, pero rogué al viejo copto y a su mujer que vinieran a mi casa. Les prometí tomarles a mi servicio; despediría a uno de mis sirvientes actuales. Por lo demás, una piastra y media, o cuarenta céntimos por cabeza y día, tampoco eran una gran prodigalidad.

Una vez asegurada mi tranquilidad oponiendo, como los hábiles tiranos, una nación fiel a dos dudosos pueblos que habían podido aliarse en mi contra, no vi ninguna dificultad para irme a casa del cónsul. Su coche estaba esperando a la puerta, atiborrado de viandas, con dos genízaros (guardias de a caballo) para acompañarnos. Venía con nosotros, además del secretario de la legación diplomática, un personaje de severo aspecto vestido a la oriental, llamado séij Abud Jáled, que el cónsul había invitado para que nos ilustrara con sus explicaciones. Hablaba italiano con fluidez y pasaba por ser un poeta de los más elegantes e instruidos en literatura árabe.

"Es, me dijo el cónsul, un hombre anclado en el pasado. La reforma[*] le resulta odiosa, a pesar de que es difícil encontrar un espíritu más tolerante que el suyo. Pertenece a esa generación de filósofos árabes, podría decirse que volterianos, que en particular en Egipto, no fue hostil a la dominación francesa".

Le pregunté al séij si además de él había otros muchos poetas en El Cairo. "¡Qué le vamos a hacer!, repuso, ya no vivimos en aquellos tiempos en los que por un hermoso poema el soberano ordenaba llenar de cequíes la boca del poeta, tantos como pudiera contener. Hoy en día somos bocas inútiles. ¿Para qué serviría la poesía sino para entretener al populacho de las calles?

- Y ¿por qué – dije – no podría ser el mismo pueblo un soberano generoso?
- Es demasiado pobre, respondió el séij, y además su ignorancia es tal, que sólo aprecia los romances esbozados sin arte y sin preocuparse por la pureza del estilo. Basta con entretener a los parroquianos de un café con aventuras sangrientas o espeluznantes. Después, en el punto más interesante, el narrador se detiene y dice que no continuará la historia si no se le da cierta suma de dinero; pero deja el desenlace para el día siguiente, y así puede continuar durante semanas.
- ¡Pero hombre! Le repuse, si es lo mismo que nos pasa a nosotros.
- Los ilustres poemas de 'Antar y Abu Zeyd[*], prosiguió el séij ya no los quiere escuchar nadie, más que en las festividades religiosas, y eso por la fuerza de la costumbre. Y ni siquiera estoy seguro de que muchos de los que escuchan comprendan su belleza. La gente de nuestro tiempo apenas sabe leer. ¿Quién podría creer que los sabios más prestigiosos, de los que dominan hoy el árabe clásico, son en la actualidad los franceses?
- Se refiere al doctor Perron[**] y al Sr. Fresuel, el cónsul de Jeddah. Pero añadí, volviéndome hacia el séij, muchos de sus santos ulemas de blanca barba ¿no se pasan todo el

---

[*] Se trata de la tentativa de reforma del sultán Mahmoud II (1785-1839) de importar a los países turcos las ideas, costumbres e instituciones de la Europa occidental.

[*] Ántar, poeta guerrero (principios del s. VI dC) se convirtió en un héroe legendario, y fue celebrado en el romance de Ántar. Abou-Zeyd es el héroe de un ciclo de romances que narran las aventuras heróicas de los Beni-Hilál que, expulsados de Arabia por los Fatimíes, invadieron África del Norte en el s. XI.

[**] El Dr. Perron, médico y orientalista (1798-1876) dirigió la escuela de medicina de El Cairo con Clot- bey después fue inspector de las escuelas en Argelia. Autor de numerosos estudios sobre Oriente, en particular dos artículos sobre la reina de Saba, que Nerval, cree Ritcher, debió conocer. Ver las cartas a su padre del 14 de febrero, 18 de marzo, abril y 2 de mayo de 1843. Tras su estancia en Egipto, el orientalista Fulgence Fresnel (1795-1855) fue cónsul en Jeddah, puerto de La Meca. Además, fue el primero que descifró las inscripciones himyaríes (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

tiempo en las bibliotecas de las mezquitas?

- ¿Acaso es sabiduría, dijo el séij, pasarse toda la vida, fumando un narguile y leyendo un pequeño número de los mismos libros con el pretexto de que no hay nada más hermoso y que la doctrina es superior a todas las cosas?. Más vale que renunciemos a nuestro glorioso pasado y abramos nuestros espíritus a la ciencia de los francos...a pesar de que ellos lo han aprendido todo de nosotros!".

Habíamos dejado la parte vieja de la ciudad; a la derecha el Bulac y las graciosas villas que lo rodean, y seguimos por una avenida amplia y umbrosa, trazada en medio de los cultivos, perteneciente a Ibrahim[***]. El virrey que hizo plantar palmeras datileras, moreras e higueras del faraón en lo que fuera un páramo estéril en otros tiempos, y que hoy día se ha convertido en un hermoso jardín. Grandes edificios, usados como almacenes, ocupan el centro de estos cultivos a poca distancia del Nilo. Una vez que los hubimos dejado atrás, y torciendo a la derecha, nos encontramos ante una arquería por la que se desciende al río para dirigirse a la isla de Roda[****].

El brazo del Nilo se asemeja en este lugar a un riachuelo que discurre entre quioscos y jardines. Frondosos cañaverales bordean el río, y la tradición señala este punto como el lugar en el que la hija del faraón encontró la cesta de Moisés.

Volviendo hacia el sur, se divisa a la derecha, el puerto del viejo Cairo; a la izquierda, los edificios del *mekkias* o nilómetro[*], mezclados con los minaretes y las cúpulas, que forman la punta de la isla.

Nilómetro de la isla de Rodah. Litografía de David Roberts.

Esta parte de la isla no es tan sólo una deliciosa residencia principesca, también se ha convertido, gracias a los cuidados de Ibrahim, en el Jardín Botánico de El Cairo. Se diría que funciona justo al contrario que el nuestro. En lugar de concentrar el calor con los invernaderos, había que crear aquí las lluvias, el frío y la humedad artificiales para conservar las plantas de nuestra Europa. El hecho es que, de todos nuestros árboles, hasta ahora sólo se ha podido mantener un pobre y escuálido roble, que ni siquiera da bellotas. Ibrahim ha sido más afortunado en el cultivo de plantas de la India.

Es una vegetación totalmente distinta a la de Egipto, y que se muestra friolera, incluso en esta latitud. Nos paseamos encantados bajo la sombra de los tamarindos y baobabs; cocoteros de hojas lanceoladas sacudían aquí y allá su recortado follaje como el helecho, pero a través de millares de plantas extrañas, se distinguen graciosos senderos de bambú, formando caminos, al igual que nuestros álamos. Un riachuelo serpentea entre las hierbas, en donde pavos reales y flamencos rosas brillan en medio de una multitud de pájaros diversos. De vez en cuando, reposamos a la sombra de una especie de sauce llorón, cuyo tronco erguido, derecho como un mástil, esparcía alrededor capas de un espeso follaje. Parecía que estuviéramos en una carpa de seda verde inundada de una dulce luz.

[***] Ibrahim-Pacha (1789-1848) hijo de Mehemet-Aly, virrey de Egipto.

[****] Algo más lejos de aquel lugar era donde el califa Hakem tenía su palacio. Otra descripción de los jardines de Roddah puede encontrarse en una carta a Gautier (2 de mayo de 1843) para sugerirle un decorado para una ópera.

[*] Columna que servía para medir las crecidas del Nilo. El *mekkias*, en árabe, significa "la medida".

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Partimos no sin cierta nostalgia, de este mágico horizonte, de su frescor, de los perfumes penetrantes de esa otra parte del mundo, adonde parecía que nos hubiésemos transportado milagrosamente; pero, al ir hacia el norte de la isla, no tardamos en encontrar toda una naturaleza diferente, sin duda destinada a completar la gama de las variedades tropicales. En medio de un bosque formado por esos árboles de flores que parecen racimos gigantescos; por estrechos caminos, ocultos por bóvedas de lianas, se llega a una especie de laberinto que gravita entre falsas rocas sobre las que se eleva un belvedere. Entre las piedras, al borde de los senderos, sobre nuestras cabezas y a los pies, se tuercen, enlazan, erizan y reptan los reptiles más extraños del mundo vegetal. Es inquietante meter el pie en estos montones de serpientes e hidras adormecidas entre esta vegetación casi viviente que, en algunos casos, asemejan miembros humanos y recuerdan la monstruosa conformación de los dioses-pólipos de La India.

pyramidales.over-blog.com

Llegado a la cima, me admiré al percibir en todo su desarrollo; bajo Gizeh, en la parte que bordea el otro lado del río, las tres pirámides recortadas en el azul del cielo. Nunca las había visto tan bien, y la transparencia del aire permitía, a pesar de la distancia, distinguir todos los detalles.

No comparto la opinión de Voltaire, que pretende que las pirámides de Egipto están lejos de valer tanto como sus asadores de pollos. No me dejaba indiferente tampoco el ser contemplado por cuarenta siglos. Pero es, desde el punto de vista de los recuerdos de El Cairo y de las ideas árabes, que tal espectáculo me interesaba en ese momento, y no paraba de preguntar al séij, nuestro compañero, lo que pensaba de los cuatro mil años atribuidos a estos monumentos por la ciencia europea.

El anciano tomo asiento en el diván de madera del kiosco, y nos dijo*:

"Algunos autores piensan que las pirámides fueron construidas por el rey preadamita Gian-ben-Gian;** pero, si creemos en una tradición nuestra muy extendida, trescientos años antes del diluvio existió un rey llamado Saurid, hijo de Salahoc, que una noche soñó que toda la tierra desaparecía, los hombres caían ante sus ojos y las casas se derrumbaban encima de los hombres; los astros chocaban en el cielo y sus restos cubrían el suelo hasta una gran altura. El rey se despertó espantado, entró en el templo del sol, y allí permaneció durante mucho tiempo enjugándose las mejillas y llorando. Inmediatamente convocó a los sabios y a los adivinos.

El sacerdote Akliman, el más sabio de entre ellos, le confesó que él también había soñado algo parecido. "Soñé, dijo, que estaba con vos sobre una montaña, y que veía el cielo descender hasta tal punto que casi nos rozaba la cabeza, y que el pueblo corría hacia vos en busca de refugio; y que entonces elevasteis las manos e intentasteis detener al cielo para impedir que se cayera totalmente, y que yo, al veros hacer esto, hice también lo mismo. En ese momento salió una voz del sol que nos dijo: "El cielo volverá a su lugar cuando hayan transcurrido trescientos días". Tras haber hablado el sacerdote, el rey Saurid hizo medir la distancia de los astros y buscar qué tipo de catástrofe anunciaban. Se calculó que primero habría un gran diluvio y más tarde sobrevendría una lluvia de fuego. Entonces el rey hizo

---

* Como es frecuente, Nerval pone en boca de un intermediario una información tomada textualmente de una de sus fuentes. Aquí es la que pertenece a la obra traducida por P. Vattier, "L'Egypte de Murtadi, fils de Graphiphe" (1666). Ver J. Richter, "Nerval et les doctrines ésotériques".

** *"Es imposible comprender los relatos o poemas de Oriente sin persuadirse que antes de Adán existieron una serie de pueblos singulares cuyo último rey fue Gian-ben-Gian. Adán representa para los orientales, una simple raza nueva..."* (Variante, Pléiade, p. 1377). *Según Herbelot* (citado por J. Richer*), Gian-ben-Gian es el nombre de un "monarca de los genios o de los gigantes" que gobernaron el mundo durante dos mil años, tras los cuales, Eblis fue enviado por Dios para atraparlos y confinarlos en la parte del mundo más atrasada, a causa de su rebelión"*. Sobre los preadamitas, ver n. 26* y 117*.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

construir las pirámides de esta forma angular, apropiada para incluso soportar el choque de los astros, y colocar estas piedras enormes, unidas por pivotes de hierro y talladas con tal precisión, que ni el fuego del cielo, ni el diluvio podrían penetrarlas. Allí se deberían refugiar el rey y los grandes del reino, con los libros y descripciones científicas, los talismanes y todo lo más importante que hubiera de conservarse para el futuro de la raza humana".

Escuché esta leyenda con suma atención y dije al cónsul que me parecía mucho más convincente que la suposición aceptada en Europa, que estas monstruosas construcciones hubieran sido únicamente tumbas.

"Pero, dígame, ¿cómo habría podido respirar la gente que se refugió allí?

- Aún se pueden ver –dijo el séij, pozos y canales que se pierden bajo la tierra. Algunos comunican con las aguas del Nilo, otros corresponden a vastas grutas subterráneas. Las aguas entran por estrechos conductos, para desembocar más lejos, formando inmensas cataratas, removiendo el aire continuamente con un ruido espantosos".

El cónsul, hombre práctico, acogía estas tradiciones con una sonrisa. Había aprovechado de nuestra parada en el kiosco para que dispusieran sobre la mesa las provisiones que había llevado en su coche, y los "bostangis" de Ibrahim-Pacha vinieron a ofrecernos entre otras cosas, flores y frutos raros, muy apropiados para completar nuestras sensaciones asiáticas.

En África, se sueña con la India, igual que en Europa se sueña con África. El ideal brilla siempre más allá de nuestro horizonte actual. Para mí, que seguía preguntando con avidez a nuestro buen séij, y le hacía contar todas las historias fabulosas de sus padres, yo creía con él en el rey Saurid más firmemente que en el Keops de los griegos, en su Kefrén y en su Micerinos.

"¿Y qué se ha encontrado, le dije, en las pirámides cuando se las abrió por primera vez bajo los sultanes árabes?

- Se encontraron, dijo, las estatuas y talismanes que el rey Saurid había dejado para la salvaguarda de cada uno. El guardián de la pirámide oriental era un ídolo de nácar, negro y blanco, sentado sobre un trono de oro, y que sostenía una lanza a la que no se podía mirar sin morir. El espíritu que habitaba este ídolo era una mujer bella y risueña, que aún se aparece en nuestros tiempos y hace perder el espíritu a quienes se la encuentran. El guardián de la pirámide occidental era un ídolo de piedra roja, también armado con una lanza, y con una serpiente enroscada en la cabeza. El espíritu que le servía tenía la forma de un viejo nubio, que cargaba con un cesto en la cabeza, y un incensario en las manos. En cuanto a la tercera pirámide, tenía como guardián un pequeño ídolo de basalto, con el zócalo del mismo material, que atraía a cuantos le miraban, sin que pudieran apartarse de él. El espíritu aparecía aún bajo la forma de un joven imberbe y desnudo. Respecto a las otras pirámides de Saqqarah, también tenían un espectro cada una: uno de ellos, es un viejecillo curtido y negruzco, con la barba corta; el otro, es una joven negra, con un niño negro que cuando se la mira muestra unos dientes largos y blancos y de ojos también blancos; otro, aparece con una cabeza de león con cuernos; otro, parece un pastor vestido de negro, llevando un bastón. En fin, aún hay otro que aparece bajo el aspecto de un sacerdote saliendo del mar y que se mira en sus aguas. Es peligroso encontrarse con estos fantasmas a la hora del mediodía.

- De forma que, dije, ¿A Oriente se le aparecen sus espectros al mediodía igual que a nosotros se nos muestran a la medianoche?

- Es que, en efecto, observó el cónsul, todo el mundo debe dormir al mediodía en estas latitudes, y este buen séij nos relata cuentos apropiados para atraer al sueño.

- Pero, exclamé, todo esto es tan extraordinario como tantas y tantas cosas naturales que nos resulta imposible explicar. Si creemos en la creación, en los ángeles, en el diluvio, sin poder dudar del movimiento de los astros, ¿por qué no podríamos admitir que estos astros están unidos a espíritus, y que los primeros hombres podían ponerse en contacto con ellos a través del culto y de los monumentos?

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Ese era en efecto el objetivo de la magia primitiva, dijo el séij, esos talismanes y esas figuras no poseían fuerza hasta su consagración a cada uno de los planetas y de los signos combinados con su cenit y su ocaso. El príncipe de los sacerdotes se llamaba Kater, es decir, maestro de las influencias. Bajo él, cada sacerdote debía servir a un único astro, como Pharouïs (Saturno), Rhaouïs (Júpiter) y otros.

"De este modo todas las mañanas el Kater decía a un sacerdote: ¿Dónde está en este momento el astro al que sirves?" Y respondía: "Está en tal o cual signo, tal grado y tal minuto", y tras un cálculo meditado, se le escribía lo que se debía hacer en ese día teniendo en cuenta esta lectura astral. La primera pirámide había sido reservada a los príncipes y a su familia; la segunda, debía encerrar a los ídolos de los astros y de los tabernáculos de los cuerpos celestes, así como a los libros de astrología, historia y ciencias. Allí mismo debían encontrar refugio los sacerdotes. La tercera, sólo estaba destinada a la conservación de los sarcófagos de los reyes y sacerdotes, y como se vio muy pronto que era insuficiente, se ordenó construir las pirámides de Sakkarah y de Dashur. El objetivo de la solidez empleada en las construcciones era impedir la destrucción de los cuerpos embalsamados que, según las creencias de aquella época, debían renacer al cabo de un cierto número de órbitas de los astros, cuyo momento no se precisa.

- Aun admitiendo este supuesto, dijo el cónsul, habrá momias que se extrañarán bastante al despertar un día bajo una vitrina del museo en el gabinete de curiosidades de algún inglés.
- En el fondo, señalé, las momias son como auténticas crisálidas humanas, cuya mariposa no ha salido todavía. ¿Quién nos dice que no eclosionarán algún día? Siempre he visto como una impiedad el desnudar y diseccionar las momias de estos pobres egipcios. ¿Cómo puede ser que esa fe consoladora e invencible de tantas generaciones acumuladas no ha podido desarmar la estúpida curiosidad europea? Respetamos a los muertos de ayer, ¿pero es que los muertos tienen una edad?
- Eran infieles, dijo el séij.
- Pero si en esa época todavía no había venido al mundo ni Mahoma ni Jesús. Discutimos sobre ese punto durante algún tiempo y me extrañaba ver a un musulmán imitar la intolerancia católica. ¿Por qué los hijos de Israel maldecirían al antiguo Egipto, que no redujo a la esclavitud más que a la raza de Isaac? En realidad, y a pesar de todo, en general los musulmanes respetan las tumbas y los monumentos sagrados de diversos pueblos, y sólo la esperanza de encontrar inmensos tesoros llevó a un califa a abrir las inmensas pirámides. Las crónicas cuentan que en la llamada sala del rey se encontró una estatua de un hombre en piedra negra y una estatua de mujer de piedra blanca de pie sobre un altar, una cruz con una lanza, y la otra con un arco. En medio de la losa había un vaso herméticamente cerrado que, cuando fue abierto, se encontró que estaba lleno de sangre aún fresca. También había un gallo de oro rojo con esmaltes de jacintos que cacareó y batió las alas cuando entraron en el recinto. Todo esto suena un poco a "Las mil y una noches"; pero ¿qué nos impide creer que estas cámaras no contuvieran talismanes y figuras cabalísticas? Lo único que es cierto es que hasta hoy no se han encontrado más huesos que los de un buey. El pretendido sarcófago de la cámara del rey era sin duda una cubeta para el agua lustral. Además, ¿no es realmente absurdo, como ha señalado Volney, suponer que se hayan acumulado tantas piedras para alojar a un cadáver de cinco pies?

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

Palacio de Ibrahim Pacha

III.01. EL HARÉN

III.01.07. El harén del virrey

Muy pronto emprendimos de nuevo nuestro paseo y fuimos a visitar un hermoso palacio[20] adornado de rocallas, en donde las mujeres del virrey vienen a alojarse algunas veces durante el verano.

Parterres arreglados al estilo turco, representando los dibujos de un tapiz, rodeaban esta residencia a la que se nos permitió el acceso sin mayores dificultades. No había pájaros en la jaula, y en las salas, los únicos seres vivientes que se podían observar eran los relojes de péndola, que cada cuarto de hora lo anunciaban con una breve sonata tomada de las óperas francesas.

La distribución de un harén es igual en todos los palacios turcos, y yo había visto ya un buen número. Siempre hay pequeños gabinetes rodeando grandes salas de reunión con divanes por todas partes, y como únicos muebles, pequeñas mesillas de madera taraceada de nácar; receptáculos recortados en la carpintería, en forma de ojiva, aquí y allá, y que servían para guardar los narguiles, los floreros y las tazas de café. Tres o cuatro habitaciones tan solo, decoradas a la europea, mostraban unos cuantos muebles de pacotilla que harían el orgullo de la vivienda de una portera; pero se trata de los sacrificios al progreso, o de los caprichos de una favorita, y además, ninguno de aquellos trastos tenía utilidad alguna.

Pero lo que en general se echa de menos en los harenes más importantes son las camas.

"¿Dónde se acuestan entonces, le dije al séij, las mujeres y sus esclavas?

- Sobre los divanes.
- ¿Y no tienen cobertores?
- Duermen vestidas. De todas formas hay cobertores de lana o de seda para el invierno.
- No veo cuál es el lugar del marido en todo esto.
- ¡Pero hombre!, el marido duerme en su habitación, las mujeres en las suyas, y las esclavas (odaleuk) sobre los divanes de las grandes salas. Si los divanes y los cojines no son cómodos para dormir se colocan colchones en medio de la habitación y se duerme ahí.
- ¿Totalmente vestidas?
- Siempre, aunque eso sí, conservando tan solo la ropa más sencilla: el pantalón, una camisola, una túnica. La Ley (islámica) prohíbe a los hombres, al igual que a las mujeres, desnudarse los unos ante los otros del cuello para abajo. El privilegio del marido es el de ver libremente la cara de sus esposas, porque si la curiosidad le llevara más lejos, sus ojos serían malditos.
- Entonces comprendo, dije, que el marido no quiera pasar la noche en una habitación repleta de mujeres vestidas y que, por tanto, prefiera dormir en la suya; pero si se lleva con él a dos o tres de estas damas...
- ¡Dos o tres! Exclamó el séij indignado, ¿pero qué clase de perros cree usted que serían los que obraran de ese modo? ¡Bendito sea dios! ¿habría una sola mujer, incluso entre las infieles, que consintiera en compartir con otra el honor de dormir con su marido?, ¿es que en Europa se actúa de ese modo?
- ¡En Europa!, repuse, no, desde luego que no, pero es que los cristianos sólo tienen una mujer, y se supone que los turcos, al tener muchas, viven con ellas como con una sola.

[20] Palacio de Ibrahim Pacha, hacia 1835. www.egyptedantan.com (8-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Si hubiera, me dijo el séij, musulmanes tan depravados como para actuar tal y como suponen los cristianos, sus legítimas esposas exigirían de inmediato el divorcio, y hasta las mismas esclavas tendrían derecho de abandonarles.
- Fíjese usted, le dije al cónsul, en qué error nos movemos los europeos con respecto a las costumbres de estas gentes. La vida de los turcos representa para nosotros el ideal del placer, y ahora me doy cuenta de que ni siquiera ellos mandan en su propia casa.
- Casi todos, me repuso el cónsul, en realidad no viven más que con una sola mujer. De ese modo, las hijas de buenas familias, siempre imponen sus condiciones en sus alianzas. El hombre bastante rico para alimentar y mantener convenientemente a varias mujeres, es decir, darles un alojamiento privado a cada una, una doncella y dos ajuares de ropa completos al año, junto con un estipendio mensual fijo para sus casas, puede desde luego, tomar hasta cuatro esposas, pero la Ley le obliga a consagrar a cada una de ellas un día a la semana, lo que no siempre resulta tan agradable. Todo eso, sin mencionar además que las intrigas de cuatro mujeres, prácticamente con los mismos derechos, le harán la existencia aún más desafortunada, a no ser que se trate de un hombre muy rico y bien situado. E incluso, para estos últimos, el número de mujeres es un lujo como el de los caballos; y prefieren, en general, limitarse a una esposa legítima y tener bellas esclavas con las que incluso tampoco tienen siempre unas relaciones muy fáciles, sobre todo si sus esposas pertenecen a una gran familia.
- ¡Pobres turcos!, exclamé, ¡cuánto se les calumnia! Pues si se trata tan sólo de tener aquí y allá amantes, todo hombre rico en Europa tiene las mismas facilidades.
- Tienen más, me dijo el cónsul. En Europa las instituciones son estrictas en estas cosas; pero los usos y costumbres se toman muy bien la revancha. Aquí, la religión lo regula todo; domina a la vez el orden social y el orden moral, y, como no exige nada imposible, el hecho de observarla es un signo de honorabilidad. Eso no quiere decir que no existan excepciones; aunque son raras, y no se han podido producir hasta después de la reforma. Los devotos de Constantinopla se indignaron con Mahmud, porque se enteraron de que había hecho construir un hammám en donde él podía asistir al aseo de sus mujeres; pero es algo poco probable, y lo más fácil es que sin duda sea una invención de los europeos".
- Recorrimos, charlando por los senderos pavimentados de piedras ovales que formaban dibujos blancos y negros, con setos de boj tallados que bordeaban el camino. Me imaginaba a las blancas jovencitas dispersándose por los caminillos, arrastrando las babuchas por el pavimento de mosaico, y reuniéndose entre los recovecos de la vegetación, en los que grandes arrayanes se transformaban en balaustradas y arquerías; y en donde las palomas a veces se posaban allí, como almas que lamentaran esa soledad...

Volvimos a El Cairo tras haber visitado el Nilómetro, en donde un pilar graduado, en la antigüedad consagrado a Serapis, se sumerge en un estanque profundo, y sirve para constatar la altura de las inundaciones de cada año. El cónsul quiso llevarnos aún al cementerio de la familia del pachá. Ver el cementerio[21] después del harén, era hacer una triste comparación, pero, en efecto, la crítica a la poligamia está ahí. Este cementerio, consagrado sólo a los niños de la familia, parece una ciudad. Hay allí más de sesenta tumbas, grandes y pequeñas, la mayor parte nuevas, y formadas por cipos de mármol blanco. Cada uno de estos cipos está rematado bien por un turbante, bien por un tocado femenino, lo que imprime a las tumbas un carácter de realidad fúnebre. Parece como si se caminara a través de una multitud petrificada. Las tumbas más importantes

[21] La fotografía es del cementerio de los mamelucos (El Cairo) de *jeanlouis.caire.free.fr* (08-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

están adornadas con ricas sedas y turbantes de brocado y cachemira: la ilusión es aún más dolorosa.

Consuela pensar que a pesar de todas esas pérdidas la familia del pachá todavía es bastante numerosa. Por lo demás, la mortalidad de los niños turcos en Egipto parece un hecho tan antiguo como incontestable. Esos famosos mamelucos, que dominaron el país durante tanto tiempo, y que hicieron venir a las mujeres más bellas del mundo, no han dejado ni un solo vástago.

Mezquita del Cairo y tumbas de los mamelucos hacia 1872
http://fr.wikipedia.org/wiki/Louis_Comfort_Tiffany
(8-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

III.01. EL HARÉN

III.01.08. Los misterios del harén

Andaba meditando sobre todo lo que había escuchado, y de nuevo me di cuenta de otra ilusión que también había que abandonar: las delicias del harén, el poderío del marido o del señor, mujeres encantadoras unidas para hacer feliz a un solo hombre... la religión o las costumbres atemperan singularmente este ideal que ha seducido a tantos europeos. Todos aquellos que bajo el influjo de nuestros prejuicios habían entendido la vida oriental de ese modo, en muy poco tiempo se habían visto decepcionados. La mayoría de los francos que entraron al servicio del Pachá y que, por razones de interés o de placer, abrazaron el islamismo, han vuelto en la actualidad, si no al redil de la Iglesia, al menos a las dulzuras de la monogamia cristiana.

Metámonos bien esta idea en la cabeza, que la mujer casada, en todo el imperio turco, tiene los mismos privilegios que en nuestros países, y que puede prohibir a su marido tomar una segunda mujer, haciendo de este punto una cláusula de su contrato de matrimonio. Y en caso de que consienta habitar en la misma casa con otra mujer, tiene derecho a vivir aparte, y no coincidir de ninguna manera, como se cree, para formar esos idílicos cuadros con las esclavas bajo la mirada del esposo y señor. Que a nadie se le ocurra pensar que estas bellas damas van a consentir en cantar o bailar para divertir a su señor. Esos son talentos que les parecen indignos de una mujer honesta; pero todos tienen derecho de traer a su harén a "Lamées" y "Ghawasies" para distraer a sus mujeres. Además, más vale que el señor de un serrallo se guarde muy bien de ocuparse de las esclavas que ha regalado a sus mujeres, ya que estas esclavas se han convertido en propiedad personal, y si le apeteciera adquirir una para su propio uso, hará mejor en alojarla en otra casa, aunque por supuesto, nada les impida utilizar este medio para aumentar su prole.

Conviene saber que cada casa está dividida en dos partes separadas por completo: una, consagrada a los hombres, y la otra, a las mujeres. De un lado, hay un señor de la casa, pero del otro, está la señora. Esta última es la madre o la suegra, o la esposa más antigua, o la que ha dado a luz al primogénito de la familia. La primera mujer se llama la "gran dama", y la segunda, "el periquito" (*durrah*) Cuando las mujeres son numerosas, lo que sólo se da entre las grandes fortunas, el harén es una especie de convento en donde dominan unas reglas austeras. Se ocupan sobre todo de criar a los niños, bordar y organizar el trabajo doméstico de las esclavas. La visita del marido se hace con toda ceremonia, así como la de los parientes más cercanos, y como no se almuerza con las mujeres, todo lo que puede hacer para estar allí es fumar con parsimonia el narguile y tomar café o sorbetes. Es costumbre que se haga anunciar con tiempo su llegada. Además, si encuentra babuchas a la puerta del harén, se guarda muy mucho de penetrar en él, ya que esto es señal de que su mujer o algunas de sus mujeres, reciben la visita de sus amigas, y las amigas, con frecuencia, se quedan allí uno o dos días.

En cuanto a la libertad de salir y hacer visitas, es algo que no se puede prohibir a una mujer nacida libre. El único derecho del marido se ciñe a hacerla acompañar por esclavos; aunque ésta es una precaución insignificante, debido a la facilidad que tienen para salir de un lugar disfrazadas, bien sea de los baños, o bien de la casa de alguna de sus amigas, mientras los vigilantes aguardan a la puerta. El velo y la uniformidad del vestuario les dan en realidad una mayor libertad que a las europeas, si quisieran seguir ese juego. Los cuentos graciosos narrados por la tarde en los cafés tratan con frecuencia de las aventuras de amantes que se disfrazan de mujeres para entrar en un harén. Nada más fácil, en efecto, aunque hay que aclarar que esto

1. *Le Harem*, de Chataud – cortesía de http://fr.wikipedia.org/wiki/Harem (8-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

pertenece más a la imaginación árabe que a las costumbres turcas, que prevalecen en Oriente desde hace dos siglos. Añadamos además, que el musulmán no es muy inclinado al adulterio, y encontraría terrible poseer una mujer que no le perteneciera enteramente a él.

En cuanto a la buena fortuna de los cristianos, pues es rara. En otra época había un doble peligro de muerte; pero hoy en día sólo la mujer arriesga su vida, y únicamente en el caso flagrante de cometer el delito en la casa conyugal. De otro modo, el caso de adulterio no es más que una causa de divorcio y de algún castigo.

La ley musulmana no tiene nada que reduzca, como se creía, a las mujeres a un estado de esclavitud y de abyección. Las mujeres heredan, tienen pertenencias personales, como cualquiera, y todo ello con independencia de la autoridad del marido. Tienen derecho a provocar el divorcio por los motivos regulados por la ley. El privilegio del marido es, sobre este punto, el de poder divorciarse sin dar razones para ello. Basta con que diga a su mujer ante tres testigos: "Te divorcio" y no puede reclamar más que la dote estipulada en su contrato de matrimonio. Todo el mundo sabe que, si quisiera desposarla otra vez, no podría hasta que ella se volviera a casar de nuevo, y después se divorciara. La historia del "*hulla*", que en Egipto llaman "*musthilla*", y que juega el papel de esposo por intermedio, se renueva algunas veces, sólo entre la gente pudiente. Los pobres, se dejan y se vuelven a unir sin dificultad. En fin, sea como sea, todos los grandes personajes que, por ostentación o por gusto, usan de la poligamia, tienen también su anverso en El Cairo entre los pobres diablos que se casan con varias mujeres para vivir de su trabajo. Mantienen tres o cuatro domicilios en la ciudad, lo que las mujeres ignoran por completo, y cuando descubren el engaño, se originan disputas de lo más cómicas que terminan en la expulsión del perezoso "*fellah*" de los diversos hogares de sus esposas, ya que si la ley le permite varias mujeres, también le impone, por otra parte, la obligación de mantenerlas.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Jardines del Chúbrah, hacia 1879
Pascal Xavier-www.1st-art-gallery.com

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

III.01. EL HARÉN

III.01.09. El Chúbrah

Le pareció bien mi respuesta, y la esclava se levantó aplaudiendo y repitiendo mil veces: *¡el fil!, ¡el fil!*

"¿Qué es eso? Le pregunté a Mansúr.

- La *setti* (dama) me dijo cuando la pregunté, que querría ir a ver un elefante del que había oído hablar y que se encontraba en el palacio de Méhémet-Ali, en el Chúbrah".

Pensé que era justo recompensar su aplicación al estudio e hice preparar los asnos. La puerta de la ciudad, de la parte de Chúbrah, no se encontraba a más de cien metros de nuestra casa; todavía es una puerta que se mueve gracias a unos gruesos tornos que datan del tiempo de Las Cruzadas. Se pasa de inmediato sobre el puente de un canal que se extiende hacia la izquierda, formando un pequeño lago rodeado de una fresca vegetación: casinos, cafés y jardines públicos se aprovechan de ese frescor y de esa umbría. El domingo, es fácil encontrar a muchos griegos, armenios y damas del barrio franco, que no se despojan de sus velos más que en el interior de los jardines, y allí también se pueden estudiar las razas tan curiosamente contrastadas de Levante. Más lejos, la muchedumbre se pierde bajo las sombras del paseo del Chúbrah, posiblemente el más hermoso del mundo. Los sicómoros y bananos que lo dan sombra durante más de una legua son de un enorme grosor, y la bóveda que forman sus ramas es tan densa que, a lo largo de todo el camino reina una especie de oscuridad, que se aclara a lo lejos gracias a los ardientes destellos del desierto que brilla a la derecha, más allá de las tierras cultivadas. A la izquierda, es el Nilo, el que rodea vastos jardines a lo largo de media legua, hasta abrazar el paseo, al que sus aguas brindan una luminosidad de reflejos púrpuras. Hay un café adornado con fuentes y lacerías, situado a medio camino del Chúbrah, y muy frecuentado por los paseantes. Campos de maíz y de caña de azúcar, y aquí y allá algunas quintas de recreo se diseminan a la derecha, hasta llegar a los grandes edificios que pertenecen al pachá.

Allí se exhibía un elefante blanco regalado a su alteza por el gobierno inglés. Mi acompañante, transportada de alegría, no podía dejar de admirar a ese animal, que le recordaba a su país, y que incluso en Egipto era una rareza. Sus defensas estaban adornadas con aros de plata, y el domador le obligó a realizar algunos ejercicios ante nosotros. Llegó incluso a hacer que adoptara unas posturas que me parecieron de una decencia más que dudosa, y como le hice señas a la esclava, velada, pero no ciega, de que ya habíamos visto suficiente, un oficial del pachá me dijo con tono de gravedad: *Aspettate...è per recreare le donne* (Espera, es para divertir a las señoras) En efecto, allí había muchas que no estaban en absoluto escandalizadas y que se reían a carcajadas.

Es una deliciosa residencia la de Chúbrah. El palacio del pachá de Egipto, bastante sencillo y de construcción antigua, da sobre el Nilo, frente a la explanada de *Embabeh*[22], tan

[22] Lugar famoso por haberse celebrado en sus proximidades la Batalla de las Pirámides, el 21 de julio de 1798 entre el ejército francés en Egipto bajo las órdenes de Napoleón Bonaparte y las fuerzas locales mamelucas. En julio de 1798, Napoleón iba dirección El Cairo, después de invadir y capturar Alejandría. En el camino se encontró a dos fuerzas de mamelucos a 15 kilómetros de las pirámides, y a sólo 6 de El Cairo. Los mamelucos estaban comandados por Murad Bey e Ibrahim Bey y tenían una poderosa caballería, pero tan sólo tenían espadas, arcos y flechas; además, sus fuerzas quedaron divididas por el Nilo, con Murad atrincherado en **Embabeh** e Ibrahim a campo abierto. Napoleón se dio cuenta de que la única tropa egipcia de cierto valor era la caballería. Él tenía poca caballería a su cargo y era superado en número por el doble o el triple. Se vio pues forzado a ir a la defensiva, y formó su ejército en cuadrados huecos con artillería, caballería y equipajes en el centro de cada uno, dispersando con fuego de artillería de apoyo el ataque de la caballería mameluca, que intentaba aprovechar los espacios entre los cuadros franceses. Entonces atacó el campamento egipcio de **Embabeh**, provocando la huida del ejército egipcio. Tras la batalla, Francia obtuvo El Cairo y el bajo Egipto. Después de oír las noticias de la derrota de su legendaria caballería, el ejército mameluco de El Cairo se dispersó a Siria para reorganizarse. La batalla también puso fin a 700 años de mandato mameluco en Egipto. A pesar de este gran comienzo, la victoria del almirante Horatio Nelson 10 días después en la Batalla del Nilo acabó con las esperanzas de Bonaparte de conquistar Oriente Medio. (http://es.wikipedia.org/wiki/Batalla_de_las_Piramides) (9-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

famosa por la batalla de los mamelucos. Del lado de los jardines han construido un kiosco cuyas galerías pintadas y doradas ofrecen un brillante aspecto. Allí, en verdad, es donde se encuentra el triunfo del gusto oriental.

Se puede visitar el interior, en el que se han dispuesto jaulas con pájaros exóticos, salones de recepción, baños, billares, y penetrando más lejos, dentro del mismo palacio, se pueden apreciar esas salas uniformes, decoradas a la turca y amuebladas a la europea, y que constituyen por todas partes el lujo de las moradas principescas. Paisajes sin perspectiva pintados al huevo sobre los paneles y las puertas, cuadros ortodoxos, en donde no aparecía ninguna criatura animada, dando una mediocre idea del arte egipcio. D**e** vez en cuando los artistas se permiten pintar animales fabulosos, como delfines, hipogrifos y esfinges. De las batallas, no pueden representar más que los asedios y combates marítimos: barcos en los que no se ven a los marineros luchan contra las fortalezas desde donde la guarnición se defiende sin dejarse ver; el fuego cruzado y las bombas parecen salir por sí solos, el bosque quiere conquistar las piedras, y el hombre está ausente. Y es, aun así, el único medio que tienen de representar las principales escenas de campaña de Grecia, de Ibrahim.

Sobre la sala en donde el pachá administra la justicia, se lee esta bella máxima: “Un cuarto de hora de clemencia vale más que setenta horas de oración”.

Volvimos a descender a los jardines. ¡Qué de rosas, Dios mío! Las rosas de Chúbrah es decir todo en Egipto; las de El Fayum sólo sirven para el aceite y las confituras. Los jardineros venían de todas partes a ofrecérnoslas. Aún hay otro lujo en la casa del pachá, y es que no se recogen los limones ni las naranjas, para que esos frutos dorados deleiten al paseante el mayor tiempo posible. Cada cual puede de todos modos, recogerlas una vez que han caído. Pero aún no he dicho nada del jardín. Se puede criticar el gusto de los orientales en los interiores, pero sus jardines son impecables. Vergeles por todas partes, lechos y gabinetes de tejos tallados, que recuerdan el estilo del renacimiento, es el paisaje del Decamerón. Es probable que los primeros modelos hayan sido creados por jardineros italianos. No se ve ninguna estatua, pero las fuentes son de un gusto exquisito.

Un pabellón acristalado, que corona una serie de terrazas escalonadas en forma de pirámide, se recorta en el horizonte con un aspecto de cuento de hadas. El Califa Harún seguro que no tuvo uno tan bello, pero esto no es nada todavía. Se desciende de nuevo tras haber admirado el lujo de la sala interior y de los cortinajes de seda que revolotean al viento entre las guirnaldas y los festones de la verdura; se continúa por largos paseos bordeados de bananos, cuya hoja transparente destella como la esmeralda, y se llega al otro extremo del jardín a unos baños demasiado maravillosos y conocidos como para describirlos aquí extensamente. Se trata de un inmenso estanque de mármol blanco, rodeado de columnas de gusto bizantino, con una fuente alta en el centro, de la que el agua se escapa por las fauces de cocodrilos. Todo el recinto está iluminado con gas, y durante las noches de verano, el pachá se hace pasear por el lago en una barcaza dorada en la que las mujeres de su harem llevan los remos. Estas bellas damas también se bañan bajo los ojos de su señor, pero con vestidos de crepé de seda... el Corán, como sabemos, no permite la desnudez.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

III.01. EL HARÉN

III.01.11. Los ‘Afrít (los genios)

En más de una ocasión había pensado estudiar, a través de una mujer oriental, el probable carácter de muchas otras, pero temía darle demasiada importancia a las minucias. Y sin embargo, cuál no sería mi sorpresa, cuando al entrar una mañana a la habitación de la esclava, me encontré con una guirnalda de cebollas dispuesta con simetría encima del lugar en el que dormía. Como creí que esto era un simple capricho infantil, descolgué estos ornamentos poco apropiados para engalanar la habitación, y los arrojé con negligencia al patio; pero de pronto, la esclava se levantó furiosa y desolada, se fue a recoger las cebollas llorando y las volvió a colocar en su lugar con grandes signos de adoración. Tuve que esperar a que viniera Mansúr para que nos explicara. Mientras tanto yo recibí una sarta de imprecaciones de las que la más clara era ¡”faraón”! No sabía muy bien si debía enfadarme o quejarme. Por fin llegó Mansúr, y me hizo saber que había roto un sortilegio, que yo sería la causa de las desgracias más terribles, que caerían sobre ella y sobre mí. Al fin y al cabo, le dije a Mansúr, estamos en un país donde las cebollas han sido dioses, si yo les he ofendido, nada mejor que reconocerlo. Además, ¡debe haber algún medio de apaciguar el resentimiento de una cebolla de Egipto! Pero la esclava no quería escuchar nada, y repetía volviéndose hacia mí “¡faraón!”. Mansúr me explicó que ese insulto era lo mismo que decir “impío y tirano”. Me afectó este reproche, pero sobre todo el saber que el nombre de los antiguos reyes de este país se había convertido en algo injurioso. De todos modos no había por qué enfadarse, me explicaron que esta ceremonia de las cebollas era común en las casas de El Cairo en un determinado día del año, y que servía para conjurar las enfermedades epidémicas.

Los temores de la pobre muchacha se verificaron, es posible que por su imaginación traumatizada. Cayó enferma de bastante gravedad, y nada de lo que yo hacía le parecía bien, ni quiso seguir ninguna prescripción médica. Durante mi ausencia, hizo llamar a dos mujeres de las casas vecinas, llamándolas desde la terraza, y me las encontré instaladas junto a ella recitando plegarias, y haciendo, como me dijo Mansúr, conjuros contra los genios o malos espíritus. Al parecer, la profanación de las cebollas había revolucionado a estos últimos y había dos especialmente hostiles a cada uno de nosotros: uno, que se llamaba el Verde, y el otro, el Dorado.

Viendo que la enfermedad era sobre todo imaginaria, dejé hacer a las dos mujeres, que finalmente trajeron a otra muy vieja. Se trataba de una santona de renombre. Trajo un brasero que colocó en medio de la habitación, y en el que hizo quemar una piedra que me pareció que era de “alún[23]”.

Este hechizo tenía como objeto el de contrariar mucho a los genios, que las mujeres veían claramente en las volutas de humo, y a los que pedían gracia. Pero había que extirpar el mal de raíz. Hicieron levantarse a la esclava, que se arrojó sobre las fumarolas, lo que le provocó un fuerte ataque de tos; mientras tanto, la vieja le iba dando golpecitos en la espalda, y todas ellas cantaban a voz en cuello rezos e imprecaciones árabes.

[23] También se conoce como **alumbre** y es un tipo de sulfato doble compuesto por el sulfato de un metal trivalente y otro de un metal monovalente. Generalmente se refiere al alumbre potásico. Se usa ampliamente en química para fabricación del papel y como base de desodorantes axilares. En la Edad Media la piedra de alumbre adquirió un gran valor debido a su utilización para la fijación de tintes en la ropa, entre otros usos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

A Mansúr, como cristiano copto, le chocaban todas esas prácticas; pero, si la enfermedad provenía de una causa mental, ¿qué de mal hay en dejarla tratar mediante un método análogo? La realidad fue que al día siguiente hubo una mejora evidente seguida de su total curación.

La esclava no quiso separarse de las dos vecinas que había llamado, y siguió haciéndose servir por ellas. Una se llamaba Cartúm, y la otra, Zabetta. Yo no veía la necesidad de que hubiera tanta gente en la casa, y me abstuve de ofrecerles ninguna recompensa; pero la esclava les hacía regalos de sus propios efectos personales; y como eran los que Abdelkarím le había dejado, no había nada que objetar, hasta que hubo que reemplazarlos por otros y llegar hasta la adquisición de la tan deseada habbarah y el chaleco.

La vida oriental nos juega estos avatares. En principio todo parece sencillo, poco costoso, fácil; pero de pronto, todo se complica con necesidades, usos, fantasías, y uno se ve arrastrado a una existencia "de pachá" que, junto con el desorden y la nula fiabilidad de las cuentas, vacía los bolsillos mejor guarnecidos. Yo había querido iniciarme durante algún tiempo en la vida cotidiana de Egipto, pero poco a poco veía desaparecer los recursos futuros de mi viaje.

"Mi pequeña, dije a la esclava, haciéndole explicar la situación, si quieres quedarte en El Cairo, eres libre".

Yo esperaba una explosión de reconocimiento.

¡Libre!, dijo ¿y qué quiere usted que haga? ¡Libre! ¿Pero dónde podría ir? ¡Revéndame de nuevo a Abdelkarím!

- Pero querida, un europeo no vende a una mujer. Recibir dinero por ello sería una deshonra.

- ¡Pues bien! -dijo llorando-, ¿es que yo puedo ganarme la vida? ¿acaso se hacer algo?

- ¿No puedes colocarte al servicio de una dama de tu religión?

- ¿Yo? ¿sirvienta? Jamás. Vuelva a venderme. Me comprará un musulmán, o un sheij, puede que hasta un pachá. ¡Puedo llegar a ser una gran dama! Si quiere dejarme... lléveme al bazar".

¡Curioso país es éste, en el que los esclavos no quieren la libertad!

Por otra parte, comprendía que ella tenía razón, y yo ya sabía bastante sobre el verdadero estado de la sociedad musulmana para que no me cupiera duda alguna de que su condición de esclava era muy superior a la de las pobres egipcias empleadas en los trabajos más rudos y desgraciadas con sus miserables maridos.

Darle la libertad, era condenarla a la condición más triste, puede ser que al oprobio, y yo me consideraría moralmente responsable de su destino.

- Ya que no quieres quedarte en El Cairo, le dije al fin, tendrás que seguirme a otros países.

- *Ana enté sava sava* (tú y yo iremos juntos) me dijo.

Su decisión me hizo feliz y me fui al puerto del Buláq para alquilar una barca que debía llevarnos por el brazo del Nilo que conducía de El Cairo a Damieta.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

IV.01. LAS PIRÁMIDES

IV.01.01. Escalando la pirámide

Antes de partir, había resuelto visitar las pirámides, y me fui a ver de nuevo al Cónsul General para pedirle consejo sobre esta excursión. Quiso hacer esa visita conmigo, y nos dirigimos hacia el viejo Cairo. Durante el camino me dio la impresión de que estaba triste. Tosía mucho, con unos espasmos secos, mientras atravesábamos la planicie de *Karafeh*.

Yo ya sabía que estaba enfermo desde hacía tiempo, y él mismo me había dicho que al menos quería ver las pirámides antes de morir. Pensé que exageraba sobre su estado de salud; pero cuando llegamos al borde del Nilo, me dijo: "Yo ya me siento muy fatigado...; prefiero quedarme aquí. Tome usted la barca que le he hecho preparar; yo le seguiré con la mirada y me haré a la idea de que estoy con usted. Le ruego tan solo que cuente el número exacto de escalones de la gran pirámide, sobre el que los sabios no están de acuerdo, y si va a las otras pirámides, la de Saqqarah, le quedaría muy agradecido si me trajera una momia de ibis...me gustaría comparar el antiguo ibis egipcio con el de esta raza degenerada de zarapitos que aún se encuentran en las riberas del Nilo".

Tuve pues que embarcarme solo en la punta de la isla de Roda, pensando con tristeza en esa confianza de los enfermos que pueden soñar con colecciones de momias al borde mismo de su propia tumba.

El brazo del Nilo entre Roda y Gizeh tiene tal anchura que se necesita cerca de media hora para atravesarlo. Después de cruzar Gizeh, pasar por su escuela de caballería y sus asaderos de pollo; y de analizar sus restos ruinosos, cuyos gruesos muros están construidos con un arte peculiar: recipientes de tierra superpuestos y sujetos con yeso, una edificación más ligera y aérea que sólida; aún se tienen por delante dos millas de llanuras cultivadas que hay que recorrer antes de llegar a las mesetas estériles en las que se alzan las grandes pirámides, en la frontera del desierto líbico.

Cuanto más se acerca uno, más disminuyen esos colosos. Es un efecto de perspectiva que sin duda se debe a que su altura es igual a su anchura. En cambio, cuando se llega a sus pies, en la misma sombra de esas montañas construidas por la mano del hombre, uno se admira y se espanta. Lo que hay que trepar hasta llegar a la cúspide de la primera pirámide asemeja a una escalera en la que cada peldaño tiene alrededor de un metro de alto.

Una tribu de árabes es la encargada de proteger a los viajeros y de guiarlos en su ascensión a la pirámide principal. En cuanto esas gentes se dan cuenta de que un curioso se encamina hacia su dominio, corren a su encuentro con sus caballos al galope, haciendo una *fantasía* pacífica y disparando al aire pistoletazos para indicar que están a su servicio; todos ellos prestos a defenderle contra los ataques de ciertos beduinos pillastres que por casualidad podrían presentarse.

Hoy en día esa suposición hace sonreír a los viajeros, seguros de antemano sobre este punto; pero, en el siglo pasado, es cierto que en realidad se encontraban a merced de una banda de falsos bandidos que, tras haberles aterrorizado y despojado, se rendían con sus armas a la tribu protectora que, de inmediato, recogía una fuerte recompensa por los peligros y heridas sufridas en un simulacro de combate.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Me han asignado cuatro hombres para guiarme y sujetarme durante mi ascensión. Al principio no comprendía bien cómo era posible trepar unos peldaños de los que solo el primero me llegaba a la altura del pecho; pero, en un abrir y cerrar de ojos, dos árabes se subieron sobre ese escalón gigantesco, cogiéndome cada uno por un brazo. Los otros dos me colocaron sobre sus hombros, y los cuatro juntos, a cada movimiento de esta maniobra, cantaban al unísono una melopea árabe terminada por ese antiguo estribillo parecido al *¡eleyson!*

De este modo llegué a contar hasta doscientos siete escalones, y no se precisó más de un cuarto de hora en alcanzar la cima de la pirámide. Mas si te detienes un instante para recuperar el aliento, verás venir hacia ti a unas niñitas, apenas cubiertas con una camisola de tela azul que, desde la última grada a la que uno ha trepado, tienden, a la altura de nuestra boca unos cantarillos de arcilla de Tebas, cuya agua helada nos refrescará por un instante.

Nada tan increíble como esas pequeñas beduinas trepando como monos con sus pequeños pies descalzos, que conocen todas las anfractuosidades de aquellos enormes bloques de piedra superpuestos. Ya en lo alto de la pirámide, se les da un *bajchis* (propina), un abrazo y después uno se siente izado en brazos de los cuatro árabes que te llevan en triunfo por la plataforma a los cuatro puntos del horizonte.

La superficie de esta pirámide es de unos cien metros cuadrados. Bloques irregulares indican que se encuentra así debido a la destrucción de la cúspide, parecida sin duda a la de la segunda pirámide, que se conserva intacta y que puede admirarse a poca distancia con su revestimiento de granito. Las tres pirámides de Keops, Kefrén y Micerino, estaban igualmente revestidas con planchas de piedra rojiza, que todavía podían verse en tiempos de Herodoto. Fueron despojadas poco a poco, cuando se tuvo necesidad en El Cairo de construir los palacios de los califas y de los sudaneses.

Como ya se pueden imaginar, la vista es hermosa desde lo alto. El Nilo se extiende al oriente, desde la punta del delta hasta más allá de Sakkarah, en donde se distinguen once pirámides más pequeñas que las de Gizeh. Al oeste, la cadena de montañas líbicas se desarrolla marcando las ondulaciones de un horizonte polvoriento. El bosque de palmeras que ocupa el lugar de la antigua Menfis, se extiende del lado del mediodía como una sombra verdosa. El Cairo, adosado a la cadena árida de Mokatam, eleva sus cúpulas y minaretes hasta la entrada del desierto de Siria. Todo esto es de sobra conocido como para dedicar demasiado tiempo a su descripción. Pero, dejando a un lado el asombro y recorriendo con la mirada las piedras de la cima, allí se encuentra con qué compensar los excesos de entusiasmo, porque por supuesto, todos los ingleses que se han arriesgado a hacer esta ascensión han grabado sus nombres sobre las piedras. Algunos especuladores han tenido la idea de dejar su dirección al público, y un vendedor de cera de Picadilly, incluso ha hecho grabar con esmero sobre un bloque pétreo entero los méritos de su descubrimiento garantizado por la *Improved Patent* de Londres. Ni qué decir tiene que allí también se encuentra el *Crédeville Voleur*, tan pasado de moda hoy en día, la carga de Bouginier[24], y otras excentricidades transplantadas por nuestros artistas viajeros como un contraste a la monotonía de los grandes souvenirs.

[24] Crédeville: tipo popular de ladrón o contrabandista, “que tiene la deplorable costumbre de dejar su nombre en todas las murallas de Francia y de París” (Crédeville ou le Serment du gabelou”, vaudeville de Leuven y Dumanoir, 1832) Bouginier es desconocido (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

IV.01. LAS PIRÁMIDES

IV.01.02. En lo más alto de la pirámide

Me temo que voy a tener que admitir que ni el mismísimo Napoleón llegó a ver las pirámides más que desde la llanura. Desde luego, no habría comprometido su dignidad dejándose alzar entre los brazos de cuatro árabes como un simple balón que pasa de mano en mano, y estaría obligado a responder desde abajo con un saludo a los "cuarenta siglos…" que, según su cálculo, le contemplaban a la cabeza de su ejército.

Tras haber recorrido con la mirada todo el panorama de alrededor, y leído atentamente estas inscripciones modernas que harán las torturas de los sabios en el futuro, me preparé para descender cuando, un caballero rubio, esbelto, arrebolado y perfectamente enguantado, franqueó, como yo acababa de hacer poco tiempo antes que él, la última grada de la cuádruple escalera y me dirigió un saludo bastante ceremonioso que yo merecía en calidad de ser el primer ocupante. Le tomé por un caballero inglés, y él me situó de inmediato como un francés.

Me arrepentí al instante de haberlo juzgado tan a la ligera. Un inglés nunca me habría saludado, al encontrarse sobre la cima de la pirámide de Keops, un lugar en el que nadie nos podría presentar.

"Señor, me dijo el desconocido con un acento ligeramente germánico, me alegra encontrar aquí a alguien civilizado. Yo soy tan solo un oficial de la guardia de S. M. el rey de Prusia. He obtenido un permiso para unirme a la expedición de M. Lepsius.[25], y como su esposa ha pasado por aquí hace algunas semanas, estoy obligado a ponerme al día visitando lo que supongo que ella ha debido ver". Terminado su discurso, me dio su tarjeta de visita, invitándome a ir a verle si alguna vez pasaba por Postdam.

"Pero, - añadió, al ver que me preparaba a descender -, usted sabe que la costumbre es hacer aquí una colación. Estos hombretones que nos rodean esperan compartir nuestras modestas provisiones... y, si usted tiene apetito, le ofreceré una parte del paté que ha traído uno de mis árabes".

Cuando se está de viaje, enseguida se traba conocimiento y, en Egipto sobre todo, en la cúspide de la gran pirámide, todo europeo se convierte para cualquier otro en un franco, es decir, un compatriota; el mapa de nuestra pequeña Europa pierde, tan lejos, sus fronteras divisorias. Hago siempre una excepción para los ingleses, que es como si residieran en una isla aparte.

La conversación del prusiano me gustó mucho durante el almuerzo. Llevaba con él cartas con las últimas y más frescas noticias de la expedición de M. Lepsius que, en ese momento, exploraba los alrededores del lago Moeris y las ciudades subterráneas del gran laberinto. Los sabios berlineses habían descubierto ciudades enteras escondidas bajo las arenas y construidas con ladrillos; Pompeyas y Herculanos subterráneas que jamás habían visto la luz, y que posiblemente se remontaban a la época de los trogloditas. No pude dejar de reconocer que era una noble ambición para los eruditos prusianos el haber querido ir tras las huellas de nuestro Instituto de Egipto, del que ellos no podrán más que completar sus admirables trabajos.

En efecto, el almuerzo sobre la pirámide de Keops es una parada obligada para los turistas, al igual que el que se hace de ordinario sobre el capitel de la columna de Pompeyo en

[25] Bien acogido por Méhémet-Ali, el egiptólogo K. R. Lepsius, acompañado de sabios y eruditos ingleses y alemanes, residió en Egipto de 1842 a 1846. G.N. se refiere a la esposa de Lepsius que se unió al egiptólogo tras su llegada a Egipto.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

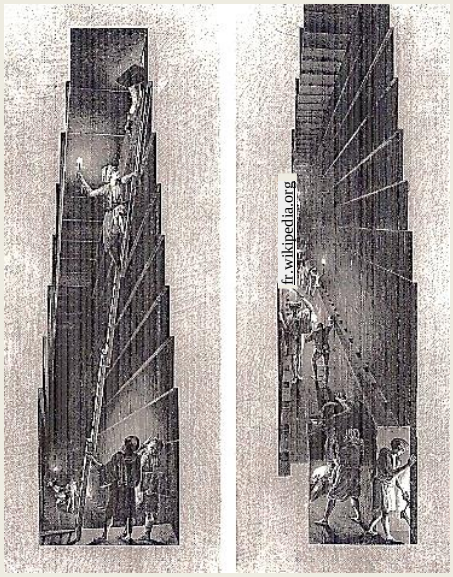
Alejandría. Yo estaba feliz de haber encontrado un compañero instruido y amable que me lo había recordado. Las pequeñas beduinas habían conservado bastante agua en sus cantarillos de barro poroso, para permitir refrescarnos y después hacer unos "grogs" con una frasca de aguardiente que uno de los árabes llevaba a la zaga del prusiano.

Mientras tanto, el sol se había convertido en un disco demasiado ardiente como para que pudiéramos quedarnos por más tiempo sobre la plataforma. El aire puro y vivificante que se respira a esa altura nos había permitido durante algún tiempo no darnos cuenta del calor.

Ahora había que descender de la plataforma y penetrar en la pirámide, cuya entrada se halla aproximadamente a un tercio de su altura. Nos hicieron descender ciento treinta escalones por el procedimiento inverso al de la subida. Dos de los cuatro árabes nos suspendían de los hombros desde lo alto de cada grada, y nos depositaban en los brazos extendidos de los otros dos compañeros. Hay algo bastante peligroso en esta forma de descender, y más de un viajero se ha partido el cráneo o los huesos. Sin embargo, nosotros llegamos sin accidentes a la entrada de la pirámide.

El acceso a la pirámide es una especie de galería con paredes de mármol y bóveda triangular, rematada por un enorme y ancho bloque de piedra que constata, gracias a una inscripción en francés, la antigua llegada de nuestros soldados a este monumento: es la tarjeta de visita del ejército de Egipto, esculpida sobre un bloque de mármol de 16 pies de ancho. Mientras yo leía respetuosamente, el oficial prusiano me hizo observar otra inscripción hecha más abajo en jeroglíficos y, cosa rara, grabada hacía muy poco.

www.todocoleccion.net



fr.wikipedia.org

El conocía el significado de esos jeroglíficos modernos inscritos según el sistema de Champolión. "Esto significa, me dijo, que la expedición científica enviada por el rey de Prusia y dirigida por Lepsius, ha visitado las pirámides de Gizeh, y espera resolver con la misma suerte las otras dificultades de su misión".

Habíamos franqueado la entrada de la gruta: una veintena de árabes barbudos, con los cintos erizados de pistolas y puñales, se levantaban del suelo en donde acababan de dormir la siesta. Uno de nuestros guías, que parecía dirigir a los otros, nos dijo:

"¡Vean ustedes lo terribles que son...observen sus pistolas y sus fusiles!

- ¿Quieren robarnos?

- ¡Al contrario! Están aquí para defenderles en caso de que fueran atacados por las hordas del desierto.

- ¡Se decía que habían dejado de existir con la administración de Mohamed-Ali!

- ¡Oh! Todavía queda bastante mala gente por ahí, tras las montañas... En cambio, por un *colonnate*, estos fieros y bravos hombres les defenderán contra todo ataque exterior".

El oficial prusiano inspeccionó las armas, y no pareció muy convencido de su potencia destructiva. En el fondo, para mí sólo se trataba de cinco francos con cincuenta céntimos, o de un tálero y medio para el prusiano. Aceptamos el trato, compartiendo los gastos y haciéndoles la observación de que nosotros no estábamos de acuerdo con ese supuesto ataque.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

"Pasa con frecuencia, dijo el guía, que tribus enemigas invaden esta zona, sobre todo cuando advierten la presencia de ricos extranjeros".

Es cierto que este asunto tenía visos de realidad y que sería una triste situación verse preso y encerrado en el interior de la gran pirámide. La *colonnate* (piastra de España) entregada a los guardianes nos aseguraba al menos que, en conciencia, ellos no podrían gastarnos esa broma fácil.

Pero ¿cómo pensar ni un instante que gente honrada iba a hacernos algo así? La actividad de sus preparativos, ocho antorchas encendidas en un abrir y cerrar de ojos, la amable atención de hacernos preceder de nuevo por las niñas hidróforas de las que ya he hablado, todo ello, sin duda, era bien tranquilizador.

En principio, se trataba de agachar la cabeza y la espalda, y de colocar los pies lo mejor posible sobre dos ranuras de mármol que recorrían los dos costados de esta pendiente. Entre ambas ranuras hay una especie de abismo tan ancho como la separación de las piernas, y en donde más vale no caerse. Se avanza pues, paso a paso, lanzando lo mejor posible los pies a derecha e izquierda, un poco sujeto, bien es cierto, por las manos de los porteadores de antorchas, y se va descendiendo, agachado de este modo, durante unos ciento cincuenta pasos.

A partir de ahí, el peligro de caer en la enorme fisura que se apreciaba entre los pies, cesa de golpe y queda reemplazado por el inconveniente de pasar arrastrándose con el vientre boca abajo, bajo una bóveda obstruida en parte por la arena y las cenizas. Los árabes no limpian este pasaje sin que medie otra *colonnate*, acordada generalmente por las gentes ricas y corpulentas.

Cuando uno se ha arrastrado durante algún tiempo bajo esta bóveda baja, a gatas, se entra por una nueva galería, no más alta que la precedente. Al cabo de doscientos pasos, que esta vez se hacen subiendo, se encuentra una especie de cruce cuyo centro es un amplio pozo profundo y sombrío, alrededor del cual hay que girar para ganar la escalera que conduce a la Cámara del Rey.

Llegando allí, los árabes disparan sus pistolones y encienden hogueras con ramas para espantar, según ellos, a murciélagos y serpientes. La sala en la que nos encontramos, techada mediante una bóveda de cañón, mide 17 pies de largo y 16 de ancho.

Volviendo de nuestra exploración, bastante satisfechos, reposamos a la entrada de la galería de mármol, y nos preguntamos qué podría significar esa extraña galería por la que acabábamos de ascender, con aquellos dos canales de mármol separados por un abismo, desembocando más lejos en un cruce en medio del que se halla el misterioso pozo del que no habíamos podido ver ni el fondo.

El oficial prusiano, haciendo memoria, me propuso una explicación bastante lógica del uso de tal monumento[26]. Nadie, acerca de los misterios de la antigüedad es tan erudito como un alemán. Veamos, según su versión, para qué servía la galería baja dotada de raíles por la que habíamos descendido y después ascendido tan penosamente:

> "El hombre que se presentaba para las pruebas de iniciación se sentaba en una carreta. La carreta descendía por la fuerte inclinación del camino. Llegado al centro de la pirámide, el iniciado era recibido por los sacerdotes inferiores que le mostraban el pozo animándole a precipitarse en él. Como es natural, el neófito dudaba, lo que era visto como signo de prudencia. Entonces le aportaban una especie de casco rematado por una lamparilla encendida, y provisto de este

[26] J. Richer (Nerval et les doctrines ésotériques) y G. Rouger (ed. Crítica, Introducción) han demostrado cuáles son las fuentes en las que se inspiró Nerval para hacer de las pirámides un lugar de iniciación. Una, sobre todo, la famosa novela arqueológica del abad Terrason, SETHOS (1731).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

ingenio, debía descender con precaución al fondo del pozo, en donde se encontraban, aquí y allá, soportes de hierro sobre los que podía reposar los pies.

El iniciado descendía durante largo tiempo, alumbrado un poco por la lámpara que llevaba sobre la cabeza; después, aproximadamente a cien pies de profundidad, encontraba la entrada de una galería cerrada por una reja, que se abría también ante él. Allí mismo, aparecían tres hombres con máscaras de bronce imitando la faz de Anubis, el dios perro, y pasara lo que pasara no había que asustarse de sus amenazas y había que avanzar hacia delante arrojándoles por tierra. Y así durante una legua, hasta que se llegaba a un espacio de grandes dimensiones, que producía el efecto de un bosque tupido y sombrío. Pero en cuanto se ponía el pie en el paseo principal, todo se iluminaba al instante y producía el efecto de un vasto incendio, que no eran más que fuegos de artificio y sustancias bituminosas entrelazadas entre las ramificaciones de hierro. El neófito debía atravesar el bosque, al precio de algunas quemaduras, lo que por regla general lograba.

Grabado del interior de la pirámide de Keops, de la obra de Luigi Mayer, Views in Egypt. www.egiptologia.com (9-09-2014)

Más allá, se hallaba un riachuelo que había de atravesar a nado. Apenas había recorrido la mitad, cuando una inmensa agitación de las aguas, determinada por el movimiento de dos ruedas gigantescas, le detenía y le hacía retroceder. Cuando parecía que sus fuerzas le iban a abandonar, veía aparecer ante él una escalera de hierro que debiera salvarle del peligro de perecer en el agua. Ésta era la tercera prueba, pues a medida que el iniciado ponía un pie en un escalón, el que acababa de dejar, se desprendía y caía al río. Esta difícil situación se complicaba a causa de un viento espantoso que hacía temblar a la vez a escalera y postulante, y cuando estaba a punto de perder todas sus fuerzas, debía tener la presencia de ánimo suficiente como para atrapar dos anillas de acero que descendían hacia él, y de las que tenía que quedar suspendido por los brazos, hasta que veía abrirse una puerta, a la que llegaba gracias a un violento esfuerzo.

Éste era el final de las cuatro pruebas elementales. El iniciado llegaba entonces al templo, daba una vuelta alrededor de la estatua de Isis, y se veía recibido y felicitado por los sacerdotes.”

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

IV.01. LAS PIRÁMIDES

IV.01.03. Las pruebas de iniciación

Con esos recuerdos intentábamos poblar de nuevo esa soledad imponente. Rodeados de árabes que se habían echado a dormir, esperando para abandonar la galería de mármol a que la brisa de la tarde hubiera refrescado el aire, nosotros, mientras tanto, nos dedicábamos a apuntar las más diversas hipótesis sobre los hechos realmente constatados por la tradición antigua. Estas extrañas ceremonias de iniciación tantas veces descritas por los autores griegos, que todavía pudieron asistir a ellas, para nosotros cobraban un interés muy especial, al ver cómo lo narrado correspondía perfectamente con la disposición de aquellos lugares.

"¡Qué hermoso sería, le dije al alemán, ejecutar y representar aquí "La flauta mágica" de Mozart[27]. ¿Cómo es que ningún hombre rico se había permitido la fantasía de darse tal espectáculo? Con poco dinero se podría llegar a limpiar todos estos conductos, y bastaría después con traer el vestuario adecuado a toda la troupe italiana de El Cairo. Imagínese la voz tonante de Zoroastro resonando desde el fondo de la sala de los faraones, o a "La Reina de la noche" apareciendo sobre el sarcófago de la llamada Cámara de la Reina y lanzando hacia la sombría bóveda su argentina voz. Imagínese el sonido de la flauta mágica a través de estos largos corredores, y las muecas y el temor de Papagino, forzado por los pasos del iniciado, su maestro, a afrontar al triple Anubis; después al bosque en llamas, luego ese canal sombrío agitado por las ruedas de hierro, y más aún con esa extraña escalera en la que cada peldaño se desprendía a medida que se ascendía por ella, haciendo sonar el agua con un siniestro chapoteo...

- Sería difícil, dijo el oficial, interpretar todo eso en el interior mismo de las pirámides... Hemos dicho que el iniciado seguía, a partir del pozo, por una galería de unas diez leguas. Esa vía subterránea le conducía hasta un templo situado a las puertas de Menfis, cuyo emplazamiento usted ha visto desde lo alto de la pirámide. Una vez terminadas esas pruebas, el iniciado volvía a ver la luz del día, la estatua de Isis aún continuaba velada para él; todavía tenía que superar una última prueba totalmente moral, de la que no tenía pista alguna, y cuyo objetivo le quedaba oculto. Los sacerdotes le habían llevado triunfalmente, como uno más entre ellos; los cánticos y la música habían celebrado su victoria. Aún tenía que ser purificado mediante un ayuno de cuarenta y un días, antes de poder contemplar a la gran diosa, viuda de Osiris. Ese ayuno se rompía cada día al ponerse el sol, momento en que se le permitía reponer fuerzas con unas onzas de pan y una copa de agua del Nilo. Durante esta larga penitencia, el iniciado podía conversar, a ciertas horas, con los sacerdotes y sacerdotisas, cuya vida discurría en las ciudades subterráneas. Tenía derecho a preguntar a todos ellos y observar las costumbres de esa comunidad mística que había renunciado al mundo exterior, y cuyo inmenso número espantó a Semiramis, la victoriosa, cuando al hacer retirar los cimientos de la Babilonia egipcia (el viejo Cairo) vio desmoronarse las bóvedas de una de esas necrópolis habitadas por seres vivos[28].

[27] Interpretación masónica de las antiguas iniciaciones, "La flauta mágica" ejerce sobre Nerval una fuerte atracción (ver n. 64) Se ve aquí la parte de intuición y de especulación que aporta a su descripción de las pirámides, lo menos arqueológica posible. La idea de reanimar las ruinas con un espectáculo aparece igualmente en ISIS, cap. I.

[28] Sobre los magos y los ancestros retirados en los hipogeos para cultivar allí los secretos primitivos, ver más abajo la leyenda de Adoniram (capítulos VI y VII) y "Aurelia I,8"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Y tras los cuarentaiún días, ¿qué pasaba con el iniciado?
- Todavía tenía que observar dieciocho días de retiro, durante los que debía guardar un completo silencio. Sólo le estaba permitido leer y escribir. Después, pasaba un examen en el que todas las acciones de su vida eran analizadas y criticadas. Este proceso aún duraba doce días. Luego, se le acostaba a lo largo de nueve días detrás de la estatua de Isis, tras haber suplicado a la diosa que se le apareciera en sus sueños y le inspirara sabiduría. Por fin, hacia los tres meses, las pruebas habían terminado. La aspiración del neófito hacia la divinidad, ayudada por las lecturas, las enseñanzas y el ayuno, le llevaban a un grado tal de entusiasmo que por fin era digno de ver caer ante sí los velos sagrados de la diosa. En ese momento, su sorpresa llegaba al colmo viendo cómo se animaba aquella fría estatua cuyos trazos habían tomado de repente el parecido de la mujer que más amaba o del ideal que se había formado sobre la belleza más perfecta[**].

"En el momento en que él extendía sus brazos para alcanzarla, ella se desvanecía en una nube de perfumes. Los sacerdotes entraban con gran pompa y el iniciado era proclamado igual a los dioses. Ocupando un lugar de inmediato en el banquete de los sabios, le estaba entonces permitido degustar los más delicados manjares y embriagarse con la ambrosía terrestre, que no faltaba en estas fiestas. Sólo le quedaba una pena, la de haber admirado tan sólo por un instante la divina aparición que se había dignado sonreírle... Sus sueños se la iban a devolver. Un largo sueño, debido sin duda al jugo de loto exprimido en su copa durante el festín, permitía a los sacerdotes transportarle a algunas millas de Menfis, al borde del célebre lago que aún lleva el nombre de Karún (Carón) Una balsa le recibía aún dormido y le transportaba a esta provincia de El Fayúm, oasis delicioso que, aún hoy, es la tierra de las rosas. Allí existía un valle profundo, rodeado por una parte de montañas, y por la otra separado del resto del país por abismos excavados por la mano del hombre, en donde los sacerdotes habían sabido reunir las dispersas riquezas de la naturaleza entera. Los árboles de la India y del Yemen entremezclaban allí su follaje tupido y sus extrañas flores con la vegetación más rica y variada de la tierra de Egipto.

"Animales en cautividad daban vida a esta maravillosa decoración, y el iniciado, depositado allí, aún dormido, sobre la hierba, se encontraba al despertar en un mundo que semejaba la perfección misma de la naturaleza creada. Se levantaba, respirando el aire puro de la mañana, renaciendo al fuego del sol que no había visto desde hacía mucho tiempo; escuchaba el cadencioso canto de los pájaros, admiraba las flores embalsamadas, la tranquila superficie de las aguas rodeadas de papiros y consteladas por lotos rojos, en donde el flamenco rosa y el ibis trazaban sus curvas graciosas. Pero aún faltaba algo para animar esta soledad. Una mujer, una virgen inocente, tan joven, que ella misma parecía surgir de un sueño puro y matinal, tan bello, que mirándola de cerca se podían reconocer los admirables rasgos de Isis vislumbrados a través de una veladura. Tal era la criatura divina que se convertía en compañera y recompensa del iniciado triunfante".

Aquí, me creo en el deber de interrumpir la narración imaginada por el sabio berlinés: "Me parece, dije, que usted me está contando la historia de Adán y Eva.
- Más o menos", me respondió.

[**] El mito de Pigmalión, otro de los temas recurrentes en Nerval.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

En efecto, la última prueba, tan encantadora, pero tan imprevista, de la iniciación egipcia era la misma que Moisés relató en el Génesis. En aquel jardín maravilloso existía un árbol cuyos frutos estaban prohibidos al neófito admitido en el paraíso. Es tan cierto que esta última victoria sobre uno mismo era la cláusula de la iniciación, que se han encontrado en el Alto Egipto bajorrelieves datados de 4.000 años, representando a un hombre y a una mujer, bajo un árbol, en el que ésta última ofrece el fruto a su compañero de soledad. Alrededor del árbol está enroscada una serpiente, representación de Tifón, el dios del mal. En efecto, en general sucedía que el iniciado, que había vencido todos los peligros materiales se dejaba llevar por esta seducción, cuyo desenlace consistía en su exclusión del paraíso terrenal. Su castigo entonces debía ser el de errar por el mundo, y difundir en los pueblos extranjeros las enseñanzas que él había recibido de los sacerdotes.

En cambio, si él resistía, lo que era muy raro, a la última tentación, se convertía en un igual al rey. Se le paseaba en triunfo por las calles de Menfis, y su persona era sagrada.

Precisamente, por haber fallado en esta prueba, Moisés fue privado de los honores que esperaba. Herido por este resultado, declaró una guerra abierta contra todos los sacerdotes egipcios, luchó contra ellos mediante la ciencia y los prodigios, y terminó liberando a su pueblo gracias a un complot cuyo resultado es bien conocido*.

El prusiano que me contaba todo esto era evidentemente un hijo de Voltaire... este hombre estaba aún anclado en el escepticismo religioso de Federico II y no pude evitar hacerle esta observación.

“Se equivoca, me dijo: nosotros los protestantes, analizamos todo; pero no por ello somos menos religiosos. Sí parece demostrado que la idea del paraíso terrenal, de la manzana y de la serpiente, ha sido conocida por los antiguos egipcios, esto no prueba de ningún modo que la tradición no sea divina. Estoy dispuesto a creer, incluso que la última prueba de los misterios no era más que una representación mística de la escena que pudo suceder en los primeros días del mundo; que Moisés, tal vez hubiera tomado esto de los antiguos egipcios, depositarios de la sabiduría primigenia; o que se haya servido, al escribir el Génesis, de las impresiones que él mismo hubiera podido conocer; pero aun así esto no implica que no sea cierta la verdad primera. Triptolemo, Orfeo y Pitágoras también pasaron por las mismas pruebas. El uno fundó Los Misterios de Eleusis, el otro, los de Las Cabirias de Samotracia; y el último, las sociedades místicas del Líbano[29].

“Entonces, Orfeo tuvo menos éxito que Moisés. Falló en la cuarta prueba; en la que era necesario tener la suficiente fuerza de espíritu como para alcanzar los anillos suspendidos sobre él: cuando los peldaños de hierro comenzaron a caer bajo sus pies se precipitó en el canal, de donde le sacaron con dificultad y, en lugar de llegar hasta el templo, tuvo que volver hacia atrás y remontar el camino hasta la salida de las pirámides. Durante la prueba, su mujer le había sido arrebatada por uno de esos “accidentes naturales” que los sacerdotes amañan con facilidad y les dan esa apariencia. Pero Orfeo obtuvo, gracias a su talento y su renombre, la gracia de comenzar de nuevo las pruebas, y por segunda vez falló, y así fue cómo perdió para siempre a Eurídice, y él se vio reducido a llorarla en el exilio.

- Con este sistema, dije, es posible explicar materialmente todas las religiones, pero ¿qué ganaríamos nosotros?

---

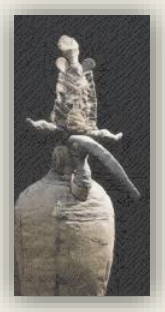
* Esas especulaciones sobre el origen egipcio de la Revelación bíblica se remontan al Renacimiento y se han convertido en lugar común de toda una tradición exotérica. Nada más nervaliano, sin embargo que esta búsqueda de un hogar común a todas las creencias y esa reducción del mensaje bíblico a un avatar de la Historia de las Religiones.

** Alusión a la doctrina sincretista de la PRISCA TEOLOGÍA; el Hermes Trimegisto de los egipcios, Moisés, Orfeo, Pitágoras y otros sacerdotes antiguos, habrían recibido una revelación paralela y sus misterios enseñarían una verdad única y universal.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Nada. Nosotros tan solo acabamos de pasar dos horas charlando sobre los orígenes de la historia. Ahora cae la tarde y es hora de buscar un refugio".

Pasamos la noche en una posada italiana, situada cerca de allí, y al día siguiente se nos condujo al emplazamiento de Menfis, situado a unas dos millas hacia el mediodía. Las ruinas allí son irreconocibles; de hecho, todo está recubierto por un bosque de palmeras en medio del que se encuentra la inmensa estatua de Sesostris, de sesenta pies de altura, aunque caída sobre su vientre en la arena. Pero todavía debo hablar de Saqqarah, adonde se llega enseguida; de sus pirámides, más pequeñas que las de Gizeh, entre las que se distingue la gran pirámide de ladrillos construida por los hebreos. Un espectáculo aún más curioso se halla en el interior de las tumbas de animales, muy numerosas y extendidas por la llanura. Las hay de gatos, cocodrilos y de ibis. Se penetra a ellas con mucha dificultad, respirando la ceniza y el polvo, arrastrándose a veces por conductos por los que sólo se puede pasar de rodillas. Después, uno se encuentra ante vastísimos subterráneos en donde se acumulan a millones y simétricamente colocados, todos esos animales, cuyos cuerpos, los bondadosos egipcios, se preocupaban en embalsamar y amortajar, igual que a los hombres. Cada momia de gato está envuelta en una gran cantidad de vendajes, en los que, de un extremo a otro, se han escrito en jeroglíficos, probablemente la vida y virtudes del animal. Incluso se hace lo mismo para con los cocodrilos... En cuanto a los ibis, sus restos son encerrados en vasijas de arcilla de Tebas, ordenadas perfectamente a lo largo de una superficie incalculable, como si fueran vasijas de mermelada en una granja.



Pude cumplir fácilmente el encargo que me había hecho el cónsul, después, me separé del oficial prusiano, que continuó su ruta hacia el Alto Egipto, y yo volví al Cairo, bajando por el Nilo en una barca.

Me ocupé de ir a llevar al consulado el ibis obtenido al precio de tantas fatigas, pero me dijeron que durante los tres días consagrados a mi exploración, nuestro pobre cónsul había sentido cómo se agravaba su enfermedad y se había embarcado para Alejandría. Después me enteré de que había muerto en España.

NOTA.- Las ilustraciones de este capítulo

1. Isis	(kemet-neith.blogspot.com)
2. Osiris	(barzaj-jan.blogspot.com)
3. Lago Qarún	(spain.memphistours.com)
4. El Fayum	(egytour1.blogspot.com)
5. Isis	(www.fenixnews.com)
6. Saqqarah	(nefertary.over-blog.com)
7. Serapeum	(1875 engraving of 1850 excavation of the Serapeum of Saqqara in Memphis, Egypt - www.flickr.com)
8. Momias de gatos	(www.pedresdegirona.com)
9. Momia de ibis	(www.taringa.net)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

IV.01. LAS PIRÁMIDES

IV.01.04. El retorno

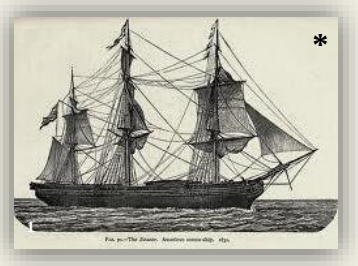
Dejo con pesar esta vieja ciudad, El Cairo, en donde he encontrado los últimos vestigios de la grandeza árabe, que en ningún momento ha defraudado la idea del Oriente que yo me había hecho a través de narraciones y tradiciones. La había visto tantas veces en mis sueños de juventud, que me daba la impresión de haber vivido allí en alguna otra época. Yo reconstruía mi Cairo de otros tiempos, en medio de los barrios desiertos o de las mezquitas derruidas. Me parecía que pisaba sobre las huellas de mis antiguos pasos. Iba diciéndome... al dar la vuelta a este muro, voy a ver tal cosa..., y esa cosa estaba allí; en ruinas, pero real.

No pensemos más. Este Cairo languidece bajo la ceniza y el polvo; el espíritu y los progresos modernos han triunfado como la muerte. Unos cuantos meses más, y calles de estilo europeo habrán troceado en ángulos rectos la vieja ciudad muda y polvorienta, que se derrumba pacífica sobre los pobres campesinos. Lo que se ve brillar y crecer es el barrio de los francos, la ciudad de los italianos, provenzales y malteses, el futuro cimiento de la India inglesa. El Oriente de antaño se precia de usar sus viejos atuendos, sus viejos palacios, sus viejas costumbres, pero ya ha llegado a sus últimos días, y puede decir como uno de sus sultanes: “La muerte ha disparado su flecha y me alcanzó: ya soy el pasado”.

La que todavía protege el desierto, ocultándola poco a poco en sus arenas es, fuera de la ciudad de El Cairo, la ciudad de las tumbas, el valle de los califas, que asemeja, como Herculano, haber abrigado generaciones desaparecidas, y cuyos palacios, arquerías y columnas, los mármoles preciosos, los interiores pintados y dorados, las murallas, las cúpulas y los minaretes, multiplicados hasta la locura, no han servido más que para recubrir ataúdes. Este culto a la muerte es un distintivo eterno del carácter de Egipto. Sirve, al menos, para proteger y transmitir al mundo la extraordinaria historia de su pasado.

NOTA.- La ilustración de este capítulo es cortesía de: http://es.wikipedia.org/wiki/El_Cairo (10-09-2014)
1. El viejo y el nuevo Cairo: la Ciudadela y las tumbas de los Mamelucos .
2. El Cairo. El hotel Bristol (postcard-from-cairo-1915)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6



I. LAS MUJERES DEL CAIRO

V.01. LA EMBARCACIÓN

V.01.01. Preparativos para navegar

La embarcación que me llevaba hasta Damieta, transportaba también todo el menaje que había amontonado en El Cairo durante los ocho meses de mi estancia en la ciudad. A saber: la esclava de tez dorada que me vendió Abdelkarím, el cofre verde con los efectos que le había regalado; otro baúl provisto de todo lo que yo mismo había ido coleccionando; uno más con mi ropa de francés, último vestigio de mala suerte, como ese vestido de mendigo, que un emperador había conservado para acordarse de su primitiva condición[162], además de todos los utensilios y muebles con los que tuve que acomodar mi domicilio del barrio copto, y que consistían en cántaras y botijas para refrescar el agua; pipas y narguiles; colchones de algodón y cajones de palma trenzada, que podían servir como divanes, camas o mesas, y que además tenían la ventaja de poder utilizarse como jaulas para aves de corral o palomar, durante la travesía.

Antes de partir, fui a despedirme de Madame Bonhomme, esa rubia y encantadora mujer, viático para el viajero. "¡Vaya!, me dije, no veré durante mucho tiempo más que rostros de color; voy a luchar contra la peste que reina en el delta de Egipto, y con las tormentas del golfo de Siria, que habrá que atravesar en frágiles barcos; pero su visión será para mí la última sonrisa de la patria".

Madame Bonhomme pertenece a ese tipo de belleza rubia, del Midi, que Gozzi[1] celebraba en *Las Venecianas*, y que Petrarca ha cantado en honor de las mujeres de nuestra Provenza. Parece ser que esas peculiares anomalías son fruto de la proximidad de los países alpinos "el oro encrespado" de sus cabellos, y que sus ojos negros se deben a los profundos ardores del Mediterráneo. La piel, fina y clara como el satín rosa de los flamencos, se colorea en los lugares tocados por el sol, de un ligero tinte ambarino, que nos hace pensar en los viñedos de otoño, cuando los racimos de uvas doradas se cubren a medias bajo los pámpanos bermejos. ¡Ay, imágenes amadas por Ticiano y el Giorgione![163], ¿aún tenéis que dejarme esta melancolía y ese recuerdo de las riberas del Nilo? Y eso que yo tenía a mi lado a otra mujer de cabello negro como el ébano, de faz tan sólida que parecía tallada en mármol de *portore*, belleza severa y grave, como los antiguos ídolos de Asia, y cuya gracia, a un tiempo servil y salvaje, recordaba a veces, si se pueden unir ambos conceptos, a la triste alegría del animal cautivo.

Madame Bonhomme, me había conducido a través de su almacén, colmado de artículos de viaje, mientras yo la escuchaba y admiraba al ir detallando los méritos de todos aquellos encantadores artículos que, para los ingleses, representaban su necesidad en el desierto de reproducir todo el confort de la vida moderna. Me explicaba, Madame Bonhomme, con su ligero acento provenzal cómo se podían colocar al pie de una palmera o de un obelisco, apartamentos completos para los señores y sus criados, con mobiliario y cocina, todo ello

---

* ana1006pr.wordpress.com

[162] La Fontaine, *Le Berger et le roi (Fables X. 9).* (GR)

[1] El conde **Carlo Gozzi** (Venecia, 13 de diciembre de 1720 - 4 de abril de 1806), escritor italiano, fue uno de los mayores representantes de la oposición al movimiento ilustrado de la Italia del siglo XVIII.

[163] En sus MEMORIE INUTILI, el autor de teatro veneciano Carlo Gozzi (1722-1806) habla bastante de sus amores con una "giovine ch'era una biondina grassotta..." (GR) Sobre este tipo femenino tan querido por Gautier y Nerval, ver el estudio de G. Poulet, citado en la nota 23. Ver también la pg. 298. Esta nota se recoge en la n.36.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

transportable a lomos de camello; ofrecer cenas europeas, en las que no faltase de nada, ni los raguts, ni los aperitivos, gracias a las latas de conservas que, hay que reconocer, a veces son un gran recurso.

"¡Vaya! Le dije, yo me he convertido en un auténtico beduino (nómada árabe): almuerzo estupendamente con una *dourah* (torta de pan) cocida sobre una placa de barro, dátiles machacados con manteca, pasta de albaricoque, saltamontes ahumados... e incluso conozco un medio de obtener una gallina asada en medio del desierto, sin tan siquiera tomarse la molestia de desplumarla.

- Desconocía tal refinamiento, repuso madame Bonhomme.
- Ésta es la receta, le contesté, que me dio un renegado muy habilidoso, que la vió practicar en el Hedjaz. Se coge una gallina...
- ¿Se necesita una gallina? Dijo madame Bonhomme.
- Por supuesto, tanto como una liebre para *un civet*[*].
- ¿Y luego?
- Luego se enciende una fogata entre dos piedras, se busca agua...
- ¡Bueno! Pero si ya hay un montón de cosas necesarias!
- Todas las proporciona la misma naturaleza. Incluso se puede hacer con agua del mar...valdría lo mismo y nos ahorraría la sal.
- ¿Y dónde hace usted intervenir a la gallina?
- ¡Ah!, ¡esto es lo más ingenioso! Vertemos el agua en la fina arena del desierto... otro ingrediente regalo de la naturaleza. Esto produce una arcilla fina y limpia, extremadamente útil para la preparación.
- ¿Se comería usted una gallina asada en la arena?
- Le reclamo un último minuto de atención. Formamos una bola espesa con esta arcilla, cuidando de meter dentro éste u otro volátil.
- Esto se está poniendo interesante.
- Ponemos la bola de tierra sobre el fuego, y la damos vueltas poco a poco. Cuando la envoltura se ha endurecido suficiente y ha tomado un buen color por todas partes, hay que retirarla del fuego: la gallina ya está cocinada.
- ¿Y eso es todo?
- Todavía no: se quiebra la bola que ha pasado al estado de barro cocido, y las plumas del ave, presas en la arcilla, se arrancan a medida que nos deshacemos de los fragmentos de esta marmita improvisada.
- ¡Pero eso es un banquete se salvajes!
- No. Se trata tan sólo de una gallina asada.

Madame Bonhomme percibió de inmediato que no había nada que hacer con un viajero tan consumado como yo. Volvió a colocar todas sus cocinas de hierro blanco, las tiendas de campaña, cojines y camas de caucho con el sello estampado de "improved patent" inglés.

"De todos modos, le dije, me gustaría encontrar aquí algo que me resultara de utlidad".

- Tenga, dijo Madame Bonhomme, estoy segura de que ha olvidado comprar una bandera. Usted necesita una bandera.
- ¡Pero si no me voy a la guerra!

[*] civet de liévre: encebollado de liebre.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Pero va a descender por el Nilo... y necesita un pabellón tricolor en la popa de su barco para hacerse respetar por los *fellahs*".

Y me mostró, a lo largo de las paredes del almacén, una colección de banderas de todas las marinas.

Yo ya había comenzado a tirar de una banderola de punta dorada en donde se mostraban nuestros colores, cuando Madame Bonhomme me detuvo el brazo.

"Usted puede escoger; no está obligado a indicar su nacionalidad. Todos "esos señores" eligen de ordinario un pabellón inglés, de ese modo, se tiene más seguridad.

- ¡Oh!, madame, le dije, yo no soy de ese tipo de gente.
- Ya me lo figuraba, me repuso con una sonrisa".

Me gustaría pensar que no es gente de París la que pasea los colores ingleses por este viejo Nilo, en el que otrora se reflejaron las enseñas de la República. Los legitimistas en peregrinaje hacia Jerusalén escogen, es cierto, el pabellón de Cerdeña, pero eso, por ejemplo, no lo veo mal.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

V.01. LA EMBARCACIÓN

V.01.02. Una fiesta familiar

Salimos del puerto de Bulak, y en unos minutos; el palacio de un bey mameluco, transformado en la actualidad en escuela politécnica; su vecina mezquita blanca; las estanterías de los alfareros que exponen sobre la arena sus *bardaques* de barro poroso, fabricadas en Tebas y transportadas desde el alto Nilo; las canteras de construcción que bordean hasta bien lejos la orilla derecha del río... todo ello desapareció. Llegamos hasta la ribera de una isla de aluvión situada entre Bulak y Embabeh, cuya orilla arenosa recibió de inmediato el choque de nuestra proa; mientras las dos velas latinas de nuestra embarcación tremolaban sin recoger el viento:

- ¡*Battal*!, ¡*Battal*! gritaba el raïs, o lo que es lo mismo: ¡malo, malo!, es probable que refiriéndose al viento. En efecto, la ola rojiza, rizada por un viento contrario, nos lanzaba a la cara su espuma, y el remolino tomaba tintes pizarrosos remedando los reflejos del cielo.

Los hombres bajaron a tierra para liberar el barco y darle la vuelta. Entonces comenzaron con uno de esos cánticos con los que los barqueros egipcios acompañan todas las maniobras y que siempre acaban con el estribillo *"¡eleyson!"* mientras que cinco o seis buenos mozos, despojados en un instante de su túnica azul, semejantes a estatuas de bronce florentino, se esforzaban en esos quehaceres con las piernas sumergidas en el agua, mientras el raïs, sentado como un pachá en la proa, fumaba su narguile con aire indiferente. Un cuarto de hora más tarde volvimos al Bulak, medio escorados sobre un costado y con la punta de las vergas dentro del agua.

Apenas habíamos avanzado doscientos pasos sobre el curso del río, cuando tuvimos que girar la barca, atrapada esta vez en los remolinos, para ir de nuevo a la isla de arena: ¡*Battal*! ¡*Battal*! seguía diciendo de vez en cuando el raïs.

Reconocí a mi derecha los jardines de las alegres villas que rodean el paseo del Chubrah; los monstruosos sicomoros que lo forman resonaban con el agrio cloqueo de las cornejas que a veces se entrecortaba con el siniestro ulular de los milanos.

Por lo demás, ningún loto, ningún ibis, ni un solo trazo del color local de otros tiempos. Tan solo se veían acá y allá grandes búfalos sumergidos en el agua y gallos del faraón, una especie de pequeños faisanes de plumas doradas, que revoloteaban sobre la espesura de los naranjos y los plátanos de los jardines.

Me olvidaba del obelisco de Heliópolis, que marca con su dedo de piedra el límite vecino del desierto de Siria, y que sentía no haberlo podido ver aún más que de lejos. Este monumento no debería desaparecer de nuestro horizonte durante todo el día, ya que la barca seguía navegando en zig-zag.

El crepúsculo había llegado, el disco del sol descendía tras la línea poco escarpada de las montañas líbicas, y de golpe la naturaleza pasó de la sombra violeta del atardecer, al añil oscuro de la noche. Divisé a lo lejos las luces de un café, nadando en sus transparentes candeleros de aceite; el acorde estridente del *naz* y el *rebab* acompañaba a esa melodía egipcia tan conocida: *¡ya teyly!*[*] (¡Oh, noches!)

Otras voces daban la réplica a la primera estrofa: "¡Oh noches de alegría!" Se cantaba a la felicidad de los amigos que se unen, al amor y al deseo, llamas divinas, radiantes

[*] Aquí aparece transcrito *ya teyly*. Es posible que se deba a un error de transcripción del autor, pues la traducción que da: "¡Oh, noches!" corresponde a *ya leyly* o *ya layāly* (Nota del traductor)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

emanaciones de la claridad pura que sólo existe en el cielo. Se invocaba a Ahmad, el elegido, el jefe de los apóstoles, y voces infantiles retomaban a coro el estribillo de esa deliciosa y sensual efusión que llama a la bendición del señor sobre las alegrías nocturnas de la tierra.

Vi que se trataba de una fiesta familiar. El extraño alborbolear de las campesinas se sucedía al coro de niños, y todo esto igual podía ser la celebración de una boda que la de un funeral, ya que en todas las ceremonias de los egipcios se reconoce siempre esa mezcla de alegría quejumbrosa, con una pena entrecortada por el éxtasis de la felicidad, que ya en el mundo antiguo presidía todos los actos de su vida.

El raïs había hecho amarrar nuestra barca a una estaca plantada en la arena, y se preparaba para descender. Le pregunté si sólo nos detendríamos un rato en la aldea que estaba ante nosotros, y me respondió que debíamos pasar allí la noche e incluso quedarnos al día siguiente hasta las tres de la tarde, momento en el que se levantaba el viento del suroeste (estábamos en la época de los monzones)

"Yo creía, le dije, que haríamos avanzar la barca remolcándola con maromas cuando el viento no fuera favorable.

- Eso no era lo pactado en nuestro trato – respondió-".

En efecto, antes de partir, habíamos hecho un escrito ante el *cadí*; pero era evidente que estas gentes habían puesto lo que les había venido en gana. Por otra parte, yo nunca tengo prisa por llegar, y esta circunstancia, que habría hecho rugir de indignación a un viajero inglés, a mí me proporcionaba la ocasión de estudiar mejor el viejo canal, algo deteriorado, por el que el Nilo descendía desde El Cairo hasta Damieta.

El raïs, que esperaba violentas reclamaciones de mi parte, admiró mi serenidad. El remolque de barcas es relativamente bastante costoso, ya que, además de un mayor número de remolcadores sobre la barca, precisa de la ayuda de algunos hombres de contacto dispuestos a lo largo de las riberas entre aldea y aldea.

Una barca dispone de dos habitaciones, con el interior elegantemente pintado y dorado, con dos ventanas dando al río, protegidas con celosías y encuadrando agradablemente el doble paisaje de ambas riberas. Ramos de flores y complicados arabescos decoran los paneles, dos cofres de madera recorren cada habitación a lo largo, y permiten, durante el día, sentarse sobre ellos con las piernas cruzadas, y por la noche, tenderse sobre colchones o cojines. Por lo común, la primera habitación sirve de diván, la segunda de harem. Todo ello se cierra y se encadena herméticamente, salvo para las privilegiadas ratas del Nilo, con las que, se haga lo se haga, habrá que convivir. Los mosquitos y otros insectos son compañeros aún menos agradables; pero por la noche se evitan sus pérfidos besos gracias a bastas camisas cuya abertura se anuda después de haberse introducido en ellas como dentro de un saco, envolviendo la cabeza con un doble velo de gasa bajo el que se respira perfectamente.

Al parecer debíamos pasar la noche sobre la barca, y yo ya me estaba preparando cuando el raïs, que había descendido a tierra, vino a buscarme ceremoniosamente y me invitó a acompañarle. Yo tenía ciertos escrúpulos de dejar a la esclava en la cabina, pero él mismo me dijo que más valía llevarla con nosotros.

NOTA.- Las ilustraciones de este capítulo se han bajado de la Red el 11-09-2014

1. 'Water-carriers at the Nile, Bulak, Egypt' (www.worldofstereoviews)
2. Boat on the Nile with Pyramids of Gizeh, 1872. Ivan Konstantinovich Aivazovsky (1817-1900) (www.topofart.com)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

V.01. LA EMBARCACIÓN

V.01.03. El Mutháhir (El circunciso)

Al bajar a la orilla, me di cuenta de que habíamos desembarcado en Chúbrah. Los jardines del Pachá, con los arriates de mirto que decoran la entrada, estaban ante nosotros. Un amasijo de casas humildes, hechas de adobe, se extendía a nuestra izquierda, a ambos lados de la avenida. Vecina al café, que bordeaba el río, estaba la casa del raïs, a la que nos rogó que pasáramos.

Desde luego que merecía la pena, me dije, quedarse todo el día en el Nilo, salvo por un pequeño detalle, ¡aquí estamos tan solo a una milla de El Cairo!, y lo que en realidad me hubiera apetecido era volver y pasar la tarde leyendo la prensa donde madame Bonhomme. Pero el raïs ya nos había conducido ante su casa y estaba claro que allí se celebraba una fiesta a la que había que asistir.

En efecto, los cantos que habíamos escuchado partían de allí. Una muchedumbre de tez curtida, mezclada con auténticos negros, parecía librarse a la alegría. El raïs, al que entendía de una manera bastante imperfecta su dialecto franco, salpimentado con el árabe, por fin consiguió hacerme comprender que aquello era una celebración familiar en honor de la circuncisión de su hijo. Entonces capté por qué habíamos recorrido tan poco camino.

La ceremonia se había llevado a cabo el día antes en la mezquita, y nosotros llegábamos tan solo al segundo día de alborozos. Las fiestas familiares, incluso las de los egipcios más humildes, son fiestas públicas, y la calle estaba llena de gente. Una treintena de compañeros de escuela del joven circunciso (mutháhir) llenaba una sala de la parte baja; las mujeres, parientes o amigas de la esposa del raïs, hacían corrillo en la habitación del fondo, y nosotros, nos detuvimos cerca de esa puerta. El raïs indicó desde lejos a la esclava que me seguía, un lugar cercano a su esposa, y ésta se fue sin titubear a sentarse sobre la alfombra de la *janún* (dama) tras hacer los saludos al uso.

Se comenzaron a distribuir café y pipas, y unos nubios empezaron a danzar al son de los *tarabouks*[*] (tambores de barro cocido) que numerosas mujeres sostenían con una mano y golpeaban con la otra. La familia del raïs era demasiado pobre sin duda para tener "lamées blancas"; pero los nubios danzaban por gusto y para su propio placer. El *loti* o corifeo hacía las bufonadas habituales guiando el paso de cuatro mujeres que se dedicaban a dar los saltos enloquecidos que ya he descrito, y que sólo cambia en razón, más o menos, del ardor de los ejecutantes.

[*] *Tarabouks* o *Darbúkas* son tamboriles de barro cocido y decorado, rematados por una piel de oveja tensa atada a la boca de la vasija.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Durante uno de los intervalos de la música y las danzas, el raïs me había colocado cerca de un vejete y me dijo que era su padre. Ese buen hombre, al saber cuál era mi país, me acogió con una palabra totalmente francesa, pero que con su pronunciación se convertía en algo cómico. Era todo lo que había conservado de la lengua de los vencedores del 98 (1798?) Yo le respondí gritando "¡Napoleón!" Y no pareció que me comprendiera. Eso me extrañó; pero caí bien pronto en la cuenta de que ese nombre databa tan sólo de la época imperial. "¿Ha conocido usted a Bonaparte" - le dije en árabe-. Echó la cabeza hacia atrás, como en una ensoñación llena de solemnidad, y se puso a cantar a pleno pulmón:

¡Ya salám, Bunabarteh!
¡Salut à toi! ¡ô Bonaparte!

Yo no pude evitar que se me saltaran las lágrimas al escuchar a aquel anciano repetir el viejo canto de los egipcios en honor de aquel al que llamaban el sultán *kébir*[*]. Le pedí que lo cantara todo entero, pero su memoria sólo había retenido unos pocos versos.

"Tú nos has hecho suspirar por tu ausencia,
¡oh! general que tomas el café con azúcar
¡tú, que con el sable has golpeado a los Turcos!
¡Salud a ti!
¡Oh, tú, el de hermosos cabellos!
Desde el día que entraste en El Cairo
Esta ciudad brilla con el resplandor de una lámpara de cristal.
¡Salud a ti!"

Mientras tanto, el raïs, indiferente a esos recuerdos, había ido junto a los niños, porque al parecer todo estaba preparado para una nueva ceremonia.

En efecto, los niños no tardaron en alinearse en dos filas, y el resto de la gente reunida en la casa se levantó, ya que se trataba de mostrar al niño por toda la aldea, puesto que ya había paseado el día antes por El Cairo. Trajeron un caballo ricamente enjaezado, y el pequeño, que tendría unos siete años, vestido y adornado como una mujer (probablemente todo de prestado) fue izado sobre la silla, donde dos de sus familiares le sostenían por cada lado. Estaba orgulloso como un emperador, y llevaba, conforme al uso, un pañuelo sobre la boca. No me atrevía a mirarle demasiado atentamente, porque sabía que la gente de Oriente temen en esos casos al "mal de ojo", pero me fijé en todos los detalles del cortejo, que nunca había podido distinguir bien en El Cairo, en donde esas procesiones de *Muthāhirs* apenas difieren de las de las bodas.

En ésta no había bufones desnudos, simulando combates con lanzas y escudos; pero algunos nubios subidos en zancos, se perseguían con largos bastones: esto era para atraer a la muchedumbre; después, los músicos abrían la marcha, luego los niños, ataviados con sus mejores galas y guiados por cinco o seis faquires o santones, que cantaban *moals*[**] religiosos; después venía el niño a caballo, rodeado de sus parientes, y, por último, las mujeres de la familia, entre las que marchaban las bailarinas sin velo que, en cada parada, retomaban sus voluptuosas contorsiones. No faltaban ni los que llevaban las bacinillas perfumadas, ni los niños que sacudían los *kumkan*, frascos de agua de rosas con los que se rocía a los espectadores. Pero el personaje más importante del cortejo era sin lugar a dudas, el barbero, que

[*] El Grán Sultán.
[**] Poema en estrofas que se canta.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

llevaba en la mano el misterioso instrumento, que el pobre niño tendría que probar, mientras su ayudante agitaba en el extremo de una lanza, una especie de enseña cargada con los atributos de su oficio. Delante del *mutháhir* estaba uno de sus camaradas, llevando atada al cuello la pizarra de escribir, decorada por el maestro de escuela con artísticas caligrafías. Tras el caballo, una mujer lanzaba sal continuamente para conjurar a los malos espíritus. El cortejo lo cerraban las mujeres contratadas, que sirven de plañideras en los entierros y que acompañan las ceremonias de las bodas y las circuncisiones con el mismo tipo de ¡*olouloulou*! Cuya tradición se pierde en lo más remoto de los tiempos.

Mientras el cortejo recorría las calles poco concurridas de Chúbrah, yo me quedé con el abuelo del *mutháhir*, y con infinitas dificultades para impedir que la esclava siguiera a las otras mujeres. Tuve que emplear el *mafish*, todopoderoso de los egipcios, para prohibirle lo que ella consideraba un deber religioso y de cortesía. Los negros preparaban las mesas y decoraban la sala con hojas de palma. Mientras tanto, yo intentaba sonsacar al viejo algunos fragmentos de recuerdos haciendo resonar en sus orejas, con el poco árabe que yo sabía, los gloriosos nombres de Cléber y de Menou. Sólo recordaba al coronel Barthélemy, antiguo jefe de policía de El Cairo, que dejó grandes recuerdos entre la población, a causa de su notable estatura y del magnífico atuendo que llevaba. Barthélemy ha inspirado canciones de amor guardadas no sólo en la memoria de las mujeres:

"Mi bien amado lleva un sombrero bordado
nudos y rosetas adornan su cintura
Quise abrazarle, pero me dijo: aspetta
¡Ay! Qué dulce es cuando habla italiano!
¡Dios guarde al de los ojos de gacela!
¡Qué hermoso eres, Fart-el-Roumy (Barthélemy)
cuando proclamas la paz pública con un firman en la mano!"

NOTA.- Las ilustraciones de este capítulo se han bajado de la Red el 11-09-2014
1. Gravure du XIXème s. Caire.
2. Celebración en una aldea egipcia. (www.prospectmagazine.co.uk)
3. L'Empereur Napoléon Bonaparte Pardonnant aux Révoltés du Cair. (www.galerie-napoleon.com)
4. Fiesta de Sham-el-Nessim. (www.aime-free.com)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

V.01. LA EMBARCACIÓN

V.01.04. La *sirafeh* (La ofrenda)

Al entrar el *mutháhir* todos los niños fueron a sentarse de cuatro en cuatro en torno a unas mesas redondas, en las que el maestro de escuela, el barbero y los santones ocupaban los sitios de honor. Los demás esperaron a que estos acabaran de comer para colocarse en su lugar. Los nubios se sentaron ante la puerta y recibieron el resto de los platos, cuyas últimas sobras distribuyeron aún entre la pobre gente atraída por el ruido de la fiesta. Por último, y tras haber pasado por dos o tres series de invitados de inferior rango, llegaban los huesos a un último círculo compuesto por perros vagabundos atraídos por el olor de la comida. Nada se pierde en estos festines patriarcales, en donde, por muy pobre que sea el anfitrión, toda criatura viviente puede reclamar su parte del festín. Aunque bien es verdad que la gente con más posibilidades acostumbran a pagar su participación con pequeños regalos, lo que alivia un poco la carga que se imponen en estas ocasiones las familias humildes.

Y mientras tanto, llegaba para el *mutháhir*, el doloroso instante que debía clausurar la fiesta. Se hizo levantar de nuevo a los niños, y entraron solos en el salón en el que se encontraban las mujeres. Allí se cantaba: "¡Oh tú, tía paterna!, ¡Oh, tú, tía materna! Ven a preparar su *sirafeh*!". A partir de ese momento los detalles me los dio la esclava que estuvo presente en la ceremonia de la *sirafeh* (ofrenda).

Las mujeres les dieron a cuatro de los niños un chal que cada uno cogió por un extremo. La tableta para escribir fue colocada en el centro, y el alumno más aventajado de la escuela (‘arif) se puso a salmodiar un cántico tras el cual, alumnos y mujeres repetían a coro un estribillo. Se rogaba a Dios, que todo lo sabe, "que conoce el camino de la hormiga negra y su trabajo en las tinieblas", que diera su bendición a ese niño, que ya sabía leer y podía comprender El Corán. Se daba las gracias, en su nombre, al padre, que había pagado las lecciones del maestro, y a la madre, que desde la cuna le había enseñado a hablar.

"¡Que Dios me conceda, decía el niño a su madre,
el verte sentada en el paraíso, saludada por María,
Zeynab, hija de Ali, y por Fátima, hija del Profeta!"

El resto de los versículos estaba dedicado al elogio de los pobres* y del maestro de escuela, por haberle explicado y hecho aprender al niño diversos capítulos del Corán. Otros cánticos menos serios se sucedían tras estas letanías.

"¡Eh, vosotras, jóvenes muchachas que nos rodeáis, decía el ‘arif,
que Dios os proteja mientras os peináis mirándoos al espejo!
Y vosotras, mujeres casadas aquí reunidas,
por la virtud de la azora 37: la de La fecundidad*, seáis benditas!*
Pero si hay aquí mujeres que hubieren envejecido en el celibato,
¡sean arrojadas fuera a alpargatazos!"

Durante esta ceremonia, los muchachos paseaban la *sirafeh* por toda la sala, y cada mujer depositaba sobre la tableta pequeños donativos que se colocaban después en un pañuelo que los niños debían entregar a los pobres.

* J. Richer apunta que Nerval confunde FAKIRS y FAQUIS (maestros de escuela)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Y regresando a la habitación de los hombres, el Mutháhir fue colocado sobre un sillón alto. El barbero y su ayudante se colocaron de pie a ambos lados con sus instrumentos. Se colocó delante del niño una jofaina de cobre donde cada cual hubo de ir a depositar su ofrenda, tras lo cual, fue llevado por el barbero a una habitación separada de las otras, en donde la operación se celebró bajo los ojos de dos de sus parientes, mientras los timbales resonaban para tapar sus gritos.

La asamblea, sin preocuparse por este asunto, pasó todavía la mayor parte de la noche bebiendo sorbetes, café y una especie de cerveza espesa (búza); bebida embriagante, de la que sobre todo hacen uso los negros, y que sin duda es la misma que Heródoto designa con el nombre de cebada[**].

[**] Herodoto, II.77 (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

V.01. LA EMBARCACIÓN

V.01.05. El bosque de piedra

No sabía muy bien qué hacer al día siguiente por la mañana hasta que llegara la hora en que el viento debía levantarse. El raïs y toda su gente se habían librado al sueño con esa profundidad del "gran día", difícil de concebir entre las gentes del norte. Pensé que lo mejor era dejar a la esclava en la embarcación durante todo el día, mientras yo me iba a pasear por Heliópolis, que estaba apenas a una milla.

De pronto, me acordé de una promesa que había hecho a un gallardo comisario de marina que me había prestado su camarote durante la travesía de Syra a Alejandría. "Sólo le pido una cosa, me había dicho - cuando al llegar le di las gracias – y es que me traiga algunos fragmentos del bosque petrificado que se encuentra en el desierto, a poca distancia de El Cairo. Cuando pase por Esmirna, déjelos en casa de Mme. Cartou, en la calle de Las Rosas".

Este tipo de encargos son sagrados entre viajeros. La vergüenza de haberme olvidado de esto hizo que me decidiera de inmediato a hacer esa fácil expedición. Por lo demás, yo también tenía ganas de ver ese bosque cuya estructura no acababa de explicarme.

Desperté a la esclava que estaba de muy mal humor, y que pidió quedarse con la mujer del raïs; una simple reflexión y la experiencia adquirida sobre las costumbres del país me probaron que, en esa honorable familia, la inocencia de la pobre Zeyna no corría peligro alguno.

Una vez tomadas las disposiciones necesarias y advertido el raïs, que me hizo llegar un buen asno, me dirigí hacia Heliópolis, dejando a la izquierda el canal de Adriano, excavado entre el Nilo y el Mar Rojo, y cuyo lecho seco sirvió más adelante para trazar nuestra ruta en medio de las dunas de arena.

Todos los alrededores de El Chúbrah están cultivados admirablemente. Tras un bosque de sicomoros, que se extiende alrededor de los criaderos de caballos, se dejan a la izquierda numerosos jardines, en los que el naranjo se cultiva al tresbolillo en los intervalos que dejan las plantaciones de palmeras datileras. Después, atravesando una rama del Cálish o canal del Cairo, se gana en poco tiempo la linde del desierto, que comienza en el límite de las inundaciones del Nilo. Allí se detiene la fértil cuadrícula de las llanuras, cuidadosamente regadas por los surcos que corren desde las acequias o de los pozos de palas. Allí comienza, con esa impresión de tristeza y muerte de quienes vencen a la misma naturaleza, ese extraño suburbio de construcciones sepulcrales que sólo termina en el Mokatam, y que se llama, de este lado, El Valle de Los Califas. Allí es donde Tulún y Baïbars, Saladino y Malek-Adel*, y otros mil héroes del Islam, están enterrados en grandes palacios aún brillantes de arabescos y dorados, entremezclados con amplias mezquitas. Parece que los espectros, habitantes de estas vastas moradas, quisieran poseer aún estos lugares de plegaria y reuniones que, según sus tradiciones, en fechas determinadas se pueblan de una especie de fantasmagorías históricas.

* Tulún, fundador de la breve dinastía de los Tulúnidas, se convirtió en gobernador de Egipto el 872 y se apoderó de Siria en el 877. Baïbars, fue en s. XIII el cuarto sultán de la dinastía de los Mamelucos Baharíes; Saladino (1137-1193) sultán de Egipto y de Siria, fue el héroe musulmán de la tercera Cruzada, y Malek-Adel, su hermano. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Al alejarnos de esa triste ciudad, cuyo aspecto exterior produce el efecto de un brillante barrio de El Cairo, llegamos al altozano de Heliópolis, construida allí para ponerla al abrigo de las grandes inundaciones. Toda la planicie que se percibe en ese paraje está festoneada de pequeñas colinas formadas por un amasijo de escombros. Se trata, sobre todo, de las ruinas de una aldea que cubren por completo los restos perdidos de las primitivas construcciones. No queda nada en pie, ni una sola piedra antigua se eleva del nivel del suelo, excepto el obelisco, a cuyo alrededor se ha plantado un extenso jardín.

El obelisco señala el centro de los cuatro paseos de ébanos que dividen el enclave. Abejas silvestres han establecido sus panalillos en las anfractuosidades de una de las caras del obelisco que, como es bien conocido, está degradada. El jardinero, habituado a las visitas de los viajeros, me ofreció flores y frutos. Me senté y medité por un instante en los esplendores descritos por Estrabón*, en los otros tres obeliscos del templo del sol, de los que dos, están en Roma, y el otro fue destruido; en esas avenidas de esfinges de mármol amarillo, tan numerosas, y de las que en el último siglo ya solo se puede ver una en esa ciudad, cuna de las ciencias, adonde Heródoto y Platón vinieron para iniciarse en sus misterios. Heliópolis conserva también otros testimonios desde el punto de vista bíblico. Fue aquí donde José dio aquel buen ejemplo de castidad que en nuestro tiempo no se aprecia más que con una irónica sonrisa. Para los árabes, esta leyenda tiene un carácter bien diferente: José y Zuleïka representan el prototipo del amor puro**, sentimientos vencidos por el deber, que triunfa de una doble tentación, ya que el dueño de José era uno de los eunucos del faraón. En la leyenda original, con frecuencia tratada por los poetas de Oriente, la tierna Zuleïka no es sacrificada como en las que conocemos nosotros. Mal juzgada en un primer momento por las mujeres de Menfis, fue perdonada por todos cuando José, al salir de la prisión, fue a la corte del faraón para admirar todo el encanto de su belleza.

El sentimiento de amor platónico que los poetas árabes creen que tuvo José hacia Zuleïka, y que hace su sacrificio aún más bello, no impidió a este patriarca unirse más tarde a la hija de un sacerdote de Heliópolis, llamada Azima. Fue un poco más lejos, hacia el norte, en donde se estableció con su familia, en un lugar llamado Gessen, en el que se ha creído hasta nuestros días encontrar los restos de un templo judío construido por Onías***.

No he tenido tiempo de visitar esa cuna de la estirpe de Jacob, pero no dejaré escapar la ocasión de defender a todo un pueblo, del que hemos aceptado las tradiciones patriarcales, de un acto poco leal, que los filósofos le han reprochado con dureza.

Discutía un día en El Cairo acerca de la huida a Egipto del pueblo de Dios con un humorista de Berlín, que formaba parte del grupo de sabios de la expedición de Lepsius:

- "¿Cree usted, me dijo, que tantos hebreos tan honrados habrían cometido la indelicadeza de tomar de ese modo los bienes de la gente que, aunque fueran egipcios, habían sido durante tanto tiempo sus vecinos o amigos?
- No obstante, hice la siguiente observación: hay que creer esto o bien negar las Escrituras.

---

* GÉOGRAPHIE, XVII (GR)

** El Corán, en la sura 12, JOSEF, menciona bien el amor de Zuleïka hacia Josef, la nobleza moral de él y la excusa que encuentra ella en la belleza del joven. Pero la idea de un "amor platónico" y el matrimonio con Azima suscitan comentarios que dan lugar a la leyenda. Como con frecuencia, Nerval sigue aquí a Herbelot, Bibliothèque Orientale.

*** En el s. II a.C. el sumo pontífice judío Onías IV se retiró a Egipto en el reinado del rey Ptolomeo Filométer. Allí construyó, al norte de Heliópolis, una copia reducida del templo de Jerusalén (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Puede haber un error en la versión o una interpolación en el texto; pero le ruego que preste atención a lo que voy a decirle: los hebreos han poseído desde siempre un talento congénito para las finanzas, los créditos y los préstamos. En aquella época, todavía muy sencilla, no se debían hacer préstamos más que sobre prendas, y convénzase bien que esa y no otra era su industria principal.
- Pero los historiadores les describen como trabajadores ocupados en fabricar adobes para las pirámides (que bien es cierto, son de piedra) y que la retribución por su trabajo se hacía en cebollas y otros comestibles.
- ¡Desde luego! Y si pudieron atesorar algunas cebollas, le aseguro que habrían sabido sacar beneficio de ello y les habría proporcionado muchas otras ventajas.
- Entonces, ¿qué conclusión se podría obtener?
- Ninguna otra cosa que la riqueza que habían conseguido formaba probablemente parte de los préstamos que pudieron hacer en Menfis. El egipcio es negligente, y es muy probable que dejara acumularse los intereses y las cuentas, y la renta, según la tasa legal...
- ¿Eso significa que no pudieron reclamar ni un céntimo de beneficio?
- Estoy convencido. Los hebreos no se llevaron más que lo que habían ganado según las leyes de la equidad natural y comercial. Con ese acto, seguramente legítimo, sentaron entonces los fundamentos del crédito. Por lo demás, el Talmud cita en términos precisos: “Ellos tomaron tan sólo lo que era de ellos”.

Yo le doy el valor que tiene a esta paradoja berlinesa, y no tardé en encontrar a unos pocos pasos de Heliópolis los vestigios más importantes de la historia bíblica. El jardinero que se encarga de la conservación del último monumento de esta ilustre ciudad, llamada antiguamente *Ainshems* o “El ojo del sol”, me ha cedido a uno de sus campesinos para guiarme hasta el Matarée. Tras unos minutos de marcha entre el polvo del camino, encontré un nuevo oasis, mejor dicho, todo un bosque de sicomoros y naranjos: una fuente corre a la entrada del recinto, y es, según dicen, la única fuente de agua dulce que deja filtrar el terreno nitroso de Egipto. Los habitantes atribuyen esta cualidad a una bendición divina. Durante la estancia de la sagrada familia en Matarée, fue ahí, se dice, donde la Virgen venía a lavar la ropa del Niño-Dios. Además, se supone, entre otras virtudes, que esta agua cura la lepra. Unas pobres mujeres junto a la fuente, ofrecen una taza de agua, previo pago de una pequeña limosna.

Todavía tengo que ver en el bosque, el frondoso sicómoro bajo el que se refugió la Sagrada Familia, perseguida por la banda de un truhán llamado Dimas. El que más tarde se convirtió en “el buen ladrón”, acabó por descubrir a los fugitivos; pero de pronto la fe tocó su corazón, hasta el punto de que ofreció su hospitalidad a María y José, en una de sus casas situada en el emplazamiento del viejo Cairo, que entonces era conocido como la Babilonia de Egipto. Ese Dimas, cuyas ocupaciones al parecer eran lucrativas, tenía propiedades por todas partes. Ya me habían enseñado, en el viejo Cairo, en un convento copto, una antigua cueva, rematada por una bóveda de ladrillos, que pasaba por ser lo que quedaba de la hospitalaria casa de Dimas e incluso el mismísimo lugar en el que dormía la Sagrada Familia.

Todo esto pertenece a la tradición copta, pero el árbol maravilloso de Matarée recibe el homenaje de todas las confesiones cristianas. Sin que vayamos a pensar que ese sicómoro se remonta a la antigüedad que dicen, sí se puede admitir que es producto de los retoños del primitivo árbol, y nadie le visita desde hace siglos, sin dejar de arrancar un fragmento de su madera o de la corteza. Aun así, todavía mantiene hoy en día unas dimensiones enormes, y se asemeja a un baobab de la India, y el inmenso desarrollo de sus ramas y sus hojas desaparece bajo los exvotos, bonetes, peticiones y estampas que cuelgan o clavan por todas partes.

Al dejar *Mattarée*, no tardamos en encontrar de nuevo los

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

vestigios del canal de Adriano, que nos sirvió de camino durante cierto tiempo, y en donde las ruedas de hierro de los vehículos de Suez, dejan profundas huellas. El desierto es mucho menos árido de lo que se pueda creer; matas de plantas olorosas, musgos, líquenes y cactus tapizan casi todo el terreno, y grandes rocas cubiertas de arbustos se perfilan en el horizonte.

La cadena del *Mokatam* se pierde a la derecha hacia el sur; el desfiladero, al estrecharse, no tarda en ocultar la vista, y mi guía me indicó señalándola, la singular composición de las rocas que dominaban el camino: eran bloques de conchas y todo tipo de crustáceos. El mar del diluvio, o quizá, únicamente el Mediterráneo que, según los sabios, cubrió en otros tiempos todo el valle del Nilo, dejó aquí marcas incontestables. ¿Se puede suponer algo más extraordinario? El valle se abre; un inmenso horizonte se extiende hasta donde se pierde la vista; ni una huella, ningún camino; el suelo está surcado por todas partes por largas columnas rugosas y grisáceas. ¡Oh, prodigio! Aquí está el bosque petrificado.

¿Qué terrible soplo ha podido derribar en un instante estos troncos de palmeras gigantescas? ¿Por qué todos del mismo lado, con sus ramas y sus raíces, y por qué la vegetación se ha congelado y endurecido diferenciando las fibras de madera y los conductos de la savia? Cada vértebra se ha roto por una suerte de desmembramiento; pero todas han quedado unidas como los anillos de un reptil. No hay nada en el mundo tan extraño. No es una petrificación producida por la acción química de la tierra; todo ha quedado a ras del suelo. Es así como cayó la venganza de los dioses sobre los compañeros de Phineo*. ¿Sería esto un terreno que abandonó el mar? Pero nada parecido señala la acción ordinaria de las aguas. ¿Fue un cataclismo súbito, un torbellino de las aguas del diluvio? Pero cómo, en ese caso, ¿los árboles no habrían flotado? Se pierde el aliento ante algo de tal magnitud; ¡mejor ni pensar en ello!

Por fin salí de este extraño valle, y alcancé de nuevo rápidamente Chúbrah. Apenas me di cuenta de los cubiles que habitan las hienas y las blancuzcas osamentas de los dromedarios que han sembrado profusamente el paso de las caravanas; llevaba en mi pensamiento una impresión mayor que la que me produjo la primera vez que vi las pirámides: ¡sus cuarenta siglos son bien poco ante los testigos irrecusables de un mundo primitivo destruido de un golpe!

NOTA.- Las ilustraciones de este capítulo se han bajado de la Red el 12-09-2014

1. Tronco de árbol petrificado. (http://www.maria-valtorta.org/Lavere/Matarea.htm)
2. Valle de los Califas y Tumbas de los mamelucos (1870-1875). (http://nedhardy.com/2014/05/14/vintage-photos-egypt-1870/)
3. El obelisco de Heliópolis (hacia 1875). (http://nedhardy.com/2014/05/14/vintage-photos-egypt-1870/)
4. El sicómoro de la virgen María (1906). (www.delcampe.net)
5. El Mokattam en 1875. (http://nedhardy.com/2014/05/14/vintage-photos-egypt-1870/)
6. El bosque petrificado de El-Maadi. (http://lacocottedekiev.over-blog.fr/article-la-foret-petrifiee-106356404.html)

* Phineo intentó secuestrar a Andrómeda el día de sus nupcias con Perseo; pero éste le mostró la cabeza de La Medusa y al instante quedó petrificado junto con sus compañeros.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

V.01. LA EMBARCACIÓN

V.01.06. Un almuerzo en cuarentena

De nuevo en El Nilo... Hasta *Batn-el-Báqarah*, "El vientre de la vaca", donde comienza el ángulo inferior del delta, me encontraba constantemente con riberas conocidas. Las siluetas de las tres pirámides, teñidas de rosa, mañana y tarde, y que se pueden admirar durante mucho tiempo antes de llegar a El Cairo, e incluso antes de haber dejado *Bulak*; desaparecieron por fin del horizonte. Bogamos a partir de ese momento por la rama oriental del Nilo, es decir, por el auténtico caudal del río; ya que la rama de Roseta, más frecuentada por los viajeros de Europa, no es más que un largo reguero que se pierde por occidente.

Se trata de la rama de Damieta, de la que parten los principales canales deltaicos; es también este brazo fluvial el que muestra el paisaje más rico y variado. No es como las orillas monótonas de las otras ramas, recorridas por algunas palmeras famélicas, con aldehuelas de adobes, y aquí y allá, enterramientos de santones de orgullosos minaretes; columbarios adornados de extraños y ventrudos fustes; delgadas siluetas panorámicas siempre recortadas sobre un horizonte que no tiene un segundo plano; la rama, o, si se prefiere, el canal de Damieta, baña amplias ciudades, y atraviesa por todas partes campos fecundos; las palmeras son más bellas y frondosas; higueras, granados y tamarindos ostentan por doquier infinitos matices de verdor. Las orillas del río, con la afluencia de numerosos canales de irrigación, están recubiertas por una vegetación primitiva; en el seno de los manantiales, que en otros tiempos proporcionaban el papiro y variados nenúfares, entre los que tal vez se encontrara el loto púrpura de los antiguos; se ven alzarse millares de pájaros e insectos. Todo parpadea, brilla y hace ruido sin ser perturbado por el hombre, ya que por allí no pasarán más de diez europeos al año; lo que quiere decir que los disparos de fusil vienen raramente a perturbar estas soledades populosas. La cigüeña salvaje, el pelícano, el flamenco rosa, la garza blanca y la cerceta juegan en torno a los *djermes*[30] y a las *canges*[31]; mientras los vuelos de las palomas, más fáciles de asustar, se desgranan aquí y allá en largas bandadas en el azul del cielo.

Habíamos dejado a la derecha *Charajanieh* situada en el emplazamiento de la antigua *Cercasorum*; *Dagueh*, antiguo escondite de los bandoleros del Nilo que durante las noche perseguían a nado las barcas, escondiendo la cabeza en la cavidad de una calabaza hueca; *Atrib*, que cubre las ruinas de *Atribis*, y *Methram*, ciudad moderna y muy poblada, cuya mezquita, rematada por una torre cuadrada fue, se dice, una iglesia cristiana antes de la conquista árabe.

En la orilla izquierda se encuentra el antiguo emplazamiento de *Busiris* bajo el nombre de *Buzir*, aunque ninguna ruina emerge de la tierra; al otro lado del río, *Semenhud*, antiguamente *Sebennitus*, hace surgir con fuerza del seno de su verdor sus cúpulas y minaretes. Los restos de un inmenso templo, que parece ser el de Isis, se encuentran a unas cuantas millas

[30] *(djèr-m')* **Término marino**. Nombre de un pequeño navío que boga por la costa de Alejandría y a lo largo del Nilo.
[31] *(kan-j')* Nombre de un barco ligero, estrecho y rápido, que sirve para viajar por el Nilo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de allí. Los capiteles de las columnas tienen forma de cabeza de mujer; aunque la mayor parte de ellas han servido a los árabes para fabricar piedras de molino[32].

Pasamos la noche delante de *Mansúrah*, y no pude visitar los hornos de pollos célebres en esta ciudad, ni la casa de Ben-Lockman en donde vivió San Luis prisionero. Una mala noticia me esperaba al despertarme; la bandera amarilla de la peste se enarbolaba sobre Mansúrah, y también nos esperaba en Damieta, de forma que era imposible pensar en aprovisionarse de cualquier cosa que no fueran animales vivos. Era seguramente el paisaje más hermoso del mundo; pero por desgracia también las orillas se habían vuelto menos fértiles; el aspecto de las raíces inundadas y el olor malsano de los pantanos borraba con decisión, más allá de Farescúr, la impresión de las últimas bellezas de la naturaleza egipcia. Hubo que esperar a la tarde para encontrar por fin el mágico espectáculo del Nilo ensanchándose como un golfo; los bosques de palmeras, más tupidos que nunca, de Damieta, y por fin, bordeando las dos orillas, sus casas italianas y las terrazas de cultivos; un espectáculo que no se puede comparar más que al que ofrece la entrada al gran canal de Venecia, y donde las más de mil agujas de las mezquitas se recortan en la bruma coloreada de la tarde.

Se amarró la *cange* en el muelle principal, delante de un amplio edificio que ostentaba la bandera de Francia; pero había que esperar hasta el día siguiente para el reconocimiento médico y obtener el permiso para desembarcar con nuestro excelente estado de salud bien certificado, en el seno de una ciudad enferma. La bandera amarilla flotaba siniestra en el edificio de la marina, y la consigna estaba dada en nuestro propio interés. Pero agotadas nuestras provisiones, sólo nos quedaba algo para hacer un magro almuerzo al día siguiente.

No obstante, al amanecer nuestro pabellón había sido avistado, lo que confirmaba la utilidad del consejo de Mme. Bonhomme, y un jenízaro del consulado francés se presentó para ofrecernos sus servicios. Yo tenía una carta para el cónsul, y le solicité verle en persona. Se marchó para avisarle, y volvió de nuevo para conducirme hasta él, aconsejándome que tuviera mucho cuidado de no tocar a nadie, ni de ser tocado durante el camino. El jenízaro marchaba delante de mí con su bastón de empuñadura de plata, apartando a los curiosos. Al fin subimos a un amplio edificio de piedra, cerrado mediante unos enormes portones, con aspecto de un *okel* o posada para caravanas. Y eso, a pesar de que era la residencia de un Cónsul, o más bien de un agente consular de Francia, que es al mismo tiempo, uno de los negociantes de arroz más ricos de Damieta.

Entré en la cancillería, el jenízaro me señaló a su señor, y yo fui amable y llanamente a estrecharle la mano. *"¡Aspetta!"* me dijo de un talante menos gracioso que el del coronel Barthélemy cuando se le quería abrazar, y me apartó con un bastón blanco que llevaba en la mano. Comprendí la intención, y presenté simplemente la carta. El cónsul salió un instante sin decirme nada, y regresó con un par de pinzas; agarró la carta de esa guisa, puso una moneda bajo el pie, rasgó malamente el sobre con la punta de las pinzas, y recogió la hoja que mantuvo a distancia delante de sus ojos, ayudándose del mismo instrumento.

Entonces, su expresión se volvió un poco menos adusta, llamó a su canciller, que solo hablaba francés, y me hizo invitar a almorzar, aunque me previno que sería en cuarentena. Yo no sabía demasiado sobre lo que podía significar tal cosa, pero pensé primero en mis compañeros de viaje, y solicité se les proporcionara lo que la ciudad les pudiera proveer.

El cónsul dio una serie de instrucciones a su jenízaro, y pude obtener para ellos pan, vino y unos pollos, únicos productos de consumo no sospechosos de trasmitir la peste. La pobre esclava estaba desolada dentro de la cabina; y la hice salir para presentársela al cónsul.

Al verme llegar con ella, el cónsul frunció el ceño:

[32] Tras haber seguido de cerca, para la fiesta de la circuncisión, a William Lane, Nerval toma estos detalles geográficos y arqueológicos de las *Lettres sur L'Egypte* de Savary, el traductor del Corán.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

"¿Quiere usted llevar a esa mujer a Francia? Me dijo el canciller.
- Tal vez, si ella está de acuerdo y si puedo; mientras tanto, nos vamos hacia Beirut.
- ¿Sabe usted que una vez en Francia ella será libre?
- Yo la trato como a alguien libre desde el principio.
- ¿Está usted al tanto de que si ella se aburre en Francia, estará obligado a devolverla a Egipto a sus expensas?
- ¡Ignoraba tal extremo!
- Será mejor que tenga cuidado. Más valdría que la vendiera aquí mismo.
- ¿En una ciudad en la que se ceba la peste? ¡Sería poco generoso!
- En fin, usted sabrá."

Le explicó todo al cónsul, que acabó sonriendo y quiso presentar a su mujer a la esclava. Mientras tanto, nos condujo al comedor, cuyo centro lo ocupaba una gran mesa redonda. Aquí comenzó una nueva ceremonia.

El cónsul me indicó un extremo de la mesa en donde debía sentarme; él ocupó el otro extremo, junto con su canciller y un niño pequeño, su hijo sin duda, que fue a buscar a la habitación de las mujeres. El jenízaro se quedó de pie, a la derecha de la mesa para remarcar bien la separación.

Yo creía que invitaría también a la pobre Zeynab, pero a ella la dejaron allí, sentada, con las piernas cruzadas, sobre una alfombra, y en la más completa indiferencia, como si aún estuviera en el bazar. Puede que en el fondo creyera que la había llevado allí para revenderla.

El canciller tomó la palabra y me dijo que nuestro cónsul era un negociante católico, nativo de Siria, y que no estaba entre sus costumbres, incluso entre los cristianos, admitir mujeres a la mesa, iban a presentarme a la *janún* (dueña de la casa) tan solo para hacerme los honores.

En efecto, la puerta se abrió, y una mujer de una treintena de años y bastante gruesa avanzó majestuosamente hacia la sala y se colocó enfrente del jenízaro, sobre una silla alta con escabel adosada al muro. Se tocaba con un inmenso peinado cónico, cubierto con un velo de cachemira amarillo con adornos de oro. Sus cabellos trenzados y su pecho resplandecían con el brillo de los diamantes. Tenía el aspecto de una *madonna*, y su color de lis pálido, remarcaba el fulgor de las sombras de sus ojos, cuyas pestañas y párpados estaban maquillados según la costumbre.

Los criados, colocados a cada lado de la sala, nos servían los mismos alimentos, pero en platos diferentes, y me explicaron que los situados a mi lado no estaban en cuarentena, y que no había nada que temer si por casualidad tocaban mi ropa. Me resultaba muy difícil el comprender cómo, en una ciudad apestada, había gente absolutamente aislada del contagio. Aunque incluso yo fuera un ejemplo de esa singularidad.

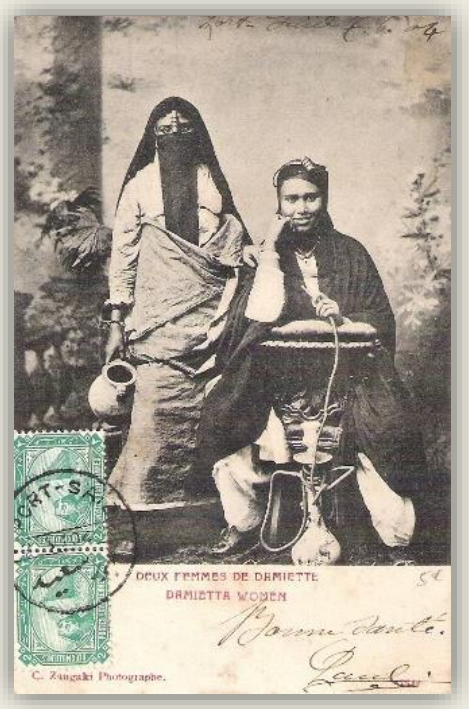
Terminado el almuerzo, *la janún*, que nos había mirado silenciosamente, sin sentarse a nuestra mesa, advertida por su marido de la presencia de la esclava que yo había llevado, le dirigió la palabra, le preguntó algunas cosas y ordenó que le sirvieran algo de comer. Llevaron una pequeña mesa redonda, parecida a las del país, y el servicio en cuarentena se efectuó tanto para ella como para mí.

El canciller quiso inmediatamente acompañarme para mostrarme la ciudad. La magnífica hilera de mansiones que bordean el Nilo, no es, si se puede decir, más que un decorado teatral; todo lo que queda son restos polvorientos y tristes; la fiebre y la peste parecen transpirar de sus murallas. El jenízaro marchaba delante de nosotros, apartando a una multitud lívida, vestida de harapos azules. Lo único que vi digno de mención fue la tumba de un santón célebre, honrado por los marinos turcos; una vieja iglesia de estilo

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

bizantino, construida por los cruzados, y una colina a las puertas de la ciudad, formada enteramente, según se dice, por los huesos de la armada de San Luis.

Temía tener que pasar varios días en esta desolada ciudad. Afortunadamente, el jenízaro me comunicó esa misma tarde que la bombarda *Santa Bárbara* iba a aparejarse al amanecer para ir a las costas de Siria. El cónsul me reservó un pasaje para mí y otro para la esclava; y esa misma tarde, dejamos Damieta para ir al encuentro en alta mar de ese barco, a las órdenes de un capitán griego.



NOTA.- Las ilustraciones de este capítulo se han bajado de la Red el 13-09-2014

7. "La voluntad de Dios": bombarda marsellesa pintada por Antoine Roux en 1816 http://www.histarmar.com.ar/Pinturas/RouxAntoine.html
8. Grabado de Damietta, 1853. (www.ebay.co.uk)
9. Tarjeta postal: "Dos mujeres de Damieta". Fotografia de C. Zangaki. (www.delcamp.net)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

VI.01. LA SANTA BÁRBARA

VI.01.01. Un compañero

- Istamboldan! Ah! Yélir firman!
- Yélir, Yélir, Istanboldan[33]!

Era una voz grave y dulce a la vez; una voz que bien podría pertenecer a un hombre rubio o a una joven morena; de un timbre fresco y penetrante, resonando como un canto de cigarra, alterado a través de la bruma polvorienta de una mañana de Egipto. Había entreabierto, para escucharlo mejor, una de las ventanas de la barcaza, cuya celosía dorada se recortaba sobre una costa árida; estábamos ya lejos de los llanos cultivados y de los ricos palmerales que rodean Damieta. Habiendo salido de esta ciudad al caer la noche, llegamos en poco tiempo a las orillas de Esbeh, escala marítima y primitivo emplazamiento de la ciudad de los cruzados. Apenas me desperté, extrañado de no ser mecido por las olas, cuando ese canto seguía sonando a intervalos como procedente de alguien sentado sobre la arena, pero oculto por la elevación de las orillas. Y la voz resonaba de nuevo con una dulzura melancólica:

- Kaïkélir! Istamboldan[34]!...
- Yélir, Yélir, Istanboldan!"

Me parecía que ese cántico celebraba a Estambul en un lenguaje nuevo para mí, una lengua que no tenía las roncas consonantes del árabe o del griego, de las que mi oído se encontraba tan fatigado. Esa voz, era el anuncio lejano de nuevas poblaciones, de nuevas orillas; ya podía entrever, como en un espejismo, a la reina del Bósforo entre sus aguas azules y su umbrosa vegetación... ¿lo iba a sentir? Ese contraste con la naturaleza monótona y quemada de Egipto me atraía irresistiblemente. Así que me dispuse a dejar para más tarde los llantos por las orillas del Nilo; y bajo los verdes cipreses de Péra, recurrir al refugio de mis adormecidos sentidos a causa del verano, con el aire vivificante de Asia. Afortunadamente, la presencia en el barco del jenízaro al que nuestro cónsul había encargado que me acompañara, me aseguraba una próxima partida.

Esperábamos la hora favorable para pasar el *boghaz*, es decir, la barra formada por las aguas del mar luchando contra el curso del río, y una *djerme*, cargada de arroz, que pertenecía al cónsul, debía transportarnos a bordo de la Santa-Bárbara, anclada a una milla mar adentro.

---

[33] Canción que venía a decir lo siguiente: "Viene de Estambul, el firman (el que anunciaba la disolución de los jenízaros)! – Un barco lo trae, - Ali-Osmán lo espera; un barco llega, -pero el firman no viene; - todo el pueblo está en la incertidumbre.- Un segundo barco llega; por fin era el que esperaba Alí-Osmán. Todos los musulmanes visten sus mejores galas – y se van a divertir al campo, - porque esta vez sí que llegó el firman!"

[34] En 1826, tras la humillante derrota en la Guerra de independencia de Grecia, el sultán Mahmut II emitió un edicto informando que se estaba constituyendo un nuevo ejército, llamado Nizam-ı Cedid, organizado y entrenado con técnicas europeas, y basado en reclutas deetnia turca. Parece ser que la intención de Mahmut II era *provocar* una sublevación de los jenízaros, que jamás aceptarían la formación de una nueva tropa de élite. La fecha de publicación del edicto fue el 11 de junio de 1826, siendo recibido con gran oposición de los jenízaros. Tal como Mahmut II y sus ministros habían previsto, las tropas de jenízaros de Estambul, las principales del Imperio Otomano, se sublevaron en las calles de la capital, siendo reducidas por tropas de caballería sipahi. Las tropas leales al gobierno, mejor armadas y entrenadas, debelaron la revuelta de los jenízaros y bombardearon sus cuarteles con nutrido fuego de artillería moderna, matando a cerca de 4,000 jenízaros rebeldes tras tres días de lucha. Otros miles más fueron masacrados por las tropas del Nizam-ı Cedid en las calles. http://es.wikipedia.org/wiki/Incidente_Afortunado (13-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Mientras tanto, la voz continuaba:

"Ah! Ah! Drommatina!
"Drommatina dieljédélim!..."

¿Qué podría significar esto? Me preguntaba yo; eso debe ser turco, y pregunté al jenízaro si él lo entendía. "Es un dialecto de las provincias, respondió; yo sólo entiendo el turco de Constantinopla; en cuanto a la persona que canta, no es nada del otro mundo: un pobre diablo sin asilo, un *banian*!"

Siempre he observado con tristeza el desprecio constante que el hombre dedicado a tareas serviles siente hacia el pobre que busca fortuna o que vive libre.

Salimos del barco y en lo alto de una colina distinguí a un hombre joven acostado indolentemente en medio de unas matas de juncos secos. Vuelto hacia el sol naciente, que perforaba poco a poco la bruma extendida sobre los arrozales, continuaba con su canción, de la que yo iba recogiendo con facilidad las palabras repetidas por numerosos estribillos:

"Déyouldoumou! Bourouldoumou!
"Aly Osman yadjénamdah!"

Hay en algunas lenguas meridionales un cierto encanto silábico, una gracia de entonación, más adecuada a la voz de las mujeres y de los muchachos jóvenes, que uno podría quedarse escuchando durante horas aunque no entendiera el significado de la canción. Y después, esa voz lánguida, esas modulaciones temblorosas que recuerdan a nuestras viejas canciones de los pueblos; todo ello me entusiasmaba por lo poderoso del contraste y de lo inesperado; algo de pastoril y de ensueño amoroso me evocaban esas palabras ricas en vocales y cadencias como los cantos de los pájaros. Puede ser, pensaba, alguna tonada de un pastor de Trebisonda o del Mármara. Me parecía escuchar palomas zureando sobre las ramas de los tejos. Esas canciones se deben cantar en los pequeños valles azulados, donde las aguas dulces aclaran con reflejos de plata las ramas sombrías del alerce; donde las rosas florecen sobre altas matas, y donde las cabras se empinan sobre verdosas rocas como en un romance de Teócrito.

Mientras tanto, yo me había aproximado al joven que al fin se dio cuenta de mi presencia y, levantándose, me saludó diciendo: "Bonjour monsieur" (buenos días, señor)

Era un hermoso muchacho de rasgos circasianos, ojos negros, tez blanca y de pelo muy corto y rubio, pero no afeitado a la manera árabe. Una larga túnica de tela listada y un abrigo de guata gris, componían su vestuario, y un simple *tarbús* de fieltro rojo le servía de sombrero; tan sólo su tamaño algo mayor y su borla mejor tupida de seda azul, que la de los bonetes egipcios, indicaba que era un hombre de los de Abdul-Medjid[35]. Su cinturón, fabricado con un retal de cachemira barato, llevaba, en lugar de la colección de pistolas y puñales que todo hombre libre o servidor liberto exhibe en el pecho, una escribanía de cobre de medio pie de longitud. El mango de este instrumento oriental, contiene la tinta, y la vaina los cálamos que sirven de plumas (*qalam*) Desde lejos, esto puede pasar por un puñal, pero es la insignia pacífica de un simple hombre de letras.

De pronto, me sentí lleno de satisfacción al encontrar a este camarada, y tuve algo de vergüenza de mi atuendo guerrero que, al contrario que el suyo, disimulaba mi profesión.

- "¿Vive usted en este país? Pregunté al desconocido.
- No señor, yo he viajado con usted desde Damieta.
- Cómo... ¿conmigo?

[35] Sultán de Turquía de 1839 a 1861.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Sí, los remeros me han recibido en la embarcación y me han traído hasta aquí. Habría deseado presentarme ante usted, pero como estaba acostado...

- Está bien, le dije, y ¿adónde va usted así?

- Vengo a pedirle permiso para pasar también a la *djerme* y llegar hasta el barco que va a tomar usted.

- No veo ningún inconveniente, le respondí, volviéndome hacia el genízaro, que entonces me llevó aparte.

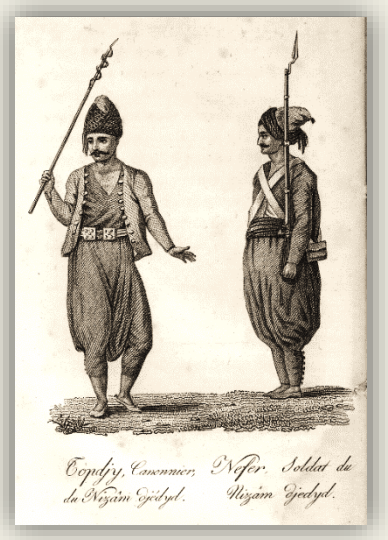
- No le aconsejo llevar a este muchacho, me dijo, ya que no tiene otra cosa aparte de su escribanía; es uno de esos vagabundos que escriben versos y otras tonterías. Se presentó al cónsul, del que no pudo sacar otra cosa.

- Querido amigo, le dije al desconocido, estaría encantado de ayudarle, pero apenas tengo más allá de lo imprescindible para llegar a Beirut y allí poder disponer de dinero.

- Está bien, repuso, puedo vivir aquí durante algunos días con los campesinos. Esperaré a que llegue algún inglés.

Esto último me dejó con un cierto remordimiento.

Me alejé con el genízaro, que me guiaba a través de las tierras inundadas, haciéndome seguir un camino trazado aquí y allá sobre las dunas de arena para llegar hasta la ribera del lago Menzaleh. La demora para cargar la *djerme* con los sacos de arroz transportados por diversas barcas nos permitió disponer de todo el tiempo necesario para esta expedición.

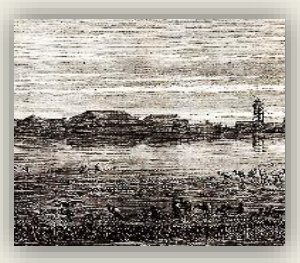


Officier inférieur des Janissaires dans son costume ordinaire,
et Sergent major des Janissaires.
Ilustrations de l'Histoire des Ottomans. Moeurs, usages, costumes...
www.bleublancturc.com (13-09-2014)

NOTA.- Las ilustraciones de este capítulo se han bajado de la Red el 13-09-2014

1.- Genízaro turco. Grabado de Christoph Weigel the Elder (1654-1725). Herzog August Bibliothek. http://diglib.hab.de/drucke/wt-4f-93/start.htm

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6



I. LAS MUJERES DEL CAIRO

VI.01. LA "SANTA BÁRBARA"

VI.01.02. El lago Menzaleh

Habíamos dejado a la derecha el poblado de Esbeh, construido con adobes, y en donde se distinguen los restos de una antigua mezquita y las ruinas de arcos y torres pertenecientes a la antigua Damieta, destruida por los árabes en la época de San Luis, por estar bastante expuesta a un ataque por sorpresa. El mar bañaba los muros de aquella ciudad, que ahora se encuentra a una milla de la actual Damieta. Es la superficie que más o menos gana la tierra de Egipto al mar cada seiscientos años. Las caravanas que atraviesan el desierto para pasar a Siria encuentran en algunos puntos huellas regulares que dejan ver, de trecho en trecho, ruinas antiguas sepultadas por la arena, que en ocasiones el viento del desierto se complace en descubrir de nuevo. Estos espectros de ciudades despojadas durante un momento de su mortaja polvorienta atemorizan la imaginación de los árabes, que atribuyen su construcción a los genios. Los sabios europeos han encontrado, siguiendo su trazado, una serie de ciudades que fueron construidas junto al mar bajo las dinastías de los reyes pastores, o de los conquistadores tebanos. Gracias al cálculo de esta retirada de las aguas, junto con el estudio de las huellas dejadas en el limo por los diferentes estratos del Nilo, en los que se pueden contar las marcas formadas por las distintas erosiones, se puede llegar a la conclusión de que la tierra de Egipto se remonta a una antigüedad de unos cuarenta mil años. Esto concuerda mal con el Génesis; a pesar de que esos largos siglos consagrados a la acción mutua de la tierra y las aguas hayan podido constituir lo que las sagradas escrituras llaman "materia sin forma"[36], la organización de los seres, único principio verdadero de la creación.

Habíamos llegado al borde oriental de la lengua de tierra en la que se encuentra Damieta; la arena por la que pasábamos brillaba en algunos tramos, y me parecía contemplar charcos de agua congelados, cuya superficie vidriosa aplastaban nuestros pies; eran costras de sal marina. Una cortina de esbeltos juncos, tal vez de los que antaño proporcionaran los papiros, nos ocultaba aún la orilla del lago; por fin llegamos a un puerto marcado por las barcas de los pescadores, y desde allí me pareció ver el mar en un día de calma. Solo las islas lejanas, teñidas de rosa por el sol de levante, coronadas aquí y allá por cúpulas y minaretes, indicaban un lugar más apacible, y barcas de vela latina circulaban a centenares sobre la superficie lisa de las aguas.

Era el lago Menzaleh, el antiguo Mareotis, en donde las ruinas de Tanis aún ocupan la isla principal, y en la que Pelusa acotaba el extremo fronterizo de la vecina Siria; Pelusa, la antigua puerta de Egipto por donde pasaron Cambises, Alejandro y Pompeyo, éste último, como bien sabemos, para encontrar allí la muerte.

Lamentaba no poder recorrer el alegre archipiélago sembrado entre las aguas del lago, y asistir a alguna de las magníficas pescas que suministran de pescado a todo Egipto. Pájaros de especies variadas planean sobre este mar interior, nadan cerca de las orillas, o se refugian entre el follaje de los sicómoros, las casias y

[36] Génesis I,2: *La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas.*

[2] En 1920, Pierre Montet descubrió las ruinas de Tanis, y siempre estuvo seguro de que había descubierto la ciudad que Ramsés II había levantado (Pi-Ramsés), sobre la antigua capital de los Hicsos, la ciudad de Ávaris. Los restos de lo que había quedado de la ciudad llevaban el nombre del gran Ramsés, los colosos, bloques de piedra y obeliscos eran una clara evidencia de la grandeza de quien los mandó construir. (desde-cero-arquitectura.blogspot.com) 14-09-2014.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

los tamarindos; los riachuelos y canales de irrigación que atraviesan por todas partes los arrozales ofrecen una gran variedad de vegetación marismeña, en donde cañaverales, juncos, nenúfares y sin duda también el loto de los antiguos, emergen del agua verdinosa y zumban con el vuelo de los insectos perseguidos por las aves. Así se cumple el eterno movimiento de la primitiva naturaleza en donde luchan espíritus fecundadores y asesinos.

Cuando, después de haber atravesado la llanura, remontamos sobre el espigón, escuché de nuevo la voz del joven que me había hablado, y que continuaba repitiendo: *Yélir, Yélir, Istanboldan!!"*. Temía haberme equivocado al rechazar su petición, y quise conversar de nuevo con él preguntándole sobre el significado de lo que cantaba. "Es, me dijo, una canción que se compuso en la época de la masacre de los genízaros[37]. Me acunaron con esa canción."

¿Cómo, me dije a mí mismo, esas dulces palabras, ese aire lánguido pueden encerrar ideas de muerte y de carnicería? Esto nos aleja un poco de la égloga.

La canción venía a decir algo así:

> "Viene de Estambul, el firman (el que anunciaba la disolución de los jenízaros)! – Un barco lo trae, - Alí-Osmán lo espera; un barco llega, -pero el firman no viene; - todo el pueblo está en la incertidumbre.- Un segundo barco llega; por fin era el que esperaba Alí-Osmán. Todos los musulmanes visten sus mejores galas – y se van a divertir al campo, - porque esta vez sí que llegó el firman!

¿Para qué profundizar más? Habría preferido ignorar el significado de esa tonadilla. En lugar de una canción pastoral o del sueño de un viajero que piensa en Estambul, solo tenía en la memoria una insulsa cancioncilla política.

"Me hubiera gustado, le dije en voz baja al joven, dejarle subir a la *djerme*, pero su canción habría podido contrariar al jenízaro, aunque hiciera como si no la comprendiera...

- ¿Él un jenízaro? Me dijo. No queda ninguno en todo el imperio; los cónsules dan aún ese nombre, por la costumbre, a sus *cavas* (guardaespaldas) pero ese no es más que un albanés, al igual que yo soy un armenio. No me quiere, porque cuando yo estaba en Damieta me ofrecí para guiar a extranjeros y enseñarles la ciudad; en la actualidad, voy a Beirut."

Le convencí al jenízaro de que su resentimiento no tenía fundamento alguno. "Pregúntele si él tiene con qué pagar su pasaje para el barco.

- El capitán Nicolás es mi amigo", respondió el armenio.

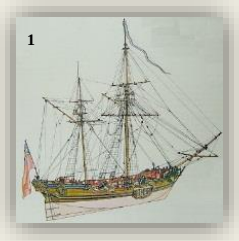
El jenízaro sacudió la cabeza, pero no hizo ninguna otra observación. El joven se levantó lentamente, recogió un pequeño paquete que apenas se veía bajo su brazo y nos siguió. Todo mi equipaje había sido ya transportado a la *djerme*, que se veía con una pesada carga. La esclava javanesa, a la que el placer de cambiar de lugar la dejaba indiferente al recuerdo de Egipto, palmoteaba con sus morenas manos con alegría, viendo que íbamos a partir y cuidaba del acomodo de las jaulas de gallinas y de palomas. El temor de que falte comida actúa fuertemente sobre estas almas simples. El estado sanitario de Damieta no nos había permitido reunir provisiones más variadas. El arroz no faltaba, pero por lo demás, quedábamos obligados a pasar toda la travesía a base de arroz.

La ilustración de la primera página corresponde al **lago Menzaleh** (en la antigüedad "lago Mareotis") en el Nilo.
Grabado sobre madera de T. Gennet en 1881 - (www.gravuras-antigas.com) 14-09-2014

[37] El poderoso ejército de los jenízaros fue exterminado por el Sultán Mahmud II el 12 de junio de 1826.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO



VI.01. LA "SANTA BÁRBARA"

VI.01.03. La bombarda

Seguimos aún por el curso del Nilo a lo largo de una milla; las orillas llanas y arenosas se extendían hasta perderse de vista, y el *boghaz* que impide a los barcos llegar hasta Damieta, a esas horas todavía no oponía más que una barrera casi insensible. Dos fortalezas protegen esta entrada, con frecuencia abierta en la Edad Media, pero casi siempre fatal para los navíos.

Los viajes por mar son en la actualidad, gracias al vapor, tan desprovistos de peligro, que no sin cierta inquietud se aventura uno en un barco de vela. Aquí renace la suerte fatal que proporciona a los peces su revancha a la voracidad humana, o al menos la perspectiva de errar durante diez años por costas inhóspitas, como los héroes de La Odisea o de La Eneida. Pero si alguna vez una nave primitiva ha sido sospechosa de estas fantasías surcando las aguas azules del golfo sirio, esa es la bombarda bautizada con el nombre de Santa-Bárbara, la que responde a su ideal más puro. En cuanto avisté desde lejos aquella sombría carcasa, parecida a un barco de carbón; elevando sobre un único mástil la larga verga emparejada con una sola vela triangular, comprendí que había empezado el viaje con mal pie, y al instante pensé en rechazar aquel medio de transporte. Pero, ¿cómo hacerlo? Volver a una ciudad y hacer frente a la peste para esperar a que pasara un bergantín europeo (pues los barcos de vapor no cubren esta línea) no parecía una opción más afortunada. Miré a mis compañeros, que no aparentaban descontento ni sorpresa; el jenízaro parecía convencido de haber arreglado bien las cosas; ningún atisbo de burla se reflejaba en los rostros bronceados de los remeros de la *djerme*; con que deduje que aquel navío no tenía nada de ridículo ni de imposible dentro de las costumbres del país. A pesar de que ese aspecto de galeota deforme, de zueco gigantesco hundido en el agua hasta la borda a causa del peso de los sacos de arroz, no auguraba una travesía rápida. A poco que los vientos nos fueran contrarios, corríamos el riesgo de ir a conocer la inhóspita patria de los Lestrigones, o las rocas de pórfido de los antiguos Feacios. ¡Oh, Ulises!, ¡Telémaco!, ¡Eneas!, ¿estaba yo destinado a verificar personalmente vuestro falaz itinerario?

Mientras la *djerme* abordaba al navío, nos arrojaron una escala de cuerdas atravesadas con palos, y de esa guisa nos vimos izados a la cubierta e iniciados en las alegrías del interior. *Kalimèra* (buenos días), dijo el capitán, vestido igual que sus marineros, pero dándose a conocer por ese saludo en griego, mientras se ocupaba en que se dieran prisa en embarcar todas las mercancías, bastante más importantes que las nuestras. Los sacos de arroz formaban una montaña sobre la popa, tras la cual, una pequeña porción de la cubierta estaba reservada al timonel y al capitán; era totalmente imposible pasearse por allí sin pasar por encima de los sacos, ya que en medio del barco estaba la chalupa, y los costados los ocupaban las jaulas con las gallinas; tan solo quedaba un espacio y muy estrecho, delante de la cocina, confiada a los cuidados de un joven grumete bastante avispado. En cuanto éste vio a la esclava, gritó: *¡kokona! ¡kali! ¡kali!* (¡una mujer!, ¡bella!, ¡bella!) Este joven se apartaba de los modales reservados de los árabes, que no permiten que parezca que se note la presencia de una mujer o de un niño.

1.- ***Bombarda***: tipo de embarcación del porte de un bergantín, aunque más ancha […] Generalmente, de dos palos, mayor al centro, con aparejo redondo y mesana con vela latina o cangreja. Tenían entre 77 y 114 pies de eslora, 25 a 28 de manga 11 y 13 de puntal. http://filanaval.blogspot.com.es/2012/05/historia-de-la-navegacion-siglo-xvii.html (14-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El jenízaro había subido con nosotros y velaba el cargamento de las mercancías del cónsul. “Ah, le dije, ¿dónde nos van a alojar? Usted me dijo que nos darían el camarote del capitán.- Quédese tranquilo, respondió, una vez colocados todos los sacos, usted estará bien.” Tras lo cual, nos dijo adiós y descendió a la *djerme*, que no tardó en alejarse.

Así que aquí estamos, sólo dios sabe por cuánto tiempo, sobre una de esas embarcaciones sirias que se despedazan contra la costa, igual que una cáscara de nuez, a la más mínima tempestad. Habría que esperar al viento del oeste por más de tres horas para izar la vela. En el intervalo, se comenzó a almorzar. El capitán Nicolás había dado órdenes, y su arroz cocía sobre el único hornillo de la cocina; nuestro turno llegaría más tarde.

Mientras tanto yo andaba buscando dónde podría estar situado el famoso camarote del capitán que se nos había prometido, y encargué al armenio que se informara a través de *su amigo*, que por cierto no había dado ninguna señal de reconocerle hasta el momento. El capitán se levantó fríamente y nos condujo hasta una especie de pañol situado bajo el puente superior de proa, al que sólo se podía acceder doblado en dos, y cuyas paredes estaban cubiertas de esa especie de grillos rojos, de un dedo de largo, llamados *cancrelats* (cucarachas), atraídos sin duda por un anterior cargamento de azúcar o de melaza. Reculé atemorizado y puse cara de enfado. “Éste es mi camarote, me dijo el capitán; pero no le aconsejo que lo utilice, a menos que comience a llover. Pero le voy a mostrar un lugar mucho más fresco y conveniente.”

Entonces, me condujo cerca de la gran chalupa colgada con cuerdas entre el mástil y la proa, y me hizo mirar en su interior. “Aquí, dijo, estará usted mejor acomodado; tiene un colchón de algodón que puede extender de uno a otro extremo, y haré disponer sobre todo ello unas lonas que formen una tienda de campaña; ahora, vea usted lo bien y espaciosamente acomodado que está, ¿no es así?”.

Habría hecho mal en no estar de acuerdo con él; pues aquel sitio era seguramente el más agradable de todo el barco para una temperatura africana, además de ser el espacio más aislado que se podía escoger.

NOTA.- Las ilustraciones de este capítulo se han bajado de la Red el 11-09-2014

1. Niños de una escuela coránica. (www.foutapedia.org)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

VI.01. LA "SANTA BÁRBARA"
VI.01.04. *Andare sul mare*

Y por fin comenzamos la navegación: veíamos empequeñecer, descender y desaparecer bajo la azul línea del mar esa franja de arena que encuadra tan tristemente los esplendores del viejo Egipto: el resplandor polvoriento del desierto era lo único que quedaba en el horizonte; las aves del Nilo nos acompañaron durante algún tiempo, después, una tras otra, nos fueron abandonando, como para ir a reunirse con el sol que descendía hacia Alejandría. Sin embargo, un astro brillante gravitaba poco a poco por el arco del cielo y lanzaba sobre las aguas reflejos de incendio. Era el lucero vespertino, Astarté, la antigua diosa de Siria, que brillaba con un resplandor incomparable sobre estas aguas sagradas que siempre la reconocen.

¡Muéstrate propicia, oh, divinidad!,
que aun no poseyendo la pálida tez de la luna,
destellas en la lejanía
y arrojas tu dorado resplandor
sobre el mundo
como un sol nocturno!.

Después de todo, una vez pasada la primera impresión, el aspecto interior de la *Santa-Bárbara* no dejaba de ser pintoresco. Desde el primer día nos aclimatamos perfectamente, y las horas se deslizaban, tanto para nosotros, como para la tripulación, en la más perfecta indiferencia sobre el futuro. Me parecía que la nave surcaba las aguas como las de los antiguos navegantes, durante el día con el curso del sol, y llegada la noche, siguiendo el de las estrellas. El capitán me mostró una brújula, pero estaba totalmente desequilibrada. Este buen hombre poseía una expresión a la vez dulce y resuelta, impregnada de una peculiar inocencia que me hacía confiar más en él mismo que en su navío. No obstante me confesó que había sido un poco pirata, pero solamente durante la época de la independencia helénica. Me lo dijo tras invitarme a compartir su cena, compuesta por una fuente con una pirámide de arroz, en la que cada cual se servía con una pequeña cuchara de madera. Lo que ya era un progreso en relación a la manera de comer de los árabes, que sólo utilizan los dedos.

Una botella de barro llena de vino de Chipre, de ese que llaman vino de *Commanderie*[38], corrió tras la cena; durante la que el capitán, ahora más locuaz, tuvo a bien, siempre con la ayuda del joven armenio, ponerme al día de sus negocios. Después de preguntarme si sabía latín, sacó de un estuche un aparatoso pergamino que contenía los títulos más evidentes de la moralidad de la bombarda. Quería saber en qué términos había sido extendido ese documento.

---

[1] Así aparece en el texto original. En la nota de Jeanneret, se dice que de ese modo se llamaba al vino de Chipre.

* Marine ancienne. N°39. Gallica.bnf.fr (Bibliothèque Nationale de France) 14-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Me puse a leerlo y me enteré de que "Los padres-secretarios de Tierra Santa apelaban a la bendición de la Virgen y de los santos sobre el navío, y certificaban que el capitán *Alexis*, griego católico, natural de Taraboulous (La Trípoli de Siria) había cumplido siempre con sus deberes religiosos".

"Han puesto Alexis, me comentó el capitán, pero es Nicolás lo que tenían que haber puesto; se han equivocado al escribirlo".

Le di mi conformidad, pensando para mis adentros que si no tenía una patente oficial, más le valdría evitar los puertos europeos. Los turcos se contentan con poco: el sello rojo y la cruz de Jerusalén estampados sobre esa profesión de fe debía ser suficiente, siempre que mediara un *bajchís* para satisfacer las necesidades de la legalidad musulmana.

Nada más alegre que una sobremesa en el mar acompañada por el buen tiempo: la brisa es suave, el sol gira en torno a la vela, cuya sombra fugitiva nos obliga a cambiar de sitio de vez en cuando; finalmente esa sombra desaparece, proyectando sobre la mar su frescura inútil. Una sombra, que habríamos podido seguir disfrutando, de haber extendido una simple tela para proteger este espacio, pero a nadie parecía importarle: el sol doraba nuestras frentes como frutos maduros. Aquí era donde triunfaba la belleza de la esclava javanesa. En ningún momento se me había ocurrido que se velara, por ese sentimiento absolutamente natural de cualquier francés que tuviera una mujer, de no tener derecho a ocultarla. El armenio se había sentado cerca de ella junto a los sacos de arroz, mientras yo observaba al capitán jugar al ajedrez con el piloto, y le dijo varias veces con un falsete infantil: *Ke ya, siti!"*, que creo que significaba algo así como: "Y bien, señora!". Ella se quedó algún tiempo sin responder, con esa fiereza que respiraba su compostura habitual; después, acabó por volverse hacia el joven, y comenzó la conversación.

En ese momento, comprendí lo que había perdido al no poder hablar árabe con fluidez. Su frente resplandeció, sus labios sonrieron, y pronto se abandonó a ese chismorreo inefable que en todos los países es, a lo que parece, una necesidad para la más bella parte de la humanidad. Yo estaba feliz, además, por haberle procurado ese placer. El armenio parecía muy respetuoso y, de vez en cuando se volvía hacia mí; sin duda le estaba contando cómo yo la había encontrado y acogido. No hay que aplicar nuestras ideas a lo que pasa en Oriente, y creer que entre hombre y mujer una conversación se convierte de inmediato en algo criminal. Hay en su carácter mucha más simplicidad que en el nuestro; estaba persuadido de que se trataba únicamente de un charloteo despojado de sentido. La expresión de sus caras y la comprensión de algunas palabras aquí y allá, me indicaban suficientemente la inocencia de ese diálogo; además me había quedado absorbido por la observación del juego de ajedrez (¡y qué jugadas!) del capitán y su piloto. Yo me comparaba mentalmente con esos esposos amables que, en una reunión, sentados ante los tableros de juego, dejaban cotorrear o danzar sin inquietud a las mujeres y a los jóvenes.

Y por lo demás, ¿qué era ese armenio, un pobre diablo recogido entre los juncales de la ribera del Nilo, comparado con un francés que venía de El Cairo y que había llevado la existencia de un *mirliva* (general), según estimaban los truchimanes y todo el barrio?. El que para una monja, un jardinero sea un hombre, como se decía en Francia el siglo pasado, no debe dar lugar a pensar que el primero que llegue, signifique algo para una *cadine* musulmana. Hay en las mujeres educadas de una manera natural, como en las aves magníficas, un cierto orgullo que las defiende sobre todo de la seducción vulgar. Por otra parte, me parecía que abandonándola a su propia dignidad, me aseguraba la confianza y entrega de esta pobre esclava, que en el fondo, tal y como he dicho, yo consideraba libre desde el momento en que había dejado la tierra de Egipto y había pisado un barco cristiano.

¡Cristiano! ¿es el término exacto? Toda la tripulación de la *Santa-Bárbara* estaba formada por marineros turcos; el capitán y su segundo representaban a la iglesia romana, el

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

armenio a una herejía cualquiera, y yo mismo... pero quién sabe lo que pueda representar en Oriente un parisino nutrido con ideas filosóficas, un hijo de Voltaire, un impío, para estas buenas gentes[39]? Cada mañana, en el momento en que el sol se dejaba ver en el horizonte del mar, y cada tarde, en el instante en que su disco, invadido por la línea sombría de las aguas, se eclipsaba en un minuto, dejando en el horizonte ese tinte rosado que se funde deliciosamente en el azul, los marineros se reunían en una única fila, mirando hacia la lejana Meca, y uno de ellos comenzaba a entonar la llamada a la oración, como habría podido hacer un honorable almuédano desde lo alto de los minaretes. No podía impedir a la esclava que se uniera a esta efusión religiosa tan emocionante y solemne; desde el primer día, nos vimos de este modo divididos en confesiones diversas. El capitán, por su parte, rezaba sus oraciones de vez en cuando a una imagen colgada en el mástil, que bien podría ser la patrona del navío, Santa Bárbara; el armenio, al levantarse, después de lavarse la cabeza y los pies con su jabón, mascullaba letanías en voz baja; yo era el único, incapaz de engañar a nadie, que no ejecutaba ninguna genuflexión, y me daba cierta vergüenza aparecer tan poco religioso ante aquellos hombres. Hay, entre los orientales, una tolerancia mutua por las religiones diversas, cada uno colocándose simplemente en un rango superior en la jerarquía espiritual, pero admitiendo que los otros pueden bien, en última instancia, ser dignos de servirles de escabel; el que es simplemente un filósofo perturba esta combinación: ¿dónde clasificarlo? El Corán mismo, que maldice a los idólatras y a los adoradores del fuego y las estrellas, no ha previsto el escepticismo de nuestro tiempo.

[39] Nerval se lamenta con frecuencia de la incertidumbre de su educación religiosa: ver *Sylvie*, cap. I y *Aurelia* II

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

VI.01. LA "SANTA BÁRBARA"
VI.01.05. *Idilio*

Hacia la tercera jornada de nuestra travesía, tendríamos que avistar ya la costa siria, pero durante la mañana apenas nos habíamos movido del sitio, y el viento, que se levantaba a las tres de la tarde, hinchaba la vela a bocanadas, para dejarla poco después caer a lo largo del mástil. Aquello no parecía inquietarle demasiado al capitán, que repartía su tiempo libre entre el ajedrez y una especie de guitarra con la que se acompañaba siempre la misma canción. En Oriente, cada cual tiene su cancioncilla favorita, y la repite sin cesar desde la mañana hasta la noche, y así hasta que se aprende otra más moderna. También la esclava había aprendido en El Cairo no sé qué cancioncilla de harén cuyo estribillo se repetía constantemente en una melopea arrastrada y soporífera. Eran, creo recordar, los dos versos siguientes:

"Ya kabibé! Sakel nô!...
"Ya makmouby! ya sidi!..."

Comprendía algunas palabras, pero la de *kabibé* faltaba en mi vocabulario. Pregunté por su significado al armenio, que me respondió: "Eso quiere decir *pequeño gracioso*" Añadí este nuevo término a mi glosario con su explicación, tal y como debe hacerse cuando uno quiere instruirse.

Por la tarde, el armenio me dijo que estaba molesto porque el viento no mejorase, y que esto le inquietaba un poco.

¿Por qué? Le pregunté. El único riesgo es que nos quedemos aquí dos días más, eso es todo, y decididamente estamos muy bien en este barco.

- No es eso, me dijo, es que nos podría faltar el agua.
- ¡Faltar el agua!
- Sin duda; usted no tiene ni la menor idea de la desidia de estas gentes. Para proveerse de agua, habría sido necesario enviar una barca hasta Damieta, ya que la desembocadura del Nilo es salada; y como la ciudad estaba en cuarentena, han tenido miedo de todas las formalidades que había que pasar... al menos, eso es lo que dicen, pero, en el fondo, ni siquiera han pensado en ello.
- Es asombroso, dije, el capitán canta como si nuestra situación fuera de lo más normal";

y con éstas me fui con el armenio a preguntarle sobre este asunto.

El capitán se levantó, y me enseñó los toneles de agua enteramente vacíos, salvo uno de ellos que aún podría tener unas cinco o seis botellas de agua; después se marchó y volvió a sentarse sobre la popa, y, volviendo a coger la guitarra, comenzó de nuevo su eterna canción echando hacia atrás la cabeza y apoyándola sobre la borda.

A la mañana siguiente, me desperté temprano, y subí hasta el puente de proa con la idea de ver si era posible avistar las costas de Palestina; pero aunque limpié mi binocular, la línea extrema del mar era tan nítida como la hoja curva de un sable damasceno. Incluso era muy probable que no nos hubiéramos movido del sitio desde la víspera. Volví a descender, y me dirigí a la parte de atrás. Todo el mundo dormía tranquilo; sólo el joven grumete estaba levantado y se lavaba la cara y las manos con la única agua potable que quedaba de nuestro tonel.

* Miniatura sobre papel. Irán, Qâjâr, finales del s. XIX - www.expertissim.com (14-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

No pude evitar manifestarle mi indignación. Le dije o creí hacerle comprender que el agua del mar era lo bastante buena como para asearse un sinvergüencilla de su especie, y queriendo formular esta expresión, me serví del término de *ya kabibé*, que había anotado. El muchacho me miró sonriendo, y no pareció muy afectado por la reprimenda. Pensé que lo había pronunciado mal, y no volví a pensar en ello.

Horas más tarde, en ese momento tras la cena, en que el capitán Nicolás le pedía al grumete que trajera una enorme cántara de vino de Chipre, a la que sólo estábamos invitados a tomar parte, el armenio y yo, en calidad de cristianos (los marineros, por un respeto mal interpretado de la ley de Mahoma, no bebían más que un aguardiente de anís) el capitán se puso a hablarle en voz baja al oído al armenio.

"Quiere, me dijo el armenio, hacerle una proposición.

- Pues adelante.
- Dice que es delicado, y espera que no se moleste si ésta no le place.
- En absoluto.
- ¡Pues bien! Le pide si quiere usted cambiar a la esclava por su *ya ouled* (el jovencito) de su pertenencia."

Estuve a punto de soltar una carcajada; pero el talante serio de ambos Levantinos me desconcertó. Creí ver en el fondo una de esas perversas bromas que los Orientales no se permiten hacer más que en situaciones en donde un franco difícilmente les haría arrepentirse. Así se lo dije al armenio, que me respondió extrañado:

"Pues no; habla totalmente en serio; el muchachito es muy blanco y la mujer morena, y añadió con aire de concienzuda apreciación, le aconsejo que se lo piense, el jovencito vale tanto como la mujer."

No estoy acostumbrado a extrañarme con facilidad: aparte de que sería una pérdida de tiempo en estos países. Me limité a responder que ese trato no me interesaba. A continuación, como yo me mostré con un cierto humor, el capitán dijo al armenio que estaba enfadado por su indiscreción, ya que había creído agradarme. Yo no entendía bien cuál era su idea, y tuve la impresión de detectar una cierta ironía a través de su conversación: entonces presioné al armenio para que se explicara con claridad sobre este asunto.

"¡Pues bien! Me dijo el armenio, el capitán asegura que esta mañana usted ha hecho algunos avances al *ya ouled*; al menos es lo que éste le ha contado.

- ¿¡Yo!? grité. Yo le he llamado pequeño desvergonzado porque se lavaba las manos con nuestra agua de beber; y justamente en contra de lo que ustedes piensan, yo estaba furioso con él."

La extrañeza del armenio hizo que me diera cuenta de que en este asunto había uno de esos absurdos "quiproquo" filológicos tan corrientes entre las personas que hablan una lengua con mediocridad. La palabra *kabibé*, que había traducido el armenio el día antes de una manera peculiar, tenía, justo al revés, el significado más encantador y amoroso del mundo. No sé por qué la expresión *pequeño sinvergüenza* le había parecido trasladar perfectamente esta idea al francés.

Nos volcamos por encontrar una nueva traducción corregida del estribillo cantado por la esclava, y que, decididamente, significaba poco más o menos:

"¡Oh, mi querido, mi bien amado, mi hermano, mi señor!"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Porque así es como comienzan casi todas las canciones de amor árabes, susceptibles de las interpretaciones más diversas, que recuerdan a los comerciantes el equívoco clásico de la égloga de Corydon[40].

[40] Virgilio, *Las Bucólicas*. 2: "Formosum pastor Corydon ardebat Alexim..."

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

VI.01. LA "SANTA BÁRBARA"
VI.01.06. Diario de a bordo

La humilde verdad no tiene los inmensos recursos de las combinaciones dramáticas o novelescas. Yo recojo uno por uno los acontecimientos cuyo único mérito es el de su misma simplicidad, y me consta que sería más cómodo hacer un relato en una travesía tan vulgar como la del golfo de Siria, en el que inventara peripecias verdaderamente dignas de atención; pero la realidad es parca al lado de la mentira, y más vale, me parece, comentar con inocencia y al uso de los antiguos navegantes: "Tal día, no avistamos en la mar más que un fragmento de madera que flotaba a la ventura; tal otro, una gaviota de alas grises..." hasta el extraordinario momento en que la acción se calienta y complica con una canoa de salvajes que vienen a traer ñames y lechoncillos asados.

Sin embargo, a falta de la obligada tempestad, una calma chicha digna del Océano Pacífico, y la escasez de agua dulce en un navío de la guisa del nuestro, podría haber deparado escenas dignas de una Odisea moderna. Pero el destino me ha arrebatado esa suerte de interés, enviando esta tarde un ligero céfiro del oeste que nos hizo navegar bastante rápido.

Yo estaba, a pesar de todo, alegre por este incidente, y le hice al capitán que me asegurara de nuevo que al día siguiente por la mañana podríamos avistar en el horizonte las cimas azulonas del Carmelo, cuando de pronto, se oyeron gritos de espanto desde el puente.

"*Farqha el bahr! Farqha el bahr!* - ¿Qué pasa? - ¡gallina al agua!"

El acontecimiento me parecía de poca gravedad; sin embargo, uno de los marineros turcos, al que pertenecía la gallina se desesperaba de forma conmovedora, y sus compañeros le compadecían muy seriamente. Le sujetaban para impedirle que se arrojara al agua, y la gallina ya lejos mostraba signos de debilidad que se seguían con emoción. Por fin, el capitán, tras un momento de duda, dio la orden de detener el barco.

Así de repente, encontré un poco exagerado que tras haber perdido dos días nos detuviéramos con buen viento por una gallina ahogada. Le di dos piastras al marinero, pensando que ese era el objetivo de todo este asunto, ya que un árabe se dejaría matar por mucho menos. Su rostro se dulcificó, pero calculó sin duda inmediatamente que sacaría doble ventaja recuperando la gallina, y en un abrir y cerrar de ojos se despojó de sus vestidos y se lanzó al mar.

La distancia hasta donde nadó era prodigiosa. Hubo que esperar una media hora con inquietud por su situación y porque se acercaba la noche. Nuestro hombre por fin nos alcanzó extenuado, y hubo que sacarle del agua, ya que no tenía ni siquiera fuerza para abordar al barco.

Ya al verse en seguro, el hombre se ocupaba más de su gallina que de sí mismo; la daba calor, la enjugaba, y no se quedó a gusto hasta verla respirar tranquila y dar saltitos sobre el puente.

El navío se volvió a poner en marcha. "¡Al diablo con la gallina! Le dije al armenio. Hemos perdido una hora.

- ¡Y qué! ¿habría usted preferido que la dejara ahogarse?
- ¡Pero si yo tengo un montón de gallinas!, ¡y gustosamente le habría dado unas cuantas por la suya!
- Ah, pero no es lo mismo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¿Cómo que no? Habría sacrificado todas las gallinas de la tierra por no perder una hora de viento favorable en un barco en el que nos arriesgamos a morir de sed mañana mismo.
- Mire usted, dijo el armenio, la gallina salió volando por su izquierda en el momento en que su dueño se preparaba para cortarla el cuello.
- Con mucho gusto admitiría, le repuse, que se apresurara, como buen musulmán a salvar a una criatura viviente; pero me consta que el respeto de los buenos creyentes hacia los animales no llega a esos extremos, ya que los matan para comérselos.
- Claro que los matan, pero con todo un ceremonial, pronunciando una serie de jaculatorias, y además, no pueden cortarles el cuello si no es con un cuchillo cuyo mango esté perforado por tres clavos y su hoja no presente mella alguna. Si en ese momento la gallina se hubiera ahogado, el pobre hombre estaba convencido de que él mismo se moriría de aquí a tres días.
- Eso es otra cosa", le dije al armenio.

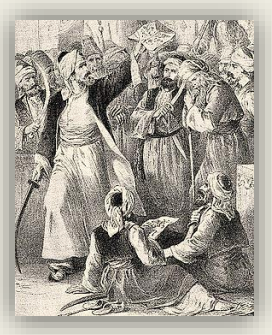
Está claro que para los orientales, es algo muy serio el matar a un animal. Sólo se permite hacerlo única y exclusivamente para que sirva de alimento, y de una manera que recuerda a la antigua institución de los sacrificios. Ya se sabe que hay algo parecido entre los israelitas: los carniceros están obligados a emplear matarifes (*schocket*: sacrificadores) que pertenecer a la orden religiosa, y cada bestia es sacrificada empleando fórmulas consagradas. Este prejuicio se encuentra con diversos matices en la mayor parte de las religiones de Levante. La misma caza por ejemplo, sólo se tolera contra las bestias feroces y en castigo por los perjuicios que éstas puedan haber causado. Sin embargo, la caza con halcón era, en la época de los califas, la diversión de los nobles, pero gracias a una interpretación que hacía recaer sobre las aves de presa la responsabilidad de la sangre vertida. En el fondo, sin adoptar las ideas de La India, se puede reconocer que hay una cierta grandeza en esta creencia de no matar innecesariamente ningún animal. Las fórmulas recomendadas para el caso en que se deba sacrificar un animal por la necesidad de alimentarse, sin duda tienen como objetivo impedir que el sufrimiento no se prolongue más allá de un instante, lo que los usos en la caza hacen desgraciadamente imposible.

El armenio me contó a este respecto que, en los tiempos de Mahmud, Constantinopla estaba tan plagada de perros, que los coches apenas podían circular por las calles, y al no poder eliminarlos, ni como animales feroces, ni como apropiados para la alimentación, se le ocurrió abandonarlos en los islotes desiertos del Bósforo. Hubo que embarcarlos por millares en los cayucos: y en el momento en el que ignorantes de su suerte, tomaron posesión de sus nuevos dominios, un imán les arengó con un discurso, exponiéndoles que se había hecho esto debido a una necesidad absoluta, y que sus almas, a la hora de la muerte, no debían vengarse de los fieles creyentes; ya que, por otra parte, si la voluntad del cielo era que fueran salvados, ésta se cumpliría de seguro. Había muchos conejos en las islas, y los perros no objetaron nada en principio contra este razonamiento jesuítico; pero, días más tarde, atormentados por el hambre, aullaron con tales gemidos, que se les podía oír desde Constantinopla. Los devotos, emocionados por aquella lamentable protesta, lanzaron muy serias quejas al sultán, ya por entonces bastante sospechoso por sus tendencias europeas, de suerte que tuvo que dar órdenes para traer de vuelta a los perros, que fueron, triunfalmente, reintegrados con todos sus derechos civiles.

La imagen de la página 3 es la bitácora de "Viaje del Beagle" (http://cmcbarbarabraganza.blogspot.com.es) 15-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO



VI.01. LA "SANTA BÁRBARA"
VI.01.07. ¡Catástrofe!

El armenio me venía bien en el aburrimiento de semejante travesía; pero también veía con placer que su alegría, su incansable charlatanería, sus cuentos, sus consejos, daban a la pobre Zeynab la ocasión, tan querida por las mujeres de estos países, de expresar sus ideas con esa volubilidad de consonantes nasales y guturales de las que me resulta tan difícil alcanzar no sólo el sentido, sino el sonido mismo de las palabras.

Con la magnanimidad de un europeo, yo sufría incluso sin dificultad que uno u otro de los marineros que se podían encontrar sentados cerca de nosotros, sobre los sacos de arroz, le dirigieran algunas palabras. En Oriente, la gente del pueblo es en general muy familiar; en primer lugar porque el sentimiento de igualdad aquí se establece con más sinceridad que entre nosotros, y en segundo, porque en todas las clases sociales existe una especie de cortesía innata. En cuanto a la educación, es prácticamente la misma, muy sumaria, pero universal. Lo que hace que el hombre de condición humilde pueda llegar sin transición alguna a convertirse en el favorito de un dignatario, y llegue a las máximas responsabilidades sin encontrarse jamás desplazado por ello.

Entre nuestros marineros había un turco de Anatolia, bastante moreno, con la barba entrecana, y que hablaba con la esclava con más frecuencia y durante más tiempo que los otros; yo me había dado cuenta, y pregunté al armenio que qué podía decir; entonces se puso a escuchar la conversación, y me dijo: "Hablan de religión". Esto me pareció bastante respetable, teniendo en cuenta que era este hombre el que dirigía a los demás la oración de la mañana y de la tarde, en calidad de *hadji* o peregrino que había ido a La Meca. Ni por instante se me había ocurrido interrumpir a esta pobre mujer en sus prácticas habituales, que por otra parte no son más que una fantasía. Sólo en El Cairo, en un momento en el que ella estaba algo enferma, yo intenté hacerla renunciar a la costumbre de sumergir en agua fría pies y manos, todas las mañanas y todas las tardes, antes de hacer la plegaria, pero no hacía mucho caso de mis preceptos higiénicos, y no había consentido abstenerse más que del tinte de *henné*, que, al no durar más que cinco o seis días, obliga a las mujeres de oriente a renovar con frecuencia un preparado poco agradable cuando se aprecia de cerca. Yo no me opongo al colorete de cejas y párpados; incluso admito el carmín aplicado en mejillas y labios; ¿pero de qué vale colorearse de amarillo unas manos ya bastante cobrizas, que, a partir de ahí, pasan a presentar un color azafrán? Me mostré inflexible en este punto.

Su cabello reposaba sobre la frente; y se recogía a ambos lados en largas trenzas anudadas con cordones de seda y temblorosos cequíes perforados (desde luego, falsos cequíes) que flotaban desde el cuello hasta los talones, conforme a la moda levantina. El *taktikos* festoneado de oro, se inclinaba con gracia sobre su oreja izquierda, y sus brazos se adornaban con pesados brazaletes de cobre plateado, toscamente esmaltados en rojo y azul, al gusto totalmente egipcio. Otras ajorcas resonaban en sus tobillos, a pesar de la prohibición del Corán, que no permite que una mujer haga tintinear las joyas que adornan sus pies[*].

Yo la admiraba de esa guisa, graciosa con su vestimenta de franjas de seda y cubierta con la *milayeh* azul, con esos aires de estatua antigua que sin duda alguna poseen las mujeres de Oriente. La animación de su gesto, una expresión poco habitual de sus rasgos, me

[*] Corán XXIV.31. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

impresionaban a veces, sin inspirarme inquietud; el marinero que charlaba con ella podría haber sido su padre, y no parecía temer que sus palabras fueran escuchadas.

"¿Sabe usted lo que pasa? Me dijo el armenio, que, un poco más tarde se había acercado a los marineros para hablar con ellos; esas gentes dicen que la mujer que esta con usted no le pertenece.

- Se equivocan, le repuse; dígales que me fue vendida en El Cairo por Abdelkarím, por cinco bolsas. Tengo el recibo en mi billetera. Y además, todo esto es algo que no les concierne.
- También comentan que el mercader no tenía derecho de vender una mujer musulmana a un cristiano.
- Su opinión me da igual, y en El Cairo saben más de esto que esa gente. Todos los Francos allí tienen esclavas, sean cristianas o musulmanas.
- Pero sólo son negras o abisinias; no pueden tener esclavas de raza blanca.
- ¿Ve usted a esta mujer como de raza blanca?

El armenio sacudió la cabeza como dudando.

"Escuche, le dije; en lo que se refiere a mis derechos, no me cabe ninguna duda, ya que obtuve todas las informaciones necesarias antes de hacer la compra. Diga ahora al capitán que no conviene que sus marineros hablen con ella.

- El capitán, me dijo, después de haber hablado con este último, responde que usted podría haberle prohibido eso mismo a su mujer desde el principio.
- Yo no quería, contesté, privarla del placer de hablar en su lengua, ni impedirla que se reuniera en las plegarias; de hecho, la configuración del barco que obliga a todo el mundo a estar arracimados, hace difícil prohibir el intercambio de palabras."

El capitán Nicolás no parecía muy bien dispuesto, lo que yo atribuía un poco al resentimiento de haber visto rechazada su propuesta de intercambio. No obstante hizo venir al marinero *hadji*, que yo había señalado sobre todo como malintencionado, y le habló. Yo, por mi parte, no quería decir nada a la esclava para no darle la impresión de un amo exigente.

El marinero al parecer respondió de un aire fiero al capitán, que me hizo decir a través del armenio que no me preocupara por eso; pues era un hombre exaltado, una especie de santón que sus camaradas respetaban a causa de su piedad; y que, además, lo que decía carecía de importancia.

En efecto, ese hombre, no volvió a hablar a la esclava, pero charloteaba a voces delante de ella a sus camaradas, y yo comprendí inmediatamente que se trataba de la *muslim* (musulmana) y del *rumi* (cristiano). Había que terminar con todo esto, y yo no veía ningún medio de evitar esas insinuaciones. Me decidí a hacer venir a la esclava cerca de nosotros, y, con ayuda del armenio, tuvimos más o menos la siguiente conversación:

"¿Qué te acaban de decir esos hombres?

- Que hacía mal, siendo una *creyente*, de quedarme junto a un infiel.
- ¿Pero no saben que te he comprado?
- Dicen que no tenían derecho de haberme vendido a ti.
- ¿Y tú piensas que eso es cierto?
- ¡Sólo Dios lo sabe!
- Esa gente se equivoca, y tú no debes hablarles más.
- Así se hará.

Yo rogué al armenio que la distrajera un poco y le contara historias. Este muchacho, después de todo, me estaba resultando de gran utilidad; le hablaba siempre con ese tono aflautado y gracioso que se usa para distraer a los niños, y comenzaba siempre con "*Ked ya, siti?...*- - Vamos a ver, señora... ¿qué pasa?¿ya no nos reímos más? ¿queréis saber las aventuras de la cabeza cocida en un horno?". Entonces él le contaba una vieja leyenda de Constantinopla, en la que un sastre, creyendo recibir un vestido del sultán para arreglarlo, se llevó a su casa la

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

cabeza de un *aga* que le había sido entregada por error, y al no saber cómo deshacerse de aquel triste depósito, la envió, dentro de una vasija de arcilla, al horno de la casa de un pastelero griego. Este último para pagar una deuda que tenía con un barbero franco, sustituyó su portapelucas furtivamente por la cabeza del aga; el franco la peinó, pero después, al darse cuenta de su contenido, se deshizo de ella; en fin el resultado es un montón de peripecias más o menos cómicas. Este relato forma parte de las bufonadas turcas del mejor gusto.

La plegaria de la tarde llevó a las ceremonias habituales. Para no escandalizar a nadie, me fui a pasear sobre el puente de proa, espiando la aparición de las estrellas, y haciendo también, yo, mi plegaria, la de los soñadores y poetas, es decir, la admiración de la naturaleza y el entusiasmo de los recuerdos. Sí, admiraba las estrellas en ese aire de Oriente tan puro que aproxima los cielos al hombre, esos astros-dioses, formas diversas y sagradas, que la divinidad ha rechazado una tras otra como máscaras de la eterna Isis...Urania, Astarté, Saturno, Júpiter, que todavía representan las transformaciones de las humildes creencias de nuestros antepasados. Los que por millones, han surcado estos mares, tomando sin duda su resplandor por la llama y el trono del dios; pero ¿quién no adoraría en los astros del cielo las pruebas mismas de la eterna potencia, y en su constante orbitar la acción vigilante de un espíritu oculto?

Nota.- El grabado de la página 3 se ha tomado de https://ru.wikipedia.org/, el 15-09-2014.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

VI.01. LA "SANTA BÁRBARA"

VI.01.08. La amenaza

Volviéndome hacia el capitán, vi, en un escondrijo al pie de la chalupa, a la esclava y al viejo marinero *hadji* que habían vuelto a sus conversaciones religiosas, a pesar de mi prohibición.

Esta vez no había más que decir; tiré violentamente del brazo de la esclava, que fue a caerse mullidamente, todo hay que decirlo, sobre un saco de arroz.

"*Giaour!* Gritó.

Comprendí perfectamente la palabra. No era cuestión de ablandarse: *"Ente giaour"* la repliqué, sin saber muy bien si esta palabra se decía así también en femenino. "Tú sí que eres una infiel, y él, añadí señalando al *hadji*, es un perro (*kelb*)".

Aún no sé si la cólera que me agitaba era más por verme despreciado como cristiano o por sufrir la ingratitud de esta mujer que en todo momento yo había tratado como a una igual. El *hadji*, al oir que le trataban de perro, había hecho una tentativa de amenaza, pero se volvió hacia sus compañeros con la dejadez habitual de los árabes de baja estofa, que, después de todo, no se atreverían a atacar a un franco ellos solos. Dos o tres de ellos avanzaron profiriendo injurias, y, maquinalmente, agarré una de las pistolas que llevaba al cinto, sin pensar ni por un momento que esas armas de brillantes ornamentos, compradas en El Cairo para complementar mi disfraz, por lo general sólo eran fatales para la mano del que las usaba. Aparte de que ni siquiera estaban cargadas.

"¿Pero en qué está usted pensando? me dijo el armenio sujetándome del brazo. Ese es un loco, y para esas gentes es un santo; déjeles gritar, el capitán les va a hablar".

La esclava hacía como que lloraba, simulando que yo le había hecho mucho daño, y no quería moverse del lugar en que se encontraba. Llegó el capitán, y dijo con su aire indiferente: "¿Qué quiere usted? ¡esos no son más que unos salvajes!" y les dirigió unas cuantas palabras bastante indolentemente. "Añada, le dije al armenio, que en cuanto llegue a tierra iré en busca del pachá, que les hará apalear".

Me dio la impresión de que el armenio les tradujo esto último como una especie de cumplido teñido de moderación. No volvieron a decir nada más, pero me daba cuenta de que ese silencio me dejaba en una posición bastante dudosa. De pronto me acordé de una carta de recomendación que tenía en la cartera para el pachá de Acre, y que me la había entregado mi amigo A.R.[*], que había formado parte del diván de Constantinopla durante bastante tiempo. Saqué mi portafolio del gabán, lo que provocó una inquietud generalizada. La pistola no había servido más que para amedrentar... sobre todo siendo de fabricación árabe; pero la gente del pueblo en Oriente siempre ve a los Europeos un poco como magos, capaces de sacarse del bolsillo, en un momento dado, algo con lo que destruir a una armada entera. Se tranquilizaron al ver que yo no extraje del portafolio más que una carta, por otra parte bien escrita en árabe y dirigida a S.E. Mehmet-R***, pachá de Acre, que, anteriormente había residido mucho tiempo en Francia.

Nota.- La ilustración de esta página corresponde a un *firman* de la Sultana Meimet, por el que en 1728 hizo merced a la iglesia de San Nicolás de Kozani el derecho a tener campanas de hierro y madera, pero sin derecho a tañerlas. Biblioteca pública de Kozani. (http://www.agiosnikolaoskozanis.gr/kodon.htm) 15-092014.

[*] Alphonse Royer (1803-1875), después de haber pasado algunos años en Turquía, se consagró sobre todo al teatro, como autor y como director del Odeón, y después de La Ópera. (G.R.)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Pero lo más afortunado en esta situación era que nos encontrábamos en ese momento justo a la altura de San Juan de Acre, en donde teníamos que hacer escala para proveernos de agua. Todavía no se avistaba la ciudad, pero no podíamos tardar mucho, si el viento continuaba, de llegar allí al día siguiente. En cuanto a Mehmet-Pacha, por otro azar digno de llamarse providencia para mí y fatalidad para mis adversarios, yo le había frecuentado en París en numerosas veladas, en las que él me había regalado tabaco turco y mostrado gran honestidad. La carta que yo llevaba le recordaba estos detalles, temiendo que el tiempo y sus nuevos cargos me hubieran borrado de su memoria; pero al menos quedaba claro, por la carta, que yo era un personaje con una fuerte recomendación.

La lectura de este documento produjo el efecto de *quos ego* de Neptuno*. El armenio, tras poner la carta sobre su cabeza en señal de respeto, echó una ojeada al sobre, que, como es costumbre para las recomendaciones, no estaba cerrado, y mostró el texto al capitán a medida que lo iba leyendo. De repente, los palos prometidos habían dejado de ser una fantasmada para el *hadji* y sus camaradas. Estos granujas bajaron la cabeza, y el capitán me dio explicaciones de su propia conducta por el miedo que tenía de herir sus creencias religiosas, al no ser él mismo más que un pobre súbdito griego del sultán (un *raya*), que no tenía más autoridad que en razón de su servicio: "En cuanto a la mujer, dijo, si es usted amigo de Mehmet–Pacha, es toda vuestra: ¿quién osaría luchar contra el favor de los grandes?"

La esclava no se había movido; aunque había entendido perfectamente todo lo que se había dicho. No le cabía ya la menor duda respecto a su posición en aquel momento, ya que, en un país turco, una protección vale más que un derecho; por tanto y a partir de ahora yo iba a mantener y constatar el mío ante todos los demás.

"¿Acaso tú no has nacido en un país que no pertenece al sultán de los turcos?

- Eso es cierto, respondió; yo soy *hindi* (india).
- Entonces tú puedes estar al servicio de un franco como las abisinias (*habesch)*, que son, igual que tú, de color cobrizo, y por tanto tus iguales.
- *Aioua* (¡sí!) dijo como convencida, *ana memlouk enté*: yo soy tu esclava.
- Pero, añadí yo, ¿recuerdas que antes de dejar El Cairo yo te ofrecí la libertad, y tú me dijiste que no sabrías adónde ir?
- Es verdad, es preferible que me revendas.
- ¿Así que tú me has seguido tan sólo para cambiar de país e inmediatamente dejarme? ¡Pues bien! Ya que eres tan ingrata, te quedarás esclava para siempre, y ya no volverás a ser una *cadine*, sino una criada. Desde este momento, llevarás el velo y te quedarás en la cabina del capitán... con las cucarachas. No hablarás aquí con nadie."

Cogió su velo sin responder, y fue a sentarse a la pequeña cabina de proa.

Puede que yo haya cedido un poco al deseo de impresionar a estas gentes tan pronto insolentes como serviles, siempre influenciables por exabruptos fuertes y pasajeros, y que hay que conocer para comprender hasta qué punto el despotismo es la forma normal de gobierno en Oriente. El viajero más modesto se ve amenazado rápidamente, si no consigue hacerse respetar de inmediato mediante una apariencia de vida suntuosa; a manifestarse con toda la teatralidad posible y a mostrar, en multitud de ocasiones, poses enérgicas que, de todos modos, se llevan a cabo sin peligro alguno. El árabe, es el perro que muerde si te ve recular, y que viene a lamer la mano que se levanta contra él. En cuanto recibe un bastonazo, ignora si en el fondo quien se lo da no estaría en todo su derecho de hacerlo. Si vuestra posición le ha parecido de pronto mediocre; vuélvase usted feroz, y usted se convertirá en un abrir y cerrar de ojos en un gran

* Frase inacabada que expresa la amenaza que Virgilio (Eneida, I, 135) pone en boca de Neptuno. (G.R.)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

personaje que aparenta sencillez. En Oriente jamás se duda de nada; allí todo es posible: el sencillo zapatero remendón bien puede ser el hijo de un rey, como en *Las Mil y una noches*. Por lo demás, ¿acaso no se ve a las princesas en Europa viajar vestidas con un frac negro y sombrero de copa?

Mehmet Ali Pasha (1769 – 1849)
www.pashtriku.org (15-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

Ra's-Beirut hacia 1930

VI.01. LA "SANTA BÁRBARA"

VI.01.09. Costas de Palestina

Saludé emocionado la tan deseada aparición de la costa de Asia. ¡Hacía tanto tiempo que no había visto montañas! La brumosa frescura del paisaje, el resplandor tan vivo de las casas pintadas y de los kioscos turcos reflejándose en el agua azul, las terrazas que se escalonan con dificultad entre el cielo y el mar, el aplastado pico del monte Carmelo, el recinto cuadrado y la alta cúpula de su célebre convento, que desde lejos aparecen teñidos de ese radiante color cereza, que recuerda siempre a la fresca aurora de los cantos de Homero; al pie de esos montes pero más atrás, Jaifa; frente a San Juan de Acre, y situada al otro extremo de la bahía, delante de la que se había detenido nuestro navío: todo un espectáculo lleno de gracia a la par que grandeza. La mar, apenas rizada, se deslizaba como aceite hacia el arenal en donde espumeaba la delgada traza de la ola, pujando su añilado tinte con el éter que vibraba ya con el fuego del sol aún invisible... esto es lo que Egipto jamás ofrece a causa de sus costas bajas y un horizonte siempre mancillado por el polvo. Por fin apareció el sol que recortó con nitidez ante nosotros la ciudad de Acre avanzando hacia el mar sobre un promontorio de arena; con sus blancas cúpulas, su muralla, sus casas con terrazas, y su torre cuadrada festoneada de almenas, que fue hace mucho tiempo morada del terrible Djezzar-Pacha, contra el que luchó Napoleón[41].

Echamos el ancla a poca distancia de la orilla. Había que esperar la visita de Sanidad antes de que las barcas pudieran venir a aprovisionarnos de agua fresca y fruta. Nos estaba prohibido desembarcar, a menos que quisiéramos detenernos en la ciudad y pasar allí la cuarentena.

En cuanto el barco de Sanidad vino a constatar que "todos estábamos enfermos por llegar de la costa de Egipto", se permitió a las barcas del puerto que nos trajeran las provisiones esperadas, y recibir nuestro dinero con las precauciones habituales. De este modo, a cambio de los toneles de agua, melones, sandías y granadas que nos pasaron, nosotros teníamos que poner nuestros *ghazis*, *piastras* y *paras* (monedas turcas[*]) dentro de barreños con agua y vinagre, que se colocaban a nuestro lado.

Una vez que nos hubieron suministrado todas las provisiones, olvidamos nuestras querellas internas. Al no poder desembarcar durante algunas horas, y renunciando a quedarme en la ciudad, no juzgué conveniente enviar mi carta al pachá que, por otra parte, todavía podría servirme de recomendación en otro de los puntos de la antigua costa fenicia sometida al *pachalik* de Acre. Esta ciudad, que los antiguos llamaban Ako, o "la estrecha", y los árabes Akka, fue conocida como Ptolémaïs hasta la época de Las Cruzadas.

De nuevo se izaron las velas, y a partir de este momento nuestro viaje fue una fiesta; pasamos rozando a un cuarto de milla de distancia las costas de la Célé-Syrie[42], y el mar, siempre claro y azul, reflejando como un lago la graciosa cadena de montañas que van desde El Carmelo hasta el Líbano. Seis leguas más alto que San Juan de Acre aparece Sour, la antigua Tiro, con el espigón de Alejandro (el Magno) uniendo la costa al islote en donde se construyó la ciudad antigua, asediada durante tanto tiempo.

---

[41] El bosnio Ahmed (1775-1804), apodado Djezzar (el carnicero), antiguo mameluco que llegó a pachá de Acre, defendió en 1799 la ciudad contra Napoleón con la ayuda del almirante inglés Sidney Smith y del inmigrante francés Phélippeaux. (GR)
[2] **CÉLÉSYRIE**, (Géogr.) provincia de Asia que formaba parte de Siria.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Seis leguas más lejos está Saïda, la antigua Sidón, que agrupa como un rebaño su amasijo de casas blancas al pie de las montañas habitadas por los drusos. Esa célebre costa no muestra más que unas pocas ruinas como recuerdo de la rica Fenicia. Pero ¿qué pueden legar ciudades en las que únicamente ha florecido el comercio? ¡Su esplendor ha pasado como una sombra, como el polvo, y la maldición de los libros bíblicos se ha cumplido enteramente, como todo lo que sueñan los poetas y que niega la sabiduría de las naciones!

Sin embargo, en el momento de llegar al final del trayecto, todo daba igual, incluso esas hermosas orillas ribeteadas de azul. Por fin estaba allí el promontorio de Ra's-Beirut y sus piedras grisáceas, dominadas a lo lejos por la cima nubosa del Sannín. La costa es árida y bajo los rayos de un sol ardiente aparecen los más mínimos detalles de las rocas tapizadas de una musgosidad rojiza. Dejamos la costa, giramos hacia el golfo, y de pronto todo cambió. Un paisaje lleno de frescor, de sombra y de silencio, una vista de Los Alpes tomada desde un valle de un lago de Suiza, y ahí estaba Beirut, en paz por algún tiempo. (Beirut) Es Europa y Asia fundidas en tiernas caricias; es, para todo peregrino un poco saturado de sol y de polvo, un oasis marítimo en donde se encuentra extasiado, ante las montañas, con algo que en el norte es tan triste, y que en cambio en el sur se torna agradable y deseado: ¡las nubes!

¡Benditas nubes!, ¡nubes de mi patria!, ¡había olvidado vuestros beneficios! ¡Y el sol de Oriente os dota de tal encanto! Por la mañana aparecéis con esos dulces colores, entre rosa y azulado, como nubes mitológicas, de cuyo seno siempre se espera ver aparecer a sonrientes deidades. Por la tarde, sus maravillosas brasas, bóvedas púrpuras que se desmoronan y degradan con rapidez en copos violetas, mientras el cielo pasa del zafiro al esmeralda, fenómeno tan raro en los países del norte.

A medida que avanzábamos, el verdor resplandecía en toda su magnificencia, y el colorido intenso de la tierra y de las casas añadía aún más frescor al paisaje. La ciudad, al fondo del golfo, parecía ahogada entre la vegetación, y en lugar de ese amasijo fatigoso de casas blanqueadas con cal de la mayoría de las ciudades árabes, me parecía vislumbrar una colonia de encantadoras villas diseminadas en una superficie de unas dos leguas. Es cierto que algunos edificios se aglomeraban en un cierto punto de donde surgían torres redondas y cuadradas; pero aquello no parecía ser otra cosa que un barrio del centro, ornado con numerosas banderolas de todos los colores.

En vez de acercarnos, como yo creía, a la estrecha rada llena de pequeños navíos, cortamos todo recto por el golfo y fuimos a desembarcar en un islote rodeado de peñascos, en donde unos modestos edificios, presididos por una bandera amarilla, señalaban la cuarentena y en donde sólo nos estaba permitido desembarcar, de momento.

Antigua postal de San Juan de Acre (www.delcampe.net) 15-09-2014

Ilustración pg. 3: "Corniche Ras Beirut in 1930", by Mustafa Farroukh – (www.startimes.com) 15-09-2014.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

VI.01. LA "SANTA BÁRBARA"

VI.01.10. La cuarentena

El capitán Nicolás y su tripulación se habían vuelto de lo más amables y pródigos de detalles hacia mi persona. Ellos hacían la cuarentena a bordo; pero una barca, enviada por Sanidad, vino para trasladar a los pasajeros al islote que, al verlo más de cerca, era más bien una isla. Una estrecha ensenada entre las rocas, sombreada por árboles seculares, llevaba a la escalera de una especie de claustro cuyas bóvedas en ojiva reposaban sobre pilares de piedra que soportaban un techo de cedro como el de los conventos romanos. El mar rompía alrededor sobre los roquedales tapizados de algas, y sólo nos faltaba un coro de monjes y la tempestad para estar en el primer acto del *Bertram* de Maturin[43].

Tuvimos que esperar allí bastante tiempo hasta que nos visitó el *nazir*, o director turco, que por fin tuvo a bien admitirnos en los placeres de sus dominios. Edificios de aspecto claustral se sucedían uno tras otro; abiertos a la intemperie, servían para almacenar mercancías sospechosas. En la cima del promontorio, un pabellón aislado, que dominaba el mar, se nos asignó como morada; era el edificio dedicado habitualmente a los europeos. Las galerías que habíamos dejado a nuestra derecha, albergaban a familias árabes acampadas, por así decirlo, en las vastas salas que servían tanto de alojamiento como de establos. Allí, piafaban los caballos cautivos y los dromedarios que asomaban entre los barrotes su largo cuello y cabeza peluda; más allá, las tribus, agrupadas en torno a una hoguera que les servía de cocina, volvían la cabeza con gesto agresivo cuando pasábamos cerca de sus puertas. Por lo demás, teníamos derecho a pasearnos por los alrededores de dos fanegas de terreno sembrado de cebada y plantado de moreras, e incluso de bañarnos en el mar bajo la vigilancia de un guardián.

Una vez familiarizado con este lugar salvaje y marítimo, encontré la estancia agradable. Había allí un algo de reposo, una umbría y una variedad de tonalidades como para suscitar el más sublime de los ensueños. De un lado, las sombrías montañas del Líbano, con sus crestas de distintos tonos, esmaltadas aquí y allá de blanco por las numerosas aldeas maronitas y drusas y sus conventos instalados en un horizonte de ocho leguas; del otro, volviendo a esa cadena montañosa y cubierta de nieve que termina en el cabo Butrún, todo el anfiteatro de Beirut, coronado por un bosque de pinos plantados por el emir Fajr-el-Dín[44] para detener la invasión de las arenas del desierto. Torres almenadas, castillos, casas solariegas cuajadas de ojivas, construidas en piedra rojiza, conceden a ese paisaje un aspecto feudal y al tiempo europeo, que recuerda a las miniaturas de los manuscritos caballerescos de la Edad Media. Las embarcaciones francesas ancladas en la rada, y que no pueden ser acogidas en el estrecho puerto de Beirut, animan aún más este panorama.

Esta cuarentena de Beirut era pues bastante soportable, y nuestros días pasaban, bien soñando bajo la espesa sombra de los sicómoros y de las higueras; bien trepando sobre un macizo rocoso bastante pintoresco que rodeaba una especie de estanque natural en donde el mar venía a dejar sus ondas suaves. Ese lugar me hacía pensar en las grutas de las hijas de Nerea. Nos quedamos allí todo el mediodía, aislados de los otros habitantes de la cuarentena,

---

[43] *Bertram* o *Le Château de Saint-Aldobrand* (1816), tragedia "sombría" del irlandés Ch. R. Maturin, que fue adaptada en 1821 por Taylor y Nodier y representada en el *Panorama-Dramatique*. (GR)

[44] El emir druso Fakhr Ed-Din (1595-1634) consiguió crearse en el Líbano un reino casi independiente. Fue vencido por los turcos y estrangulado en Constantinopla por orden de Amurat. Sobre sus contactos con Europa ver p. 370-371. (GR)

Ilustración del título: "Entrada al puerto de Beirut". Lemaître (direxit) 1848. (historic-cities.huji.ac.il) 15-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

acostados sobre las algas verdes o luchando alegremente contra las espumosas olas. Por la noche, nos encerraban en el pabellón, en donde los mosquitos y otros insectos nos proporcionaban otros placeres no tan dulces. Los baldaquinos cerrados con unas mosquiteras de gasa nos resultaban de gran ayuda. La comida, consistía tan sólo en pan y queso salado, proporcionado por la cantina; a lo que había que añadir huevos y pollos que traían los campesinos de la montaña; aparte de eso, todas las mañanas, venían a degollar ante nuestra puerta corderos, cuya carne nos vendían a una piastra (25 céntimos) la libra. Además, el vino de Chipre, a una media piastra la botella, era un regalo digno de las grandes mesas europeas; Aunque tengo que decir que uno se llega a cansar de beber habitualmente este vino que más bien parece un licor; y yo prefiero el *vino de oro* del Líbano, que tiene un buen maridaje con la madera, por su gusto seco y su fuerza.

Un día, el capitán Nicolás vino a visitarnos con dos de sus marineros y su grumete. Nos habíamos hecho buenos amigos, y había traído al *hadji*, que me estrechó la mano con gran efusión, temiendo, puede ser que me quejase de él una vez que me encontrara en Beirut. Por mi parte, les demostré toda mi cordialidad. Cenamos juntos, y el capitán me invitó a alojarme en su casa, si pasaba por Trípoli. Tras la cena, nos paseamos por la orilla del mar; me llevó aparte, y me hizo que me fijara en la esclava y el armenio que hablaban juntos, sentados un poco más abajo que donde estábamos nosotros junto al mar. Unas cuantas palabras mitad en francés, mitad en griego me hicieron comprender lo que quería decir, y yo lo rechacé con una bien marcada incredulidad. Sacudió la cabeza, y poco tiempo después volvió a embarcar en su chalupa, despidiéndose afectuosamente de mí. Al capitán Nicolás, me dije, todavía le pesa mi rechazo a cambiar la esclava por su grumete. No obstante, la sospecha me quedó en el espíritu, atacando al menos a mi vanidad.

Es lógico que el resultado de la violenta escena que se había desarrollado en el barco, fuese una especie de enfriamiento en las relaciones entre la esclava y yo. Nos habíamos dicho una de esas palabras imperdonables de las que tanto ha hablado el autor de *Adolphe*[45]; el calificativo de *giaour* me había herido profundamente. Así que, me dije a mí mismo, no había merecido la pena persuadirla de que yo no tenía ningún derecho sobre ella; ya que además, bien porque fuera mal aconsejada, o por su propia reflexión, ella se sentía humillada por pertenecer a un hombre de una raza inferior conforme a las ideas de los musulmanes. La degradada situación de la población cristiana en Oriente repercute en el fondo sobre el mismo europeo; se le teme en la costa a causa de esa apariencia de poderío que constata el paso de los navíos; pero, en los países del interior, en donde esta mujer ha vivido toda la vida, los prejuicios aún permanecen intocables.

Y a pesar de todo, me costaba admitir que aquel espíritu simple fuera capaz de disimulo; su pronunciado sentimiento religioso la debía defender al menos de esa bajeza. Por otra parte, tampoco podía ignorar el coqueteo del armenio. Joven aún y bello, con ese tipo de belleza asiática, de rasgos firmes y puros, razas nacidas en los comienzos del mundo, semejaba una encantadora muchacha que hubiera fantaseado disfrazándose de hombre; su mismo vestido, con excepción del peinado, no ocultaba más que a medias esa ilusión.

Y heme aquí, como Arnolphe[46], espiando vanas apariencias con la conciencia de ser doblemente ridículo, ya que además soy *un maître*. Tengo la suerte de ser engañado y robado al mismo tiempo, y me repito, como los celosos de las comedias: ¡qué pesada carga es guardar a una mujer! Aunque me consolaba acto seguido diciéndome que aquello no tenía nada de sospechoso; el armenio la distraía y divertía con sus cuentos, la halagaba con mil gentilezas, mientras que yo, en cuanto intento hablar en su lengua, le debo producir un efecto risible, algo así como el que un inglés, un hombre del norte, frío y pesado, debe producir a una mujer de mi

[45] Benjamín Constant, *Adolphe*. IV. (GR)
[46] Ver Molière, *L'École des femmes.*

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

país. Tienen los levantinos un temperamento expansivo y caluroso que, no cabe duda, debe seducir.

Desde ese momento, ¿tendré que admitirlo? Me dio la impresión de que se tomaban de la mano dirigiéndose palabras tiernas, y ni siquiera ante mi presencia se sentían cohibidos. Reflexioné durante cierto tiempo hasta tomar una dura decisión.

"Querido, le dije al armenio, ¿a qué se dedicaba usted en Egipto?

- Yo era secretario de Toussoun-Bey[47]; me encargaba de traducirle prensa y libros franceses; escribía sus cartas a los funcionarios turcos. Pero murió de golpe y me despidieron, esa es mi posición en este momento.
- Y ahora, ¿qué piensa hacer usted?
- Espero entrar al servicio del pachá de Beirut. Conozco a su tesorero, que es un paisano mío.
- ¿Y no ha considerado la posibilidad de casarse?
- No dispongo de dinero para la dote, y sin ese requisito ninguna familia me concederá una mujer".

Vamos, me dije tras un corto silencio, mostrémonos magnánimo, hagamos que esta pareja sea feliz.

Esta idea me hizo sentirme mejor. De ese modo, liberaría a una esclava y crearía un matrimonio honesto. ¡Sería padre y benefactor al mismo tiempo! Así que tomando las manos del armenio le dije: "A usted le gusta... ¡cásese con ella, es suya!"

Me habría gustado tener al mundo entero por testigo de esta emotiva escena, este cuadro patriarcal: el armenio extrañado, confuso ante tal magnanimidad; la esclava sentada cerca de nosotros, ignorando todavía el tema de nuestra conversación, pero, por lo que parecía, inquieta ya y soñadora...

El armenio elevó sus brazos al cielo, como aturdido ante mi proposición. "¡Cómo, le dije, desgraciado, ¿aún vacilas?!... Seduces a la mujer de otro, la apartas de sus deberes, y acto seguido ¿no te quieres hacer cargo de ella cuando te la dan?"

Pero el armenio no comprendía nada de estos reproches. Su extrañeza la expresó mediante una serie de enérgicas protestas. Jamás había tenido la menor idea de lo que yo pensaba de ellos. Se sentía tan desgraciado incluso por una suposición así..., que se apresuró inmediatamente a instruir a la esclava para que fuera testigo de su sinceridad. Por lo que al mismo tiempo al enterarse de lo que yo había dicho, se sintió ofendida, sobre todo de la suposición de que ella pudiera prestar atención a un simple *raya*, un servidor tanto de los turcos como de los francos, una especie de *yaoudi*.

Así que el capitán Nicolás me había inducido a creer toda suerte de ridículas sospechas... ¡Bien se reconoce en esto el espíritu astuto de los griegos!

[47] Segundo hijo de Méhémet-Ali (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

VII.01. LA MONTAÑA

VII.01.01. El Padre Planchet

En cuanto pasamos la cuarentena, alquilé por un mes un alojamiento en una mansión de cristianos maronitas, a media legua de la ciudad. La mayor parte de estas mansiones, situadas en medio de jardines, con terrazas plantadas de moreras escalonadas a lo largo de toda la costa, semejan pequeños dominios feudales construidos con solidez en una piedra de color tostado, con ojivas y arcos. Escaleras exteriores conducen a las diferentes plantas en la que cada una tiene su terraza, hasta llegar a la que domina todo el edificio, y donde las familias, al llegar la tarde, se reúnen para disfrutar de la vista del golfo. Nuestros ojos se encontraban por todas partes con un verdor espeso y lustroso, en donde sólo los setos de nopales marcan las medianerías. Los primeros días me abandoné a las delicias de ese frescor y esa umbría. Por todas partes se intuía y nos sentíamos rodeados de una vida desahogada. Mujeres bien vestidas, bellas y sin velo, iban y venían, casi siempre con pesadas cántaras que iban a rellenar a las cisternas y transportaban graciosamente sobre la espalda. Nuestra patrona, que tocada con una especie de cono drapeado de cachemira, sobre sus largas trenzas adornadas de cequíes, parecía una reina asiria, era tan solo la mujer de un sastre que tenía su tienda en el bazar de Beirut. Sus dos hijas y los niños pequeños vivían en la primera planta; nosotros ocupábamos la segunda.

La esclava pronto se familiarizó con esta familia, e indolentemente sentada sobre las esteras, se veía a sí misma como rodeada de inferiores, haciéndose servir de todos ellos, por más que intenté impedírselo a aquellas pobres gentes. No obstante, encontraba cómodo el poder dejarla en lugar seguro dentro de esta casa mientras yo iba a la ciudad. Esperaba cartas que no llegaban; el servicio de correos francés se hace tan mal en estos parajes, que los periódicos y los paquetes llegan siempre con dos meses de retraso. Esta circunstancia me entristecía mucho y me abocaba a sueños sombríos. Una mañana, me desperté bastante tarde, medio inmerso aún en las ilusiones de un sueño. Vi a la cabecera de mi cama a un sacerdote sentado, que me miraba con cierto aire compasivo.

- "¿Cómo se encuentra, señor? Me dijo en tono melancólico.
- Pues, bastante bien; perdone, me despierto, y...
- ¡No se mueva! Cálmese. Medite. Piense que el momento se acerca.
- ¿Qué momento?
- ¡Esa hora suprema, tan terrible para los que no están en paz con Dios!
- ¡Eh, eh!, ¿qué pasa aquí?
- Aquí estoy, presto a recoger su última voluntad.
- ¡Ah!, grité, ¡eso es terrible! Y ¿quién es usted?
- Soy el Padre Planchet.
- ¡El Padre Planchet!
- De la Compañía de Jesús
- ¡No conozco a esas gentes!
- Han venido al convento a decirme que un joven americano en peligro de muerte me esperaba para hacer algunos legados a la comunidad.
- ¡Pero yo no soy americano! ¡hay un error! Y, además, yo no me encuentro en el lecho de muerte; ¡ya lo ve usted!"

[1] Mujer drusa de las montañas del Shuf luciendo el *tantúr*. Foto de Félix Bonfils, *ca.* 1870. http://riowang.blogspot.com.es/2012/10/tantour.html 16-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Me levanté bruscamente... un poco con la necesidad de convencerme a mí mismo de mi perfecta salud. El Padre Planchet comprendió al fin que le habían indicado mal. Se informó en la casa, y se enteró de que el americano vivía algo más lejos. Me saludó sonriendo con indiferencia, y me prometió que al volver vendría a verme, encantado de haberme conocido gracias a aquel singular azar. Cuando regresó, la esclava estaba en la habitación, y le conté su historia.

"¡Cómo, me dijo, se ha echado un peso así en su conciencia!... Usted ha perturbado la vida de esta mujer, y a partir de ese momento es usted responsable de todo lo que le pueda acontecer. Y ya que no puede llevársela a Francia y seguro que usted no quiere desposarla, ¿qué será de ella?

- Le concederé la libertad; el bien más grande que puede reclamar cualquier ser racional.
- Hubiera sido mejor dejarla donde estaba; habría podido encontrar un buen amo, un marido... en cambio, ahora, ¿se da usted cuenta en qué abismo de mala conducta puede caer, una vez dejada a su libre albedrío? No sabe hacer nada de nada, no puede servir... Piense en todo esto".

La verdad es que no se me había ocurrido reflexionar seriamente sobre esas consideraciones. Así que le pedí consejo al padre Planchet, que me repuso:

- "Es posible que le pueda encontrar una buena situación y un porvenir. Hay, añadió, unas damas muy piadosas en la ciudad que se encargarían de su futuro."

Le previne acerca de la extremada devoción que ella tenía por la fe musulmana. Planchet sacudió la cabeza y mantuvo una larguísima conversación con la esclava.

En el fondo, esta mujer poseía un sentimiento religioso desarrollado más por naturaleza y de manera general que en el sentido de una creencia determinada. Y además, el aspecto de la población maronita entre la que vivíamos, y los conventos desde los que se escuchaba el sonido de las campanas en la montaña, el frecuente deambular de emires cristianos y drusos, que venían a Beirut, magníficamente ataviados, provistos de armaduras resplandecientes, subidos en hermosas monturas, con numeroso cortejo de caballeros y de negros encargados de llevar tras ellos sus estandartes plegados en torno a las lanzas: todo ese aparato feudal, que hasta a mí mismo me admiraba, como salido de Las Cruzadas, mostraba a la pobre esclava que aquí existía la misma pompa y poderío que en el país de los turcos, con independencia de que fueran o no musulmanes.

La apariencia externa seduce siempre a todas las mujeres, sobre todo a las simples e ignorantes, y suele ser la principal razón de sus simpatías o de sus convicciones. Cuando llegamos a Beirut y atravesó la multitud de mujeres sin velo, que llevaban sobre la cabeza el *tantúr*, cuerno de plata cincelada y dorada del que cuelga y balancea un velo de gasa tras la cabeza, otra moda conservada de la edad media, hombres de buena presencia y ricamente armados, cuyo turbante rojo o abigarrado indicaba confesiones distintas al islamismo; gritó: "¡Cuántos *giaours*!..." Y eso alivió un poco mi resentimiento al haber sido injuriado con ese término.

Se trataba, por tanto, de tomar partido. Los maronitas, nuestros anfitriones, a los que les gustaban muy poco sus formas, y que la juzgaban, como los demás, desde la intolerancia católica, me decían: Véndala. Incluso me proponían traer a un turco que se encargara del asunto. Se puede comprender el caso que hice de ese consejo tan poco evangélico.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Me fui al convento a ver al padre Planchet, situado cerca de las puertas de Beirut. Daban allí clase a los niños cristianos, a los que dirigía su educación. Hablamos largo y tendido de M. De Lamartine[48], al que había conocido y del que admiraba mucho sus poemas. Se lamentaba de los esfuerzos que tenía que hacer para obtener del gobierno turco la autorización para ampliar el convento. Aun así, las obras interrumpidas revelaban un grandioso plan, y una magnífica escalinata en mármol de Chipre conducía a las otras plantas todavía sin terminar. Los conventos católicos gozan de mucha libertad en las montañas; pero a las puertas de Beirut no se les permite construcciones muy importantes, incluso a los jesuitas les está prohibido tener una campana. La habían suplido por un enorme cascabel, que, modificado poco a poco, iba adquiriendo el aspecto de una campana. También los edificios se agrandaban sensiblemente bajo los ojos poco atentos de los turcos.

"Hay que hacer unos pocos malabarismos, me decía el padre Planchet; con paciencia lo conseguiremos".

Me volvió a hablar de la esclava con una sincera benevolencia. Y aun así yo luchaba con mis propias incertidumbres. Las cartas que yo esperaba podían llegar en cualquier momento y así cambiar mis resoluciones. Temía que el padre Planchet, se ilusionara piadosamente con la idea, sobre todo por el honor que significaría para su convento, de una conversión musulmana, y que al final, la suerte de la pobre muchacha no fuera muy triste más adelante.

Una mañana, la esclava entró en mi habitación aporreando con las manos y gritando aterrorizada:

- *Durzi! Durzi! Durzi! Bandouguillah! (*¡los drusos! ¡los drusos! ¡los drusos! ¡disparos!)

En efecto, a lo lejos se oían tiros de fusil; pero se trataba tan sólo de una *fantasía* de unos albaneses que partían hacia la montaña. Me informé, y me enteré de que los drusos habían quemado un pueblo llamado Bethmérie, situado a unas cuatro leguas. Se enviaron tropas turcas, no contra los drusos, sino para vigilar los movimientos de los dos partidos que todavía estaban luchando en ese lugar.

Yo me había marchado a Beirut, en donde me enteré de estos asuntos. Regresé muy tarde, y entonces me comentaron que un emir o príncipe cristiano de una región del Líbano había venido a alojarse a la casa. Al saber que aquí también se hospedaba un "franco" de Europa, quiso verme y me estuvo esperando durante mucho tiempo en mi habitación, en la que dejó sus armas en señal de confianza y fraternidad. Al día siguiente, el ruido que provocaba su partida me despertó temprano; le acompañaban seis hombres bien armados y montando magníficas cabalgaduras. No tardamos en conocernos, y el príncipe me invitó a pasar unos días en su mansión de la montaña. Acepté presuroso ante la extraordinaria ocasión que se me presentaba de estudiar los usos y costumbres de estos pueblos singulares.

Pero para poder hacer ese viaje necesitaba dejar a la esclava convenientemente alojada, pues yo no podía llevarla conmigo. Me indicaron en Beirut una escuela de jovencitas, dirigida por una dama de Marsella, llamada Mme. Carlès. Era la única escuela en la que se enseñaba francés. Mme. Carlès era una buena mujer, que sólo pedía tres piastras turcas por día, para el alojamiento, comida e instrucción de la esclava. Yo tenía que partir para la montaña tres días después de haber colocado a la esclava en esa casa; a la que se había habituado muy bien y en donde estaba encantada de poder charlar con las jovencitas, que se divertían mucho con sus ideas y sus cuentos.

Mme. Carlès me llevó aparte y me dijo que no desesperaba de poder convertirla al cristianismo. "Mire usted, añadió con su acento provenzal, yo les suelo hablar de este modo.

[48] Lamartine residió en Beirut entre 1832 y 1833.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Les digo: ¿Ves, hija mía?, todos los buenos dioses de cada país, son el mismo buen dios. Mahoma es un hombre de mucho mérito…pero Jesucristo es también un buen hombre".

Esa forma tolerante y dulce de intentar una conversión me pareció bastante aceptable. "No conviene forzarla en nada, le dije".

- Quédese usted tranquilo, repuso Mme. Carlès; ella incluso ya me ha prometido venir conmigo a misa el próximo domingo."

No cabía la menor duda de que no podía haberla dejado en mejores manos para aprender los principios de la religión cristiana y el francés… de Marsella.

www.libreria-mundoarabe.com

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

VII.01. LA MONTAÑA

VII.01.02. El *Kief* (La siesta)

Beirut, aun cuando solo se considerara el espacio comprendido dentro de sus murallas y sus habitantes, respondería mal a la idea que de esa ciudad se hacen en Europa y que reconocen como la capital del Líbano. A esa idea, habría que añadir también unos cuantos centenares de mansiones rodeadas de jardines que ocupan el vasto anfiteatro cuyo centro es el puerto. Conglomerado disperso y vigilado por una alta construcción cuadrada, que ocupa una guarnición turca, y que es conocida como "La torre de Fajr-el-Dín".

Yo me alojaba en una de esas mansiones que salpican la costa, muy parecidas a las que rodean Marsella, y presto a partir para visitar la montaña, sólo me quedaba tiempo para bajar a Beirut a buscar un caballo, una mula o incluso un camello. Hasta habría aceptado uno de esos hermosos borriquillos de cola enhiesta y pelaje de cebra, que en Egipto prefieren a los caballos, y que galopan por la arena con un ardor infatigable; pero en Siria no se considera a este animal lo suficientemente robusto como para escalar los pedregosos senderos del Líbano, aunque ¿acaso no debería ser bendita su raza entre todas las demás por haber servido de montura al profeta Balaam y al Mesías?

Andaba yo con estas reflexiones mientras me encaminaba a pie hacia Beirut en ese momento del día en que, según dicen los italianos, no se ve vagar bajo el sol más que a *gli cani e gli Francesi*[49]. Ahora bien, ese dicho siempre me ha parecido falso en lo que se refiere a los canes que, a la hora de la siesta, saben muy bien tenderse tranquilamente a la sombra y no se arriesgan a coger una insolación. En cuanto a los franceses, intente usted retenerles sobre un diván o sobre una manta a poco que tengan en la cabeza un asunto que resolver, un deseo, o una simple curiosidad; el demonio del mediodía raramente le detiene, y poco o nada le importa que el deforme Smarra[50] haga girar sus amarillentas pupilas en su gruesa cabezota de enano.

Así que allí estaba yo, atravesando el llano a esa hora del día que la gente del sur consagra a la siesta y los turcos al *kief*. Un hombre que va errando de esa manera cuando todo el mundo duerme, en Oriente corre el gran riesgo de excitar las mismas sospechas que en nuestro país levantaría un vagabundo nocturno; aunque así y todo, los centinelas de la Torre de Fajr-el-Dín me prestaron la misma atención que el soldado vigía presta a un viandante que se ha retrasado. A partir de esa torre, una llanura bastante extensa permite abarcar de un vistazo todo el perfil oriental de la ciudad, cuya muralla y torres almenadas se extienden hasta el mar. Presenta aún el aspecto de una ciudad árabe de la época de Las Cruzadas; traicionado únicamente por una influencia europea que sólo se percibe en los numerosos mástiles de las mansiones consulares que en domingos y días festivos se engalanan con sus banderas.

Y por lo que se refiere a la dominación turca, aquí ha aplicado, como en todas partes, su sello personal y extravagante. Al Pachá se le ha ocurrido demoler una parte de la muralla de la ciudad, a la que se adosaba el palacio de Fajr-el-Dín, para construir allí uno de esos kioscos de madera pintada, tan a la moda en Constantinopla, y que los turcos prefieren a los más suntuosos

---

[49] "a los perros y a los franceses"

[50] Smarra es el demonio de las pesadillas en el cuento de Nodier, *Smarra, ou les Démons de la nuit* (1821). Para más información sobre este escritor, consultar http://es.wikipedia.org/wiki/Charles_Nodier (16-09-2014)

* "Porte percée dans la muraille des remparts de Beyrouth", de Antoine Alphonse Montfort (www.allposters.es) 16-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de piedra o de mármol. ¡Y vaya usted a saber por qué los turcos viven en casas de madera, o por qué incluso los palacios del sultán, aunque adornados con columnas de mármol, tienen los muros de madera de pino! Y es que, conforme a un particular prejuicio de la raza de Osmán, la casa que se haga construir un turco no debe durar más que él; sólo debe ser una jaima tendida sobre una tierra de paso, un abrigo momentáneo, en donde el hombre no debe intentar luchar contra el destino eternizando su huella, intentando ese difícil himen de tierra y familia al que tienden los pueblos cristianos.

El palacio forma un ángulo en el que se abre la puerta de la ciudad, con su pasadizo oscuro y umbroso, en donde uno se puede refrescar un poco del ardor del sol reverberado por la arena de la llanura que se acaba de atravesar. Una hermosa fuente de piedra protegida por la sombra de un magnífico sicómoro; las cúpulas grises de una mezquita y sus esbeltos minaretes; una casa de baños de reciente construcción y arquitectura moresca, todo esto es lo que se ofrece a primera vista al entrar en Beirut como promesa de una estancia apacible y alegre. Más allá, sin embargo, las murallas se elevan y cobran un aspecto sombrío y claustral.

Pero, ¿por qué no entrar al *hamam*[51] durante estas horas de intenso y desapacible calor en lugar de pasarlas tristemente recorriendo las calles desiertas? Andaba con estos pensamientos cuando el aspecto de una cortina azul ante la puerta me señaló que esta era la hora en la que el baño quedaba restringido a las mujeres. Los hombres únicamente pueden usarlo por la mañana y por la tarde... ¡y pobre del que se quede por allí dentro, debajo de un banco o una colchoneta, a la hora en que un sexo sucede al otro! Francamente, sólo un europeo sería capaz de idear algo así y que tanto pudiera perturbar el espíritu de un musulmán.

Yo nunca había entrado en Beirut a una hora tan inapropiada, y me encontraba como ese hombre de *Las mil y una noches* penetrando en una ciudad de magos a cuyas gentes habían convertido en estatuas de piedra[52]. Todo dormía aun profundamente: los centinelas bajo la puerta; los jumentos que esperaban a las damas en la plaza, probablemente también adormecidas en las galerías altas de los baños; los vendedores de dátiles y sandías dispuestos cerca de la fuente; el *cafedji* en su cafetín con todos sus consumidores; el *hamal (*mozo de cuerda) con la cabeza apoyada sobre su fardo; el camellero reposando cerca de su animal, y los diabólicos albaneses formando cuerpos de guardia delante del serrallo del pachá; toda esa gente dormía el sueño de la inocencia, dejando la villa a su abandono.

Fue un día, a la hora de una de estas somnolencias, cuando trescientos drusos se apoderaron de Damasco. Les bastó con entrar por separado, mezclarse con la multitud de campesinos que durante la mañana llenan bazares y plazas; para luego simular que se dormían, igual que el resto; pero sus grupos, hábilmente distribuidos, se apoderaron a un tiempo de los principales lugares, mientras la mayoría de la tropa saqueaba los ricos bazares y los prendía fuego. Los habitantes, despertados en medio de ese sobresalto, creyendo que se enfrentaban a todo un ejército, se encerraron en sus casas; igual que hicieron los soldados, protegiéndose dentro de los cuarteles, mientras que al cabo de una hora, los trescientos caballeros drusos se marchaban, cargados con el botín, a su retiro inexpugnable de las montañas del Líbano.

A esto se arriesga una ciudad que duerme en pleno día. No obstante, en Beirut no toda la colonia europea se entrega a las dulzuras de la siesta. Caminando hacia la derecha, muy pronto distinguí cierto movimiento en una de las calles que se abrían a la plaza; un olor penetrante de fritura revelaba la vecindad de una *trattoria*, y el letrero del célebre Battista no tardó en llamarme la atención. Conozco lo suficientemente bien los hoteles destinados en Oriente a los viajeros europeos, como para haber pensado ni por un momento en aprovecharme de la hospitalidad del Sr. Battista, único posadero franco de Beirut. Los ingleses han mimado

[51] Nombre que se da a una casa de baños en árabe.

[52] Zubeyda es la que en las noches 63 a 66 de "Las mil y una noches", cuenta cómo visitó una ciudad de magos en la que todos sus habitantes, salvo uno, habían sido convertidos en estatuas de piedra.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

por todas partes sus establecimientos, en general más modestos en sus instalaciones que en sus precios. Y en ese momento pensé que no estaría mal disfrutar de la buena mesa, si se me admitía en ella. Me arriesgué y subí a ver.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

VII.01. LA MONTAÑA
VII.01.03. El comedor del albergue

Al subir a la primera planta, me encontré sobre una terraza rodeada de edificios y dominada por ventanas interiores. Un amplio toldo rojiblanco protegía una gran mesa servida a la europea, en la que casi todas las sillas estaban vueltas del revés para marcar las plazas aún vacías de los comensales. Sobre la puerta de un gabinete situado al fondo y al mismo nivel que la terraza, se leía lo siguiente: *"Quì si paga 60 piastres per giorno."* (Aquí se pagan 60 piastras diarias)

Algunos ingleses fumaban puros en esa sala, esperando el tintineo de la campana. Pronto bajaron dos mujeres, y nos sentamos a la mesa. A mi lado había un inglés de grave apariencia, que se hacía servir por un joven de piel cobriza, vestido con un bombacho blanco y aretes de plata en las orejas. Pensé que se trataba de algún nabab que disponía en su servicio de un indio. Este personaje no tardó en dirigirme la palabra, lo que me sorprendió un poco - los ingleses jamás hablan con la gente que no les ha sido presentada - pero éste se encontraba en una situación particular; era un misionero de la sociedad evangélica de Londres, encargado de hacer conversiones inglesas por todo el país, y forzado a esgrimir la misma cantinela en cualquier ocasión que se le presentase para pescar almas en sus redes. Acababa de llegar justamente de la montaña, cosa que me entusiasmó al poder sonsacarle alguna información antes de iniciar yo mismo ese viaje. Le pregunté si había novedades sobre la alerta que acababa de crear una conmoción en los alrededores de Beirut.

- "No es nada, me dijo, un asunto sin importancia"
- ¿Qué asunto?
- La lucha entre maronitas y drusos que viven en aldeas pobladas por miembros de ambas confesiones.
- Entonces, ¿viene usted, le dije, de la zona en la que en estos días se está combatiendo?
- ¡Oh! sí, he ido a llevar la paz... a pacificar a las gentes del cantón de Bekfaya, pues Inglaterra tiene muchos amigos en la montaña.
- ¿Son los drusos amigos de Inglaterra?
- Por supuesto. Esas pobres gentes son muy desafortunadas; se les mata, se les quema, se eviscera a sus mujeres, se destruyen sus árboles y su cosecha.
- Perdón, pero nosotros en Francia creíamos justo todo lo contrario; que eran ellos los que oprimían a los cristianos.
- ¡Dios mío! ¡no, esas pobres gentes! No son más que unos pobres campesinos que no piensan en hacer ningún mal. A cambio, ustedes tienen a esos capuchinos, jesuitas y lazaristas, que no hacen más que provocar disturbios; excitan a los maronitas, mucho más numerosos, contra los drusos, que se defienden como pueden y, sin Inglaterra, ya habrían sido exterminados. Inglaterra está siempre junto al más débil, al lado del que sufre...
- Sí, repuse, es una gran nación... ¿Así que usted ha llegado para *pacificar* las luchas que han tenido lugar durante estos días?

* 1.- Meeting of Druze and Ottoman leaders in Damascus, about the control of Jebel Druze. Civil War of 1860. http://en.wikipedia.org/wiki/Druze (16-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Desde luego. Estuvimos allí numerosos ingleses; ya habíamos dicho a los drusos que Inglaterra no los abandonaría, que se les haría justicia. Así que incendiaron el pueblo, y después regresaron tranquilamente a sus casas. ¡Han aceptado más de trescientas biblias, y hemos convertido a mucha de esa valerosa gente!

- No acabo de comprender, le hice al reverendo esta observación, cómo se puede convertir a alguien a la fe anglicana, ya que para ello hay que ser inglés.

- ¡Ah! no,... una vez que se pertenece a la sociedad evangélica, se está protegido por Inglaterra, pero en lo relativo a convertirse en inglés, eso es imposible.

- ¿Y quién es el jefe de esa religión?

- Su graciosa majestad, nuestra reina de Inglaterra.

- Una encantadora papisa, y os juro que no me importaría incluso a mí convertirme.

- ¡Ay, los franceses!, siempre bromeando... ustedes no son buenos amigos de Inglaterra.

- Y no obstante, le comenté al acordarme de golpe de un episodio de mi primera juventud, fue uno de sus misioneros, el que en París se había propuesto convertirme, e incluso conservo la biblia que me dio, pero aun así sigo sin comprender cómo se puede hacer un anglicano de un francés.

- Y por tanto hay muchos entre ustedes... y si usted recibió, siendo niño, la simiente de la palabra verdadera, entonces es posible que madure en usted más adelante."

No intenté llevar la contraria al reverendo, ya que cuando se viaja, se acaba siendo más tolerante, sobre todo cuando lo que realmente le guía a uno es la curiosidad y el deseo de observar las costumbres; pero comprendí que la circunstancia de haber conocido en otra ocasión a un misionero inglés me daba una cierta prevalencia ante mi vecino de mesa.

Las dos damas inglesas que había visto antes, se encontraban a derecha e izquierda de mi reverendo, y pronto me enteré de que una de ellas era su esposa, y la otra su cuñada. Un misionero inglés jamás viaja sin su familia. Este parecía llevar un gran tren de vida y ocupaba el apartamento principal del hotel. Cuando nos levantamos de la mesa, entró un instante a sus habitaciones, y volvió en seguida con una especie de álbum que me mostró con aire triunfal.

- "Vea usted, me dijo, aquí están detalladas todas las abjuraciones que he obtenido en mi última cruzada a favor de nuestra santa religión".

En efecto, un montón de declaraciones, firmas y sellos árabes cubrían las páginas del libro. Me fijé que ese registro se efectuaba por partida doble; en cada verso figuraba la lista de regalos y sumas recibidas por los neófitos anglicanos. Algunos tan solo habían recibido un fusil, un pañuelo de cachemira, o adornos para las mujeres. Yo le pregunté al reverendo si la sociedad evangélica le daba una prima por cada conversión. No opuso ninguna dificultad para responderme; a él le parecía de lo más natural que viajes costosos y llenos de peligros fuesen generosamente retribuidos. Entonces comprendí, por los detalles en los que abundó, la superioridad que otorga la riqueza a los agentes ingleses en Oriente sobre otras naciones.

Nos habíamos acomodado en un diván en el cuarto de estar, y el doméstico del reverendo se había arrodillado delante de él para encenderle un narguile. Le pregunté si ese hombre era un indio; pero resultó ser un *farsy*[53] de los alrededores de Bagdad, una de las conversiones más brillantes del reverendo, que se llevaba a Inglaterra como muestra de sus trabajos.

Mientras tanto, el *farsy* le servía de criado a la vez que de discípulo; y no cabía la menor duda de que cepillaba con fervor sus trajes, y abrillantaba sus botas con la misma dedicación

[53] Dícese de los oriundos de la antigua Persia.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

religiosa. En mi fuero interno yo le compadecía un poco el hecho de haber abandonado el culto a Auramazda por el modesto empleo de jockey evangélico. Yo estaba esperando que me presentaran a las damas, que se habían retirado a sus apartamentos; pero el reverendo guardó únicamente sobre ese punto toda la reserva inglesa. Y mientras seguíamos charlando un ruido de música militar restalló con fuerza en nuestros oídos.

- "Hay, me dijo el inglés, una recepción en el palacio del pachá. Es una delegación de sheijs maronitas que vienen a exponerle sus quejas. Es gente que siempre se está lamentando; pero el pachá es duro de oídos.

- No me cabe la menor duda, no hay más que oír su música, le dije, jamás había escuchado una estridencia como esa.

- Pues mire por donde, es su himno nacional el que están ejecutando, se trata de *La Marsellesa*.

- Pues quién lo habría dicho.

- Yo lo sé porque lo escucho todas las mañanas y todas las tardes, y porque me han comentado que ellos están convencidos de estar interpretando esa partitura."

Poniendo algo más de atención llegué, en efecto, a distinguir algunas notas perdidas entre una multitud de peculiares adaptaciones a la música turca.

La ciudad parecía haberse despertado al fin, la brisa marítima de las tres de la tarde agitaba dulcemente las lonas extendidas sobre la terraza del hotel. Saludé al reverendo dándole las gracias por el trato cortés que me había dispensado, algo raro en los ingleses que, por culpa de sus prejuicios sociales, siempre permanecen en guardia contra todo lo desconocido. Me parece que en esa actitud hay, si no una muestra de egoísmo, sí, al menos, una falta de generosidad.

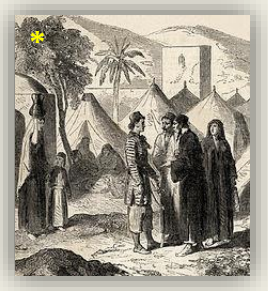
Me extrañó el hecho de que sólo tuve que pagar diez piastras al salir del hotel (2 francos con 50 céntimos) por el almuerzo. El *signor* Battista me llevó aparte y me hizo un amigable reproche por no haber ido a alojarme a su hotel. Entonces yo le mostré el cartel en el que se anunciaba que sólo se admitía mediante el pago diario de sesenta piastras, lo que significaba un estipendio de mil ochocientas piastras al mes. "*Ah! Corpo di me!* gritó. *Questo è per gli Inglesi che hanno molto moneta, e che sono tutti eretici!... ma, per gli Francesi, e altri Romani, è soltanto cinque franchi!"* (Eso es para los ingleses, que tienen mucho dinero y todos son unos herejes; pero para los franceses, y los otros romanos, son tan sólo cinco francos.)

¡Esto ya es otra cosa! pensé, y me alegré de no pertenecer a la religión anglicana, dados los sentimientos tan católicos y romanos que al parecer poseían los hoteleros de Siria.

Maronitas construyendo una iglesia en Monte Líbano, 1920
http://en.wikipedia.org/wiki/Maronites (16-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO



VII.01. LA MONTAÑA

VII.01.04. El palacio del pachá

El señor Battista, en el colmo de su generosidad me prometió encontrarme un caballo para el día siguiente por la mañana. Tranquilo por ese lado, ya no tenía otra cosa que hacer que pasearme por la ciudad, y comencé por atravesar la plaza para ir a ver lo que pasaba en el palacio del pachá. Había una gran multitud en medio de la cual los sheijs maronitas avanzaban de dos en dos como en una procesión de suplicantes, cuya cabecera había penetrado ya en el patio del palacio. Sus amplios y variopintos turbantes rojos, sus rosarios y caftanes brocados en oro o plata, sus brillantes armas, todo ese lujo exterior que, en otros países de Oriente, sólo lo muestra la raza turca, daba a esta procesión un aspecto más imponente que el resto. Conseguí introducirme en el palacio detrás de ellos, en donde la música continuaba reinterpretando *La Marsellesa* reforzada por los pífanos, triángulos y címbalos.

El patio estaba formado por el mismo recinto del viejo palacio de Fajr-el-Dín. Aún se pueden distinguir las trazas del Renacimiento, al que aquel príncipe druso se aficionó tras su viaje por Europa. No es de extrañar que por todo el país se escuche citar el nombre de Fajr-el-Dín, que en árabe se pronuncia Fakr-el-Din: es el héroe del Líbano; y el primer soberano de Asia que se dignó visitar nuestros climas del Norte. Fue acogido en la corte de los Médicis como la revelación de algo inaudito por aquel entonces, es decir, que en el país de los Sarracenos existía un pueblo devoto de Europa, bien fuera por su religión, o bien por su simpatía.

Fajr-el-Dín, en Florencia pasó por ser un filósofo, heredero de las ciencias griegas del Bajo Imperio, conservadas a través de las traducciones árabes, que tantos preciosos libros han salvado y nos han transmitido sus hechos; en Francia, se quiso ver en él a un descendiente de los viejos cruzados refugiados en el Líbano en la época de San Luis; incluso se buscó en el nombre del pueblo druso una relación de aliteración que llevaba hasta hacerlo descender de un cierto conde de Dreux. Fajr-el-Dín aceptó todas esas suposiciones con el "dejar hacer" prudente y astuto de los levantinos; necesitaba a Europa para luchar contra el sultán.

En Florencia pasó por ser cristiano; quizá se convirtiera, como hemos visto hacer en nuestros tiempos al emir Béchir, cuya familia sucedió a la de Fajr-el-Dín en la soberanía del Líbano; pero no dejaba de ser un druso, es decir, el representante de una religión peculiar que, formada de los restos de todas las anteriores creencias, permitía a sus fieles aceptar momentáneamente todas las formas posibles de culto, como hacían también los iniciados egipcios. En el fondo, la religión drusa no es más que una especie de francmasonería, por darle un nombre conforme a los tiempos modernos.

Fajr-el-Dín representó durante un tiempo el ideal que nosotros nos forjamos acerca de Hiram[54], el antiguo rey del Líbano, amigo de Salomón, héroe de las sociedades místicas. Maestro de la antigua Fenicia y Palestina, intentó constituir con toda Siria un reino independiente; el apoyo que esperaba de los reyes de Europa fue lo que le faltó para hacer

[54] Rey de Tiro. Los libros de *Reyes* y las *Crónicas* de la Biblia cuentan que Hiram proporcionó a David y a Salomón los materiales y obreros necesarios para la construcción de sus palacios y del templo de Jerusalén. Se le cita más adelante como protector de Adoniram: p. 318, t. II.

* Refugiados cristianos durante los enfrentamientos de 1860 entre drusos y maronitas en el Líbano. Grabado anónimo (http://mideastimage.com/photo/standard/1860.jpg) 16-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

realidad su deseo. Ahora, su recuerdo ha quedado en Líbano como un ideal de gloria y de poder; los restos de sus edificios, arruinados por las guerras más que por el tiempo, rivalizan con los de las antigüedades romanas. El arte italiano, que llevó para decorar sus palacios y mansiones, sembró aquí y allá ornamentos, estatuas y columnatas, que los musulmanes, cuando entraron victoriosos, se dedicaron a destruir, extrañados de haber visto renacer de pronto aquel arte pagano cuyas conquistas habían conseguido eliminar desde hacía mucho tiempo.

Así que fue en el mismo lugar en el que hacía pocos años habían existido esas maravillas, en las que el soplo del Renacimiento había lejanamente aunado algunos gérmenes de la antigüedad griega y romana, en donde se elevaba ahora el kiosco de madera que había hecho construir el pachá.

El cortejo de los Maronitas se había colocado bajo las ventanas esperando el beneplácito del gobernador que, por otra parte, no tardó en producirse y ser recibidos. Cuando se abrió la puerta del vestíbulo, percibí, entre los secretarios y oficiales que ocupaban la sala, al armenio que había sido mi compañero de travesía en la *Santa-Bárbara*. Iba vestido con ropaje nuevo; llevaba a la cintura una escribanía de plata, y en la mano algunos pergaminos e impresos. No hay porqué extrañarse de que en el país de los cuentos árabes, uno se encuentre con un pobre diablo, al que había perdido de vista, en una excelente posición en la corte.

Mi armenio me reconoció inmediatamente, y pareció encantado de verme. Llevaba el vestuario de la reforma[55] en calidad de empleado turco, y se expresaba ya con una cierta dignidad.

- "Me complace, le dije, verle en tan buena situación; tengo la impresión de que es usted un hombre bien relacionado, y lamento no tener nada que solicitarle.
- ¡Dios mío! me dijo, yo no gozo aún de tanto crédito, pero estoy enteramente a su servicio".

Estuvimos charlando de esa guisa detrás de una columna del vestíbulo mientras el cortejo de sheijs pasaba al salón de audiencias del pachá.

- "¿Y qué hace usted aquí? Le pregunté al armenio.
- Me han empleado como traductor. El pachá, ayer me pidió una versión turca del documento que llevo aquí."

Eché una ojeada al documento, impreso en París; que era un informe de M. Crémieux acerca del asunto de los judíos de Damasco. Europa ha olvidado este triste episodio, relacionado con la muerte del padre Thomas, de la que se había acusado a los judíos[56]. El pachá sentía la necesidad de aclarar este asunto, ya cerrado hacía cinco años, posiblemente por un acto de conciencia.

El armenio estaba encargado de traducir, entre otras cosas, *L'Esprit des lois* de Montesquieu y un manual de la guardia nacional parisina. Él encontraba esta última obra muy difícil, y me rogó que le ayudara con ciertas expresiones que no comprendía. La idea del pachá era crear una guardia nacional en Beirut, como las que existían en El Cairo y en otras ciudades de Oriente. En cuanto a *L'Esprit des lois*, creo que habían escogido esta obra por el título, pensando tal vez que contenía reglamentos de policía aplicables a todos los países. El armenio había traducido ya una parte, y encontraba la obra agradable y de un estilo sencillo, que sin duda perdería más bien poco al traducirla.

---

[55] Tentativa del sultán Mahmoud II (1785-1839) de importar a los países turcos las ideas, costmbres, y organismos de Europa occidental. (GR)

[56] En 1840, Adolphe Crémieux, vicepresidente del consistorio de los israelíes de Francia, se hizo abogado de numerosos judíos de Damasco acusados de haber cometido un asesinato ritual: tras haber degollado al padre Thomas y a su criado, se dijo que habían recogido la sangre de sus víctimas en botellas, con objeto de mezclarlas con el pan ácimo. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Le pregunté si podía dejarme ver la recepción que daba el pachá a los maronitas; pero no se admitía el paso a nadie sin mostrar el salvoconducto que se le había dado a cada uno, únicamente al efecto de presentarse al pachá, ya que es bien sabido que los sheijs maronitas o drusos no tienen derecho a penetrar en Beirut. Sus vasallos sí que acceden sin dificultad, pero para ellos mismos existen severas penas si, por casualidad, les encuentran en el interior de la ciudad. Los turcos temen su influencia sobre la población y las riñas que podrían darse en las calles si se encontraran esos jefes, siempre armados, acompañados de un numeroso cortejo y sin cesar siempre prestos a la lucha por cuestiones de prioridades. Aunque hay que reconocer que esta ley solo se observa tan rigurosamente en momentos críticos.

El armenio también me comentó que la audiencia del pachá se limitaba a recibir a los sheijs, invitarles a sentarse sobre los divanes en torno al salón; y a los que las esclavas se aprestaron a ofrecerles un chibuk e inmediatamente a servirles un café, tras lo cual, el pachá escuchó sus quejas, respondiéndoles invariablemente que sus adversarios habían venido igualmente a expresarles las mismas querellas; que reflexionaría con calma para ver de qué lado estaba la justicia, y que siempre se podía esperar del paternal gobierno de su alteza, ante el que todas las religiones y todas las razas del imperio siempre tendrían iguales derechos. En efecto, en procedimientos diplomáticos, los turcos están al menos al nivel de los europeos.

Además, hay que reconocer que el papel de los pachás en este país no es fácil. Teniendo en cuenta la diversidad de razas que habitan la larga cadena del Líbano y del Carmelo, y que dominan desde allí como desde una fortaleza todo el resto de Siria. Los maronitas reconocen la autoridad espiritual del papa, lo que les pone bajo la protección de Francia y de Austria; los griegos unidos, más numerosos, aunque menos influyentes, ya que se encuentran generalmente repartidos por todo el país, son protegidos por Rusia; los drusos, los ansaríes y los metualis[57], que pertenecen a creencias o a sectas que rechazan la ortodoxia musulmana, ofrecen a Inglaterra un medio de actuación que las otras potencias abandonan demasiado generosamente.

Monte Líbano. *Los monjes maronitas de la Orden de Saint-Antoine*
www.archivolibanes.org

[57] Dos sectas de musulmanes chi'íes; retirada la primera en las montañas del Líbano; la segunda, en la región de Tiro y de Saida. Los chi'ies, sobre todo agrupados en Persia, sólo reconocen como únicos califas legales a Ali, esposo de Fátima y sus descendientes, excluyendo a los otros descendientes de Mahoma, reconocidos por los sunníes o los musulmanes ortodoxos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

VII.01. LA MONTAÑA

VII.01.05. Los bazares – El puerto

Salí del patio de palacio, atravesando una multitud compacta, que únicamente parecía atraída por la curiosidad. Y penetrando por las sombrías calles que forman las altas casas de Beirut, todas ellas construidas como si fueran fortalezas, y unidas acá y allá por pasadizos abovedados, volví a encontrar ese movimiento que parecía haberse suspendido durante la siesta. Los montañeses inundaban el inmenso bazar que ocupa los barrios del centro, dividido por orden de productos y mercancías. La presencia de mujeres en algunas tiendas es una remarcable particularidad para Oriente, y que explica la peculiaridad de la raza musulmana en esta población.

Nada más entretenido que recorrer esos largos pasajes de escaparates protegidos con colgaduras de diversos colores, que no impiden a algunos rayos de sol proporcionar a frutas y verduras colores espléndidos, o ir más lejos para hacer brillar los bordados de las ricas vestiduras suspendidas a la puerta de los ropavejeros. Me apetecía muchísimo añadir a mi vestuario un detalle o adorno especialmente sirio, que consistía en envolverse frente y sienes con una pañoleta de seda con hilillo de oro, que se llama *caffiéh*, y que se sujeta a la cabeza con un cordón de crin retorcido; la utilidad de este atuendo es la de preservar orejas y cuello de las corrientes de aire, tan peligrosas en un país montañoso. Me vendieron uno bastante brillante por cuarenta piastras. Entré en una barbería para colocármelo, y cuando me miré al espejo, me vi con el aspecto de un rey de Oriente.

Estos pañolones se hacen en Damasco; algunos vienen de Brousse, otros de Lyon. Largos cordones de seda con nudos y borlas cuelgan por el pecho y la espalda y satisfacen esa coquetería del hombre, tan natural en países en los que aún se pueden vestir con hermosos atuendos. Esto puede resultar pueril; pero a mí me parece que el porte externo repercute en la manera de pensar y de actuar ante la vida; a eso se une todavía en Oriente una cierta seguridad del hombre, que tiene por costumbre llevar armas en el cinturón: sintiéndose así en cualquier ocasión como alguien respetable y respetado; de ahí que las escaramuzas y peleas sean raras, porque cada cual sabe muy bien que al menor insulto puede correr la sangre.

Jamás vi críos tan bellos como los que corretean y juegan en los corredores del bazar. Jovencitas esbeltas y risueñas se arremolinan en torno a elegantes fuentes con arabescos de mármol, y se alejan por turnos llevando sobre sus cabezas grandes vasijas de antiguas formas. Se distingue en este país mucho cabello rojizo, de tonos más fuertes que los nuestros, con un cierto reflejo púrpura o carmesí. Este color es tan bello en Siria, que muchas mujeres tiñen su pelo rubio o negro con *henné*[58], que en otros lugares fuera de aquí sólo se utiliza para teñir la planta de los pies, las uñas y las palmas de las manos.

También había, en algunos de los puntos en los que se cruzan los corredores, vendedores de helados y sorbetes, que fabrican de varios gustos con la nieve recogida de la cima del Sannín.

Un café brillante, frecuentado sobre todo por militares, sirve también, en medio del bazar, bebidas heladas y perfumadas. Me detuve allí durante un buen rato, asombrado por aquel

---

[58] La **alheña** o **arjeña** (del ár. hisp. alhínna, y éste del árabe *al-hinnā´*) o **henna** o **jena** es un tinte natural de color rojizo que se emplea para el pelo y que además se usa en una técnica de coloración de la piel llamada **mehandi**. Se hace con la hoja seca y el pecíolo de la *Lawsonia alba* Lam. (Lawsonia inermis L.) Este tinte es de uso común en India, Pakistán, Irán, Yemen, Oriente Medio y África del norte (http://es.wikipedia.org/wiki/Alhenna) (17-09-2014)

* El bazar de Beirut, óleo de Charles Théodore Frère (1814-1886, France) - es.wahooart.com (17-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

movimiento de gente tan activa, que reunía en un solo punto los más variopintos atuendos de la gente de la montaña. Además, es bastante divertido ver cómo se agitan durante las discusiones de compra-venta, los cuernos de orfebrería (*tanturs*), de más de un pié de longitud, que las mujeres drusas y maronitas llevan sobre la cabeza con un largo velo que balancean sobre la cara y que recolocan a su gusto. La disposición de este ornamento les da el aspecto de esos fabulosos unicornios que sirven de soporte al blasón de Inglaterra. En tanto que su atuendo externo es uniformemente blanco o negro.

La mezquita más importante de la ciudad, que da a una de las calles del bazar, es una antigua iglesia de Las Cruzadas, en la que aún se puede ver la tumba de un caballero bretón. Saliendo de ese barrio para dirigirse hacia el puerto, se desciende por una amplia avenida consagrada al comercio franco. Allí, Marsella lucha con bastante fortuna con el comercio de Londres. A la derecha, está el barrio de los griegos lleno de cafetines y cabarets, en donde el gusto de este pueblo por las artes se manifiesta en una multitud de grabados de madera coloreados, que alegran los muros con las principales escenas de la vida de Napoleón y de la revolución de 1830. Para contemplar con calma ese museo, pedí una botella de vino de Chipre, que rápidamente me fue servido a la mesa en la que estaba sentado, recomendándome mantenerla oculta bajo la mesa. No hay que escandalizar a los musulmanes mostrándoles que allí se bebe vino. A pesar de que el *aqua vitae*, que no es otra cosa que un anisete, se consume ostensiblemente.

El barrio griego comunica con el puerto a través de una calle ocupada por banqueros y cambistas. Altos muros de piedra, apenas abiertos con unas ventanas o ventanucos enrejados, rodean y ocultan patios e interiores construidos al estilo veneciano. Es un resto del esplendor que Beirut disfrutó durante mucho tiempo gracias al gobierno de los emires drusos y a sus relaciones comerciales con Europa. La mayor parte de los consulados se encuentran en ese barrio, que yo atravesé rápidamente. Tenía prisa por llegar al puerto y abandonarme enteramente a la impresión del espléndido espectáculo que me esperaba allí.

¡Ah la naturaleza! la belleza, inefable gracia de las ciudades de Oriente construidas al borde los mares, cuadros coloristas de la vida; espectáculo de las razas humanas más hermosas, atuendos, barcazas, navíos que se cruzan sobre el azul oleaje, ¿cómo explicar la impresión que todo esto causa en un soñador, y que no es otra cosa que la realidad de un sentimiento anticipado? Es cierto que ya habíamos leído sobre todas estas cosas en los libros; admirado en los lienzos, sobre todo en esas viejas pinturas italianas que recogen la época del poderío marítimo de venecianos y genoveses; pero lo que aún sorprende hoy en día, es encontrarlo todo tan parecido a la idea que nos habíamos forjado de todo ello. Uno se codea sorprendido con esa multitud abigarrada, que parece pertenecer al mundo de hace dos siglos, como si el espíritu remontase las edades, como si el espléndido pasado de los tiempos que ya fueron se hubiera reconstruido por un instante. ¿Soy hijo de un país triste, de un siglo vestido de negro que parece llevar el luto de cuantos le han precedido? Y heme aquí, yo mismo transformado, observando y posando al mismo tiempo, personaje sacado de una marina de Joseph Vernet.

Me acomodé en un café construido sobre una plataforma sustentada por pilotes en forma de columnas empotradas en la misma orilla del agua. A través de las rendijas de los tablones se veía el flujo verdoso que batía la costa bajo nuestros pies. Marineros de todos los países, montañeros, beduinos vestidos de blanco, malteses y algunos griegos con pinta de piratas fumaban y charlaban alrededor; dos o tres jóvenes *cafedjis* servían y renovaban acá y allá las *fines-janes* rebosantes de espumoso moka, en su envoltorio de filigrana dorada.

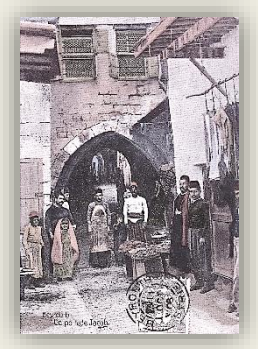
El sol, que desciende hacia los montes de Chipre apenas ocultos por la línea externa de las olas, enciende acá y allá los pintorescos bordados brillantes incluso entre los harapos más pobres; recorta, a la derecha del muelle, la sombra inmensa del castillo marítimo que protege el puerto; revoltijo de torres agrupadas sobre las rocas, cuyas murallas, el bombardeo inglés de

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

1840, agujereó e hizo añicos[59]. Sólo quedan unos restos que se mantienen gracias a su propia mole, como testigos de una barbarie inútil. A la izquierda, un espigón se adentra en el mar, sosteniendo los blancos edificios de la aduana, que al igual que el muelle, está construida casi enteramente con los restos de las columnas de la antigua Beirut o de la ciudad romana de Julia Félix[60].

¿Hallará Beirut de nuevo aquel esplendor que por tres veces la convirtieron en la reina del Líbano? Hoy en día, su situación al pie de las verdes montañas, en medio de jardines y fértiles valles al fondo de un gracioso golfo que Europa llena continuamente con sus barcos; el comercio de Damasco, y la cita central de las industriosas poblaciones de la montaña; son las que todavía marcan el poderío y futuro de Beirut. Yo no conozco nada más animado ni más vivo que ese puerto, ni que convenga mejor a la vieja idea que tiene Europa de esas *Escalas de Levante* en las que se desarrollaba la acción de algunas novelas y comedias. ¿Acaso no soñamos con aventuras y misterios a la vista de esas grandes mansiones, de ventanas enrejadas en las que se ve con frecuencia cómo las ilumina el ojo curioso de las jovencitas? ¿Quién osaría penetrar en esas fortalezas de poder marital y paterno o, al menos, quién no estaría tentado de hacerlo? Pero, por desgracia, las aventuras aquí son más raras que en el Cairo; la población es más seria a la par que más atareada; el vestuario de las mujeres da idea de trabajo y bienestar sencillo. Algo de bíblico y de austero resulta de la visión general del cuadro: esa mar incrustada entre los altos promontorios, las grandes líneas del paisaje que se desarrollan sobre los diversos planos de las montañas, las torres almenadas y las arquitecturas ojivales, elevan el espíritu hacia la meditación y el ensueño.

Para observar cómo se podía agrandar aún más este bello espectáculo, abandoné el cafetín y me dirigí hacia el paseo de Ra's-Beirut, situado a la izquierda de la ciudad. Los resplandores rojizos de la puesta del sol teñían de hermosos reflejos la cadena de montañas que descienden hacia Sidón; todo el borde del mar forma a la derecha escarpados promontorios de rocas, y aquí y allá, pozas naturales que había rellenado la marea en los días de tormenta; mujeres y jovencitas se mojaban los pies allí y bañaban a sus críos. Abunda esta especie de albercas que semejan restos de los antiguos baños, cuyo fondo está cubierto de mármol.
A la izquierda, cerca de una pequeña mezquita que domina el cementerio turco, se aprecian unas enormes columnas de granito rojo, caídas sobre la tierra; ¿estaría ahí, como se rumorea, el circo de Herodes Agripa?



Beirut: puerta de Jacob. Postal de 1906
almashriq.hiof.no (17-09-2014)

[59] Caída en manos de Méhémet-Ali (1831), Beirut fue bombardeada y tomada por la flota inglesa en 1840.
[60] Béryte es el nombre de la antigua ciudad fenicia, que en tiempos de Roma, conquistada por Agripa, tomó el nombre de la hija del emperador. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

I. LAS MUJERES DEL CAIRO

VII.01. LA MONTAÑA

VII.01.06. La tumba del santón

Andaba yo intentando resolver por mí mismo esa cuestión[61], cuando escuché unos cantos y el sonido de instrumentos en un barranco que bordea las murallas de la ciudad. Me dio la impresión de que podría tratarse de una boda, ya que los cantos eran alegres; pero pronto vi aparecer a un grupo de musulmanes agitando banderas, luego a otros que llevaban a hombros un cuerpo tendido en una especie de litera; lo seguían algunas mujeres lanzando gritos, y luego una multitud de hombres también con banderas y ramas de árbol.

Todos se detuvieron en el cementerio y depositaron en la tierra el cuerpo enteramente cubierto de flores; la proximidad del mar proporcionaba una cierta grandeza a esa escena e incluso a los extraños cantos que entonaban con lánguida voz. Los numerosos paseantes se habían reunido en ese punto y contemplaban con respeto la ceremonia. Un comerciante italiano que se encontraba a mi lado, me dijo que aquel no era un entierro corriente, y que el difunto era un santón que vivía desde hacía años en Beirut, al que los francos consideraban como a un loco, y los musulmanes lo creían un santo. Había vivido en los últimos tiempos en una gruta situada bajo una de las terrazas de los jardines de la ciudad; vivía allí, completamente desnudo, con el aspecto de una bestia salvaje, y de todas partes venían a pedirle consejo.

De vez en cuando se daba una vuelta por la ciudad y cogía todo lo que le venía en gana de las tiendas de los comerciantes árabes, en cuyo caso, estos quedaban plenamente agradecidos, pues consideraban que este gesto les traería buena suerte; pero los europeos, que no opinaban lo mismo, tras algunas visitas del santón ejerciendo esa práctica singular; se quejaron al pachá del que obtuvieron que al santón no se le permitiera salir de su jardín. Los turcos, poco numerosos en Beirut, no se opusieron a esta medida y se contentaron con mantener al santón con provisiones y regalos. Ahora, una vez muerto el personaje, el pueblo se entregaba a la alegría, ya que no se llora a un santo turco como a los mortales corrientes. La certeza de que tras tantas miserias él haya al fin conquistado la beatitud eterna, hace que se vea este suceso como un desenlace feliz, y que se celebre con el ruido de los instrumentos; antaño, en estas ocasiones incluso había danzas, cantos de *almées*[62] y banquetes públicos.

Mientras tanto, se había abierto la puerta de una pequeña construcción cuadrada rematada por una cúpula, destinada a ser la tumba del santón, y los derviches, colocados en medio de la muchedumbre, volvieron a trasladar el cuerpo a hombros.

En el momento de pasar al interior, dio la impresión de que eran rechazados por una fuerza desconocida, y casi se cayeron hacia atrás. Hubo gritos de estupefacción entre los reunidos, y los derviches se volvieron encolerizados hacia la muchedumbre culpando a las plañideras que acompañaban al cuerpo y a los que salmodiaban himnos por haber interrumpido un instante sus cantos y sus gritos.

---

[61] Se refiere a la pregunta que se hace el autor en el capítulo anterior sobre la posible ubicación del circo de Herodes Agripa junto a la mezquita del cementerio turco.

[62] **Almée**, del árabe *âlmet* («sabia»), mujer india cuya profesión es la de improvisar versos, cantar y danzar en las fiestas, acompañándose de la flauta, castañuelas o címbalos. Eran escogidas entre las muchachas más hermosas y recibían una cuidadosa educación. Con frecuencia eran reclamadas por la gente importante para alegrar los festines. (« Almée » dans *Dictionnaire universel d'histoire et de géographie*, 1878) (EDL)

* Tumba de un santón o morabito. Fotografía de Wissem Gueddich (perurealfonso.wordpress.com) 17-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Volvieron a empezar, esta vez más conjuntados; pero, en el momento de franquear la puerta, encontraron el mismo obstáculo. Entonces, algunos ancianos tomaron la palabra. Esto es un capricho del venerable santón, que no quiere entrar a la tumba con los pies por delante. Dieron la vuelta al cuerpo, se volvieron a retomar los cánticos y... otro capricho, y otra caída de los derviches que llevaban el ataúd.

Se consultaron de nuevo:

- "Puede ser, dijeron algunos creyentes, que el santón no encuentre esta tumba digna de él. Habrá que construirle una más bonita.
- No, no, respondieron algunos turcos, no vamos a obedecerle en todos sus caprichos, el hombre santo siempre ha demostrado un humor muy voluble. Tratemos de todos modos de hacerle entrar, y una vez en el interior, puede que le guste; de otro modo, siempre tendremos tiempo de sacarle afuera.
- ¿Y cómo lo hacemos? dijeron los derviches.
- ¡Pues bien!, hacedle girar rápidamente para aturdirle un poco y luego, sin darle tiempo a que se dé cuenta, le empujáis hasta la abertura."

Ese consejo pareció convencer a todos, así que otra vez resonaron los cánticos con renovado ardor, y los derviches, agarrando el féretro por los dos extremos, le hicieron dar vueltas durante unos minutos; después, con un súbito movimiento, se precipitaron hacia la puerta; esta vez con un éxito total.

El pueblo esperaba ansioso el resultado de esa difícil maniobra; pues se temió por un instante que los derviches no sucumbieran víctimas de su audacia, y que los muros no se derrumbasen sobre ellos; pero no tardaron en salir triunfantes, anunciando que tras algunas dificultades, el santo se había mantenido tranquilo: tras lo cual, la muchedumbre prorrumpió en gritos de alegría y se dispersó, bien por la campiña, bien hacia los dos cafetines que dominaban la costa de Ra's-Beirut.

Este era el segundo milagro turco que tuve ocasión de presenciar (me acuerdo del de la Dhossa, en donde el Sharíf de la Meca pasaba a caballo sobre los cuerpos de los creyentes, tendidos en medio del camino); pero aquí el espectáculo de ese muerto caprichoso, que se agitaba en los brazos de sus porteadores, rehusándose a entrar en la tumba, me trajo a la memoria un pasaje de Luciano[63], que atribuye las mismas fantasías a una estatua de bronce del Apolo sirio[64]: cuentan que en un templo situado al este del Líbano, sus sacerdotes, una vez al año, tenían por costumbre lavar a sus ídolos en un lago sagrado. Apolo siempre rechazó esta ceremonia... no le gustaba el agua, sin duda por su calidad de príncipe de los fuegos celestes, y cada vez que iban a lavarlo al lago, se agitaba visiblemente sobre los hombros de los porteadores, a los que siempre terminaba arrojando al suelo.

Según Luciano, esa maniobra era fruto de una cierta habilidad gimnástica de los sacerdotes; pero ¿vamos a creernos esa afirmación de Voltaire sobre la antigüedad? En lo que a mí respecta siempre estuve más dispuesto a creer todo que a negarlo, y admitir los prodigios atribuidos al Apolo sirio, que no es otro que Baal. No veo porqué ese poder acordado a los genios rebeldes y a los espíritus de Python no habría de producir tales efectos; tampoco entiendo por qué el alma inmortal de un pobre santón no podría ejercer una acción magnética sobre los creyentes convencidos de su santidad.

---

[63] Sobre Luciano (Luciano de Samosata): http://es.wikipedia.org/wiki/Luciano_de_Samosata; y sobre La Déese de Syrie: (http://remacle.org/bloodwolf/philosophes/Lucien/deessesyr.htm#01a) y (http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0328-12052007000100003) (16-09-2014)

[64] Nerval se refiere, alterándolo, a un pasaje del tratado atribuido a Luciano de Samosata, La Diosa de Siria, en el que el Apolo de Hierápolis imprime ciertos movimientos a sus sacerdotes para inspirarles sus oráculos. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Además, ¿quién osaría mostrar escepticismo al pie del Líbano? ¿Acaso no es esa orilla la cuna de todas las creencias del mundo? Pregunten al primer paisano de la montaña con que se encuentren allí y les dirá que es en ese mismo punto de la tierra en donde acaecieron los primeros sucesos de la Biblia; les conducirá al lugar en donde ardieron los primeros sacrificios; les mostrará la roca manchada con la sangre de Abel; más allá, dirá que estaba la ciudad de Enochia[65], construida por los gigantes, de la que aún se distinguen algunos vestigios; en cualquier otra parte, la tumba de Canáan, hijo de Cam.

Pónganse ustedes en el punto de vista de la antigüedad griega, y verán también descender de esos montes a todo el risueño cortejo de divinidades que Grecia aceptó y cuyo culto transformó, propagado por las emigraciones fenicias. Estos bosques y estas montañas han retumbado con los gritos de Venus llorando a Adonis, y es en esas grutas misteriosas, donde todavía algunas sectas idólatras celebran orgías nocturnas, en las que se va a adorar y llorar sobre la imagen de la víctima, pálido ídolo de marfil con sangrantes heridas, y en torno al que las mujeres afligidas imitan los gritos de lamento de la diosa. Los cristianos de Siria tienen ritos parecidos: durante la noche del viernes santo una madre llorosa sostiene en sus brazos al amante, pero esa imitación plástica no es menos sobrecogedora, ya que se han conservado las formas de la celebración descrita tan poéticamente en *Los Idilios* de Teócrito[66].

Y desde luego créanme: bastantes tradiciones primitivas no han hecho más que transformarse o renovarse en los nuevos cultos. No sé muy bien si nuestra Iglesia está muy conforme con la leyenda de Simeón el Estilita[67], y pienso, espero que sin irreverencia, que bien puede encontrarse exagerado el tipo de mortificación elegido por ese santo; aunque Luciano también comenta que ciertos devotos ascetas de la antigüedad pasaban varios días de pie sobre altas columnas de piedra erigidas por Baco, a poca distancia de Beirut, y en honor de Príapo y de Juno.[68]

Pero desechemos ese bagaje de antiguos recuerdos y ensoñaciones religiosas a las que nos han llevado de forma irrefutable el aspecto de estos lugares y la mezcolanza de sus pobladores, que es posible resuman todas las creencias y supersticiones de la tierra. Moisés, Orfeo, Zoroastro, Jesús, Mahoma, y hasta un Buda indio, hallan aquí discípulos más o menos numerosos... No se vayan a creer que todo ello debería animar a la ciudad, colmándola de fiestas y ceremonias y convirtiéndola en una suerte de Alejandría en tiempos de los romanos. No, aquí, hoy en día, todo es calma y monotonía por influencia de las ideas modernas. Es en la montaña donde encontraremos sin duda esas costumbres pintorescas, esos extraños contrastes que tantos autores han señalado, aunque de hecho poco fue lo que observaron en persona.

Un morabito o santón
grabado del s. XIX
http://es.wikipedia.org/wiki/Morabito
(17-09-2014)

[65] Thomich, historiador Catalán (1610), dijo en el capítulo segundo de "Conquistas de CataIuña" que Iared, nieto de Adam por la línea de Set edificó una ciudad llamada Astrahim, que después fue llamada Enochia por su hijo Enoch; pero hay quien dice que fue Caín el constructor de esa ciudad en honor a su hijo Enoch (http://es.wikipedia.org/wiki/Henoc) (17-09-2014)

[66] Teócrito (c. 310 a. C. - c. 260 a. C.**),** poeta griego fundador de la poesía bucólica o pastoril y uno de los más importantes del Helenismo. Idilios y poemas bucólicos: los escenarios son campestres, los protagonistas son pastores, vaqueros o cabreros, hay ganados que pastan y multitud de términos pastoriles. El tema suele ser erótico y los cánticos y la música están presentes continuamente. Sin embargo, los hechos son más complejos: por ejemplo, el poema III reproduce el género como o ronda, que es de origen urbano. A este grupo pertenecen también poemas que, como el XX, XXI y XXVII, contienen algunos elementos rurales. En bastantes de ellos se alterna el diálogo o el relato con canciones, elemento que hace intervenir la música y que quedará para la posteridad como uno de los signos típicos de la pastoral. Los temas de estas canciones suelen ser eróticos o míticos (http://es.wikipedia.org/wiki/Te%C3%B3crito#Idilios_y_poemas_buc.C3.B3licos) (17-09-2014)

[67] Venerado cerca de Alepo, pasó 27 años en una celda colocada sobre el capitel de una columna. (GR)

[68] Columnas fálicas, en el templo de Hierápolis, erigidas por el dios Baco en honor a la diosa Juno.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6